La razón eres tú

Gris acerado, Verde ardiente

ANALÍ SANGAR

Noe, marcada por un pasado difícil, se siente vulnerable; y la relación que mantiene con Rober hace algún tiempo que dejó de aportarle algo positivo. Solo el apoyo de sus amigos la mantiene lo suficientemente fuerte para seguir adelante.

Todo parece cambiar cuando su amigo de la niñez, con el que comparte un pasado lleno de altibajos, se cruza en su camino de la manera más insospechada. Mario, con su mirada verde jade, sus manos de músico y su voz rasgada, consigue despertar en Noe un sentimiento de verdadero amor.

¿Es viable trazar un vínculo entre pasión y amistad? ¿Es seguro enamorarse de la persona que conoce todo sobre ti? Posiblemente, pero… Rober no estará dispuesto a permitirlo.

No te pierdas la segunda novela finalista del I Premio Romantic. Analí Sangar trae una historia rebosante de sentimientos y deseos, de actos nobles y mezquinos, de situaciones divertidas y desesperadas, de amistad, amor y sexo, de besos, risas y lágrimas, y de todas las emociones que se muestran y demuestran cuando se tienen veintitantos.

LA RAZÓN ERES TÚ

Gris acerado, verde ardiente

Analí Sangar

Primera edición en digital: diciembre 2016
Título Original: La razón eres tú, gris acerado, verde ardiente.
©Analí Sangar
©Editorial Romantic Ediciones, 2016
www.romantic-ediciones.com
Imagen de portada © Depositphotos
Diseño de portada: SW Desing
ISBN: 978-84-16927-23-4

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

A mis hijos, Adrián, Dani y Javito.
Vosotros sois mi razón.

1

REMORDIMIENTO

Abrí los ojos lentamente; estaba amaneciendo. Un poco de claridad se filtraba por las rendijas de la persiana de mi habitación, una claridad un tanto gris. El cielo debía de estar nublado. Antes me gustaban los días grises, pero eso era antes; ahora me recordaban demasiadas cosas que necesitaba olvidar. Me quedé un rato ensimismada viendo el baile de las motitas de polvo que pululaban por la habitación ejecutando una extravagante danza del vientre. No quería moverme, sabía que se encontraba a mi lado. Su respiración acompasada me hacía cosquillas en la nuca y la proximidad de su cuerpo duro me provocaba cosquilleos en otros lugares.

«¡Pero cómo eres, Noe! —me reprendí interiormente—. Con lo complicado que lo tienes… ¡Esta es la última vez! —quise convencerme. Pero siempre había una siguiente y otra y otra…— ¿Qué le voy a hacer?», pensé tristemente.

A mí se me convencía fácilmente, y más si el que trataba de persuadirme era él. Rober. Mi Rober.

Una lágrima se deslizó desde el rabillo de mi ojo hasta mojar la almohada.

«¡Bien, Noe! Ahora ponte ñoña y deja el almohadón negro del rímel que no te quitaste anoche».

Siempre era lo mismo. La misma maldita historia con el mismo maldito final que ya conocía. Continuamente corriendo una carrera de fondo alrededor de un bucle sin principio ni fin, desplazándome a ciegas con las mismas preguntas sin respuestas, dando un paso hacia delante y dos hacia atrás y aceptando que mi alma se fuera fracturando en pedacitos imposibles de recomponer. Tenía que buscar una solución. Debía ser capaz de encerrar mis sentimientos en lo más profundo de mi corazón antes de que este se viera aniquilado por ellos. No sabía cómo, pero era hora de tomar las riendas de mi vida, de ponerle fin a esa relación que no me llevaba a ninguna parte.

Como era sábado, e intuía que bastante temprano, decidí dormir un ratito más y dejar la mente en blanco y abierta por si alguna buena idea se le ocurría pasar por allí y entrar sin llamar a la puerta. Porque lo que eran ideas, últimamente todas tenían un pero, un porqué y un «¡me cago en la puta idea que he tenido!».

Cuando volví a abrir los ojos, él ya no estaba. Siempre hacía lo mismo, se iba sin despedirse siquiera. Decía que como estaba tan mona allí dormidita —espero que con la boca cerrada y sin babas de por medio

— no quería despertarme, prefería guardar esa bella imagen en su mente hasta que nos volviéramos a ver.
«¡Será imbécil! ¡Guardar esa bella imagen! Esto no es un cuento, yo no soy Blancanieves ni tú un príncipe azul».
No sé por qué me extrañaba; total, para cuando lo volviera a ver ya se me habría olvidado.
Me estiré a lo largo, que no era mucho, y miré el despertador: las 12:30. Salté de la cama, cual saltadora olímpica de altura llevándome conmigo manta y edredón. Había quedado con Mila en su casa a las 13:30 para ir a comer, así que fui hasta la cocina y puse una cafetera que tardó en hacerse lo que yo en mear, lavarme los dientes y darme una ducha. Me tomé el café en albornoz pegando tiritones, ya que estábamos a finales de noviembre, me vestí como alma que lleva el diablo y salí a toda velocidad.
Para cuando llegué al portal de Mila eran las 13:20.
—¡Salvada por la Virgen de los Milagros! —susurré llamando con alivio al telefonillo.
—¿Síííí? —preguntó una voz masculina y familiar.
—Abre —dije escuetamente.
La puerta se abrió al instante. Él también me había reconocido. Mientras subía por la escalera hasta la segunda planta pensé en lo bien que Mario y yo nos habíamos llevado hasta principios de verano.
Mario era el hermano mayor de Mila, mi mejor amiga, y como un hermano para mí. Lo conocía de toda la vida, pero cuando empezó a salir con Maite, el pasado mes de marzo, el apego que teníamos cambió un poco. Bueno, un poco no… bastante.
Maite era así como una modelo de ropa interior, toda sensual y sexual; siempre vestía ropas ajustadas y poseía aires de estrella de cine (estrellas las que me gustaría que viera si pudiera incrustar mi puño en su perfecta cara). Ella había distanciado a Mario de nosotras con artimañas de encantadora de serpientes. No sé por qué. ¿Por celos?, desde luego que no.
Era alta, delgada y atlética, y yo más bien baja y con algo más de carne. Eso sí, yo tenía curvas. Maite era rubia despampanante (de bote, claro), tenía los ojos azules, la tez clara y los labios… ¡los labios de comepollas! ¡Pero qué mal me caía! Yo tenía el cabello largo y castaño, los ojos marrones, la piel un tanto bronceada y los labios carnosos, aunque no tanto como ella. Total, que a su lado era del montón. No tenía motivo para estar celosa de mí. Yo solo era una amiga; no suponía ningún problema.
Sabía que no le caía bien, ya que desde el principio, no hubo conexión alguna. No quiso conocerme, no me dio la oportunidad de llegar a ella. A Mila, tampoco. Cuando estaban en su piso se encerraban en el dormitorio de Mario casi todo el tiempo. Mila se sentía una extraña en

su propia casa, un fantasma solitario que se desplazaba por las habitaciones sin ser notada. ¡Ella era su hermana! Siempre habían estado muy unidos, todo lo decidían juntos. Compartían un pasado en común y eran cómplices hasta en lo más cotidiano. Se entendían, se apoyaban y, cuando discutían, no dejaban pasar un día sin hablarse. Siempre cedía alguno, normalmente, Mario. Ella fue la primera en notar cómo su hermano iba creando una barrera intangible a su alrededor en la que solo había espacio para Maite, en cómo sus conversaciones diarias habían quedado reducidas a monólogos y en cómo se estaba encerrando en sí mismo. Su vida giraba en torno a ella.

Un día de principios de verano, cansadas de aguantar sus tonterías, decidimos gastarle una broma. Porque de eso se trataba, de una broma inocente. Le echamos un poco de pimienta en su café con hielo para ver si lo tragaba o lo escupía, ya que sentíamos la necesidad de verla cubierta de babazas marrones. Nos quedamos con las ganas, porque lo tomó de un trago. Al poco comenzó a hinchársele la boca (más aún) y decía que le costaba respirar. Esto acabó en una llamada al 112 y un ingreso por alergia a la pimienta.

¡No me jodas! ¿Quién le tiene alergia a un poco de pimienta?

Y como ella todo lo hace a lo grande, pues nada: ingreso, inyección de epinefrina y bronca monumental de Mario; a nosotras, evidentemente. Nos llamó desde inconscientes hasta hijas de la grandísima puta, se tiró un tiempo ignorando totalmente a su hermana y conmigo aún le dura el mosqueo, o eso creo, porque no ha vuelto a ser el mismo; claro que, yo tampoco.

Cuando llegué al descansillo de la segunda planta vi a Mario apoyado en el bastidor de la puerta. Hacía un tiempo que no nos veíamos y me asustaba su reacción. Mientras me acercaba por el rellano pude comprobar lo que Maite había visto en él. Me fijé en que a sus veintisiete años, Mario estaba cañón, pero cañón de los de las pelis antiguas, de esos que pesan mucho. Seguía teniendo esa cara de niño malote que a las chicas tanto ponía, y así, con su pelo despeinado y su barba de tres días, estaba pero que muy sexy. Y si a eso le añadías el cuerpo de anuncio de bóxer, pues te daban ganas de convertirte en papel para poder envolver a tal bombón.

Cuando llegué a su altura me miró con esos ojos verdes moteados, flanqueados por espesas pestañas negras como su cabello, y… el ceño fruncido. Normal, si es que solo me soportaba porque yo era la Noe, la mejor amiga de su hermana, si no, ya se hubiera encargado de darme una patada en todo el pandero.

—Hola —saludé tímidamente.

Él ni me contestó. Se limitó a señalar con un movimiento de cabeza al fondo del pasillo donde se encontraba la habitación de Mila. Su escasa

simpatía me obligó a clavar la vista en el suelo al pasar por su lado, ya que me notaba las mejillas al rojo vivo. No había derecho a que por culpa de una mala zorra estuviéramos así. Cerró de un portazo tras de mí y se metió en su dormitorio. Yo entré al de Mila y cerré también.
—¿Qué te pasa que tienes la cara más roja que un catador de vinos vicioso? —preguntó observándome con atención.
—Que he subido los escalones de dos en dos. —Mentira cochina.
Me examinó ladeando la cabeza y vi cómo se mordía la punta de la lengua. Cambié de tema rápidamente.
—¿Y eso que tienes en las manos?
Lo que estuviera a punto de salir de su boca se quedó dentro de ella y en su cara comenzó a dibujarse una gran sonrisa. Alzó los brazos para que yo pudiera ver la figurita de plomo de superhéroes que sujetaba entre sus dedos.
—¡Mira! —exclamó emocionada. Allí estaba su nueva adquisición. Otro mini héroe del tamaño de un dedo índice. Y es que esta Mila tenía una estantería repleta de esas cosas. Yo me quedé allí, mirando la estatuilla con cara de imbécil integral, hasta que ella gritó—: ¡Es Odín!
—Esto… y Odín, ¿es? —Abrió sus ojos esmeraldas de par en par sin dar crédito a mi pregunta.
—¡Pero mira que eres capulla! ¡Odín! ¡El rey de Asgard! ¡Padre de Thor! ¡Dios de dioses! ¿Lo pillas? —Y lo acunó como si de un bebé se tratara.
—Sí, sí. Lo pillo. Sé quién es Thor y, con lo bueno que está, su padre se merece todo mi respeto. —Bromeé haciendo una reverencia que nos hizo reírnos como dos memas.
Tras este despliegue de necedades volvió a mirarme fijamente.
—Venga, ya sin bromas. ¿Es que te ha dicho algo el gilipollas de mi hermano?
—No es lo que me ha dicho, sino lo que no me ha dicho. Reconozco que nos pasamos con su novia, pero… ¿llegar a odiarme de esta manera? ¡Es ridículo, Mila!
—Todo en él es muy ridículo a veces; si lo sabré yo. A mí tampoco es que me haga mucho caso, pero a estas alturas paso completamente de sus días menstruales, que son casi todo el mes. Y cuando viene la zorra esa por aquí, ya me ocupo de incordiar lo suficiente para que desaparezcan prontito.
—Es también su casa, Mila —la informé por si lo había olvidado.
—Y la mía, ¡no te jode! Que se vayan a meterse mano a otro sitio.
Me imaginé la escena, bloqueándola de inmediato del asco que me produjo la idea de Maite sobando a Mario, y entendí perfectamente lo que sentiría Mila al verlos. En su caso, sería peor, porque él era su hermano y se merecía a alguien mejor que una víbora por novia.

Aparcamos el tema Mario-Maite, ya que poco podíamos hacer, y nos marchamos al restaurante, que estaba en el centro; muy cerca de donde vivían.
Ellos se habían independizado al igual que yo, aunque su piso en la calle Poseidón era mucho más grande que el mío de alquiler en Plaza de Toros. No obstante, para mí era suficiente, ya que a esas alturas seguro que me quedaba para vestir santos y no iba a necesitar algo que fuese más amplio.
Cuando llegamos a La Tahona, Pedro y Jorge ya estaban sentados a una mesa discutiendo sobre el menú. Nada más verlos, sonreí. Eran guapísimos en la misma medida que diferentes. Pedro tenía el cabello oscuro en cresta y unos preciosos ojos azules. Su barba de dos días le daba un aspecto mayor. Jorge, por su parte, tenía una melena rubia oscura a la altura de los hombros y unos ojos caramelo que adornaba con unas gafas de pasta marrón que no necesitaba. Eran realmente guapos y… eran pareja. Sí, pareja. De esas irrompibles y soldadas en fábrica de metalurgia. Yo simplemente los adoraba.
Nuestra amistad se había forjado en los años de instituto. Los cuatro asistíamos a las mismas clases; éramos compañeros de estudios, de confidencias, de penas y de alegrías. Desde el minuto uno admiré su transparencia, su implicación, su desbordante amistad, la positividad con la que veían el mundo y la entereza con la que afrontaban los problemas. Siempre supe que se gustaban, cada día un poco más. Eran como los polos opuestos de un imán y eso hacía que se atrajeran con más intensidad. Pedro, extrovertido, expresivo, radiante de felicidad. Jorge, algo retraído, más comedido, no tan impulsivo. Encajaban a la perfección. Pedro, todo ímpetu, y Jorge, todo calma. Si uno se exaltaba, el otro lo contenía.
Fuimos hasta la mesa que ocupaban y, después de saludarnos con unos besos bastante sonoros, nos dispusimos a pedir el menú. Yo siempre pedía lo mismo, spaghetti carbonara, y ellos, después de mucho discutir, terminaban eligiendo lasaña vegetal por aquello de las calorías. Mila era impredecible, ya que cada vez nos sorprendía con algo diferente. Ese día se decidió por la ensalada frutti di mare, y a saber las clases de frutas que da el mar para poder ponerlas en una ensalada. Una vez servidos, Mila se lanzó a la comida.
—Esto está buenísimo. Deberíais probar cosas nuevas, trío de abuelas.
Yo miraba su plato, intentando adivinar qué la había motivado a pedir aquello. Por muy buena que pusieran la comida, no había nada como los spaghetti carbonara. En ningún lugar los había probado más deliciosos que allí. Dejé de buscarle el sexapil a su plato y me centré en el mío. En la textura de la pasta, ni dura ni blanda, y en la salsa humeante que se elevaba hasta mi pituitaria ocasionándole un orgasmo, que se vio interrumpido cuando Pedro me preguntó qué tal

me iba. El estómago se me cerró de golpe y cometí el error de agachar la cabeza.
«¡Estúpida, estúpida y mil veces estúpida!».
Pedro miró a Jorge, y de nuevo a mí. Entonces, tres pares de ojos (verde, azul, caramelo), estudiaron mis reacciones.
—¡Vamos, nena, dispara! —me apremió Jorge con su voz melosa.
Cómo me conocía el muy maricón, y que conste que lo digo cariñosamente. Mila levantó las cejas, animándome a hablar, y sin poder evitarlo, ocurrió lo de siempre. Mis ojos comenzaron a humedecerse y mi barbilla a temblar. Los remordimientos fueron apoderándose de mí. Un millar de recuerdos volvieron a mi mente y proyectaron un sinfín de diapositivas nada positivas. Momentos viejos y nuevos que quería enterrar, frases que necesitaba olvidar, acciones y lugares que no quería recordar.
—¡Lo has vuelto a hacer! —gritó Pedro como si de un incendio se tratara.
—¡Serás tonta del culo! —Mila me había insultado en otras ocasiones, aunque tengo que reconocer que esa vez el insulto era merecido—. ¡Joder, Noe! ¿Cuándo vas a abrir los ojos?
Jorge, simplemente, me miró triste y negó con la cabeza. Y yo… Yo comencé a llorar como una magdalena por dos motivos: primero, porque sabía que llevaban toda la razón y me acojonaba la charla moral que me esperaba. Siempre era lo mismo. Una innecesaria recaída acompañada por un constante duelo interior y una incontrolable pérdida de la razón. Cansada de soportar las mismas disculpas fingidas que se repetían una y otra vez, pisoteando mi orgullo, y continuamente asaltada por unas intensas ganas de llorar en las que deseaba poder ahogarme en mis propias lágrimas. Segundo, y mucho más importante, porque en esos momentos me avergonzaba mirar a Jorge a la cara.
No concebía cómo podía seguir siendo mi amigo, cómo era posible que continuara apoyándome, consolándome y queriéndome, cómo era capaz aún de respetarme e incluso de llegar a entenderme. No lograba comprender cómo tenía el valor de seguir defendiendo lo indefendible cuando él había sido el más dañado. Jorge había sido ultrajado, la diana de todas las iras. ¿Cómo lo soportaba? ¿Cómo podía siquiera mirarme con esos ojos caramelo sin un matiz de reproche en ellos? No lo sabía, y por ese motivo, el simple hecho de mirarle me mataba.

2

¡HIP, HIP… HURRA!

El día que conocí a Rober fue un diecisiete de junio de año y medio atrás. Yo por aquel entonces tenía veintidós y llevaba cuatrocientos sesenta y un días trabajando en Inmosahara, una inmobiliaria más bien cutre que vendía pisos de segunda mano, viejos como dinosaurios, y apartamentos en la zona de la playa. El original nombre de mi lugar de trabajo se debía a las raíces subsaharianas de mi jefe.

Por esas fechas ya empezaba a picar el calor en el sur peninsular y claro, una podía ponerse short, top y sandalias. Eso es precisamente lo que hice.

Era un lunes soleado y bastante caluroso como ya he dicho. A las 9:00 entraba yo por las puertas de Inmosahara (para qué iba a llegar antes si, total, me iban a pagar lo mismo). Mi jefe, que llevaría allí su rato, se fue a tomar un café nada más asomar mi nariz en la empresa. Por mí, mejor. Así tendría tiempo de repasarme las uñas y no molestarme en hacer como que trabajaba. Me situé tras el mostrador, para que mi labor no estuviera muy a la vista, y de vez en cuando echaba un ojo hacia la calle y observaba a los transeúntes ir de un lado a otro.

En plena faena de retoque de uñas estaba cuando se oyó el ¡clin clon! de la puerta de entrada. Al levantar la vista de mi perfecta manicura, allí estaba él. Un clon del Máximo de Gladiator vestido con vaqueros oscuros y camiseta ajustada, una alegría para mis ojos adormilados, un baño de agua fría en un día tan agobiante. Pestañeé varias veces para asegurarme de que no me había dormido y de que aquello que tenía delante era real. Lo que no sabía era el brillo que habían adquirido mis pupilas y que el labio inferior me había caído a la altura de las rodillas, cosa que él se encargaría de decirme más adelante.

—Buenos días. —Su voz era tan sensual que hizo eco por todo mi cuerpo.

—Buenos días —contesté yo casi gritando y con un gallito de por medio.

Su media sonrisa terminó de desarmarme. Mientras se acercaba al mostrador intenté recomponer todas las piezas de mi cuerpo que se estaban derritiendo.

—Soy Roberto Amo Dalmau y, el viernes, hablé con el señor López Uld Said para informarme sobre un apartamento.

—¡Oh… oh…! Claro, señor Amo. —Y es que hasta el apellido lo tenía para caer de rodillas ante él y empezar con una alabanza.

«Del poder de tus portentos se hablará, y yo tus grandezas contaré».

Introduje sus datos, rauda y veloz, en el ordenador para saber cuál era el apartamento en el que estaba interesado el señor Amo; más tarde me interesaría yo por sus datos personales.
—Pues sí, señor Amo…
—Roberto —me cortó, mirándome con unos ojos grises oscuros y penetrantes.
—¡Oh! Pues eso, señor Roberto.
—Roberto. A secas. —Y aquello fue casi como una orden.
Yo lo miré, un tanto dubitativa. Imagino que mis cejas adquirieron la forma de signos de interrogación, pues él sonrió, creo que al verme la cara en cuestión, y no pude más que hacer lo mismo. Entonces… voilà, aquella escultura de película de 300 me hizo un guiño cómplice, íntimo y atrevido. Eso me bastó para saber que ya no me lo podría sacar de la cabeza.
Estuve casi una hora informando y contestando a todas sus preguntas sobre el apartamento, hora que se me pasó volando. Cada pregunta suya provocaba un acelerón en mi torrente sanguíneo, cada una de sus miradas me causaba una especie de ardor interior, cada vez que sonreía me sentía desfallecer, y cada ocasión accidental en la que sus dedos rozaban los míos percibía una contracción justo en la mitad de mi cuerpo. Qué sensaciones más vivas para tratarse de un extraño. Seguramente influía el estar a pan y agua durante tanto tiempo.
Cuando no hubo más preguntas, lo cual sentí mucho, quedamos al día siguiente, sobre las 10:00, a la entrada de los apartamentos para enseñarle el que le interesaba. Conforme se encaminaba hacia la puerta para marcharse pude examinarlo a la perfección. Espalda ancha y musculosa, piernas largas y fuertes, ¡y un culito…!
«Me cago en la puta. Quién lo pillara…».
A medio camino me miró por encima del hombro y, con una sonrisa muy sexy, me dijo a modo de despedida:
—Esperaré impaciente estas veinticuatro horas. —Ni un adiós ni un hasta mañana ni un que pase un buen día. Solo eso. ¿A qué se refería? ¿A que esperaba impaciente por ver el apartamento o por verme a mí?
Cuando se hubo marchado y me quedé sola comencé con un bailecito la mar de ridículo, que había visto hacer a Pedro y Jorge cuando iban borrachos, al pensar que al día siguiente lo volvería a ver. Y es que empezar así un lunes de mierda y fantasear con un martes que ya no sería de caca, me hacían pensar que el resto de la semana prometía.
El martes estaba yo a las 9:45 en la calle de los Juegos de Languedoc-Rosellón, en Retamar Sur, esperando a mi cita de trabajo. Esa mañana me había levantado antes para arreglarme como Dios manda. Había escogido un vestidito vaporoso en turquesa con estampados pequeños en muchos colores, escote alto amarrado al cuello, espalda descubierta y bastante corto (y es que si enseñas jamón no enseñes melón, o algo

así). Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y tirante para que mi espalda quedara bien a la vista y me había maquillado con discreción. Con unas sandalias de cuña que me hacían parecer más alta, pero que me hicieron conducir como si llevase aletas de buzo, había salido superemocionada a intentar vender un apartamento, y mira que esa parte de mi trabajo no es que me entusiasme mucho a pesar de la comisión que deja.

Pues allí estaba yo, toda acicalada y mirando el reloj a cada instante. Vamos, desesperada como perra en celo. Roberto no llegaba y comenzó a formarse en mi interior un mosqueo apocalíptico nuclear de la hostia. ¿Dónde había quedado el «esperaré impaciente estas veinticuatro horas»? Porque yo lo había tomado al pie de la letra.

Apareció a las 10:45 pasadas. Cuando bajó de su coche y se encaminó hacia mí yo volvía a tener la boca abierta y, seguramente, litros de baba acumulados alrededor de mis sandalias. Mi mal humor se esfumó nada más verlo. Lo observé mientras se acercaba haciéndole una radiografía tipo rastreo corporal con yodo-131. Ese pedazo de monumento bien podría competir con las siete maravillas del mundo. Cabello muy corto y castaño oscuro, tan oscuro como el gris de sus ojos, mandíbula ancha, labios sensuales, bien afeitado y un cuerpo… ¡joder, vaya cuerpo! Este tío se tenía que machacar en el gimnasio, porque tener un cuerpo así era antinatural. Llevaba puestos unos vaqueros azules desgastados y una camiseta ajustada negra. Solamente le faltaba la pasarela ya que hasta su manera de andar denotaba estilo.

Al llegar a mi altura saludó:

—Buenos días, ¿señorita…?

—¡Ah…! Noelia. Noelia Castro.

Sonrió de medio lado y añadió:

—Buenos días, señorita Castro.

—Solo Noelia —me apresuré yo.

Entramos en el portal C de la urbanización y subimos en ascensor hasta el segundo piso. Él no habló, se limitó a observarme como un depredador observa a su presa antes de atacar. Yo también estaba muda. No podía ni respirar. Las neuronas de mi cerebro, que normalmente se encargan de pensar en algo ocurrente que decir, se habían tomado vacaciones. Menos mal que el trayecto duró poco.

Al abrirse las puertas dejó que yo iniciara el camino. Pasé a su lado, rozándole el pecho con mi hombro, y toda mi piel se erizó con ese mínimo contacto. Notaba su mirada clavada en mi cuerpo y me estaba resultando una odisea recorrer el trocito de rellano sin que mis piernas flaquearan. Tampoco estaban resultando de mucha ayuda los zapatos que había escogido. Creí perder el equilibrio un par de veces y los pocos metros que separaban el ascensor de la puerta del apartamento se me hicieron eternos. Cogí el manojo de llaves para buscar la del

apartamento 2º F y, una vez localizada, abrí.
Cuando estuvimos dentro fue otra cosa. Mis neuronas cancelaron sus vacaciones para acudir en mi ayuda. Comencé a parlotear como un papagayo, empezando con una explicación sobre la buena orientación del apartamento, seguida de su fabulosa distribución, lo cerca que quedaba de la playa y las fantásticas instalaciones que tenía: dos piscinas comunitarias, pista de pádel, zonas verdes, zonas comunes y colindando con el campo de golf de Retamar.
Cuando terminé con toda esa retahíla que me sabía de memoria, lo miré y sonreí, satisfecha conmigo misma. Él seguía observándome de esa forma, con esa mirada que me intimidaba. No parecía interesarle mucho todo ese asunto del apartamento, así que, seguramente aquello sería una pérdida de tiempo.
—Me lo quedo —dijo de pronto sorprendiéndome.
«Y… ¿ya está? ¿Acabo de hacer una venta en cinco minutos?».
No me lo podía creer. ¡Si ni se había movido del sitio para verlo!
—¡Oh…! De acuerdo. Ahora solo tienes que dar la señal y nosotros nos encargamos de gestionarte lo demás.
«¡Pero si no me ha preguntado lo que cuesta! Yo, desde luego, no seré la que le diga que la compra de un piso, tal y como están las cosas, es una decisión que requiere meditarse más de cinco segundos».
—Noelia —Al escuchar mi nombre me despedí de mis reflexiones para concentrarme únicamente en el movimiento de sus labios—, me gustaría pedirte disculpas por el retraso. Yo fui quien puso la hora para venir a ver el apartamento y he llegado bastante tarde. Imagino que eso ha podido molestarte. No pretendía hacerte perder el tiempo, pero es que he tenido turno de noche y ha sido una noche difícil.
Así que era médico. ¡Oh sí!, eso le pegaba mucho. Doctor Amor.
—No pasa nada, Roberto. —Moví ligeramente la mano, restándole importancia—. ¿En qué hospital trabajas? —me atreví a preguntar.
Gracias a su disculpa me estaba dando la oportunidad de saber algo más de él y no la iba a desaprovechar. Con una sonrisa esperé impaciente su respuesta para próximamente fingir un infarto, pasarme por su hospital, como quien no quiere la cosa, y que me pudiera auscultar.
La respuesta no llegó. Levantó las cejas a modo de pregunta con cara de total incredulidad.
—¿De dónde has sacado que trabajo en un hospital?
«¡Mierda!».
—Como has dicho que salías del turno de noche pues pensé que tú podías ser… —intenté justificarme notando cómo mis mejillas se ponían como la nariz de Rodolfo el reno.
Él soltó una carcajada seca y sonora.
—No, no. Soy guardia civil.

—¡Oh… lo siento! Creí que… —La que se disculpó entonces, más que abochornada, fui yo.
—No tienes por qué disculparte —añadió divertido—. Podría haber sido médico o enfermero o forense.
Pero no. Su uniforme no era blanco nuclear, sino verde esperanza, mi color favorito.
¡Qué viva el cuerpo nacional de la Guardia Civil!
Seguimos riéndonos un rato de mi metedura de pata —él más que yo —, ya que le resultó muy divertida la suposición que había sacado acerca de su trabajo, y quedamos al día siguiente para empezar con el papeleo. Nos despedimos con un apretón de manos para sellar el trato.
Cuando llegué a casa, a eso de las 14:30, no había pasado ni un segundo sin pensar en él, en Roberto. Mientras me preparaba, o mejor dicho, me calentaba unas albóndigas de lata, llamé a Mila para contarle todo. Una vez empecé a narrarle lo que me había ocurrido en esos dos días ya no pude parar. Le expliqué con pelos y señales —y la boca llena de albóndigas— cada detalle, sobre todo del macizo de Roberto.
Con todas las preguntas que Mila bombardeaba desde el otro lado de la línea la conversación duró cerca de dos horas, que era bastante más de lo que habían durado mis encuentros con él. Estuvo aconsejándome sobre qué ponerme al día siguiente, pero todos los conjuntos que proponía me parecían un asco. Lo mejor y más sexy que tenía en mi armario ya me lo había puesto ese día. Me despedí de ella sin tener nada claro referente a mi vestuario y prometiéndole que la llamaría para contarle cómo me había ido.
Antes de irme a la cama me di un baño con sales relajantes. Me notaba los miembros agarrotados por la tensión y estuve sumergida en la bañera, hasta que el agua se quedó fría, pensando en qué ponerme para causarle buena impresión. Qué inocente fui. Daba igual si me vestía de fallera, de astronauta o de la bruja Lola. Él ya sabía lo que quería de mí y cómo conseguirlo.
Esa noche no podía dormir; la cama me pinchaba, lo que me hizo dar miles de vueltas, y el calor que sentía en mi interior tampoco ayudaba. Cada vez que pensaba que lo volvería a ver al día siguiente el corazón me daba un vuelco. De tanto vuelco pensé que me iba a dar un infarto y él no era médico ni trabajaba en un hospital, así que allí estaba yo, a las dos de la madrugada preparándome una tila doble por si las moscas. Me fumé un par de cigarros, me bebí la infusión e intenté descansar. Incluso llegué a contar ovejitas para atraer al sueño.
No quería acudir a mi cita con la cara de la Novia Cadáver y ahuyentar a Roberto como ella hizo con Víctor.

3

UNDERGROUND

Después de dos horitas de charla, en la que perdí todo el apetito y apenas pude disfrutar de mis spaghetti carbonara, me fui a casa a descansar un rato. Aunque más que dedicar el tiempo al descanso lo dedicaría a pensar, porque eso era lo único que hacía últimamente, darle vueltas y vueltas a la cabeza sumida en un círculo vicioso del que no veía salida.

La verdad es que se portaron bastante bien, y no lo merecía. Ya estaban acostumbrados a mis recaídas y, pese a que no les hacía ni puñetera gracia, las soportaban como podían. Ninguno iba a permitir que algo así volviera a enturbiar nuestra amistad como había sucedido en el pasado. Además, sabían que yo no disfrutaba con ello, más bien todo lo contrario.

Tras el impacto inicial y después de haber soltado por sus bocas expresiones que ni en la Biblia satánica aparecen, comenzaron con los consejos, los «ánimo, que tú puedes» y, por último, los besos y abrazos de oso. A eso ayudó bastante el que yo estuviera gimoteando, hipando y goteando moco a chorro durante tres cuartos de hora. Y, ¡cómo no!, para terminar de animarme, me invitaron a un chocolate caliente y me convencieron para salir por la noche a emborracharnos y olvidar las penas. Yo acepté. Y es que con todo ese peloteo no les podía decir que no, aunque me apeteciera más bien poco.

Me tumbé en la cama con los cascos puestos —la música siempre ayuda a relajarme—, tarareé las canciones, aislando los pensamientos que amenazaban con atormentarme, y desconecté de la realidad que me asfixiaba. Me costó bastante, pero por fin pude descansar algo. El chocolate caliente y la buena música hacen milagros.

Me arreglé más bien poquito: pantalón pitillo negro, jersey ancho amarillo caído de un hombro y botas negras. Eso sí, me alisé la melena a toque de plancha y me maquillé para disimular la cara de pena que lucía de un tiempo a esta parte. Un último vistazo en el espejo reflejó mi imagen y lo que vi no terminó de gustarme. Esa chica era igual a mí, cara y cuerpo conocidos, aunque los ojos carecían de alegría y no pude encontrar en ellos expresión alguna de lo que antes fueron.

Cuando sonó el timbre me puse perfume, cogí la cazadora negra y salí, esperando que la noche con mis amigos me aliviara la carga que llevaba sobre los hombros.

Pedro, Jorge y yo, nos encaminamos hacia un bar que había en el centro de la ciudad, donde Mila nos esperaba.

La noche empezó bastante bien. Unas cañitas con sus correspondientes tapas y muchas risas. Cuando ya estábamos entonados, tras varias rondas de la bebida rubia más sexy, la conversación comenzó a calentarse.
—Echad un vistazo a esos tíos. —Mila señaló con la cabeza a un grupito que reía fuertemente mirando hacia nosotros.
Ella, con su larga melena negra, sus ojazos verde esmeralda y los labios pintados de rojo, producía un efecto irresistible en los hombres. Si a eso le sumabas su metro setenta, su cuerpo curvilíneo y esbelto, y el vestidito negro, ceñido y cortísimo que llevaba, resultaba ser un arma de destrucción masiva para los tíos.
Pestañeó varias veces mirando hacia ellos y luego les lanzó un beso. Quedaron totalmente descolocados hasta que uno, digamos el más guapo (porque los otros eran así como… ¿cómo diría yo…?, mínimamente agraciados), levantó su vaso y brindó hacia nosotras. Yo comencé a reír porque sabía que Mila, si se lo proponía, conseguía cautivar a cualquier chico. Menos al que ella ansiaba conseguir.
Lo mejor fue cuando Pedro, que empezaba a aburrirse, les lanzó otro beso ocasionando que desviaran la mirada en otra dirección como si con ellos no fuera la cosa. Ahí ya me descojoné, y es que algo así se le ocurría solamente a él.
—Si en el fondo son maricones perdidos —nos aseguró con cara seria y mirada divertida.
—Sí, sí. Pero si alguno de ellos te siguiera el jueguecito, a saber qué —protestó con voz cortante Jorge.
—Vamos, cari, que es broma. Si a mí el único que me pone eres tú.
—A ti te ponen todos, Pedro. Si hasta te pone el cuadro del Eccehomo —declaró un tanto indignado.
—Pero qué lengua más larga tienes, cari.
—Normalmente no te quejas de ella.
—Ni ahora tampoco —susurró con una sonrisa pícara—. Solo digo que la tienes muy larga.
Y para demostrar que no tenía queja alguna de la lengua de su novio, agarró a Jorge suavemente del cuello y le estampó un beso en los labios ante la sorprendida mirada de todos los que tapeaban en el bar en ese momento. Hasta los camareros dejaron de atender a los clientes. Jorge, sabiendo cómo era Pedro, lo dejó hacer. Yo ya no podía parar de reír. Con ellos cerca siempre acabábamos hablando de sexo; fuese cual fuese el tema inicial terminaba derivando en la misma dirección, y en ese caso, además del rumbo que tomaba el diálogo, Pedro nos ilustró con una clase práctica.
Cuando salimos del bar decidimos, o más bien decidieron ellos, ir al Agorafobia, un garito donde los sábados por la noche tocaba la banda de Mario, Underground. Mario, además de impartir clases de inglés en

un colegio privado, componía, tocaba la eléctrica, la acústica y era el backing vocalist en su banda de rock. El grupo llevaba casi tres años deleitando con sus temas a quienes acudían a escucharles.
Sus integrantes se conocían desde el instituto. Rubén, Pinta para los amigos, era el vocalista. Siempre iba rapado al uno y estaba tatuado hasta las cejas. Claro que, tenía a medias con su hermano un estudio de tatuajes y eso le facilitaba la tinta; parecía Michael Scofield de Prison Break. Era el típico chulillo capaz de enamorar a la más frígida con el profundo azul de sus ojos, y también el amor platónico de Mila, aunque esta disimulaba, lo mejor que podía, sus sentimientos ante él. Y es que a Pinta le gustaba ir de flor en flor como a las abejas sin parar mucho tiempo en la colmena. Andrés y Micky eran el bajista y el batería, los otros integrantes de Underground.
Caminando por las estrechas y laberínticas calles del centro llegamos al Agorafobia. Al entrar tuvimos que deshacernos de las chaquetas porque allí el aire estaba bastante cargado. Underground ya había comenzado su actuación. ¡Qué bien lo hacían! Habían nacido para eso. Pedimos una copa y nos sentamos a una mesa. Tarareamos las letras de sus canciones y brindamos hacia el escenario homenajeando al grupo. No cabía duda de que éramos sus mejores fans, no obstante, cuando Underground tocaba, su música cautivaba a cualquiera que tuviese el placer de escucharles en ese momento. Y es que eran buenos, muy buenos. Pinta, con su voz de tenor impresionante en los agudos, y Mario, con voz de barítono rasgada en los bajos, transportaban al público a otra dimensión, y aunque sus letras eran en inglés, la gente las coreaba envuelta en la melodía y vibrando de emoción. Siempre despedían su espectáculo con un tema de algún grupo conocido y esa noche tocaron Half-truism de The Offspring. Cuando sonaron los primeros acordes de la canción yo comencé a hiperventilar y mi mente retrocedió año y medio en el tiempo.

One is for envy
And one just for spite
The cuts in my heart
The show in your eyes
Don´t make it better
The twisting knife
Turns all by itself…

Mario, además de componer, elegía los temas que despedían la actuación. Reconozco que Half-truism me encantaba, pero… ¿por qué elegir la canción que sonaba cuando Rober y yo nos besamos por primera vez? Él lo sabía; Mila le había contado todo. ¿Por qué precisamente esa noche que yo había aparecido en el Agorafobia

después de mucho tiempo? ¿Sería casualidad o estaría planeado? ¿Querría atormentarme aún por lo de Maite? ¿O quizá estaba teniendo los santos cojones de intentar herirme, sabiendo todo lo que había pasado, al remover mis recuerdos con aquel tema de The Offspring? Fuera como fuese, mi alegría se desvaneció como la niebla disipada por el viento. Y es que todo, absolutamente todo, me conectaba con Rober, incluso una bonita canción que inició la etapa más incierta y desconcertante de mi vida.

Me tragué mis penas como pude; el mojito ayudó a bajar el nudo que se me había formado en la garganta. Yo siempre había creído que cuando una pareja tiene una canción, al oírla resurgen todos los momentos vividos con amor, pero eso solo pasa en las películas. Intenté ocultar mi desánimo con la máscara más alegre que tenía ya que mis amigos no se merecían que les arruinara la noche con mis mierdas. Por otro lado debía evitar a toda costa que se volviera a hablar del tema, así que, con una falsa sonrisa dibujada en la cara, bailé y reí con ellos.

Cuando Underground hubo desmontado el escenario y guardado el instrumental se acercaron a la mesa que ocupábamos.

—¡Pero mira qué cuatro preciosidades se han dejado caer por aquí esta noche! —exclamó Pinta a modo de saludo.

—¡Sois fantásticos, chicos! Cada actuación vuestra supera la anterior.

—Gracias, Pedrito. —Pinta sonrió palmeándole la espalda.

—¡Niño! —gritó Pedro masajeando la parte de su espalda donde Pinta le había dejado caer la mano—, que desde que te ha crecido músculo encima del músculo debes aprender a canalizar tu fuerza.

—¡Pero mira qué tenemos aquí! —se burló Mila imitando a Pinta, clavando sus ojos en los de él—. Si son las carabelas de Colón. Tú, la Niña y la Santa María. —Señaló primero a este y a continuación a Andrés y Micky que se miraron sin saber qué decir.

—Pero qué mordaz eres, Milagritos. ¿Para tu hermano no hay piropos? —soltó Pinta retándola.

—Mi hermano tiene una buena colección de ellos guardados con llave, ¿o no recuerdas que vivo con él?

—Como para olvidarlo. —Comenzó a reírse a carcajadas mientras dirigía una mirada cómplice a Mario.

Ese comentario no sentó bien a Mila; a saber de lo que se estaba acordando. Seguro que recordaba que, en más de una ocasión, su hermano y Pinta habían llevado chicas a su casa para pasar un buen rato, como solía decir este último, y ella prácticamente las había echado a patadas. Lo fulminó con la mirada y luego añadió con una voz tan calmada que asustaba:

—Pues sí que deberías olvidarte un poco de dónde vivimos. Mi casa no es ningún hostal y los gorrones están de sobra.

Noté cómo Pinta palidecía. Su sarcasmo se había despedido por esa noche. Creo que si no fuera hermana de quien era, allí hubiera ardido Troya.
—No seas tan borde, Mila —la regañó Mario, que últimamente era lo único que sabía hacer. Aun así, Mila lo obedeció.
Tras pedir otra ronda estuvimos charlando animadamente. Pedro y Jorge preguntaban a Pinta acerca de su último tatuaje, algo parecido a un cráneo al revés con unos pinchos atravesándole las cuencas de los ojos (terrorífico). Mientras tanto, le sobaban los músculos de los brazos y, claro, él se dejaba querer, sabía que con aquellos dos no se podía. Mila conversaba con Andrés y Micky, aunque más de una mirada furtiva viajaba en otra dirección, y yo aproveché para dirigirme a Mario e intentar limar asperezas.
—Habéis estado muy bien, Mario.
—Gracias —contestó secamente.
—Hacía un tiempo que no os oía y me ha encantado volver a escucharos.
—Sí, es verdad, desde principios de septiembre.
¿Y eso qué coño era? ¿Una indirecta? ¿Estaba cabreado además de por lo de Maite por mi ausencia en sus actuaciones? Mi expresión permaneció inalterable; decidí pasar por alto su bordería.
—Bueno, pero hoy he venido y pienso seguir haciéndolo. —Le sonreí invitándole a enterrar el hacha de guerra.
—¡Ah…, claro! Has estado muy ocupada, ¿no? —Fruncía el ceño y me miraba fijamente con los ojos chispeantes de rabia—. ¿Tu rollo hoy te ha dado permiso para salir con tus amigos? ¡Enhorabuena, Noe! Progresas adecuadamente. —Terminó el comentario aplaudiendo.
Yo comencé a ponerme roja, no sé si de vergüenza, frustración o rabia. Quizá un cóctel molotov de todo. Desenterré de nuevo mi hacha de guerra dispuesta a luchar.
—Mira, Mario, antes de permitirte juzgarme, empieza contigo mismo, que desde que sales con la tía esa se te ha agriado el carácter. ¡Si hasta dejas que elija lo que debes comer, cuándo debes dormir y hasta cuándo tienes que mear! Así que… tus indirectas que apunten para otro lado.
—No, bonita, a Maite déjala al margen. Esto no va de mí, sino de ti. De estar con un tío que te anula la voluntad, te nubla el pensamiento y te mangonea a su antojo. Y tú lo sigues permitiendo. ¡Pero mira que eres patética!
Sonó tan desagradable que a punto estuve de empezar a echar espumarajos por la boca como la niña del exorcista, aunque en mi caso no se trataba de una posesión demoníaca, sino de una furia contenida que amenazaba con explotar. Nunca me hubiera imaginado que sintiera tal desprecio por mí; sus palabras fueron como puñaladas

infligidas por el más afilado y frío metal. Entonces comprendí que la elección de su último tema sí había sido para dañarme, y el muy cabrón acababa de conseguirlo con esas palabras cargadas de veneno.
Intenté respirar con normalidad, no quería darle el gusto de revelar que había logrado alterarme de aquel modo. Fue imposible. Me encontraba en un punto muerto entre la desdicha y la ira, así que solamente le dije:
—Mira, Mario, ¡por qué no te vas un poquito a la mierda!
Cogí mi cazadora, me di media vuelta y me fui con viento fresco ante la desconcertada mirada de los demás. Y es que veces es mejor estar sola que mal acompañada. Salí del local sin mirar atrás y maldiciéndome por haber accedido a salir aquella noche. Ya nada era como antes y, seguramente, nunca volvería a serlo.

4

¿ÁNGEL O DEMONIO?

¡Por fin miércoles!
Delante del espejo que había a la entrada de la inmobiliaria me daba un último repaso.
«Cabello: perfecto».
«Maquillaje: impecable».
«Indumentaria: formal».
«Desodorante… ¡mierda! Con las prisas me he olvidado. Bueno, Noe, tú tranquila. Inspira, espira… inspira, espira. Y no levantes mucho los brazos por si las moscas».
Me coloqué tras el mostrador con los brazos bien pegaditos al cuerpo y el aire acondicionado de frente para evitar ponerme a sudar como una cerda. Y no es que yo sea una persona que sude con facilidad, pero entre el calor y los nervios debía prevenir soltar un tufillo tan desagradable como el que se respira en las clases de gimnasia.
Roberto llegó a las once y… ¡vaya entrada! Solo faltaron los vítores y aplausos (estaba como un queso). El olor que desprendía su perfume impregnó toda la sala anulando el mío. Yo respiré hondo para llenarme de él y su aroma me envolvió.
—Buenos días, Noelia. ¿Lista para el papeleo? —preguntó alegre.
—Buenas, Roberto. Todo listo.
Tras depositar el importe de la señal y firmar el contrato, le informé de todos los pormenores relacionados con la compra del apartamento: cita con el notario, trámites bancarios, hipoteca, etc. Le solté todo ese rollo que me sabía tan bien sin dejar de mirarle. Era imposible concentrarse en algo que no fuera él, difícilmente podía apartar la vista de sus ojos, su boca o su cuerpo.
Cuando quedó todo cerrado, me miró, se rascó el mentón y dijo sonriendo:
—Mira, Noelia, has sido tan atenta conmigo y me has puesto tan fácil todo esto de la compra, que para agradecértelo me gustaría invitarte a cenar. O… a comer, si prefieres. Si te apetece, claro.
«¡Toma y toma!».
Eso sí era una cita sin trabajo de por medio. Noté cómo mis células comenzaban a bailar breakdance, y es que de la emoción hasta hubiera coreografiado Paquito el chocolatero.
—¡Oh…! Muy bien —contesté más ilusionada de lo que hubiera deseado.
—¿Te gusta la comida japonesa? —Se veía emocionado.

Creo que en algún momento albergó dudas de cómo me iba yo a tomar aquella invitación. Quizá pensó que no aceptaría cenar con un desconocido, pero en mi caso la negativa no era una opción. Llevaba fantaseando con ese momento desde que lo vi por primera vez.
—Sí. Japonés está bien.
«A mí como si me llevas a McDonald´s».
—¿Te viene bien el viernes a las ocho en el japonés de la calle Italia?
—Claro.
—El viernes noche, libro. Por si alargamos.
—Perfecto. —Y es que no sabía qué más decir.
Nos intercambiamos los números de teléfono por si nos surgía algún imprevisto —en mi caso ni la peste bubónica me haría anular la cita— y nos despedimos con dos besos. Yo aproveché para volver a encarcelar su olor en mis pulmones, que se encargaron de expandirlo por todo mi cuerpo. Cuando se hubo marchado me sentía tan eufórica que me puse a dar saltitos y palmaditas mientras en mi interior gritaba Tarzán utilizando mis arterias como lianas.
El jueves pasó demasiado lento. Desde el trabajo llamé a Mila que, al estar desempleada, tenía disponibilidad veinticuatro horas. Estaba impaciente por contarle lo sucedido y ella estaría esperando ansiosa mi llamada. Le hice un resumen de todo, cita incluida. Mi amiga me escuchaba superemocionada al otro lado de la línea, y es que todo lo bueno que a mí me pasara era como si le pasase a ella. Me informó de que el viernes por la noche estaría en el pub Agorafobia con los demás, por si me apetecía pasarme y presentarle a Hércules, como le había apodado ella. Le prometí que lo intentaría, pero que no dependía solo de mí.
El viernes estuve toda la jornada pensando en qué me pondría esa noche. Terminé eligiendo una falda vaquera y una blusa sin mangas, muy llamativa, que dejaba ver un poquito de carne. Me subí en unas sandalias-andamio y, ¡tachán!, sublime.
Aparqué mi coche cerca del japonés y me encaminé hacia allí.
El cuerpo me temblaba, no sé si de nervios o porque por las noches refrescaba un poco (pero es que yo soy muy chula y para presumir hay que sufrir). Conforme me aproximaba a la entrada del restaurante, lo vi. Tenía una rodilla flexionada y la apoyaba en la fachada. Se veía increíble en esa postura que acentuaba los músculos de sus piernas. Él no se percató de mi presencia, estaba muy concentrado mirando el móvil. Cuando estuve frente a él, levantó los ojos hacia mí y sonrió. ¡Dios, me iba a desmayar! Me saludó con dos besos que yo acogí de muy buena gana y entramos.
Tenía reservada una mesa. El sitio estaba a rebosar de gente, pero yo solo tenía ojos para él. Nos sentamos y dejé que eligiera el menú, pues yo poco entendía de comida oriental y lo mismo me daba por pedir

algo con patitas. La conversación en la cena fue distendida y eso permitió que mis músculos se relajaran. Hablamos de todo un poco: trabajo, gustos y preferencias, pequeños datos de nuestras vidas, estudios. Y nos reímos mucho. Me sentía muy a gusto en su compañía.
—¿Desde cuándo trabajas en la inmobiliaria?
—Casi año y medio. Aunque, la verdad, no es el trabajo de mi vida.
—Hombre, muy emocionante no es que parezca.
Su sonrisa avivó la mía.
—Pues no, pero el puesto de bala humana ya estaba cogido para cuando lo quise.
Amplió la sonrisa.
—Ya veo.
—¿Y tú cómo descubriste que ser guardia civil era lo tuyo?
—Más que un descubrimiento fue un legado familiar. Cualquiera le decía a mi padre que me iba a dedicar a otra cosa.
—Pero… te gusta tu trabajo, ¿no?
—No está mal. Dispongo de mucho tiempo libre y eso me gusta.
—Yo también tengo libres las tardes —quise que supiera.
—Pues en eso coincidimos. Siempre es bueno saberlo.
Su mirada se oscureció. Había pillado la indirecta al vuelo.
Hablando de muchas cosas, sin silencios incómodos ni espacios en blanco, pude ver en sus ojos que le atraía lo que tenía enfrente, y por mi forma de mirarle, él habría notado lo mismo. Lo del flechazo era cierto.
Cuando pagó la cuenta y salimos del restaurante me preguntó si me apetecía hacer algo más —evité contestar lo que me apetecía hacer realmente con él por si salía de allí por patas— y, tras meditarlo un segundo, le dije:
—Si quieres podemos ir a un sitio que conozco a tomarnos una copa. Actúan grupos en directo y te debo una invitación.
—Muy bien. Llévame a ese lugar —El puntito sádico en su voz no me pasó desapercibido, y el repaso que sus ojos le dieron a mi cuerpo, tampoco.
Fuimos a donde estaba aparcado mi coche; él había venido andando. No le dije que iban a estar mis amigos. Me haría la sorprendida cuando los viera. De todos modos, ellos tampoco pensaban encontrarme allí, solo Mila sabía que intentaría pasarme.
Era una pena que esa noche no tocara la banda de Mario. Los viernes actuaba Madreselva, aunque Underground lo hacía mucho mejor y por eso actuaban los sábados que era cuando más se llenaba el local.
Al subirme al coche, mi falda se subió más. Roberto me miró las piernas desde abajo hacia arriba mordiéndose el labio inferior.
«¡Muajajajaja!», se rio mi yo malvado.
Cuando arranqué sonó la música que llevaba en el reproductor.

—¿Qué escuchas? —preguntó sin apartar la vista de mis piernas.
—The Offspring —contesté empezando a ponerme un poco nerviosa.
Él siguió contemplándome, casi sin parpadear, durante todo el trayecto. Me costó la misma vida aparcar al sentirme tan observada, tenía la sensación de que trataba de desnudarme con los ojos.
No logró contenerse más y, sin llegar a salir del coche, expresó con la voz cargada de deseo lo que su forma de mirarme ya había desvelado:
—¡Joder, Noelia, estás tremenda! —Me quedé pegada al asiento (lo que es con rodeos no se andaba este chico). Vi cómo se acercaba y me susurraba algo que no pude oír; los latidos de mi corazón me retumbaban en los oídos.
Todo ocurrió muy rápido, pero al mismo tiempo lo veía como a cámara lenta. Se acercó hasta rozar su nariz con la mía, colocó una mano ardiente sobre mi muslo y, sin más, me besó mientras sonaba de fondo Half-truism. El beso duró lo que la canción ya que, gracias a que me puse más caliente que el palo de un churrero, lo besé apasionadamente. Nos tocamos y nos comimos los labios como si no hubiera un mañana. Aun así, mi cuerpo pedía más, y es que tanta escasez tenía que salir por algún lado. Esa noche salió a relucir mi lado más erótico.
Me desabroché el cinturón de seguridad y me puse a horcajadas sobre él rodeándole el cuello con mis brazos. ¡Cómo reaccionó, Dios! Apretó con fuerza la mandíbula y, agarrándome por la cintura, me acercó más a su cuerpo consiguiendo que mis faldas se subieran del todo y adoptaran la posición de un fajín. Noté su dureza y me estremecí. Sus dedos se hincaron en mis muslos cuando hizo más presión, provocando que un sonido gutural escapara de su garganta y un leve gemido de mi boca.
Cuando ya no podía estar más desbocada, se detuvo de golpe dejándome los labios hinchados y el cuerpo palpitante queriendo más.
—Noelia —Respiraba entrecortadamente—, mejor vamos a parar. No sé cuánto voy a poder contenerme.
Agarrada a su cuello lo miré, y la parte calenturienta que vivía en mí tomó el control.
—No te contengas. Déjate llevar. —Me sorprendí a mí misma diciendo eso y rozándome aún más con su cuerpo.
—¡Joder! No me lo pongas más difícil —gruñó cerrando los ojos al notar la fricción de mi sexo contra el suyo—. Me gustas mucho y, llegados a este punto, me está resultando casi imposible frenar. No es momento ni lugar, y no me gustaría ser detenido por escándalo público por algún compañero. —Una sonrisa curvó sus labios.
Roberto lo deseaba tanto como yo, pero no insistí y volví a mi asiento. Me arreglé la falda un tanto decepcionada, aunque sabía que en el

fondo él tenía razón, ya que no era lugar para darse el lote tal y como estaban las calles de concurridas.
Bajamos del coche y lo guie hasta el pub con miles de sensaciones que aún recorrían mi cuerpo.
Al entrar en el Agorafobia busqué con la mirada a mis amigos. Allí estaban ellos, fieles como siempre a aquel garito. ¡Si es que el dueño nos tendría que comisionar por la pasta que nos dejábamos y la cantidad de gente que llevábamos! Pinta, Mario y Mila echaban una partida a los dardos mientras Pedro y Jorge hablaban muy juntos sentados a una mesa. Hacía muy poco que habían comenzado su relación y estaban en plena etapa de fusión viviéndolo todo en color de rosa. Ya era hora de que se hubieran decidido a dar el paso, se gustaban desde hacía mucho tiempo y que en algún momento llegarían a ese punto era muy predecible.
Me dirigí hacia los que jugaban con Roberto pisándome los talones y mirándolo todo con curiosidad.
Cuando los tuve enfrente, guiñé un ojo a Mila y exclamé muy efusiva:
—¡Qué sorpresa! ¡¿Cómo vosotros por aquí?! —Subí la voz varias octavas para que quedara claro que el encuentro era fortuito. Me aterraba que pudiera pensar que aquello era una encerrona de niñata y se largara.
Pinta y Mario me miraron con cara de «¿esta tía se ha metido algo o es así de tonta?», pero Mila me siguió el juego y me abrazó como si hiciera décadas que no nos viéramos. Su mirada cómplice me tranquilizó y pude hacer las presentaciones sin que se me trabara la lengua.
—Roberto, estos son Mila, Mario y Rubén, unos amigos. Chicos, este es Roberto.
Pinta fue el primero en estrecharle la mano al mismo tiempo que lo examinaba evaluándolo. No se dijeron nada, aunque las miradas penetrantes que se dirigieron el uno al otro lo decían todo (gris basalto contra azul profundo). El apretón duró más de la cuenta; allí se estaban midiendo el ego. Cuando se soltaron respiré, y es que imponía ver a dos colosos con la mirada desafiante. Mario saludó con un movimiento de cabeza un tanto escéptico.
Roberto los miraba a uno y otro con el ceño fruncido, y es que mal habíamos empezado. Gracias a que allí estaba Mila, con su sonrisa de anuncio de dentífrico, para salvar la situación. Le propinó dos besos sonoros en las mejillas y, muy coqueta ella, nos condujo hasta la mesa donde se encontraban Pedro y Jorge, alejándonos de los machos alfa de la manada. Porque eso era lo que parecían.
Ella fue la que presentó a la pareja.
—Pedro, Jorge. Este es Roberto, un amigo de Noe.
—Mucho gusto. —Jorge le estrechó la mano cortésmente.

—¡Encantadísimo! —continuó Pedro imitándole.
Nos sentamos a su mesa y ellos, que eran de naturaleza sociable, no como los otros dos cardos borriqueros, y además nunca les amargaba un dulce por muy enamorados que estuvieran el uno del otro, fueron de lo más simpáticos y ocurrentes. No pararon de parlotear y preguntar. Roberto estaba bastante serio, contestaba con monosílabos a las preguntas de la pareja y no lo vi reír ni una sola vez. No había que ser muy lista para darse cuenta de que no se sentía cómodo.
Tras tomarnos una copa con la tensión latente, le propuse marcharnos, a lo que él no opuso objeción alguna; vamos, que ni la copa se terminó.
Me despedí de mis amigos y al salir nos dirigimos hacia mi coche. Una vez dentro lo observé. Estaba pensativo.
—¿Qué te ocurre? —quise saber.
Clavó sus pupilas en las mías.
—¿De verdad son esos tus amigos? —Su pregunta me dejó un tanto descolocada porque no sabía a qué venía.
—Sí —contesté sin dejar de mirarle a los ojos tratando de comprender. Entonces un miedo comenzó a expandirse por mi cuerpo. Esa nueva mirada suya no me gustaba—. ¿Por qué? ¿Pasa algo?
Se rio sin pizca de humor, negando con la cabeza, y lo noté algo nervioso. Un silencio incómodo se instaló por primera vez entre nosotros. Yo lo observaba mientras él se mantenía con la vista al frente. Se estaba debatiendo entre decirme lo que pasaba o callárselo, y yo no podía ver la expresión de su rostro para hacerme una idea.
Permanecí expectante repasándole el perfil. Quería saber qué era eso que tanto le estaba costando contarme, pero apenas lo conocía y no quise presionarlo. Así que seguí observándolo en silencio, esperando a que se decidiera. Por fin me miró a los ojos y, lo que dijo a continuación, me debería haber dado una idea de la clase de persona que era. Pero el amor es ciego y yo estaba empezando a enamorarme de él.

5

LO IMPENSABLE

Caminé rápido sin dirigirme a ningún lugar determinado. Las lágrimas que mojaban mi rostro, nublándome la visión, se mezclaban con las gotitas de lluvia que comenzaban a caer, y el móvil no paraba de sonar, vibrándome en el bolsillo trasero del pantalón. No quería contestar segura de que era alguno de ellos pidiéndome que volviera.

Cuando llegué a casa me dejé caer en el sofá. Estaba totalmente derrumbada y empapada. Mario se había pasado, no tenía ningún derecho a hablarme de aquella manera. El desprecio que acumulaban sus palabras era ilógico; jamás me había hablado como lo había hecho esa vez. Últimamente ni me dirigía la palabra, pero lo prefería antes que eso.

Miré las llamadas pérdidas de mi móvil y me sorprendió ver que había tres de él.

«El muy cabrón».

Me levanté y fui al dormitorio para secarme un poco y ponerme el pijama. Quería dormir, dormir hasta envejecer.

Únicamente me había dado tiempo a quitarme la chaqueta cuando sonó el timbre de la puerta. Sin pensarlo dos veces, salí desbocada a decirle a quien fuera (Mila, Pedro o Jorge) que me dejara tranquila, que me apetecía estar sola y olvidar el tema. Necesitaba la soledad más que nunca.

Agarré el pomo tan fuerte y abrí con tanto ímpetu que me estampé del impulso contra el pecho de Mario. Me quedé petrificada mirándolo a los ojos y, a continuación, toda mi rabia contenida estalló en fuegos artificiales.

—¿Qué coño quieres ahora?

Expulsó lentamente todo el aire que había sido capaz de acumular en sus pulmones para enfrentarse a mí, pero poco aire era para lo que le esperaba. Estaba tan cabreada que si me daba la mínima oportunidad lo empujaría para que rodara por las escaleras, así para otra vez mediría mejor sus palabras.

Tras unos tensos segundos, que mi mente aprovechó para idear la patada perfecta, se decidió a hablar:

—Mira, Noe, siento mucho todo lo que ha pasado.

—¡Me importa una mierda lo que sientas!

—Venga, tía, deja que me disculpe.

—¡Vete a tomar por culo, Mario!

—¡Joder, Noe! No me apetece volver a discutir contigo; que sepas que

no he venido hasta aquí para eso. Me siento fatal por lo que te dije antes y necesito arreglarlo. No me quiero sentir así. —Su rostro se veía airado, en cambio sus palabras estaban llenas de arrepentimiento.
No me importó.
—¿Así cómo? —pregunté sarcástica.
—Pues, así. Un mierda… un mal amigo… un ser despreciable.
—¡Es que eso es justo lo que eres, Mario! ¡Un despreciable amigo de mierda!
Tan alto fue mi tono que mi vecina del tercero salió a llamarnos la atención. Indignadísima, lo agarré del brazo y lo metí de un tirón en mi casa, cerré de un portazo y dejé a la loca del tercero hablando sola. Una vez dentro me crucé de brazos frente a él. Tenía la ropa y el pelo húmedos por la lluvia y el verde de sus ojos brillaba más que de costumbre. Se le veía tan atractivo y a la vez tan vulnerable que mis defensas cedieron un poco.
—Es que no hay excusas. Ni perdones. Me has hecho daño, Mario, y no lo esperaba de ti. No tienes derecho a juzgarme y menos de esa manera. —Mi voz esa vez fue más suave.
—¡Mierda, Noe! Ya lo sé —admitió irritado—. Pero es que me saca de mis casillas saber que sigues viéndolo. No me puedo hacer a la idea.
«Entonces, ¿la permanente cara de mosqueo no es por lo ocurrido con Maite? ¿Todo es a causa de mi relación con Rober?», pensé extrañada.
—Vamos a ver, Mario. A mí tampoco es que me guste Maite, como ya sabes, pero eso no me da ningún derecho a ponerme borde contigo. —El tono neutro que utilicé fue para hacerle entender que aunque yo no tragara a su novia lo había respetado.
—¡A la mierda, Maite! —gritó asustándome— ¡Esto va de ti!
—¡Pero si esta mañana ni me hablabas! —grité también—. ¿A qué viene todo esto ahora?
—A que me preocupas. Y quiero que sepas que no me dirijo demasiado a ti para evitar que pase lo que esta noche ha pasado. ¡Joder, Noelia!, ¿tan enamorada estás de él? ¿Tanto lo necesitas que no te das cuenta de que ese tío no te conviene? —preguntó con pena y exasperación.
«Otra vez con lo mismo pero cambiando las formas. ¡Qué pesado es!».
—Lo que yo sienta o deje de sentir es problema mío. Y si tantas quejas tienes de él no entiendo cómo puedes estar repitiendo el mismo discurso que me soltó cuando os conoció. Rober, al igual que tú, pensaba que no me conveníais, y también se enfadaba. ¿No te parece casualidad? —Pretendí ser irónica. Necesitaba que comprendiera que ninguno de los dos tenía potestad sobre mí.
—Pero a él sí le hiciste caso y te alejaste de nosotros. Incluso de mi hermana.
Eso era una verdad a medias. El que nos distanciáramos se debió a las

circunstancias, y aunque Rober tuvo mucho que ver, nunca me lo pidió directamente. Mario tenía parte de razón, pero no le iba a permitir una diatriba sobre moral, menos aún, cuando él últimamente escaseaba de ella.
—Mario, ¡hasta aquí! Mejor vete.
Pude ver en su cara la sorpresa reflejada al ver que lo estaba echando, aunque no abrió la puerta para marcharse como yo esperaba. Se quedó ahí observándome atentamente; quieto, sin decir nada, asimilando lo que acababa de decirle. Y de repente, en un impulso desesperado, redujo el corto espacio que nos separaba y me abrazó. Me abrazó fuerte y tembloroso.
—No me pidas que me aleje, Noe. No lo hagas. Ya he estado alejado demasiado tiempo. —Sonaba sincero y… ¿atormentado?
Sí. Sabía que Mario era una persona dulce y leal que no dejaba al descubierto sus sentimientos así como así. Lo conocía bien para sospechar que en el fondo no sentía todo lo que me había dicho y que estaba arrepentido por la crueldad de sus palabras. No obstante, allí estaba yo, con los brazos caídos en los costados y más tiesa que un palo porque su abrazo impulsivo me había descolocado.
Él continuó apretándome fuertemente, rodeándome con los brazos la cintura —su corazón latía desbocado amenazando con salírsele del pecho— como si pensara que de un momento a otro me fuese a escapar. Escondió su cara en el hueco de mi cuello y no pude ver las emociones que pasaban por ella, pero yo sabía que Mario tenía miedo de que esa discusión terminara con nuestra amistad para siempre.
—Por favor, Noe. No me eches de tu vida.
Y en ese instante, toda mi furia se desmoronó como un castillo de arena expuesto al oleaje. Se veía tan angustiado que la tristeza me invadió. Subí mis brazos lentamente por su espalda y lo abracé notando cómo sus músculos se relajaban y perdían la tensión que estaban soportando. Estuvimos abrazados en silencio durante lo que quizás fueran horas, aunque a mí me parecieron minutos. Rodeada por su cuerpo me sentía bien, y ese era el primer paso para recuperar a mi amigo.
Levantó la cara de mi cuello y me miró.
—Gracias, Noe. No sabes lo que esto significa para mí. —Su alivio era evidente.
—Y para mí —admití haciendo un puchero.
Sonrió cálidamente y besó mi mejilla. Al rozar su ligera barba contra mi piel sentí un escalofrío y sonreí también.
—Me he sentido muchas veces mal por pasarme contigo, pero ninguna como esta. Me he pasado tanto que creí que ya no habría manera de arreglarlo. Gracias de nuevo.
—Yo sí que me he sentido mal. Si hasta me daba corte ir a tu casa a

buscar a tu hermana por si me encontraba de frente contigo y con tu mala leche. —Su sonrisa se ensanchó por mi comentario; él sabía que lo que yo estaba diciendo era cierto.
—Joder, Noe. Lo siento de verdad. —Aun sabiendo que su disculpa era sincera y que ya no parecía estar tan molesto, intenté arreglar el origen de todo aquello.
—Sabes que lo que pasó a principio de verano fue una broma, o eso pretendíamos. No queríamos que terminara así. En ningún momento fue nuestra intención dañar a Maite, por muy gilipollas que sea. Tienes que entender de una vez por todas que no conocíamos su alergia, si no, no lo hubiéramos hecho.
—Ya sé todo eso y está olvidado. Sé que mi hermana y tú juntas tenéis más peligro que un zombi intentando comértela, pero ya me explicó Mila todo.
Si no me llega a estar sujetando de la cintura me caigo de culo al suelo.
—Entonces… ¿por qué no me hablabas o cuando lo hacías parecía que te costara hacerlo?
Se quedó pensativo antes de responderme.
—Pues… al principio, sí que estaba mosqueado; por mucho que mi hermana tratara de justificar lo vuestro yo no lo veía. Después, decidí pasar de malos rollos, y la única manera de hacerlo era pasar también de ti.
Abrí los ojos como platos ante aquella explicación.
—Vale, Mario. Me acabas de llamar mal rollo y no entiendo por qué.
—No te enfades. —Me sonrió acercándome más a él. Su mirada me traspasó—. Lo siento de nuevo, no me he expresado bien. Lo que intento decirte es que saber por todo lo que estabas pasando, por culpa de ese hijo de puta, no me facilitaba el volver a ser contigo el de antes, porque tú se lo permitías. Cada vez que mi hermana me contaba algo me hervía la sangre. Al fin y al cabo eres mi amiga y lo que te pase me afecta. Yo tengo mis motivos y, aunque no lo creas, tenía que alejarme de ti.
No logré entender del todo lo que me trataba de explicar, pero al comprender que él tenía sus razones lo abracé fuerte. Ya le había perdonado todo.
Tras unos cuantos perdones y arrumacos más me pidió que volviera con él al pub. Yo no me sentía con ganas, así que le dije que se quedara a charlar un rato. Dudó un segundo; luego, se quitó la chaqueta y comprendí que había aceptado mi invitación. Preparé dos gin-tonics, puse música de fondo y me senté junto a él en el sofá.
Lo notaba un tanto incómodo, se había bebido media copa de un trago y no paraba de crujirse los dedos. Era normal, habíamos estado a punto de echar por la borda años de amistad.

No paraba de revolverse, como si el sofá estuviese relleno de púas en lugar de espuma. Ahí había algo más.
—¿Qué pasa, Mario?
Movió los labios para decir algo, sin embargo las palabras no salieron. Como lo vi tan indeciso, le di un toquecito con mi rodilla en la suya y sonreí para dejarle claro que me podía contar lo que fuera. Me miró a los ojos; los suyos revelaban miedo y recelo, y eso no me gustó. Mario estaba sufriendo por algo y necesitaba contarlo. Quizá yo no fuera la persona idónea para sus confidencias, solo Mila lo era, pero a falta de pan, buenas son tortas, así que volví a probar.
—Puedes confiar en mí. Lo sabes, ¿verdad?
Apoyó los codos en las rodillas, sujetándose la cabeza entre las manos, y se presionó las sienes. Su malestar era obvio.
—Es que… no sabría por dónde empezar.
—Empieza por donde te apetezca, no te agobies.
—Ya estoy agobiado y aún ni he empezado —habló muy bajito, como para sí mismo. Entonces pude ver en sus labios la fina curva de una sonrisa infeliz.
Él me había ayudado en el pasado estando a mi lado y era el momento de devolvérsela, así que puse mi palma sobre su espalda y la froté para que se tranquilizara. Lo que le ocurría no podía ser tan malo. Se tensó por un momento; su cuerpo quedó totalmente paralizado por mi contacto, pero yo ignoré esa reacción y seguí acariciándole la espalda, quería transmitirle tranquilidad.
De pronto se incorporó dándome un susto de muerte, cogió mi cara entre sus manos y, mirándome a los ojos, me besó. Fue un beso tierno, cargado de dudas y miedo. Un beso suave y cálido. Un beso dulce y sencillo. Un simple roce de labios. No había desesperación en aquel beso, tampoco connotaciones sexuales. Sus labios ejercieron una mínima presión sobre los míos y… duró un instante. Al retirarse me observó. Había timidez en su mirada, también preocupación y… algo más. ¿Una pregunta implícita?, ¿miedo a un rechazo?, ¿remordimientos? No lo analicé mucho, no pensé demasiado en las consecuencias, no me importó que fuera hermano de quién era. Solo sé que todos mis sentidos reaccionaron a ese beso de una forma irracional y que cada una de mis células despertó de su estado de letargo.
Entonces me descubrí a mí misma deseando que aquel beso hubiese durado más. Lo conocía de siempre, lo sé. Lo consideraba mi amigo, también lo sé. Pero era guapísimo y eso complicaba mucho las cosas. Además, lo que nunca, jamás, hubiera imaginado, es que ese roce de labios me provocaría mariposas en el estómago. De manera que, sin pensarlo dos veces, me apreté contra él y lo besé. Quería volver a experimentar esa maravillosa sensación.

Él respondió a mi beso y lo hicimos más profundo. Entreabrimos nuestros labios y rozamos nuestras lenguas; al principio tímidamente, permitiendo que se conocieran, después con más confianza. Exploramos nuestras bocas y nos mordimos los labios apasionadamente. Acariciamos nuestros cuerpos, aumentando el calor del momento, y descubrimos la excitación que nos provocaba tocarnos. Me senté a horcajadas sobre él que, al instante, introdujo sus manos por el interior de mi camiseta y me acarició la espalda. Las yemas de sus dedos recorrieron mi columna, desde abajo hacia arriba, causándome escalofríos. Ese simple roce en mi piel me erizó todo el vello del cuerpo. Yo recorrí con mis manos sus brazos, sus hombros, su tórax. Reposé mi palma sobre su corazón encabritado, el mío lo acompañaba al galope. Todo aquello era nuevo para mí. Estaba descubriendo íntimamente a esa persona que tan bien conocía. Sus manos se deslizaron lentamente por mis costados hasta llegar a mi pecho, donde se detuvieron. Inhaló bruscamente antes de comenzar a acariciarlo. Yo arqueé la espalda, gimiendo de placer, y pegué mi pelvis a la suya notando su dureza en mi entrepierna. Nos movimos rozándonos mientras nos besábamos con deseo. Sin darnos prisa, sin hacer una pausa para tomar aliento. Conforme las caricias se volvían más intensas nuestras respiraciones comenzaron a acelerarse. Sus manos descubrían mi cuerpo, las mías se acostumbraban al suyo. El deseo por lo carnal terminó de invadirnos y nos dejamos llevar por la sed de nuestros cuerpos. Nos deshicimos torpemente de nuestras ropas mojadas; necesitábamos sentir el contacto de la piel contra la piel. La melodía de fondo se vio alterada por nuestros suspiros y gemidos. No podíamos detenernos, o no queríamos. Nos exigíamos más. Concentrados el uno en el otro lo que pasara en el exterior no importaba en aquel momento.

De pronto se detuvo y me miró.

—¿Estás segura, Noe? —Su voz temblaba y respiraba trabajosamente.

Sabíamos lo que estaba a punto de ocurrir; podía ver en sus ojos que él lo deseaba. Aun así, Mario quería estar seguro de que yo deseaba lo mismo. Lo observé por un momento, sin contestar. Sus penetrantes ojos verdes se clavaban en los míos y su boca entreabierta inhalaba con dificultad. Me gustó lo que vi; el rostro infinitamente bello de un hombre; un rostro sensual, seductor, atractivo. No vi el rostro de un amigo, sino el de un amante. A mí siempre me había gustado Mario exteriormente, pero lo que más me atraía de él era su interior, su forma de ser, la persona en su totalidad.

¿Cómo no lo había advertido antes? ¿Cómo no me di cuenta si tan bien lo conocía?, ¿tan ciega estaba? Mario sentía algo por mí. Pero la pregunta más importante era… ¿yo podría llegar a sentir algo más que amistad por él? La respuesta resonó amplificada en mi cabeza con una

claridad meridiana.
«Sí, sí, sí y mil veces sí».
—Nunca he estado más segura.
—No te sientas presionada. Sé que a estas alturas ya imaginas lo que me pasa, y yo sé que a ti no te ocurre lo mismo. No lo voy a tomar a mal.
—No me siento presionada en absoluto, Mario. No sé exactamente lo que te ocurre, aunque creo que tiene que ver conmigo. —Sonreí un tanto avergonzada—. Estoy segura de querer seguir porque sé que no me voy a arrepentir. Simplemente, lo sé. Simplemente, porque eres tú.
Respiró aliviado y me volvió a besar con labios trémulos.
Hicimos el amor suavemente, disfrutando de cada contacto, conociéndonos en lo íntimo, en lo sexual, en lo emotivo. Nos dimos besos tiernos y delicados, respirándonos en nuestras bocas, enredando nuestras lenguas. Descubrimos miles de sensaciones nuevas conforme nos acariciábamos cobardemente, entrelazando nuestros cuerpos para que ni un centímetro de la piel de uno se viera privada de rozar la del otro. Era maravilloso lo que Mario me provocaba; creo que yo producía las mismas sensaciones en él. No había prisa por finalizar aquel acto. Sus embistes era lentos, pausados, suaves, y yo encajaba con su cuerpo a la perfección mientras lo acompañaba en ese vaivén tan placentero. Diminutas gotas de sudor perlaban su frente y sus pestañas le acariciaban los pómulos al mantener los ojos cerrados. Me resultó infinitamente erótico verlo tan entregado —y para qué negarlo, también me puse a cien—, así que busqué el placer extremo que exigía mi cuerpo y aceleré el movimiento. Agarrado a mis caderas profundizó las penetraciones. Nuestras respiraciones se intensificaron y, cuando llegamos al punto culminante de ese acto realizado con tanto amor, fue como la erupción de un volcán, como un meteorito atravesando la atmósfera y dejando una estela de convulsiones en nuestros cuerpos.
Me abrazó intensamente hasta que nuestras respiraciones deceleraron y retomaron su ritmo, y una vez estabilizados, nos acurrucamos juntos en el sofá y seguimos besándonos. Mario no solo me había proporcionado placer, con él me había sentido amada y respetada; sus besos y caricias así me lo hacían entender. Abrazada a él, con mis piernas enlazadas a las suyas, suspiré lánguidamente mientras mis ojos se cerraban. Noté cómo se movía para coger una manta, que depositó sobre nuestros cuerpos desnudos, y así, entre sus brazos conocidos y escuchando de fondo Scars de Papa Roach, me fui amodorrando.

I tear my heart open, I sew myself shut
My weakness is that I care too much
And my scars remind me that the past is real

I tear my heart open, just to feel…

Al igual que la letra de la canción, mi corazón también estaba abierto y desgarrado, aunque preparado para sentir de nuevo, y, quizás, Mario fuese la persona perfecta. Con ese pensamiento, la música de fondo y aferrada a él, me rendí al sueño.

6

AMIGOS Y ALGO MÁS

Pegada al asiento del coche no daba crédito a lo que oía. Aquellas palabras no podían estar saliendo de su boca.
—Es que me parece increíble que una chica como tú se rodee de gente como esa.
—¿Y se puede saber a qué te refieres con «gente como esa»?
—¡Venga ya, Noelia! —exclamó como si mi pregunta fuese una estupidez—. ¡No te pegan nada! ¿En serio consideras amigas a esas personas? —Su tono rezumó desprecio.
«¡Si no los conoces!».
—¡Pues sí! —afirmé alzando la voz—. ¿Es qué tienes algún problema?
—¿Yo? Ninguno —contestó rabioso—. Si a ti te parece bien pasar tu tiempo con dos chulos que no tienen ni media hostia y una tía que se nota a leguas que le va la marcha, ¡perfecto! Pero… ¡¿con dos maricones?! Es que no va nada contigo, Noelia.
Mientras esas palabras cargadas de odio salían de sus labios, un frío glacial se fue apoderando de mí y dio paso a una ira descomunal.
—¡Pero a ti qué coño te pasa! —grité ferozmente empujándolo contra la ventanilla del coche—. ¿Qué problema tienes con ellos? ¡Si no te has dignado a hablarles ni has hecho por conocerlos! ¡Y a mí tampoco me conoces una mierda para saber lo que me va o no!
Creo que mis bramidos y bufidos se oyeron en toda la manzana. Pero es que mandaba huevos la cosa. ¿Cómo se atrevía a menospreciar de aquella manera a mis amigos, a odiarlos y prejuzgarlos de esa forma? Ese comportamiento era intolerable, así que le pedí que bajara de mi coche.
Me dedicó una mirada furibunda, tensó la mandíbula y respiró profundamente. Cuando habló, la tonalidad de su voz me resultó áspera, amarga y repugnante, aunque lo más repulsivo fueron sus palabras:
—Tú te lo pierdes, nena. —Abrió la puerta del coche y plantó un pie en el asfalto—. Tendría que haberte follado antes sin importarme nada, porque perteneces a la misma clase de gente que ellos.
Cerró de un portazo y se marchó dejándome destrozada, herida en lo más profundo y decepcionada de la vida. Para una vez que un hombre me gustaba de verdad —y hablo de gustar a lo bestia— resultaba ser un cretino de mierda además de un homófobo. ¿A qué clase de gente se suponía que pertenecíamos? ¡Si éramos de lo más normal! Y… ¿a qué clase de gente pertenecía él? ¿Por qué le habían desagradado

tanto mis amigos? Pinta y Mario estuvieron bastante antipáticos, eso podía reconocerlo. Pero ¿los demás? Mila había estado supercorrecta, mucho más que de costumbre. Le había dado la confianza justa para que pudiera sentirse cómodo. ¿De dónde cojones sacaba que le iba la marcha? La marcha fúnebre es lo que iba a terminar haciendo él cuando Mila se enterara de sus comentarios. Pedro y Jorge eran infinitamente agradables con todo el mundo, y con él no habían hecho una excepción. Ninguna de sus preguntas fue comprometida. No me podía creer que su aversión se debiera únicamente a su condición sexual.

Llegué a casa sin saber cómo; había conducido todo el camino sin apenas ser consciente de la carretera. Mi cabeza seguía dándole vueltas a sus palabras y me acosté intentando encontrarle una explicación a todo aquel sinsentido.

A la mañana siguiente, cuando me miré en el espejo del baño, tenía los ojos hinchados y más ojeras que Eduardo Manostijeras. Me había pasado la noche llorando y maldiciendo mi mal criterio para elegir pareja. ¿Cómo era posible que una persona mostrara dos versiones diferentes de sí misma en tan corto período de tiempo? Me acababa de topar con el Dr. Jekyll y Mr. Hyde, y aunque no era una explicación muy lógica que digamos, fue la única que se me ocurrió. Menos mal que era sábado y no tenía que ir a trabajar, porque me encontraba fatal física y psicológicamente.

Tras tomarme un café cargado y darme un buen baño, llamé a Mila para contarle lo ocurrido. Me escuchó en silencio, algo raro en ella, pero cuando acabé de relatarle lo sucedido la noche anterior, una gran cantidad de improperios salieron despedidos de su boca.

—¡Hijo de la grandísima puta! ¡Cabrón baboso! ¡Calzamonas! ¡Homófobo de mierda! ¡Ladilla asquerosa! ¡Malfollado! ¡Mamarracho de circo!… —Y así durante diez minutos en los cuales yo no dije ni mu por si también pillaba algo.

—¿Te has desahogado ya? —pregunté con un puntito de diversión en la voz. La verdad es que sus palabras me hicieron sentir un poco mejor, porque eso era justo lo que yo pensaba de él en aquellos momentos—. Con lo que yo despotriqué de él anoche y todos tus halagos de esta mañana, le tienen que pitar los oídos a base de bien.

—¡Ojalá le reventaran! —Suspiró varias veces—. Sí, ya he terminado. Creo que he dado fin a todos los insultos existentes. No obstante, si me acuerdo de alguno más, te llamaré para gritarlo a gusto. —Me eché a reír con su ocurrencia, ya que era muy capaz de llamarme, incluso en la madrugada, si le venía a la cabeza otro insulto apropiado—. Pasa página, Noe, no te comas el tarro. Mejor así. Se ha quitado el disfraz a tiempo y has podido ver al mamonazo que hay debajo. Esto te evitará muchos quebraderos de cabeza en el futuro.

—Pues sí. ¡Pero es que me doy una pena! No me sale bien ninguna relación, y… Roberto me gustaba de verdad, Mila.
—Lo sé, guapa. Ya habrá otros que te merezcan más. Tú vales mucho, y ese tío, aunque esté muy macizo por fuera, no vale una mierda por dentro, que al fin y al cabo es lo que cuenta —me reconfortó.
Cuando colgué me sentía algo más animada. No había nada como saber que podía contar con ella para aliviar tensiones. El simple sonido de su voz me consolaba, y sus consejos estaban tan llenos de verdades que me hicieron ver todo desde otra perspectiva. Roberto no era el hombre que encajaba ni conmigo ni con mi modo de ver la vida.
Esa noche decidí no quedarme en casa lamentándome de mí misma. Me arreglé y me fui al Agorafobia a ver si la música de Underground me levantaba la moral.
Cuando entré no había dado comienzo el espectáculo. La banda estaba preparando el escenario; aún era temprano y el local estaba medio vacío. Mila y la pareja no habían llegado todavía, así que fui a la barra y pedí una copa, mirando a mi alrededor.
Mario estaba afinando el instrumental, sin embargo, al percatarse de mi presencia, dejó la guitarra y vino hacia mí.
—¿Qué tal, Noe?
—Hola, Mario. Aquí, a escucharos un rato y a disfrutar —dije aparentando normalidad.
Él bajó la cabeza y se metió las manos en los bolsillos. Estaba pensativo y cuando me miró vi arrepentimiento en sus ojos.
—Noe, siento mucho haber pasado de ti y de tu amigo anoche.
«Mierda pa to mi casta».
Había intentado dejar en mi casa el recuerdo de esa mala experiencia encerrado con candado en un baúl imaginario, que Mario acababa de abrir con una puta llave maestra.
—Te observé y noté que estabas pasando un mal rato. Tenías la cara descompuesta y… lo siento. De verdad. —Lo que él no sabía era que la descomposición de mi cara no había sido a causa de su indiferencia, sino a la actitud de Rober con ellos.
—No te preocupes, Mario. Él ni es mi amigo ni creo que lo sea nunca. No debería haberlo traído aquí.
Levantó las cejas sorprendido.
—¿Es qué ha pasado algo?
—Nada que tenga importancia. Solo que me hice una idea equivocada de él.
—¿Y eso?
Yo no tenía ganas de contarle la mierda de cita que había tenido, así que le resumí lo ocurrido, omitiendo lo peor, ya que sabía que se mosquearía bastante y no quería desconcentrarlo para la actuación.
—Pues que a él no le caísteis lo que se dice bien. Tiene una manera de

pensar algo retrógrado y no me terminaron de gustar sus formas. Además, como mis amigos sois vosotros, lo mandé a tomar viento fresco.
Una sonrisa curvó sus labios y yo le respondí con otra. Sin decir nada más, me dio un beso en la frente y se dirigió al escenario. Mario era un hombre de pocas palabras, pero la expresión de sus ojos lo decía todo. Yo me quedé allí, sonriendo como una imbécil, sabiendo la suerte que tenía de contar con su amistad.
Cuando llegaron Jorge, Pedro y Mila, ya me había sentado a una mesa. Tomaron asiento a mi lado y, hablando de trivialidades, esperamos la salida de Underground. Ninguno sacó a relucir el tema, aunque sé que todos estaban al tanto; Mila ya se habría encargado de ello. Interiormente se lo agradecí, ya que no tenía ánimos de revivirlo una y otra vez.
La actuación fue tan espectacular como siempre, dado que su compenetración era máxima. Las chicas, enloquecidas, les tiraban hasta las bragas (y no exagero). Cantamos, bailamos, brindamos y mi alegría fue creciendo por momentos eclipsando la pena que se había instalado en mí. No había mejor medicina para la tristeza que una sobredosis de ellos, de mis amigos.
Underground puso el broche de oro a su actuación con Paper Shoes de Incubus. El público saltaba, coreando la letra, y nosotros nos unimos a esa masa de exaltación y locura.

I fly
I soar
This I adore
And then like a locomotive
The sound of your sorrow comes.
I´m tired of the way it feels
I only apologized to you to make you feel better
But I think I´ve outgrown that horsehair sweater.
I´d rather be on my own
You´re about as reliable as paper shoes in bad weathers…

Aplausos, vítores e incluso peticiones obscenas se dirigían al grupo. También nosotras contribuimos.
—¡Tíos buenos!
—¡Guapos!
—¡Quitaos la ropa! —Este era Pedro, por supuesto.
—¡Os quiero en mi cama! —Y esta, alguna salida.
Solamente he nombrado algunos piropos de los muchos que se oían, y es que, subidos a aquella tarima, se les veía poderosos, sexis. Muy apetecibles, vamos.

Se reunieron con nosotros al poco rato. Mario se sentó a mi lado y, sin darse cuenta, volvió a abrir la caja de mierda.
—Noe, respecto a lo que hemos hablado antes… no he querido preguntar más de la cuenta por si no te apetecía hablar, pero quiero que sepas que aquí nos tienes para lo que sea.
—Lo sé. —Le acaricié tiernamente la mandíbula. Y era verdad que lo sabía.
—Es que no quiero que te sientas mal por cómo actué ayer. Ya me conoces, no me suelo abrir a todo el mundo. Pero si ese tío te gusta, intentaré ser más… no sé… más… lo que sea, la próxima vez.
—No busques la palabra apropiada, Mario —dije partiéndome de risa. Lo conocía lo suficiente como para saber que Roberto no le había gustado, aunque el pobre estaba intentando enmascararlo por mí—. No creo que haya una próxima vez. No te rayes, tú no has tenido nada que ver. Simplemente no hay conexión entre nosotros.
—Me alegra saberlo. Quiero decir… me alegra saber que no tengo nada que ver, no que me alegre de que no haya funcionado.
—Cállate, Mario. —La mandíbula me dolía de tanto reír—. Que lo estás arreglando.
Me dio un empujón cariñoso, poniéndome cara de no haber roto nunca un plato y, como buen entendedor que era, cambió de tema.
Cuando llegué a casa y me metí en la cama los recordé allí arriba: tan seguros, tan enérgicos, tan fuertes, tan sexis. Y sonreí en la oscuridad de mi habitación. También me vinieron a la cabeza Pedro, siempre con su buen humor haciendo o diciendo alguna tontería, y Jorge, intentando contenerlo. No me pasó desapercibido el sutil cambio en la expresión de Mila. Ella estaba observando a su hermano con orgullo, pero al desviar sus ojos y posarlos en Pinta, vi cómo ese orgullo se transformó en deseo. Me vino la risa tonta al revivir la conversación que Mario y yo habíamos mantenido y que no nos había llevado a ninguna parte. Así de peculiares eran mis amigos. Unas peculiaridades que hacían que me sintiera orgullosa de ellos y no lo contrario.
No había estado tan mal salir. Como resultado había comprendido el significado y el valor de ciertas cosas, y a darle prioridad a según qué sentimientos. Esa gente a la que Roberto tanto había despreciado me demostraba, día a día, su amistad. Ellos eran mi familia, mi vida, y todo lo demás carecía de importancia.

7

AMIGOS O… ¿ALGO MÁS?

Cuando desperté me sentía dolorida; todos mis músculos estaban entumecidos. Enfoqué la vista y descubrí que me encontraba en el salón. Debía de estar bien entrada la mañana ya que los rayos solares se colaban a raudales por la ventana incidiendo sobre las gotas de lluvia, que quedaban perezosas sobre el cristal, y dispersando el espectro de un arcoíris en todas direcciones. Pestañeé varias veces hasta que mis pensamientos se hubieron asentado. Al mismo tiempo que noté su presencia recordé lo sucedido la noche anterior. Pegado a mí, con un brazo alrededor de mi cintura, se encontraba Mario totalmente desnudo. Yo también lo estaba. Por el sonido regular de su respiración supe que dormía. La proximidad de su cuerpo me proporcionó una calidez que nació en el interior de mi pecho y se extendió como ríos de lava, por toda mi red celular, difundiendo impulsos placenteros hacia un área más concreta de mi organismo.

«Qué gusto si pudiera despertarme así cada mañana, con un chute tan satisfactorio de adrenalina».

Sonreí con la idea. Yo me conocía bien, sabía que me hacía ilusiones demasiado pronto y ya era hora de tener los pies puestos sobre la tierra.

Analizándolo todo un poco más llegué a la conclusión de que no debía concluir nada, de manera que dejé de darle tantas vueltas a los acontecimientos recientes para permitir que fueran yendo y viniendo a su antojo. Pero es que mi vida sentimental siempre había sido un desastre. Primero Luis, a los quince años. Fue una relación más bien light, ya que a sus catorce primaveras era tan infantil que aún jugaba a Playmobil. El amor nos duró lo que se dice nada. A los diecisiete comencé a salir en serio con Óscar. El primer año fue muy bien, la verdad. Con él tuve mi primera relación sexual, y a pesar de que ambos éramos novatos y estuvimos de pena, no nos importó porque estábamos enamoradísimos; o eso creía yo. Con el tiempo fuimos adquiriendo experiencia, nuestra relación se consolidó y comenzamos a hacer planes. Pero como parece que estoy maldita, un buen día decidió presentarme formalmente a sus padres y a partir de ahí todo se fue a la mierda. Desde el principio su madre me cogió ojeriza. Yo la apodé La malvada bruja del Oeste, aunque era tan sumamente mala que acaparaba también el Norte, el Sur y el Este. Manipuló tanto a Óscar que terminó rompiendo conmigo argumentando que yo no era lo suficiente buena para él. Menudo gilipollas con complejo de Edipo.

Me dejó tan hecha polvo que no supe reponerme fácilmente. Nadie terminaba de llenarme, de modo que en varios años solo había mantenido relaciones esporádicas que no me aportaban nada. Hasta que llegó Rober. Él sí que me llenó, entre otras cosas de mierda. Nuestra relación fue bastante extraña desde el principio; tanto que aún no sabía con certeza si estábamos juntos o no. Si no lo estábamos, perfecto, pero en caso afirmativo, acababa de ponerle unos buenos cuernos con Mario. De todas formas él nunca estuvo al cien por cien.

Mario, en cambio, no había huido en mitad de la noche como hacía el obtuso de Rober. Estaba allí, tumbado y abrazado a mí, ocupando casi todo el espacio de aquel minúsculo sofá y durmiendo plácidamente. Volví mi cara con cuidado para no despertarlo y me fijé en sus facciones. El aura que percibí a su alrededor, procedente del baño de luz solar, le daba un aspecto etéreo, como si de un ángel celestial se tratara. ¡Era increíblemente guapo! Con los ojos cerrados, sus largas pestañas negras le rozaban los pómulos, y su ceño no estaba fruncido, sino relajado. Tenía la boca entreabierta y pude dibujar mentalmente el contorno de sus labios. Con el dorso de mi mano rocé suavemente su pómulo, pero me supo a poco, así que deslicé mis dedos a lo largo de su mejilla hasta llegar al mentón, moteado por una barba incipiente que me hizo cosquillas. Sin abrir los ojos retiró su brazo de mi cintura y, elevándolo hacia su cara, se rascó la zona donde había recibido mi caricia. Dicho movimiento dejó su torso al descubierto.

«¡Dios, qué regalo para la vista!», pensé.

Volvió a abrazarse a mí y siguió durmiendo. Aprovechando su letargo me empapé de cada detalle de su torso. Tenía todos los músculos marcados sin llegar a excederse. Era atlético y fibroso en el punto exacto que a mí me gustaba. No era el típico chico de gimnasio de músculos voluminosos y camiseta de tirantes metida en la espalda. Su masa muscular estaba justo en el índice apropiado.

Al observarle no pude evitar compararlo con Rober, aunque las comparaciones sean odiosas. Rober tenía un cuerpo musculado, trabajado a base de horas, mientras que el cuerpo de Mario era pura genética. Lo que le sobraba a Rober de cuello para abajo le faltaba de cuello para arriba (cuerpo denso y compacto, cerebro ligero y vacío). Si tantos defectos le veía, ¿por qué no paraba de pensar en él?, ¿por qué no salía de mi cabeza de una puta vez?, ¿por qué no podía disfrutar de aquel maravilloso momento sin que este se viera empañado por su recuerdo? Al final Mila iba a tener razón y yo era un poco masoquista, o quizá mi mente se negaba a olvidarlo.

Aparté la imagen de Rober de mi cabeza y volví a concentrarme en el rostro de Mario. Dormido parecía más joven, casi no se le notaba la arruguita que tenía entre las cejas y que le daba siempre ese aspecto de enfado. Sus carnosos labios me seducían hipnóticamente,

tentándome a la lujuria, y su cabello revuelto había perdido toda la disciplina que era capaz de soportar, que no era mucha. No pude evitar volver a rozarle la mandíbula con mis nudillos.
Entonces, abrió perezosamente los ojos y me sonrió. Mi pecho, henchido de emoción como resultado de aquella maravillosa sonrisa, decidió palpitar desbocado. Mientras me perdía en la profundidad de ese océano que eran sus ojos verdes, acercó su boca a la mía y me besó. Al despegarnos, un rubor rosáceo tiñó nuestras mejillas; claro, habíamos pasado la noche juntos, nos acabábamos de despertar, también juntos, y nos habíamos besado sin lavarnos los dientes primero. Y no es que oliéramos a estercolero, no, pero la situación era un tanto incómoda, creo que para ambos. Nos conocíamos desde siempre, aunque nunca habíamos llegado a ese punto de intimidad. Le dije «buenos días» con la boquita pequeña, a lo que contestó con otra sonrisa. Entendí que él tampoco pretendía hablar, así que decidí darme la vuelta para no apuñalarle con mi aliento matutino.
Permanecimos quietos y en silencio. Su brazo, alrededor de mi cintura, me mantenía pegada a su cuerpo, y con sus dedos dibujaba circulitos en mi vientre. El movimiento de su pecho al respirar me acariciaba la espalda, calentándome la piel con cada inspiración que tomaba. Fueron unos instantes maravillosos, sin embargo era consciente de que en algún momento tendríamos que movernos. La cuestión era que yo, lo que se dice en cueros, no iba a salir para contonearme por todo el salón hasta llegar al baño y más con la claridad que había, y si me enrollaba la manta al cuerpo, el que quedaba totalmente expuesto era él y eso sería inhospitalario por mi parte. Imaginaba que, en una situación tan embarazosa, se sentiría tan cortado como yo. De manera que allí seguimos, retraídos y a la vez disfrutando del momento. Aferrados a nuestros cuerpos desnudos dejamos pasar silenciosamente los minutos sabiendo que aquel maravilloso paréntesis en el tiempo tendría que acabar tarde o temprano.
Mario acercó la nariz a mi pelo e inhaló intensamente antes de besarme la coronilla. Tanta sensibilidad en sus acciones provocó que volviera a darme la vuelta y comenzara a besarlo (a la mierda el aliento matutino), cuando llamaron a la puerta y los dos saltamos del sofá dejando nuestra desnudez exhibida como Adán y Eva en el jardín del Edén.
—¡Abre, capulla! ¡Te estoy oyendo! ¡Sé que estás ahíííí!
La voz cantarina de Mila se oía amortiguada tras la puerta. Mario y yo nos miramos a la cara espantados.
Sin detenerme en echar una ojeada al resto de su cuerpo, le indiqué con movimientos espasmódicos que se metiera en mi habitación. En cambio, él sí me dio un buen repaso antes de coger su ropa, hecha un

ovillo, y adentrarse en la oscuridad de mi dormitorio. Yo lo imité y entré con mi ropa arrugada tras él, se la lancé a la cara y descolgué de la percha una bata —estilo abuela— con la que me cubrí rápidamente al tiempo que salía. Cerré la puerta tras de mí.
Respiré tres o cuatro veces profundamente antes de abrir.
—¡Joder, tía, lo que has tardado! —se quejó mientras me empujaba a un lado y entraba en mi casa.
—Es que estaba en la cama. —Noté cómo me ardía el cuello, y eso era síntoma de que el rubor iba ascendiendo hacia mi cara—. ¿Qué quieres, Mila? —Ella se dio la vuelta y me miró muy seria, dándome a entender que no tenía que querer nada en concreto para visitarme. Llevaba razón—. Lo siento —me disculpé al mismo tiempo que cerraba la puerta de entrada—. Es que no he dormido bien —mentí.
Hacía tiempo que no dormía tan ricamente, en toda la noche no había tenido ni un solo sueño retorcido. Ella, suavizando la mirada, tomó mis manos.
—Yo sí que siento que el idiota de mi hermano te jodiera la noche.
«Nunca mejor dicho. O mejor dicho, que me jodiera anoche».
—No pasa nada. Estoy bien.
—¿En serio? Porque el comemierdas se pasó tres pueblos. No ha venido a dormir. Seguro que se fue con la zorrilla esa. Aún no he podido cantarle las cuarenta, pero ya lo pillaré.
Cuando dio a entender que Mario había pasado la noche con Maite, aunque me constaba que no era el caso, una punzada de celos me perforó la boca del estómago y una pregunta me resonó en los oídos. ¿Cuántas veces habría hecho Mario el amor a Maite de la misma manera en que me lo había hecho a mí? No quería ni pensarlo, el solo hecho de imaginarme la escena me produjo náuseas. Mario en la intimidad era tan diferente: tan cálido, tan erótico, tan suave y a la vez tan excitante.
—Bueno, ¿me vas a invitar a un café o qué? —Su tono imperativo interrumpió mis cavilaciones.
No tenía ni idea de la hora que era, pero intenté excusarme de la mejor forma.
—Lo siento, es que tengo muchas cosas que hacer y no puedo entretenerme. ¿Nos vemos esta tarde en el Agorafobia y te invito a uno bien largo? —Intenté convencerla poniendo cara de corderito degollado.
Ella hizo una visualización completa del desorden del salón, calculando la cantidad de cosas que yo tendría que hacer, cuando clavó la mirada en los dos vasos a medio beber que había sobre la mesita auxiliar y, alzando las cejas, muy sorprendida, preguntó:
—¿Estuviste de fiesta anoche y no me invitaste? ¡Y yo preocupada por tu estado de ánimo! Muy mal, Noe. Muy mal.

A mí los colores me iban y me venían, intensificándose por segundos. Arrugó los ojos para estudiarme y, tras sacar sus propias conclusiones, me miró fijamente y preguntó en un susurro:
—¿No estará ese hijo de puta por aquí otra vez? —Al ver que yo no le contestaba comenzó a ponerse escarlata—: ¿Noeee?
«Tierra, trágame».
Porque el hijo de puta al que se refería, el que había dormido conmigo esa noche, no era otro que su hermano y no quién ella imaginaba.
—¿Está aquí todavía? —Mila elevó la voz a conciencia.
¡Mierda!, ¿por qué tendría que complicarse tanto mi vida siempre?
La puerta de mi habitación se abrió de pronto, sobresaltándonos a las dos, y al volver la vista vimos salir de ella a un Mario cabizbajo, incómodo y… vestido, gracias a Dios. La perplejidad que Mila reflejaba en su rostro me resultó incluso cómica. Como en las pelis de dibujos los ojos se le salían de las órbitas y la mandíbula le caía inerte, de modo que su boca quedó abierta de par en par. Solo le faltaba que le saliera humo de las orejas. Un poema, vamos. Nos miraba a uno y otra sin entender todavía lo que en su mente, seguramente, ya se estaba proyectando.
—Mario ha venido hace un rato a disculparse por lo de anoche. Estábamos hablando cuando has llegado —intenté sonar creíble.
—¿Hablando en tu dormitorio? ¿Acaso crees que soy estúpida?
—¡Nooo! Pa-ra-ra na-da-da —comencé a tartamudear por los putos nervios y busqué los ojos de Mario para lanzarle un mensaje telepático de SOS, pero el pobre creo que estaba más acojonado que yo. Y es que cuando Mila se ponía en ese plan daba muchísimo miedo.
—Este no ha venido ahora —dijo convencida.
—¿Y cómo sabes tú eso? —pregunté haciéndome la valiente, aunque en lo más interno de mi ser me azotaban unos fuertes temblores sísmicos.
Sonrió, malvada, y empezó a enumerar con sus largos dedos.
—Primero, no ha dormido en casa y en algún sitio ha tenido que hacerlo. Segundo, anoche salió media hora después que tú y no volvió. ¡Y tercero! puso más énfasis a su voz—, porque mi hermano jamás se tomaría una copa a estas horas, lo que me hace suponer, y creo acertar, que esa copa es de anoche.
«Mierrrdaaa pa la Mila Holmes esta de pacotilla».
Comenzó a dibujarse en su boca una sonrisa que quedó congelada a mitad de camino. Y en lo que dura un segundo, todo rastro de diversión malévola le había desaparecido del rostro para dar paso a una expresión de total desconcierto al descubrir la verdad.
—¡Os habéis acostado! —El tono que utilizó era de repulsión absoluta, como si eso fuese pecado capital—. ¡Seréis asquerosos! —gritó moviendo enérgicamente los brazos—. ¿En qué coño estabais

pensando? —preguntó iracunda. Para ella, por lo visto, era imposible e impensable que algo así pudiese llegar a suceder.
—Mila. Es tu hermano, no el mío.
Quise que entendiera la diferencia, pero lo único que captó fue mi afirmación de que había sucedido realmente. Comenzó a respirar con violencia mientras paseaba por todo el salón murmurando frases sin sentido. Ninguno le preguntó por lo que decía; preferíamos no saberlo. Tan solo nuestros ojos tuvieron valor de seguir sus movimientos. Nuestros cuerpos, en cambio, no se atrevieron a moverse de donde estaban. Si aquello duraba mucho íbamos a echar raíces. De pronto se paraba y nos miraba, para acto seguido continuar con sus murmullos y su maratón.
—Tranquilízate —le pidió Mario suplicante.
Por fin había reaccionado, porque por un momento pensé que lo que había en mi salón era un maniquí de alguna boutique de moda masculina y no él. Alguien tenía que intervenir, ya que me pude ver comiéndome las uvas en bata de guata si alguno no la paraba.
—¿Que me tranquilice? ¡¿Que me tranquilice?! ¡Y una mierda!
—Mila. No es lo que parece —murmuró él.
«¡Ah… ¿no?!».
Lo miré sorprendida. ¡Menudo cobarde! Entonces Mario se encontró con dos pares de ojos que le pedían respuestas. Los de ella, encolerizados. Los míos, decepcionados.

8

EMOCIONES ENCONTRADAS

La semana transcurría lenta. Muy lenta. La atmósfera estaba demasiado cargada para el mes en el que estábamos y hacía un calor infernal. En el trabajo pasaba el tiempo como podía. Los minutos parecían horas y las horas, lustros.

El jueves amaneció el cielo encapotado; se preveía tormenta. Falta hacía, la verdad, a ver si un buen aguacero se llevaba el sofoco que se respiraba.

Mientras caminaba, observaba cómo las nubes grises emigraban hacia otros lugares en su lento desfile. A veces, cuando era pequeña, salía de casa a recibir la lluvia con los brazos abiertos. Me encantaban los días grises adornados con nubarrones densos, porque, cuando descargaban, podía chapotear en los charcos.

Cuando llegué a Inmosahara, Tony, mi jefe, me esperaba con un dosier entre sus manos.

«¡Mierda! Hoy, sí trabajaré».

—Noe, cariño. Tienes que acercarte a Retamar.

«Ni buenos días. Será gilipollas».

—¡Buenos días, Tony! —recalqué con retintín. Ni se percató—. ¿A dónde me tengo que acercar exactamente?

—A la calle de los Juegos de Languedoc-Rosellón. —Una alarma comenzó a sonar en mi interior—. El señor Amo necesita que vayas, esta misma mañana, a asesorarle sobre unas reformas antes de firmar la hipoteca.

—¡Eso no es competencia mía! —me quejé.

—Lo sé, Noe. Pero lo primero son las exigencias del cliente, así que vete para allá y dile todo lo que quiera saber; no vaya a arrepentirse.

Salí de allí echando humo. No me podía creer que el muy cretino me hiciera esto después de cómo terminó nuestra cita de mierda. Conduje rebasando el límite de velocidad y de forma temeraria a ver si, con un poco de suerte, sus compañeros me paraban y me quitaban los puntos del carnet de un tirón. De ese modo le daría plantón y al mismo tiempo tendría una buena excusa que dar a mi jefe. Y si no, que hubiera llamado a su puta madre para orientarle sobre las dichosas reformas.

Llegué a Retamar antes de lo previsto; por pisar de más el acelerador tocaba joderse. Allí estaba él, apoyado en su coche, con los brazos cruzados sobre el pecho. Nada más verlo creo que sufrí un infarto de miocardio, ya que me faltaba la respiración, el corazón amenazaba

con salírseme por la boca y sentía punzadas agudas en el pecho (lo que suele ser un poco de ansiedad, pero es que yo soy muy dramas). Me bajé del coche y fui a su encuentro. Al ver que no se inmutaba, pasé de largo por su lado y me dirigí al portal. A la mierda los formalismos y las pantomimas; él me había puteado y yo no iba a olvidarlo tan fácilmente. Me siguió, primero con la mirada, y cuando intuyó que no iba a haber ningún amago de conversación por mi parte, dirigió su bonito culo tras de mí. Entré en el ascensor y pulsé el dos. Las puertas mecánicas comenzaron a cerrarse con un sonido metálico, que silenció sus palabras, dejándome a mí dentro y a él fuera. «Espera, Noelia», había podido leer en sus labios un segundo antes de su cierre total. No sabría explicar el alivio que sentí por el simple hecho de que tuviera que subir por las escaleras; no lo quería cerca de mí; no en un espacio tan pequeño como para tener que compartir el mismo oxígeno. Al llegar a la segunda planta las puertas del ascensor se abrieron y me di de bruces contra él. Estaba algo fatigado y respiraba con dificultad.

«¡Jódete, por gilipollas!».

—Vamos… Noelia… para un poco… ¿vale? —me pidió casi ahogándose.

Le puse la palma de la mano en el pecho, lo empujé hacia un lado, apartándolo de mi camino, y me dirigí al 2º F. Mientras abría, solamente se oía el tintineo de las llaves a causa del temblor de mis manos. Una vez dentro, le dije de malos modos:

—Dime qué coño quieres hacer.

—Pues… —dudó—. ¡Joder, Noelia! Me importa una mierda este sitio. Solo quería volver a verte y me pareció una buena excusa.

¡¿Que le importaba una mierda ese sitio?! ¿Quién era el imbécil que invertía un dineral en algo que le importaba una mierda?

Sin terminar de escuchar su perorata me di la vuelta sobre mis talones, para salir por donde había entrado, cuando él, con más reflejos que una mangosta, me agarró de la muñeca y de un tirón brusco me estampó contra su pecho. Al respirarle, noté cómo su aroma me invadía, la atracción que el simple roce de su cuerpo me provocaba. Sentí cómo se erizaba mi vello al contacto con su piel. ¿Por qué todas aquellas sensaciones por ese hombre? La única respuesta que supe darme es que me gustaba demasiado. El temblor pasó de mis manos a todo mi cuerpo.

—Lo siento, Noelia. De verdad que lo siento.

—No hay nada que sentir, Roberto —dije a duras penas—. Esa cita fue una gran equivocación. No nos parecemos, pertenecemos a mundos totalmente distintos y no vemos las cosas de la misma manera. Lo mejor será que tú sigas tu camino y dejes que yo pueda seguir el mío.

Hice propósito de liberarme de su abrazo, pero él me sujetaba con

fuerza.
—Y… ¿ya está? —Se veía totalmente alarmado. Por la expresión de su cara supe que se negaba a aceptar que lo nuestro terminará así. Aunque era de estúpidos llamar «lo nuestro» a una cita que no llegaba a ser ni eso; el morreo no contaba después de todo lo que me había dicho.
—¿Qué consideras que debo hacer? —pregunté con sarcasmo—. Te portaste como un verdadero cabrón, heriste mi orgullo en lo más hondo e insultaste a mis amigos a primera vista. Por no decir lo sucia que me hiciste sentir con tus últimas palabras. Con todo lo que hiciste, ¿se supone que debo perdonarte?
—Lo siento. Olvídalo todo, por favor. Perdóname —me pidió en tono suplicante, abrazándome muy fuerte. Los músculos de sus brazos se tensaron tanto alrededor de mis costados que casi no podía respirar.
—¡Roberto, suéltame, por favor! —le rogué sin apenas aire en los pulmones.
—No puedo y… no quiero. Llevo toda la semana pensando en ti. No puedo sacarte de mi cabeza. Quiero otra oportunidad. —reclamó desesperado.
«Pero ¿quién coño se cree para exigirme nada?».
—Por favor, Noelia, te lo suplico. —Sus ojos grises al borde de las lágrimas—. Te demostraré que no soy la clase de persona que crees. Déjame conocerte y conóceme tú también. —Y el hijo de la grandísima puta ya me tenía casi convencida.
Entre sus ojos velados, la angustia que percibí en sus palabras y lo que provocaba en mí, me sentí una mosca atrapada en una tela de araña. Me removí entre sus brazos para poder mirarlo fijamente. Aquel hombre que tantas sensaciones me arrancaba me inspiraba muy poca confianza.
—Muy bien. Vamos a conocernos, y vamos a empezar a hacerlo ahora mismo. ¿Por qué te comportaste así el viernes? ¿Por qué ese cambio tan radical? —pregunté furiosa conmigo misma por darle la oportunidad de que me terminara de convencer
—No lo sé, Noelia. Creo que no le caí demasiado bien a tus amigos y eso me hizo decir todas aquellas gilipolleces. Me sentí fuera de lugar y me dejé llevar por mi rabia. —Por fin comenzó a relajar los brazos permitiendo que mis pulmones se pudieran saciar de oxígeno.
«Menuda excusa de mierda».
—Pero… ¡si no te hicieron nada! —Ante su flaqueza, retrocedí un paso y me libré de su agarre—. Y aunque lo hubieran hecho, eso no te da derecho a decir lo que dijiste de ellos. No los conoces, no sabes cómo son, no tienes ni puta idea de nada acerca de ellos.
—Míralo desde mi perspectiva. Ponte en mi lugar. —Su tono era tan lastimero que parecía que el insultado hubiese sido él—. Que yo te

presente a mis amistades y dos de ellas te miren mal nada más conocerte, que uno se te esté insinuando descaradamente y que dos tías te estén gastando bromas obscenas cuando a ti lo que te pone son los tíos. —Yo por entonces tenía la boca abierta. ¿En qué se basaba para decir que Mila se le había insinuado? ¿Y a qué clase de bromas obscenas se refería? O yo tenía un lapsus de memoria o él se había hecho una película a su antojo. Me miró sonriendo y continuó, cambiando de tema sutilmente. En eso era experto, ya me daría cuenta —. Cierra la boca, nena. Esa cara me recuerda a cuando nos vimos por primera vez.

—¿Y qué cara puse? —pregunté mosqueada.

Yo no podía verme la expresión y lo mismo se me había quedado cara de imbécil integral y por eso se estaba riendo el muy gilipollas.

—Pues esa misma que pones ahora. Solo que los ojos te brillaban de fascinación y no de ira. —Su comentario me resultó de lo más creído, sin embargo tengo que admitir que aquello que decía era cierto, porque me acordaba del efecto que causó en mí cuando lo había conocido días atrás.

—A lo que estamos, Roberto, no me cambies de tema. —Me notaba muy alterada por la situación y sus constantes cambios de conversación no hacían otra cosa que irritarme más.

Volvió a poner el semblante serio.

—Pues eso. Que me sentí mal. Yo tengo más edad que tus amigos. Los pulsos con la mirada ya quedaron atrás. En cuanto a los gais, pues… ¿qué quieres que te diga? Prefiero no tenerlos demasiado cerca. Me incomodan.

—Eso es injusto. Pinta y Mario, sí que estuvieron un poco secos. Pero Mila no trataba de seducirte y… ¿Pedro y Jorge? ¡Por ahí no, Roberto! ¡Por ahí, sí que no! Si no te gustan es tu problema, así que te pido respe…

—Perdona —intervino cortando mi discurso ético—, ¿quién coño es Pinta? —Otra vez se salía por la tangente.

—¡Oh…! Es Rubén, el de la cabeza rapada.

—¡Joder! Si hasta el apodo lo tiene de chuloputas.

—Te equivocas y mucho. —Notaba cómo mi cabreo iba subiendo peldaños—. El apodo es por los tatuajes de su cuerpo. ¿Lo pillas?

—Peor me lo pones. —Se carcajeó.

«¡¿Qué coño le pasa a este tío?! Qué rabia que en el siglo veintiuno aún haya personas que anden por el quince».

—Creo que paso de todo esto. Tenemos distintas maneras de mirar el mundo y no nos vamos a poner de acuerdo. —Volví a darme la vuelta para marcharme.

—No tenemos por qué estar de acuerdo en todo. —Agarró mis manos, envolviéndolas con las suyas—. Yo quiero conocerte, y me gustaría

tener la oportunidad de que tú también me conozcas. El resto me trae sin cuidado.
—¡Pero no debería ser así!
—¿Así cómo? —Su tono fue de incredulidad, como si no entendiera el origen de mi enfado.
—No debería traerte sin cuidado lo que a mí me importa tanto —le aclaré—. Si es verdad que quieres conocerme, tendrías que hacer también por conocer esa parte de mí que tan poco te gusta. No aceptaste a mis amigos desde el minuto cero. Te cerraste en banda. ¿Tengo que suponer que me quieres conocer solo por partes? ¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte solamente con lo que es de tu agrado? Y el resto, ¿qué? ¿Lo guardamos en el fondo de un cajón y nos olvidamos? No va así la cosa, Roberto.
—No lo sé, Noelia. Haré el esfuerzo.
—¡Es que no tendría que suponerte ningún esfuerzo! —Su falta de humanidad me desquiciaba, porque lo único que me estaba afirmando, con palabras camufladas, era el desprecio que sentía por la gente a la que yo tanto amaba.
—Dame tiempo, por favor. Necesito que me des otra oportunidad.
Lo miré a sus profundos ojos grises y, aunque me sentía cautivada por ellos, no me creía sus palabras. Después de lo ocurrido el pasado viernes no me hacía mucha gracia que digamos, volver a encontrarme con Mr. Hyde. Pero el deseo que reflejaba su mirada, la desesperación en su voz, y lo total y extremadamente bueno que estaba, me hicieron ceder. La romántica que vivía en mí trataba de convencerme, argumentando que él había pedido perdón. Y la verdad es que así era.
—De acuerdo. Intentaré olvidar lo de la otra noche y empezar de cero.
—Sonrió de medio lado y yo hice lo mismo. Esa sonrisa me encantaba.
—¡Gracias, Noelia! —Apretó mis manos en un gesto de conformidad —. No te vas a arrepentir.
—Eso espero. Y que te quede claro que no estás obligado a relacionarte con mis amigos, pero ellos son parte de mi vida y eso no va a cambiar. Si no te ves capaz de contener tu lengua, dilo ahora para que no perdamos el tiempo.
—Te puedo garantizar que no me oirás decir nada ofensivo a tus amigos.
—Entonces, perfecto. —Y como la persona débil que siempre había sido, decidí creerlo.
Lo miré sin dejar de darle vueltas a la conversación anterior, y decidí preguntar:
—Roberto. Contéstame a esto solo si quieres. Cuando has dicho que tienes más edad que mis amigos. ¿A qué edad exactamente te refieres? ¿Cuántos años tienes?
Lo pensó un segundo antes de responder:

—Treintaiuno.
«¡La hostia puta. Me lleva nueve años!».
—¡Oh…!
—¿Decepcionada? —Sonrió. Sin embargo la alegría no se reflejó en sus ojos.
No estaba defraudada en absoluto. La verdad era que lo suponía más o menos. Además, estaba tremendo tuviera la edad que tuviera, pero eso no se lo iba a decir.
—Pues sí que eres mayor que ellos, y… que yo también.
—Ya imaginaba. ¿Cuántos tienes tú?
—Veintidós. —Y cuando lo dije me sentí muy niña a su lado. De pronto tuve miedo de que saliera corriendo. A mí la diferencia de edad me traía sin cuidado, aunque ignoraba lo que pensaba él.
—Pues son unos veintidós increíbles. —Sonrió de nuevo y esa vez su sonrisa pareció muy sincera. Daba la impresión de que los años que me llevaba tampoco le importaban.
—Gracias —musité tímidamente—. Tus treintaiuno tampoco están nada mal.
Bajé la mirada, notando que me ponía roja como un tomate, y él soltó una carcajada auténtica. A continuación alzó mi mano y, besándola, susurró:
—Empecemos de nuevo. Hola, soy Roberto, pero me llaman Rober, y… me gustas mucho. —Se me escapó una risilla nerviosa y chillona; sus palabras habían provocado que la temperatura de mi cuerpo ascendiera unos cuantos grados.
Aun así, logré decir:
—Hola, soy Noelia. Para los amigos, Noe. Y tú también me gustas mucho.
En sus pupilas pude ver un relámpago de placer. Tragó saliva con dificultad, apretó la mandíbula y me acercó más a él hasta que rozamos nuestros labios.
—Encantado de conocerte de nuevo, Noe. —Sonó muy erótico cuando sus labios pronunciaron el diminutivo de mi nombre.
A continuación me besó con anhelo y desesperación. Cerré los ojos perdiéndome en ese beso, fundiéndome en su boca; la intensidad con la que me besaba era arrasadora. Me rodeó fuertemente con sus brazos. Sus manos eran posesivas al recorrer mi cuerpo, apretando con fervor las zonas donde había más carne. Me gustó su manera de besarme y aún me gustaron más todas las reacciones desesperadas que yo le provocaba. Cuando despegó sus labios de los míos estaba totalmente alterada. Recorrió mis brazos desde los hombros hasta entrelazar sus dedos en los míos.
—Me gustas mucho, Noe. De veras. Desde que te vi tras aquel mostrador no has salido de mi cabeza. —Sonreí porque eso mismo me

pasaba a mí—. No te dije en serio que te tenía que haber follado. No es verdad. Contigo me apetece mucho más que eso. No quiero un polvo, lo quiero todo contigo. Siento mucho si te hice sentir mal. De verdad que lo siento.

Volví a besarlo como consecuencia de las promesas implícitas en sus palabras. Se veía totalmente arrepentido y me estaba asegurando que conmigo quería algo más que un simple rollo.

—¿Qué te parece si mañana vienes a mi casa a cenar? —propuse encantada de la vida—. De esa manera podremos seguir conociéndonos.

—Dime hora y dirección y allí estaré. —Me gustó con la determinación que lo dijo, la sensualidad que enmarcaba dicha afirmación.

Era un embaucador nato. Desde el minuto uno supo cómo llevarme a su terreno, pero yo estaba tan hechizada por su embrujo, que cuando vine a darme cuenta de la clase de persona que era fue demasiado tarde; me había enamorado total e irremediablemente de él.

9

EXPLICACIONES

Me estaba quedando helada con la bata de guata cruzada a la cintura, sin nada debajo, y con los pies descalzos. Mario seguía en silencio con la vista clavada en Mila, y ella lo miraba con morros dando golpecitos con el pie en el suelo; se estaba impacientando. Las dos lo observábamos esperando a que se decidiera a hablar, esperando a que, de una puñetera vez, encontrara las palabras adecuadas para hacerlo. Siempre había sido algo reservado y hallarse en tal situación le incomodaba, sin embargo él sabía que ambas necesitábamos algunas explicaciones. Yo tenía la certeza de que a su hermana le diría la verdad y confiaba que conmigo hiciera lo mismo.

¿Qué es lo que tenía que pensarse tanto? Quizá lo que había pasado entre nosotros solo había sido un calentón y estaba inventando un pretexto justificado para salir del paso. Esperaba que no. Deseaba que lo que había experimentado entre sus brazos fuera auténtico.

—Me gustaría saber, antes de hacerme vieja y morir, qué coño hay entre vosotros. ¡Si hasta hace nada ni os soportabais! ¿Qué es lo que ha cambiado?

Por fin Mila había hecho la pregunta que más me interesaba que respondiera. Miré a Mario y él a mí. Los dos sabíamos que su hermana no se marcharía sin obtener una respuesta convincente, o mejor dicho, varias. Yo también necesitaba algunas. Necesitaba conocer su nivel de implicación, tener la seguridad de que lo que había pasado entre nosotros no había sido a causa de un impulso, y esperaba que ese amor que me había demostrado, al besarme y acariciarme como lo había hecho, fuese real y no amplificado por mi falta de cariño.

—Mila, lo que pasó anoche, pasó sin más. No fue algo premeditado, simplemente pasó. No vine buscando nada. Solamente quería disculparme, pero la situación me dio el valor necesario para hacer lo que tenía que haber hecho hace tiempo y… no me arrepiento de lo ocurrido.

Esto último lo dijo mirándome a los ojos; en los suyos se reflejaba el miedo. Le resultaba tremendamente difícil dejar sus sentimientos al descubierto, eso me constaba, y por eso me supo tan bien. Mi vista comenzó a empañarse. Mario no estaba arrepentido, es más, quería hacerlo desde tiempo atrás. Me invadió una profunda calidez que se instaló en mi pecho —noté mi corazón inflarse como un globo a punto de explotar— y dejé de sentir frío. Una lágrima logró escapar y rodó por mi mejilla. Él me observaba tenso, creo que intentando adivinar

qué pasaba por mi cabeza, aunque los nervios no se lo permitían. Mario había dado el primer paso y estaba más asustado que yo. Dejamos de notar la presencia de Mila por un instante y, mirándonos intensamente, nos transmitimos un centenar de sentimientos. Vi en sus intensos ojos verdes el deseo de amarme, la necesidad de protegerme, las ganas de demostrarme y dármelo todo. Aquel momento, pese a que nuestros cuerpos no se rozaran, fue uno de los más íntimos de toda mi existencia, y Mila lo estropeó.

—¡Que estoy aquí! —Paseó una mano delante de mi cara para sacarme de mis pensamientos.

Me volví hacia ella con los ojos cargados de emoción y rompí el lazo visual que me unía a Mario. Ella parpadeó un par de veces al advertir lo frágil que me sentía en aquel momento —nos conocíamos tan bien que las palabras sobraban a la hora de entendernos— y su expresión cambió tornándose más suave, más comprensiva, más dulce. Esa era la Mila que siempre me consolaba, la que sabía ponerse en mi lugar y me apoyaba.

—¡Venga, Noe! —dijo en tono cariñoso rozando mi mejilla con el dorso de su mano para apartar las lágrimas que me cubrían el rostro —. Si no estoy tan enfadada. Solamente un poquito. Tenéis que entenderme también a mí. —Nos miró a ambos antes de continuar—: Jamás se me hubiera pasado por la cabeza la idea de que mi hermano y mi mejor amiga se enrollaran. ¡Es que aún no me lo creo! Pero conozco bien a ese capullo… —Señaló con un movimiento de cabeza a Mario—, y sé que si ha logrado decir todas esas cursiladas es porque siente algo grande por ti. Y tú no te hubieras liado con él de no sentir algo también, aunque aún no lo sepas. Tenéis que darme tiempo a que me haga a la idea —añadió con una sonrisa tierna—, porque me va a resultar extraño ver cómo os coméis la boca en vez de mataros con la mirada. Reconozco que al principio me ha impactado, la verdad. Pero bien pensado… ¿quién mejor que mi mejor amiga para mi único hermano, por muy gilipollas que sea a veces? —concluyó, sonriendo abiertamente.

Mario no daba crédito a lo que Mila decía; el asombro en él era palpable. Creo que se había preparado para un discurso infinito o incluso para un ataque a lo Matrix por parte de su hermana. Lo que su expresión dejaba claro es que esas palabras rebosantes de compresión y cariño no se las esperaba.

Ella se acercó y me besó la húmeda mejilla, luego fue hasta él y lo abrazó. Sé que Mila disfrutó ese abrazo; hacía mucho tiempo que no se demostraban lo mucho que se querían. Nos miró varias veces con una sonrisa extraña plasmada en la cara.

—Me largo —soltó, de pronto, encaminándose hacia la puerta de salida—. Tenéis aún mucho de lo que hablar y yo estoy deseando

contárselo a Jorge y Pedro. —Agarrando el pomo de la puerta se volvió hacia su hermano—: Mario, más te vale que no juegues a dos bandas y menos con Noe de por medio. Díselo a Maite hoy mismo. Lo digo por tu bien. —Y señalándome a mí, añadió—: Y tú, entierra de una puta vez el pasado. Ya has sufrido bastante, no dejes que te hagan más daño, ¿vale?

Sin esperar contestación, por parte de ninguno, se marchó. Conociendo a Mila sabíamos que eso no había sido una sugerencia, sino más bien una orden.

Una vez solos volví a sentir cómo un frío glacial congelaba mi cuerpo. Me abracé la cintura y miré a Mario que, a paso lento y vacilante, fue acercándose hasta quedar frente a mí. Seguí con los ojos el movimiento de sus manos, sin pasar por alto el leve temblor que había en ellas. Las elevó hasta sujetarme la cara y me obligó a mirarlo. Clavé mis pupilas en las suyas y, sin darme tiempo a tomar el aire que me faltaba, me besó profundamente, provocando que todo mi interior se sacudiera con violentas oleadas de placer como respuesta a su contacto. Sin dejar de besarme, agarró la bata por la solapa y la bajó pausadamente hasta que mi hombro quedó al descubierto. Sus labios siguieron ese mismo recorrido. Yo no pude hacer otra cosa que inclinar la cabeza, exhibiendo más el cuello, para dejarles paso a sus húmedos besos que empezaban a causarme un ardor creciente en todo mi cuerpo.

No estaba acostumbrada a ese tipo de caricias, a esa lentitud erótica que despertaba a cada una de mis células haciéndolas vibrar, a esa fricción parsimoniosa que me hacía levitar. Jamás imaginé que alguien pudiera captar la atención de mis cinco sentidos de esa manera. Disfrutaba contemplándolo: sus rasgos, su cuerpo, cada centímetro de su piel. Me estremecía cada vez que me susurraba al oído, con esa voz tan suya, alguna palabra llena de magia. Quedaba embriagada con su aroma; esa fragancia tan extraña y conocida a la vez. Confieso que me excitaba, hasta niveles inconfesables, descubrir los sabores de su boca. Me recreaba presionando, deslizando o enredando mi lengua a la suya durante el tiempo en que nuestros labios se mantenían unidos. Y mi piel… Mi piel alcanzaba el éxtasis una y otra vez cada que me rozaba con sus dedos. Todo se intensificaba estando con él.

Bajó sus manos hasta el cinturón de la bata, la desató lentamente y dejó que cayera a mis pies. Se retiró y deslizó sus pupilas por todo mi cuerpo —acariciándome con la mirada desde la distancia—, primero hacia abajo, después hacia arriba hasta llegar a mis ojos; los suyos brillaban de excitación y deseo. Su respiración se volvió irregular y, cuando me besó de nuevo, lo hizo con desesperación, con un anhelo contenido que amenazaba con escapar y envolverlo todo. Su necesidad

era casi perentoria, como si tratara de beberme para apaciguar su sed. Necesitaba todo de mí, y yo se lo di todo. Me entregué a él en cuerpo y alma. Me levantó, agarrándome por las caderas, y me penetró perezosamente contra la pared. Yo lo envolví con mis piernas, le rodeé el cuello con mis brazos y lo dejé hacer, sintiéndome muy feliz, sintiéndome enormemente dichosa después de mucho tiempo.

Los movimientos de su pelvis tomaron un ritmo constante, haciéndome flotar, y sus rugidos y gemidos eran música para mis oídos. Su pecho impactaba contra el mío con cada acometida —nuestros corazones compusieron una melodía creciente a ritmo de tambores— y por los poros de nuestras pieles escapaba en forma de sudor el fuego del momento. Con mi cuerpo abrazado al suyo nos fundimos en un solo ser, respirándonos de nuestras bocas para llenar los pulmones con el oxígeno del otro. Nos miramos a los ojos al alcanzar el clímax; sus manos presionaron mis glúteos y las mías se clavaron en sus hombros mientras nuestros cuerpos convulsionaban de un modo brutal. Nos amamos como si nos fuera la vida en ello.

Le abandonaron las fuerzas y nos deslizamos por la pared hasta el frío suelo. Exhaustos y sudorosos.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Creo que estoy enamorado de ti —me susurró entrecortadamente al oído, rodeándome con los brazos.

—Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo —musité mordisqueándole el lóbulo.

Y era verdad. Pero él esperaba que yo dijese algo más, y al no hacerlo, añadió sonriendo en mi oído:

—Terminarás enamorándote de mí. —Su cálido aliento me provocó escalofríos—. Antes de que puedas darte cuenta.

Una vez que su respiración terminó de estabilizarse, me cogió en brazos, como a un bebé, y se dirigió al sofá. Se sentó y me acomodó en su regazo y arropó mi cuerpo desnudo con la vieja mantita que tanto había visto en tan poco tiempo. Sus dedos recorrían mi muslo al mismo tiempo que sus labios dejaban una estela de besos por mi cara. Al llegar a la comisura de mis labios se detuvo, y ahí se recreó su lengua para incitarme. Me miró a los ojos sin dejar de jugar a ese juego tan erótico del cual saldría vencedor; acercándose y rozándome con su boca para después retirarse y dejarme temblando, mordiendo mi labio inferior causando que me estremeciera por dentro. Qué suavidad la suya. Qué manera más exquisita de provocarme. Cuánta delicadeza escondían sus manos de músico y cuánta sensualidad albergaban sus besos. No me hubiera importado momificarme en su regazo para siempre arropada por la calidez de su cuerpo.

Mario se marchó de mi casa y me dejó un vacío inmenso. No solo el vacío de no sentirlo dentro, sino de algo más grandioso, más

transcendental. No hacía ni cinco minutos que se había ido y ya sentía la ausencia de sus manos, de sus besos, de su cuerpo moviéndose acompasadamente en mi interior. ¿Qué clase de brujería me había hecho para que me sintiera así? Pletórica, sensual, llena de vida. Reconozco que había permanecido aletargada durante mucho tiempo, privada de sentir emociones tan fuertes y limitada ante la existencia de alguien que no fuese Rober. Sonreí ante la esperanza de algo mejor, más sano, simplemente, más normal.

Mario me gustaba mucho, pero siempre lo había visto como a un buen amigo, nunca me hubiera imaginado con él de ese modo. Comencé a verlo de otra forma, con otros ojos. Mientras se hacía dueño de mi pensamiento recordé etapas del pasado que me parecieron sueños lejanos. Pensé en aquel fatídico verano en el que tantas veces me había acompañado a la playa para que no me sintiera sola, en el control que demostró para mantenerse al margen y evitar una pelea porque me miró a los ojos y supo que eso me dolería, o cómo cuando supo la verdad de todo optó por el silencio sabiendo que cualquier palabra que dijera me dañaría. Recordé, además, los buenos consejos que me había dado y yo no quise escuchar, y la alegría que reflejaron sus ojos cuando nos vio otra vez juntas sabiendo que lo habíamos arreglado. Igualmente recordé la tranquilidad que me proporcionaban sus palabras, lo fácil que me resultaba sonreír cuando estaba con él y cómo fue mi cómplice cuando más lo necesité. Pero sobre todo me acordé de la ira reflejada en su rostro, de la impotencia que acumulaba y de la falta de apoyo que me mostró cuando volví a caer. Ahora sé que todo lo hizo por mí, que siempre estuvo ahí aunque yo no lo viera.

Era el momento de no mirar atrás, solo adelante, y de capturar en el camino todas las oportunidades que se me brindaran. Tenía que poner fin a lo que tenía con Rober, no podía permitir que eso enturbiara la felicidad que estaba experimentando. Mario me había devuelto la esperanza.

Intenté averiguar lo que sentía por Rober, pero no pude. Sabía que una vez estuve muy enamorada de él, aunque también sabía que eso no era lo que sentía en aquellos momentos. Lo único que me unía a él era una chocante dependencia a la cual no supe ponerle nombre. Lo que tenía claro era que de amor no se trataba, y estaba segura de eso, porque nunca había sentido por él lo que estaba sintiendo por Mario.

¿Y qué se supone que sentía por Mario que lo hacía tan diferente a lo que en su momento sentí por Rober? La respuesta a esa pregunta que yo misma me acababa de plantear provocó que una sonrisa curvara mis labios. Lo que comenzaba a sentir por Mario era transparente, cristalino, libre de los retorcidos dedos del miedo y con fundamentos tan sólidos como eran la amistad, la confianza o el cariño que nos

teníamos. Con Mario había comenzado por los cimientos mientras que con Rober, por el tejado. Nunca le interesé lo suficiente como para dar el siguiente paso, y me alegraba enormemente de que hubiera sido así, si no, quizá jamás hubiese tenido la oportunidad de ser correspondida. El lazo que me mantenía unida a él acababa de romperse y eso hizo que me desvinculara también de todos los sentimientos que no me dejaban ser feliz. Me sentí de pronto liberada de esa gran carga e ilusionada por volver a cargarme de nuevos sentimientos que serían menos tóxicos para mi persona.

Pasadas las tres de la tarde, sin haberme llevado nada a la boca (mi apetito estaba totalmente saciado), ordené un poco la casa, puse la música a toda hostia y, al ritmo de Toxicity de System of a Down, me metí en la ducha cantando como una soprano en la Traviata y bailando al son del heavy-metal.

10

OCULTÁNDOME

Un estado de tensión se había apoderado de mi persona causándome un tic nervioso en el párpado derecho.

Desde el día anterior andaba dándole vueltas a la cabeza sobre cómo explicarle a Mila que había vuelto a ver a Rober y que lo había perdonado con tanta facilidad. Pensé en mil maneras diferentes de decírselo:

«Mila, ¿te acuerdas de Rober, el que insinuó que eras una fresca?». Esta no valía.

«Mila, ya sabes que Rober me gusta mucho, así que he decidido perdonarle». Esta tampoco.

«Mira, Mila, tengo ganas de darle una alegría al cuerpo y Rober me pone muy, pero que muy contenta». Esta aún menos.

No dejaba de imaginarme la cara que pondría y, cada vez que lo hacía, me daban escalofríos. También podía adivinar cómo serían sus respuestas:

«¡¿Pero es qué eres gilipollas?!». Esta podía ser la más sutil.

«¡Eso, eso! Perdónale y a tus amigos que nos den por culo. Con amigas como tú, no hacen falta enemigos». En esta podía tener parte de razón.

«¡Pues yo te compro un consolador! ¿Contenta? Pero con ese, las piernas bien cerradas». Seguro que era algo así, conocía bien sus reacciones para saberlo incluso antes de que se diera la situación.

Por otro lado, con Rober quedaba mucho que aclarar: dudas en el aire, comportamientos extraños o respuestas que él no me había dado y que seguro que Mila tendría sus correspondientes preguntas justo en la punta de lengua, para las cuales yo no tendría explicación.

Pasé la mañana adelantando papeleo, intentando concentrarme en algo que no fuera él. Me resultó imposible. Esa noche lo volvería a ver. Pasaría por mi piso a cenar y seguiríamos «conociéndonos». A eso se debía tanto estrés. Me moría de ganas de estar con él y, por otra parte, me aterraba. ¡Menuda mierda! Para colmo de la mala suerte, Mila vino a recogerme ese viernes a la inmobiliaria. Siempre me alegraba de que pasara por allí, pero justo ese día quería meterme debajo del mostrador y esconderme para no verla, porque seguro que me notaba algo. Saludó a mi jefe con su espectacular sonrisa y una caída de pestañas, y el muy gili, totalmente hipnotizado, comenzó a babear como los caracoles.

—¡Hola, Tony! Vengo a llevarme a Noe a comer. Si no te importa que salga un poquito antes, claro. —Y quien decía un poco antes, quería

decir una hora—. Es que necesito urgentemente su consejo por un problemilla que me ha surgido.
—¡No, no, claro! No hay problema, Mila.
Cualquier día le pediría que coqueteara un rato más con él y lo convenciera para que me aumentara el sueldo, porque yo tenía que ponerme prácticamente de rodillas y suplicar si quería que me subiese treinta putos euros. Me guiñó un ojo, orgullosa de su argucia, y, como no me quedó otra, cogí mi bolso y me despedí de Tony hasta el lunes.
—¿Te has dado cuenta, Noe? Lo tengo comiendo de mi mano.
—Sí, sí. Ya me he fijado. Con tanto coqueteo cualquier día te pide matrimonio. No digas que no te he avisado.
—Pues no es tan mal partido. —Sonrió con la idea.
—Cállate, anda. Solo me faltaba tenerte como jefa. Entonces me corto las venas por el cuello.
Enumerando mil maneras estúpidas de suicidarme ante la posible relación entre Mila y mi jefe, mis nervios tuvieron una tregua para echarse una siesta.
Fuimos a tomar unas cañas al Entremares, ya que allí ponían pescado fresco y Mila decía que estaba de antojo. No conozco a nadie con más antojos que ella sin estar embarazada. Una vez el camarero nos hubo servido, mis nervios fueron despertados de su siesta y entraron en estado de pavor.
—Bueno, Noe. ¿Qué sugieres para esta noche? —La primera en la frente. Alguien me tenía que haber echado mal de ojo o algo parecido.
—Pues no creo que haga nada. Esta semana estoy cansada. Creo que me voy a quedar en casa.
—¡Pero qué muermo eres, nena!
—Es verdad, Mila. Estoy agotada. Necesito descansar.
—Vale. Hoy no salimos, nos quedamos en tu casa. Yo llevo una peli y tú pones la cena. Así te hago compañía.
«Nooo».
Mi actual estado de pavor fue convirtiéndose en un pánico desmedido.
—Gracias, pero creo que me acostaré temprano. Mejor sal con los chicos. No te veas forzada a acompañarme.
—Si no es esfuerzo, tonta. ¿Para qué están las amigas? Tú te acuestas cuando quieras y yo me quedo viendo la peli.
«¡Jooodeeerrr! Me cago en la puta».
No había salida. Tenía que buscar una escapatoria convincente. ¿Pero cuál? Para colmo me remordía la conciencia. Tenía razón, ella era mi amiga, la mejor amiga que alguien pueda tener, y yo me estaba portando como una cerda. ¡Pero es que me apetecía tanto verlo!
—Déjalo. Con Pedro y Jorge lo pasarás mejor que con una tía que está medio moribunda. Además, creo que estoy incubando algo. Me duelen las articulaciones y la cabeza y… el cuerpo me pide cama. Vete con

ellos no vayas a contagiarte.
—¡¿Qué coño vas a estar incubando en pleno verano?!
—¡Y yo qué sé! Algún virus tropical.
—Sí, claro. Como viajas tanto…
—El caso es que me voy a meter en la cama nada más llegar a casa. He aceptado comer contigo porque me has sacado antes del curro y estaba que no aguantaba más. Llevo una semana que para mí se queda. Lo único que me ha hecho sobrellevar la mañana es pensar que es viernes.
—¡Vale, vale! Lo pillo. Me voy con los chicos y que te zurzan. Pero si te encuentras muy mal me llamas, sea la hora que sea.
—De acuerdo y… gracias. —Sonreí, aunque por dentro me moría de pena. Yo sabía que lo que acababa de decir no era una simple frase hecha. Sabía a ciencia cierta que si la llamaba en mitad de la noche, vendría, y eso consiguió que me sintiera aún peor. Creo que hasta creyó que de verdad estaba enferma de la expresión que se me había quedado en la cara.
Nos despedimos con un abrazo.
—Si te ves muy mal me llamas —volvió a repetirme.
—Sí, mamá.
La vi marcharse, con esos andares que hacían a cualquier hombre darse la vuelta a su paso, y me encaminé a casa invadida por la tristeza.
Durante toda la tarde estuve fustigándome internamente por lo mala amiga que era. Por un lado no podía decirle la verdad porque desataría a la bestia que duerme en su interior, así que lo mejor hubiera sido anular la cita con Rober y quedar con ella. Pero por otro lado necesitaba volver a verlo y perderme en sus intensos ojos grises.
«Egoísta de mierda. Mala amiga. Mentirosa», decía una vocecilla dentro de mi cabeza sin darme tregua. Me prometí a mí misma que al día siguiente se lo contaría todo aunque rodaran cabezas.
Antes de las ocho ya estaba lista. Como nos íbamos a quedar en casa no me arreglé demasiado (aunque nunca lo hacía, la verdad). Con una camiseta azul marino ajustada y un mono corto vaquero encima, iba sobrada. Me encanta el estilo denim, así que lo que más acumulo en mi armario son prendas vaqueras.
Rober llegó a las ocho y media acompañado de esa media sonrisa suya que tanto me gustaba y de una botella de vino para la cena. Lo invité a pasar y, tras enseñarle mi piso, que más bien parecía un zulo, le dije que se pusiera cómodo mientras terminaba de servir.
Cenamos tallarines a la parmesana, que cociné yo misma, y dimos fin al Rioja Bordón que él había traído. Volví a sentirme a gusto en su compañía.
—Esto está muy bueno —comentó mientras comía con voracidad el

contenido del plato.
—Gracias. —Sonreí.
—No hay de qué. Solo digo la verdad. —Me devolvió la sonrisa.
Aunque disfrutaba viéndolo comer con tanta avidez, sabía que no nos íbamos a tirar toda la noche hablando de mis fabulosos espaguetis, así que entré a saco.
—Bueno, Rober. El propósito de esta cena es conocernos mejor, de modo que voy a preguntar y me gustaría que tú también lo hicieras.
Afirmó con un movimiento de cabeza mostrándose de acuerdo con la propuesta.
—A ver… por dónde empiezo… ¡uhm!… ¿Vives solo?
—Sí.
—Bien. Yo también.
—En eso ya me he fijado. —Su tono era burlón; mi nerviosismo empezaba a notarse y eso le divertía—. Aunque no lo hubieses dicho, he llegado a la conclusión de que en este piso no cabría nadie más.
Pasé por alto ese comentario. Lo que a él le pareció una broma a mí me pareció falta de tacto. Cambié de tema y le demostré lo escasa de tacto que yo también podía llegar a ser.
—¿Por qué te has tomado tantas molestias conmigo? No puedo obviar que hay más de una razón que me hacen dudar de ti.
La sonrisa irónica desapareció al apretar la mandíbula y su rostro se tornó serio.
—La única razón que realmente debes tener en cuenta es que si me he tomado tantas molestias contigo será porque me empiezas a importar. Apartaré las dudas que he hecho que tengas. Haré que te sientas segura. Lo demás se puede sobrellevar.
Sus palabras me gustaron tanto que comencé a sentir un calor interno, incrementado por el efecto del vino y porque tenía sus penetrantes ojos grises clavados en los míos. A pesar de que su contestación me satisfizo, seguía sin estar del todo conforme, necesitaba respuestas a otras preguntas.
—¿Por qué creíste que Mila te estaba seduciendo?
—No sé. —Su seguridad cedió y vaciló unos segundos antes de continuar—: Me lo pareció. Me equivoqué. Siento mucho haber pensado eso de tu amiga.
—Vale, eso lo puedo entender, pero… ¿qué pasa con Pedro y Jorge? ¿Por qué esa aversión hacia ellos?
—Ya te lo dije. No tengo nada en contra de ellos. Solo es que esa gente me incomoda. No sé decirte por qué.
Como noté lo tenso que se estaba poniendo y lo incómodo de la conversación, decidí aparcar el tema para más adelante. Tras un breve test que hizo desaparecer la tirantez de la situación y nos dio la oportunidad de conocernos un poco más, se ofreció a fregar los platos.

Me los iba pasando para que yo los secara y en ese movimiento rozábamos nuestras manos. Me gustaba mucho esa complicidad. Podía imaginarme con él así a diario, conviviendo como una pareja normal, haciendo planes y tomando decisiones juntos.
Mi imaginación voló más allá de mi cocina, tanto, que no me di cuenta de que había terminado de fregar y me miraba intensamente. Mis divagaciones se esfumaron en cuanto me perdí en sus ojos.
De pronto, me cogió de la cintura, me elevó y me sentó con un golpe seco sobre la mesa colocando su cuerpo entre mis extremidades.
—Noe, no soy hombre de muchos preliminares y, viéndote así, con hombros y piernas al descubierto, solo me apetece una cosa en estos momentos.
Me invadió un repentino sofoco y la calidez anterior se transformó en puro fuego. Si sus palabras provocaban aquella reacción a mi cuerpo, ¿qué me provocaría el tenerle dentro? No lo sabía, pero me moría de ganas por comprobarlo.
—¿Qué cosa es esa? —pregunté en un susurro sin dejar de mirarlo a los ojos.
—A ti. Quiero continuar lo que dejamos a medias en el coche en nuestra primera cita.
No me hicieron falta más explicaciones para saber lo que quería; yo lo deseaba tanto como él. Me lancé a su cuello, lo acerqué a mis labios y lo besé desesperadamente. Su garganta hizo un sonido gutural, al devolverme el beso, y sus manos se abrieron camino por mi cuerpo apretándome las carnes de una forma hambrienta. Nos desnudamos con premura, quitándonos las ropas con movimientos bruscos. Me sentí cohibida tanto por su impaciencia como por la destreza de sus manos, ya que las mías eran de lo más torpes. Nuestra diferencia de edad era un punto a su favor. Se notaba seguro en lo que hacía, sabía exactamente a dónde quería llegar y cómo hacerlo. Me tumbó sobre la mesa y, sin apenas darme cuenta, lo tuve dentro de mí (con el condón puesto, ¿cómo lo había hecho?, ¿es qué lo traía de casa?), agarrado a mis caderas y empujando con ferocidad. Al principio hasta llegó a dolerme, pero cuando mi cuerpo se hubo acostumbrado al suyo, cada sacudida era un espasmo de placer que me recorría de pies a cabeza. Mis gemidos fueron en aumento y, como respuesta, sus embistes se intensificaron. Lo observé desde mi posición. Tenía los ojos cerrados por el placer, soltaba el aire entre los dientes apretados y su pecho musculado se veía salpicado con gotitas de sudor. El conjunto de todo daba como resultado una imagen realmente erótica para la vista. Supe cuándo culminó al notar cómo sus dedos se hincaban aún más en mi piel y un gruñido de desahogo escapaba de su boca. Eso fue suficiente para que yo lo alcanzara. Gradualmente fue reduciendo la velocidad y suavizando las penetraciones. Yo estaba totalmente desmadejada

sobre la mesa, apenas sin aliento.
Quise incorporarme y abrazarme a su pecho, pero no había dado tiempo a recomponernos cuando llamaron a la puerta. Quedé totalmente petrificada imaginando quién podría ser. ¡No me lo podía creer! Él paró de golpe, me miró a mí y a continuación a la puerta. Entonces quise convertirme en parte de la mesa de la cocina y quedar camuflada entre su veteado de pino para siempre. Salió de mí y, recogiendo su ropa, entró en el baño. Y ahí quedé yo tal como mi madre me había traído al mundo.
Me erguí, me vestí tan deprisa como me lo permitió el temblor de mis manos y me dirigí a la puerta repitiéndome interiormente como un mantra:
«Que sea mi vecina pidiendo sal, que sea mi vecina pidiendo sal, que sea mi vecina pidiendo sal».
Abrí. No era mi vecina pidiendo sal.

11

ENGANCHÁNDOME

No tuve noticias suyas en toda la semana, y quien dice toda, dice cinco días, que eran justos los que habían pasado desde el domingo. Eso me estaba poniendo algo ansiosa. Cuando hablaba con Mila, ella evitaba sutilmente todo lo que a su hermano se refería, y yo no me atrevía a llamarlo al móvil. El paso de los días había aumentado mis inseguridades provocando que me hiciera mil preguntas y que el castillo de naipes construido a partir de una noche se fuera desmoronando hasta dejarlo todo desierto.

La semana no fue totalmente de mierda por dos razones: primera, no había pensado ni un nanosegundo en Rober; no había espacio para él, Mario y el vacío arraigado en mí ocupaban toda mi mente. Segunda, el martes por la tarde recibí la visita de Jorge y Pedro que entraron en mi casa chillando, palmeando y saltando. Hasta tuvieron la ocurrencia de hacerme la ola, y yo, claro, me uní a ellos contagiada por su alegría. Mila ya los había puesto al tanto de todo. Pero como son tan curiosos que estarían dispuestos a vender sus almas al diablo con tal de obtener un buen cotilleo, nada más llegar comenzaron con una ronda de preguntas para saciar esa curiosidad innata en ellos. No les dije demasiado sobre lo sucedido; los momentos más íntimos quise reservarlos para mí. Insistieron bastante, acostumbrados a que nos lo contáramos todo, sin embargo esa vez era diferente. Mario también era su amigo, un amigo mucho más reservado que yo. No podía relatar a esas dos locas lo que había sucedido entre nosotros con todo lujo de detalles porque lo estaría traicionando, así que me limité a hacerles un resumen, más bien conciso, omitiendo casi todo lo que seguramente les interesaba. Cuando se marcharon lo hicieron un tanto decepcionados. A ellos les hubiera encantado obtener todo el guion de una película porno.

El viernes por la noche, sentada en el sofá con el pijama puesto y un bol de palomitas con mantequilla entre las piernas, me disponía a ver una peli cuando llamaron al timbre. Sobresaltada, me levanté y fui de puntillas a asomarme por la mirilla; las horas no eran para visitar, precisamente. Mi corazón resucitó cuando lo vi tras la puerta. Abrí con un entusiasmo contenido, aguantándome las ganas de lanzarme sobre él. Una descarga eléctrica me recorrió todas las arterias cuando nuestras miradas se encontraron.

«Mi color favorito, el verde de tus ojos».

Al verme, sonrió, elevando apenas las comisuras de los labios, y sin

esperarlo, me alzó en volandas y me dio vueltas y vueltas por todo el rellano de la escalera. Mis brazos y piernas parecían de trapo y mi cara, seguramente, de gelatina. Cuando me posó de nuevo en el suelo, me estrechó fuertemente entre sus brazos. Entonces volví a sentirme llena de vida.

—Hola, preciosa —susurró pegado a mi boca—. Te he echado de menos.

Solo esa frase me bastó. Lo abracé con fuerza y respiré su aroma, tan familiar y extraño al mismo tiempo.

Entramos y nos acomodamos en el sofá mano a mano con las palomitas. Me estuvo contando lo ocupado que había estado durante toda la semana con el trabajo, los ensayos y cortar con Maite.

—¡¿Cómo?! —grité escupiéndole unos pegotes de palomitas masticadas a la cara. Sus ojos se cerraron en un acto reflejo ante mi inesperado bombardeo y yo enrojecí como una gamba intentando sacudirle los pedacitos que habían quedado adheridos a su rostro mientras él se retorcía descojonado sobre el sofá—. No te rías más, imbécil. —Comencé a contagiarme de su risa.

—Es que… no creía provocarte… tanto asco como para… que me escupieras. —Se carcajeaba aún más al ver que yo volvía a ruborizarme.

Cuando se hubo reído todo lo que quiso a mi costa, me contó su conversación con Maite y que la causa de que no me hubiera llamado en esos días había sido que quería romper antes su relación con ella.

—Simplemente le he dicho la verdad, que tomaba esta decisión porque no la quiero como ella espera que la quiera. Le tengo cariño; eso no puedo negarlo. Pero nada más.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que menuda excusa de mierda. —Sonrió al recordarlo—. He tenido que confesarle que el último empujón que necesitaba para romper lo que teníamos me lo has dado tú. Bueno, tú exactamente no, sino lo que siento por ti.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Tú qué crees. —Me miró fijamente durante unos segundos—. Peor que mal.

Ese «peor que mal» no me gustó nada de nada; a saber la clase de disparates que estaría diciendo sobre mí. Ya se le pasaría, yo no iba a preocuparme por su ego pisoteado. Tenía otras prioridades en mi cabeza.

—Entonces… ¿ya no estás con ella?

—No —contestó sonriendo abiertamente.

Se le veía feliz y eso me gustó. No le había supuesto ningún trauma terminar con Maite, su cara lo decía todo. Lo que a mí no me quedaba claro —pero me moría por saber— era si su felicidad se debía

únicamente a no estar atado a ella o a las ganas de atarse a mí. Esperaba que fuera un cincuenta por ciento de ambas cosas. No obstante, tenía que oírlo de sus labios.
—¿Eso significa que estás conmigo? —Mi pregunta, aparte de resultarme forzada, me avergonzó tanto que bajé la cabeza rompiendo el lazo visual con él.
—¿Tú qué crees? —me contestó con otra pregunta mirándome muy serio.
—Yo… Yo… Yo no sé lo que creer. —¿Cómo podía expresarle mis dudas sin parecerle una cría?—. He intentado mantenerme ocupada para no pensar en esto.
—¿No pensar en qué, Noe? —Alzó mi barbilla para que volviera a mirarlo, acercando su boca más a la mía.
—Pues… para no pensar en ti. —Eso le gustó. Incluso me atrevo a decir que lo excitó. Sus pupilas se dilataron y su respiración se desestabilizó.
—¿Y eso? —Tragó con dificultad.
—Lo he intentado, pero no he podido dejar de pensar en ti ni un solo segundo. No me llamabas, tú hermana no me decía nada. ¡Tenía miedo, Mario!
La angustia y desesperación reflejadas en mi voz me sorprendió incluso a mí. No había sido consciente hasta aquel momento de la magnitud de mis temores.
—¿Miedo a qué?
—A perderte habiéndote tenido solamente un instante. —Me sinceré quitándole un enorme peso a mi corazón.
Mis palabras avivaron la llama que había comenzado a prenderse en sus ojos. Tomó aire bruscamente, como si hasta ese momento le hubiese resultado imposible respirar, y, cogiéndome de la cintura, me sentó sobre él con una facilidad asombrosa.
—Te dije que te enamorarías de mí —musitó en mi oído abrazándome.
—Lo sé —susurré pegada a su cuello—. Pero está siendo antes de lo que me esperaba.
Se separó un poco para poder mirarme.
—Eso me gusta, Noe. —Utilizó un tonito de lo más sensual y restregó su nariz contra la mía—. Yo me siento así desde hace tiempo y mi miedo era que tú nunca pudieras sentir lo mismo.
—Pues quédate tranquilo… —Besé la punta de su nariz—, que me estoy enganchando como un pez a un anzuelo.
Me besó tan lenta y profundamente que me humedecí, y yo cerré los ojos concentrándome solamente en el placer que me producían sus labios.
Hicimos el amor en mil posturas distintas, inspeccionando todos los

rincones de nuestros cuerpos y besándonos de todas las formas posibles. Y amándonos, porque no se trataba solo de sexo, sino de la necesidad de sentirnos, de dar y recibir.
Con Mario me sentía plena a un nivel cósmico, por llamarlo de alguna manera. Era como si él llenara todos los huecos afectivos que otros habían descuidado, como si yo fuera lo más grande que él hubiese tenido entre sus manos. Sabía darme justo lo que yo necesitaba.
Volvimos a dormirnos acurrucados en mi sofá de juguete. Abrazados y extenuados. Llenos de dicha.
Se marchó muy temprano —aún no había amanecido—, pero se despidió regalándome un millar de besos, un millón de caricias y un sinfín de palabras dulces susurradas a mi oído. En la puerta se volvió y, frunciendo el ceño como era típico en él, me dijo:
—Esta noche te llevo a tomar algo antes de actuar. —Y se fue.
«¡Tengo una cita con él. Tengo una verdadera cita con él!», sonreí con la idea.
Me volví a dormir pensando en el color jade de sus ojos.
Me recogió a las ocho de la tarde para ir a tomar una hamburguesa antes de su actuación en el Agorafobia. Habían ensayado bastante durante la semana y decidió tomarse un respiro para estar conmigo. Los chicos de su banda, sabiendo que nos habíamos enrollado, lo echaron a patadas animándolo a que viniera por mí. Quizá ellos sí sabían de los sentimientos de Mario. Quizá yo era la única estúpida que no había sido capaz de darse cuenta. Fuera como fuese, me encantaba ese comienzo. Salir a tomar una hamburguesa como el resto de la humanidad, sin tener que esconderme de nadie, sin miedo a ser vista.
Al montarme en su VFR 800 me sentí poderosa. No era la primera vez que me subía con él, pero ahora era distinto. Aparte de mi fascinación por las motos de gran cilindrada, esa vez lo hacía como su chica, y esto ocasionó que mi corazón bombeara más deprisa.
Me llevó a una hamburguesería donde hacen las mejores hamburguesas de toda la ciudad. Pedimos dos de pollo completas, dos Coca-Colas y una ración de patatas para compartir.
Lo mejor de estar saliendo con alguien a quien conoces desde hace tanto tiempo es que sabe perfectamente todos tus gustos, además de que no resulta ni vergonzoso ni humillante tener las comisuras de los labios manchadas de mahonesa o restos de zanahoria entre los dientes. La confianza de los años compartidos hace que lo tomes como algo natural.
Entre bromas y risas terminamos de cenar. Hacía tiempo que el Mario sonriente no se mostraba ante mí y eso me alegró inmensamente. Yo también le estaba aportando algo bueno a él.
Entramos al Agorafobia cogidos de la mano exhibiendo nuestra

relación, mostrando en primicia nuestros sentimientos al mundo y enorgulleciéndonos de la persona que nos sostenía. Nuestras pupilas brillaban, nuestros rostros resplandecían y nuestros labios lucían una boba sonrisa difícilmente borrable. Nos besamos ante la atenta mirada de todos nuestros amigos y, mientras él se dirigía al escenario, yo lo hice a una mesa donde Pedro, Jorge y Mila me observaban con una sonrisilla.

«Si supierais lo que es capaz de dar de sí Mario lo fliparíais en colores».

—¡Hola, guapa! Se te ve muy bien —comentó Pedro con picardía.

—¡¿No va a estar bien?! ¡Si viene recién follada! —continuó Mila desencadenando una sucesión de risillas que me molestaron un poco.

—Te equivocas, bonita. Venimos de tomar una hamburguesa como las parejas normales. —Soné más irritada de lo que hubiese querido.

—¡Yaaa, yaaa!

—¿Quieres que te eche el aliento a cebolla y verás cómo te callas?

Terminaron descojonándose cuando Mila se levantó y, acercando su cara a la mía, me pidió que le soplara en la nariz. Yo lo hice, y ella se echó hacia atrás bruscamente tapándose la cara con las dos manos.

—¿Cómo puede mi hermano soportar eso? —gritó haciendo como que se desmayaba.

—Porque él huele igual que yo. Ya te lo he dicho, nos hemos comido una hamburguesa.

—Pues espero que, cuando cante, el micro solo expanda las ondas sonoras, porque como le dé también por expandir la halitosis, mañana salimos en las noticias de sucesos por muerte múltiple.

Decidí no seguirle el juego; con ella no puede nadie. Siempre tiene la frase perfecta haciéndole trampolín en la punta de la lengua.

Mario no paró de mirarme durante toda la actuación. Sonreía a cada instante y únicamente frunció el ceño al realizar algunos punteos en solitario. Estaba tan pletórico que decidió que finalizarían con Hero, lo cual significaba que él cantaría gran parte del tema. Mila tuvo un orgasmo de felicidad. Lo suyo eran indudablemente los superhéroes, estuvieran en una canción, en una película o en la estantería de su dormitorio.

I am so high, I can hear heaven.
I am so high, I can hear heaven.
Whoa, but heaven… no heaven don´t hear me
And they say that a hero could save us
I´m not gonna stand here and wait
I´ll hold on to the wings of the eagles
Watch as we all fly away…

Mario cantaba con su voz rasgada y romántica, acompañado por el tono más agudo y emotivo de Pinta. Parecían Chad Kroeger y Josey

Scott en el vídeo musical de la película. Mila nos pidió que cerrásemos los ojos y nos metiéramos de lleno en la canción, que nos dejásemos invadir por la melodía, que de esa manera podríamos imaginarnos a Spiderman balanceándose en su tela de araña sobre nuestras cabezas. Ella aseguró incluso que había llegado a sentirlo. Así de friki es mi amiga, qué le vamos a hacer.

Entrabamos en mi piso a las cinco de la madrugada. Yo me sentía agotada y por el aspecto de su cara él debía de estar fundido. Le había pedido que pasara la noche conmigo, ya que al ser domingo no teníamos que trabajar. Aceptó encantado.

En la oscuridad de mi habitación nos desvestimos en silencio y nos metimos bajo las mantas solamente con la ropa interior. Con un brazo me acercó a su cuerpo y con un cálido beso me dio las buenas noches (o lo que quedaba de ellas).

Me dormí al instante reconfortada por el calor de su cuerpo y el dulce sonido de su respiración.

12

TIEMPO AL TIEMPO

Entraron en mi casa como en estampida, cantando, bailando y con una botella de Ron-miel en las manos. ¡No daba crédito! No solo había hecho caso omiso de mi petición, sino que había traído a Pedro y Jorge consigo. Se acomodaron en el sofá sin percatarse de la perplejidad de mi cara y siguieron con su juerga. Por su estado de júbilo supe que la botella que portaban no era la primera que veían esa noche.

Por fin me miraron. Yo aún sujetaba el pomo de la puerta, que seguía abierta.

—¡Vaya cara! —Se burló Pedro dejándose caer sobre el sofá—. ¿Tan feos somos?

«¡¿Y ahora qué hago?!».

Dirigí una mirada cargada de ira a Mila.

—Te he dicho que no me encontraba bien. ¡No respetas nada, coño!

Cerré de un portazo que dejaba claro mi mal humor.

—¡Venga, Noe! Tan solo hemos venido a hacerte un poco de compañía. No te pongas así —suplicó Jorge notando mi molestia.

—Déjala, Jorge. No le hagas puto caso. Cuando se tome un par de chupitos de esto verás cómo se anima.

Mila agitó la botella que sujetaba en la mano, pero yo lo único que quería era que se largaran antes de que a Rober le diera por salir del baño. Recé por que estuviera escuchando y se quedara allí dentro. Probablemente así sería, con lo que le gustaban mis amigos no creo que se estuviese muriendo de ganas por saludarlos. Más bien todo lo contrario, seguro que estaba teniendo retortijones en aquellos momentos. Por otra parte, si lo veían en mi casa, no quería imaginarme lo que pasaría.

—¡Vamos, nena! Ven aquí conmigo, que te voy a curar todos tus males. —Pedro, alegremente, daba golpecitos con una mano al trocito de sofá, que quedaba libre, invitándome a ir a sentarme a su lado.

«¡Dios mío! No piensan irse».

Sin tener claro aún si ir a sentarme al lado de este o salir corriendo de mi propia casa, se abrió la puerta del baño.

—¡Aaaah! —Pedro chilló llevándose las manos al pecho y saltando del sofá como un gato montés.

Los tres volvieron la cabeza, en dirección al baño, sin poder disimular las horribles muecas de terror que habían transformado sus caras.

Mi corazón se encogió de súbito.

«Esto no tendría que estar pasando», pensé atormentada.
Sus fuertes piernas fueron lo primero en quedar al descubierto seguidas de su increíble torso. La oscuridad del pasillo dejaba su rostro en penumbra. Silencio, expectación, miedo, curiosidad. Cuando quedó totalmente bañado por la tenue luz del salón, sus expresiones de espanto cambiaron a auténtica sorpresa. Exceptuando a Mila, que puso la misma cara que el Pitufo gruñón.
«Tierra, trágame».
No era para menos, yo sabía de antemano lo que se avecinaba.
—Buenas noches —saludó Rober con toda la cortesía que pudo, que no fue mucha.
Nadie contestó. Pedro y Jorge se miraban sin entender, con los ojos y las bocas muy abiertas. Mila, en cambio, no apartó su mirada de la de Rober. A ella no le intimidaba la presencia de este, incluso me atrevo a aventurar que ya estaba comenzando a atar cabos.
—¡Vaya, vaya! —comentó en un tono más que irónico—. ¿No estabas malita, Noe?
Aunque la pregunta iba dirigida a mí seguía mirándolo fijamente. ¡Cómo cuando juegas de niña a «tonto quién parpadea primero»!, pues lo mismo. No hubo ni un fugaz pestañeo, ninguno de los dos apartó la mirada del otro. La de Mila, desafiante, la de él, contenida. Tenía que parar aquello de la manera que fuese.
—Y estoy enferma, Mila. Rober ha venido a visitarme. Él no sabía que me encontraba mal. Entonces le he dicho que pasar….
—¿Y desde cuándo es Rober? —preguntó haciendo que dejara la frase a medias. Entonces sí que me miró. Tenía en la cara esa sonrisa aterradora que solo ella sabe poner. Casi me cago encima—. Porque hasta hace dos días era Roberto.
—Rober, Roberto. ¿Qué más da? ¿Hay alguna diferencia?
—Dímelo tú. —Mi ritmo cardíaco aumentó, el paladar se me secó y tragué con dificultad. Ella lo notó—. ¿Quééé? ¿Se te han subido las gónadas a la garganta, guapa?
Y en aquel momento se desató el apocalipsis.
Se puso en pie y me encaró. El verde esmeralda de sus ojos me quemaba; estaba más enfadada que nunca. No aparté la mirada, intenté mantenerme firme, sin embargo notaba que toda mi fortaleza se estaba resquebrajando ante la ira de sus ojos. No pude decir nada, las palabras no llegaban a mis labios quedándose atascadas en el nudo que se me había instalado en la garganta.
La pareja nos observaba desde el sofá, sabían que poco se podía hacer cuando Mila llegaba a tal estado de ofuscación. Ella ya había hecho cábalas de mi supuesta enfermedad y, llegados a ese punto, no me daría la oportunidad de explicarme. Sería imposible razonar con ella, y el que Rober estuviese allí lo hacía todo más complicado

—Mila, por favor, intenta relajarte un poco —suplicó Jorge.
Había que tener un par de pelotas para mediar. Y él las tenía, desde luego.
—Si estoy relajadíííísssima —siseó con una apacibilidad escalofriante en el tono de su voz—. ¿No me ves?
Cuando hablaba de aquella manera la odiaba. Prefería mil veces sus gritos a esa tranquilidad fingida con la que disfrazaba sus palabras. Conociéndola como la conocía, sabía que esa era la calma que precede a la tormenta, así que me armé de valor.
—Deja que me explique, ¿vale? —imploré temblorosa. Respiré hondo para poder continuar—. Siento haberte mentido, pero te juro que te lo iba a contar…
—¡¿Ah… síííí?! ¿Cuándo? —me cortó—. ¿Cuándo se supone que me iba a enterar? ¿Cuando recibiera la invitación de la boda? —El volumen de su voz se elevaba por momentos.
—Mañana, Mila. Juro que pensaba contártelo mañana.
—¡Menudo pretexto de mierda! —me gritó a la cara—. ¡Si hubieras tenido intención de contármelo ya lo habrías hecho!
Sus ojos contenían tanto odio que tuve miedo de que me soltara una hostia. Ya le había visto esa mirada otras veces dirigida a otras personas, y siempre me dio pena la víctima. Esa vez la víctima era yo.
—No es un pretexto. Créeme, por favor. —Notaba que el nudo de mi garganta se cebaba por momentos alimentado por unas repentinas ganas de llorar.
—¡Pues a mí me lo parece! —ladró. La persona que consideraba como una hermana desató contra mí toda la rabia contenida, y nunca, jamás, me sentí tan indefensa como en aquel momento—. Me das asco, Noe. En este instante me das mucho asco. No solo has preferido estar con esta babosa antes que con nosotros… —Señaló a Rober con la cabeza, aunque la furia de sus ojos seguía teniendo como objetivo los míos—, sino que me has mentido de la manera más rastrera. Hemos venido hasta aquí para que no te sintieras sola, para hacerte compañía. ¡Y mira qué sorpresa! —Alzó mucho las cejas—. Si alguien me lo hubiera dicho no lo habría creído. Hubiera puesto las dos manos en el fuego por ti. Pero no me lo ha tenido que decir nadie, he tenido el gusto de ver con mis propios ojos cómo has preferido la compañía de este mamarracho a la nuestra.
—Los insultos sobran —intervino Rober poniéndose rígido.
—¡Los insultos los digo cuando me dé la gana! ¿Acaso tú no hiciste lo mismo? ¡Tú nos insultaste primero! —Estaba fuera de sí, tanto que hasta Rober enmudeció—. ¡Tú comenzaste esto! —gritó señalándolo con un dedo acusador.
—Mila, por favor —llamé de nuevo su atención. No supe cuándo mi cuerpo había comenzado a temblar de esa manera, lo había hecho sin

pedir permiso.
—¡Ni por favor ni nada! —volvió a dirigirse a mí—. Me has decepcionado. ¡Me has hecho parecer una marioneta y has tenido los santos cojones de mover los hilos a tu antojo! Pero no. Hasta aquí, Noe. Tú has elegido no ser sincera. Ahora elijo yo. —No pude contener más las lágrimas que se desbordaron de mis ojos en cascada —. Quédate con él. ¡Quédate con él y que seas muy feliz! Yo no quiero volver a verte en mi puta vida.
—Mila… ¡Por favor… perdóname! —le rogué.
—No, no, no. —Negaba con la cabeza. Sus ojos estaban vidriosos, su voz, temblorosa, y sus mejillas, encendidas. Ella también sufría con la situación—. En estos momentos, no. No podría confiar en ti. Te ha dado lo mismo que un extraño nos insultara. ¡Incluso lo has recompensado haciéndole la cena! —Todavía olía a parmesano y ella sabía que yo únicamente cocinaba ese plato en grandes ocasiones—. No puedo, Noe. No me veo capaz de perdonarte. —Su voz se convirtió en un susurro.
—Mila, mírame, por favor. Siento no habértelo contado, pero te juro que pensaba hacerlo. Créeme.
—No puedo. Me siento traicionada. —Y, mirándome a los ojos, añadió —: Tú sabes que yo jamás te hubiese hecho algo así. Aunque me da náuseas pensar que puedas estar con él, lo hubiese respetado por poco que me gustara. Eso no es lo peor. Lo más triste de todo esto es lo poco que te ha costado mentirme, lo fácil que te ha resultado. Eso no puedo perdonártelo, Noe. No puedo.
Se giró y se dirigió hacia la puerta, y sin volver la vista atrás, abrió y se marchó. Pedro me miró con pena mientras la seguía, en cambio Jorge vino hacia mí y me abrazó.
—No te preocupes, nena, se le pasará. Intenta tranquilizarte y ordena tus ideas. Mañana te llamo y hablamos —susurró a mi oído.
Luego cerró la puerta tras de sí.
«Se han ido. Mis amigos se han ido».
Y lo peor de todo es que sabía que no volverían. Comencé a sollozar fuertemente al mismo tiempo que perdía las pocas fuerzas que me hacían mantenerme en pie. Me dejé caer hincando las rodillas en el suelo y agarrándome la cabeza con las dos manos; sentía una opresión en el pecho y unas fuertes punzadas en las sienes.
Unos brazos musculosos me rodearon, unos labios dulces saborearon mis lágrimas y un aliento cálido murmuró a mi oído:
—Tranquila, tranquila. Dale tiempo, verás cómo lo solucionáis.
Pero él no la conocía en absoluto, no sabía lo obstinada que era. Me ayudó a ponerme en pie y, sujetándome por la cintura, me llevó hasta mi habitación donde me tumbó suavemente en la cama. Se recostó a mi lado, pasó un brazo alrededor de mi cuello y, acomodándome la

cabeza sobre su hombro, permitió que le mojara la camiseta con mis amargas lágrimas. No habló. No dijo nada más. Dejó que me desahogara a gusto mientras acariciaba mi brazo. Creo que me dormí escuchando el rítmico latido de su corazón.

Desperté rodeada de oscuridad. Él ya no estaba. Acaricié el lado de la cama, donde había dormido, que aún mantenía la forma de su cuerpo. No hacía mucho que se habría marchado. De pronto me sentí más sola que nunca.

Esa misma tarde, Jorge vino a visitarme; quería saber cómo me encontraba. Pedro no lo acompañaba y eso ahondó más la herida de mi pecho. Intentó consolarme con palabras suaves, pero no había consuelo posible. Yo sabía que en el fondo Mila tenía razón. Le había mentido descaradamente y había antepuesto mis ganas de estar con Rober a su amistad. Entendía su decepción, entendía perfectamente la desilusión que le habría causado que le mintiera por una persona que los había juzgado tan duramente. Ella no sabía que él me había pedido perdón, que estaba arrepentido de sus crueles palabras. También ignoraba hasta qué punto me gustaba ese hombre para haber tenido que verme obligada a engañarla, y desconocía lo mal que me había sentido por ello. Nunca creería que mi intención fuera contárselo. No me dio la oportunidad de explicarme.

Por eso se lo hice saber a Jorge. Le conté absolutamente todo, rogándole que se lo comunicara. Le pedí que intentara convencerla de que hablara conmigo y me perdonara esa gran metedura de pata. Necesitaba que Mila supiera todo aquello, ya que era la única forma de que reflexionara. Jorge era la persona perfecta para transmitirle mi mensaje. Era paciente, razonable y pocas veces perdía el control. No se alteraba fácilmente. Tenía esperanzas de que pudiera llegar a conmoverla y la hiciera recapacitar.

No volví a saber de Mila en todo el verano. Según me contó Jorge, se había marchado al pueblo con sus padres para desconectar. Si eso era verdad, esperaba que la tranquilidad que la rodeaba entre las montañas de su pueblo la hicieran reconsiderar lo ocurrido, y que al respirar aire puro entendiera que tantos años de amistad no podían ser pisoteados por un hecho puntual. No me atreví a llamarla ni una sola vez, aunque tuve mil veces su número seleccionado en la pantalla de mi móvil y mi dedo pulgar ansioso por pulsar la tecla verde. Pero no lo hice. Ella tampoco.

Pasé el verano como pude. A ratos arrastraba tanta pena que hasta me costaba caminar. Fui a la playa con Mario unas cuantas veces y él me iba informando, escuetamente, de la vida de Mila en el pueblo. Yo intentaba no preguntar demasiado, trataba de ocultar la ansiedad que me provocaba no tenerla cerca, aunque él no era ningún estúpido. No logré engañarlo con mis falsas sonrisas, sabía lo mal que me sentía por

toda aquella situación. Me dio consejos de amigo y me animó todo lo que pudo, sin embargo todas sus recomendaciones entraban en un saco roto. Mario sabía lo que nos había pasado y un día, tirados en la arena, me sorprendió preguntando si de verdad estaba segura de querer a ese hombre.
—Sí, Mario. Estoy totalmente segura.
—Te lo pregunto por si te merece la pena todo lo que estás pasando solo por un tío.
—Estoy enamorada. Y aunque no lo creas, no se parece en nada a la persona que conocí. La primera vez que salimos me resultó un hombre oscuro. Pero no es así. Nos compenetramos, Mario. Con él estoy bien. Es lo único que me mantiene fuerte.
—Entiendo.
—Lo de tu hermana me está matando, y los chicos cada día se alejan más de mí.
—Por eso te he hecho esa pregunta. Porque te veo mal. Estás triste y no me gusta verte así. Quizá la solución sería dejarlo.
No le contesté, ni siquiera pensé en ello. Coincidimos más veces, pero no volvimos a hablar del tema.
Mi relación con Rober se fue consolidando. Me visitaba a menudo, salíamos a comer o a cenar alguna que otra vez e iba a buscarme al trabajo en ocasiones, aunque siempre me esperaba fuera. La persona cruel que me había parecido en nuestra primera cita se había evaporado dando paso a un hombre cariñoso y comprensivo, divertido y simpático. Las noches que dormía conmigo eran muy ardientes, pero se tornaban frías cuando despertaba y de él solamente quedaba su olor.
Nuestra creciente unión dio lugar a que Pedro y Jorge se distanciaran cada vez más de mí. Menuda amiga de mierda me estaba volviendo. Quedábamos de vez en cuando y a veces se presentaban en mi casa dándome una grata sorpresa. Luego volvían a desaparecer durante un tiempo.
Jorge fue el que me llamó más a menudo. A él tuve la oportunidad de explicar lo que sentía por Rober, lo enamorada que estaba de él, lo feliz que era a su lado y todas las sensaciones que habitaban en mí. Jorge me entendió, supo ponerse en mi lugar y me animó a que luchara por ese amor que iba creciendo día a día en mi interior.
A su vez me pidió que yo los entendiera a ellos, que su alejamiento no era causado por mí y que respetaban mis decisiones, pero que nunca volverían a intentar acercarse a Rober ya que no les era fácil obviar lo que este pensaba de ellos. Comprendí su postura. Sabía que a pesar de que no nos viéramos asiduamente seguirían ahí, que sus sentimientos hacia mí no habían cambiado y que podía contar con ellos en cualquier momento.

Eso me hizo sentir algo mejor. No obstante, aunque contara con su amistad incondicional y Rober ocupara mi corazón, este seguía teniendo huecos, y esos huecos solamente Mila podía rellenarlos. Sin embargo, ni mi corazón ni yo formábamos ya parte de su vida.

13

BESOS DE CARAMELO

Diciembre se presentó frío y lluvioso. Hacía años que las temperaturas no bajaban tanto en el sur, aunque esa vez mi ánimo no decayó con la procesión de tantos días grises que se sucedían unos con otros sin dar tregua a un sol, más bien tímido, que no terminaba de asomar. También había nevado bastante en los pueblos de sierra y el aire de montaña llegaba a la ciudad incrementando esa sensación térmica que nos hacía tener los músculos entumecidos. No hice caso a ese frío glacial que me dejaba amoratados los dedos de pies y manos; tan solo me quedaba una semana para coger mis quince días de vacaciones de invierno y estaba desesperada porque llegaran. El colegio también se despedía por Navidad, así que tendría a Mario todo para mí.

Solamente habían pasado dos semanas desde que él había unido por primera vez sus carnosos labios a los míos, pero cada vez que rememoraba aquel tímido beso, que hizo que toda mi vida cobrara sentido, mis latidos se disparaban y todo mi cuerpo protestaba por la necesidad de tenerlo cerca. Cada uno de los días que pasábamos juntos, mi fascinación por él se iba acrecentando, y llegué a la conclusión de que en tantos años lo había llegado a conocer solo superficialmente. Todo lo que iba descubriendo de él, lo situaba en un nivel superior como persona en mi escala de valores. Siempre fue cauteloso al hablar y nunca exteriorizaba todo lo que sentía. Ahora sabía de sus propios labios que su reserva no era por falta de confianza en la gente. Me explicó que, a su entender, la palabrería desmedida lo único que causa es confusión en las personas, y que cuando se quiere expresar algo no hay que andarse con rodeos. Sostenía que para el buen entendimiento hay que ser claro, desechar todas las palabras que adornan una frase y comunicar su esencia sin más. Aunque reconocía que conmigo le era imposible poner en práctica esta regla suya, que cuando me miraba era incapaz de crear una frase sencilla y que necesitaba adverbios, complementos directos, preposiciones, y una cantidad infinita de adjetivos y pronombres posesivos: «Preciosa», «me vuelves loco», «mi vida», «me muero por besarte», «me encanta la suavidad de tu piel», «sueño cada noche contigo», «jamás dejes de sonreírme», «a todas horas deseo tocarte»… y esto es una breve introducción de la enorme lista de sentimientos que, según él, habían estado dormidos en su interior esperando que yo llegara. Me confesó que jamás había sentido por nadie lo que sentía por mí. ¡Ni él mismo se reconocía!

Una mañana me confió todo esto mientras permanecíamos abrazados después de habernos amado.
—No sé qué me has hecho, Noe —dijo sonriéndome—, pero me gusta. Me gusta mucho todo lo que provocas en mí.
Yo le agradecí el comentario acercando mi cuerpo más al suyo y besándole la comisura de los labios.
—¡¿Lo ves?! —Alzó mucho las cejas y amplió su sonrisa—. ¡Me acabo de empalmar otra vez solo con un beso! —Me carcajeé de la expresión. Por fin era capaz de decir las cosas tal como le venían sin ocultar lo que sentía en cada momento, pese a que le saliera una burrada. Su mirada de niño bueno se intensificó al oír mi risa—. Joder, Noelia. Me anulas totalmente la capacidad de control de mi cuerpo. Estando contigo no tengo dominio sobre él —susurró pegado a mi boca—. No te imaginas el caos que se produce en mi interior cada vez que me tocas, me besas o te ríes de esa manera.
Perfilé sus labios con la yema de mi dedo.
—Y tú no puedes llegar a imaginarte cómo me excitan tus besos, cómo tus caricias abrasan mi piel cuando la recorres con tus manos o cómo tus gemidos resuenan en mis oídos causándome espasmos amplificados por todo el cuerpo. Jamás pensé que el calor de tus brazos me quemara en las venas de una forma tan placentera o que el latido de tu corazón desbocara al mío y… que tenerte dentro, fuera como tocar las estrellas. —Me miraba con asombro, saboreando cada una de mis palabras—. No entiendo cómo he podido tenerte solamente como amigo todo este tiempo. Ahora no me conformaría con eso, ya no podría vivir sin ti. Te quiero, Mario. Y no de la manera en que te quería hace un mes. Lo que siento por ti es lo más grande que he sentido nunca por nadie.
Su respiración se detuvo por un momento.
—¿Ves, Noe? A ti nunca te sobra nada en una oración. Tú las haces perfectas. Nunca seré capaz de expresar todo lo que siento como tú lo haces. Lo que te digo no es suficiente para que entiendas lo que pasa aquí dentro. —Llevó mi mano hasta su pecho y la posó justo donde latía su corazón.
—No te hacen falta las palabras. —Le acaricié el pecho—. Tu forma de tratarme ya lo dice todo.
Me besó suavemente como solo él sabía hacer.
De Mario me maravillaba todo, desde su cautivadora mirada hasta el modo en que le apoyaba el pantalón de pijama en las caderas mientras preparaba el desayuno. En ese corto espacio de tiempo, él no había ocupado únicamente mi corazón, también se había hecho un hueco en la parte derecha de mi armario, en el cajón de la ropa interior, en el mueble del baño y en mi cama. En ocasiones sentí miedo de ver con la rapidez que se desarrollaban los hechos, pero cuando abría mi armario

y me llegaba el olor a su perfume, o cuando me equivocaba de cepillo al lavarme los dientes, o cuando me ponía alguno de sus gruesos calcetines de lana que me llegaban hasta las rodillas, me sentía dichosa porque eso era lo que siempre había deseado. No podía imaginarme ya la vida sin él, y aunque no se quedaba permanentemente, por el momento me bastaba.

El 22 de diciembre salí del trabajo con una sonrisa radiante en la cara. «Hasta el 7 de enero, Inmosahara».

Después de despedirme de mi jefe y desearle felices fiestas, me dirigí a La Tahona a comer con mis amigos. Me esperaban sentados a la misma mesa de siempre; parecía que tuviese escrito nuestro nombre.

—¡Ya estoy de vacaciones! —grité nada más verlos.

Los tres aplaudieron contentísimos por mí. Llevaba dos semanas calentándoles la cabeza, contando cada uno de los días que me faltaban para el 22. Además, sabían que ese año todo era diferente. Mis últimas navidades habían estado decoradas con los adornos grises de la tristeza, y en cambio, en estas, iba a vestir mi corazón con el más rojo de los espumillones e iba a permitir que mi mente cantara al ritmo de zambomba y pandereta.

—¡Pues vamos a celebrarlo por todo lo alto! —me siguió Pedro.

—No tan alto, que estoy en números rojos —protestó Mila.

—¡Tan alto cómo nos lo permita el bolsillo de Mila!

Me senté junto a ellos y les dije, prodigando alegría por todos los poros de mi piel:

—A esta comida invito yo.

Me sentía derrochadora en aquel momento y ellos se merecían una gratificación por el coñazo que les había dado.

—¡Entonces, sin escatimar en gastos! —voceó Mila frotándose las manos y llamando la atención de todo el restaurante.

Por un momento tuve miedo de que todos los comensales que había en el local me cargaran la cuenta, y claro, es que tan derrochadora no me sentía.

Durante el almuerzo estuvimos hablando de los planes navideños. La verdad es que yo no tenía ninguno, pero me reconfortaba la idea de que Mario ocupara mi casa (y mi cuerpo) durante quince maravillosos días con sus quince ardientes noches. A mi «cuñada» no es que le hiciera demasiada gracia, que digamos, quedarse sin su hermano en esas fechas, aunque entendía que yo lo necesitaba más que ella. La pareja terminó de convencerla ofreciéndose a ser okupas en su piso por algunos días y esa idea le gustó tanto que se olvidó de la ausencia de Mario por Navidad. Así no tendría que cantar el “Vuelve a casa, vuelve…”.

Tras la comida fuimos al Agorafobia a tomarnos un café y terminamos empalmando con varias copas. Pronto habíamos empezado nosotros

las celebraciones y pronto había empezado yo a gastar la paga extra.
Cuando llegué a mi piso, ya bien entrada la tarde, encontré a Mario preparando la cena. Me quedé parada en silencio en la puerta de la cocina, observando con detalle su labor. La camiseta térmica negra que llevaba le marcaba todos los músculos de brazos y espalda, y el vaquero desabrochado le quedaba más bajo de lo habitual. Me quedé embobada mirándole el trasero mientras lo veía moverse desenvuelto. La música que sonaba en el equipo impidió que se percatara de mi presencia —estaba totalmente en otra órbita—, así que pude deleitarme durante unos instantes con el ancho de sus hombros, la tensión de sus bíceps, su delgada cintura y el movimiento rítmico de sus caderas. Ahí se detuvo mi mirada.
«¡Qué culo, Dios! ¡Qué culo!».
Noté un hilillo de baba mojar mi barbilla, que limpié apresuradamente con la manga de mi chaqueta. Cuando me miró por encima del hombro, su sonrisa seductora captó toda mi atención. El verde de sus ojos brillaba con la luz de los fogones y su cabello indisciplinado hacía que me resultara aún más atractivo.
—¿Cuánto tiempo llevas ahí, mirona? —Su tono era tan divertido que volví a pasarme la manga por la boca por si había quedado algún rastro de salivilla.
Mario causa ese efecto en mí. El dicho de «que se te cae la baba», con él no se me puede aplicar en plan metafórico, sino más bien literal.
—Poco, para lo que me hubiese gustado.
Echó la cabeza hacia atrás en una carcajada sonora.
—Estás salida, Noe. Muy salida. Tanto, que me siento algo acosado —dijo con una sonrisa tan espectacular que me contagié de ella.
—¡Pero si en el fondo te encanta! Además, es muy difícil no estar salida contigo cerca. Si me pones así viéndote cocinar con tanta ropa, no me quiero ni imaginar cómo será verte preparar la cena en verano solo con un bóxer.
Me miró fijamente, y al instante supe cómo había interpretado mis palabras. Los meses estivales quedaban aún muy lejos, pero yo había presupuesto que él seguiría formando parte de mi vida y yo de la suya. Sentí miedo ante mi arrebato de sinceridad, porque eso es lo que había sido. Le había expuesto mis deseos más sinceros de que nuestra relación funcionara.
Se acercó tan lenta y seductoramente que quedé hechizada; mis ojos estaban clavados en el botón desabrochado de sus vaqueros. Cuando lo tuve frente a mí sentí una fuerza magnética tan descomunal que deseé fundirme en su cuerpo para formar parte de él. Me alzó la barbilla para encontrar mis ojos.
—Prometo no ponértelo muy difícil. —Un cálido susurro en mis labios —. Pero tú tampoco me lo pongas a mí. Si en verano te vas paseando

por aquí en braguitas, no me responsabilizo de mis actos.
Me besó dulcemente. Besos de caramelo, de algodón de azúcar, de chocolate fundido. Así era su forma de besar. Dulce como el almíbar. Sus ojos titilaban con un brillo nuevo, con una promesa implícita. Los míos estaban velados de lágrimas de felicidad por el significado de sus palabras. Quizá había hecho bien en dejar escapar lo que sentía, quizá era a mí a quien le tocaba dar el siguiente paso, quizá él, aún estaba inseguro acerca de mis sentimientos. Pero yo iba a demostrarle cuánto lo amaba, iba a obsequiarlo con pequeños detalles hasta que estuviera tan seguro de mí, como yo ya lo estaba de él.
Cenamos un salteado de verduras acompañado de filetes empanados que había preparado él solito. Era penoso reconocer que se le daba mejor la cocina que a mí, aunque la intención de sus bromas era hacerme sonreír.
—¿Cómo has sobrevivido sin mí todo este tiempo?
—Eso quisiera saber yo. Pero ten por seguro que ahora que has conquistado mi barriga no te voy a dejar escapar tan fácilmente.
—¿Solamente he conquistado tu barriga? —preguntó alzando mucho las cejas como si estuviera realmente sorprendido.
—Hombre, eso ha contribuido bastante. Todos los precocinados me saben un poco a mierda y casi todos los congelados que hago me salen quemados por fuera y helados por dentro, así que ya me dirás.
Comenzó a reírse con ganas mientras negaba con la cabeza.
—Eres imposible, Noe. Ahora entiendo cómo mi hermana y tú os lleváis tan bien. Sois iguales. Pensáis de la misma manera y decís las mismas polladas. La única diferencia es que tú eres más dócil y ella… Bueno, pena me da el que dé con ella.
—Y eso es… ¿bueno o malo?
—Bueno. Muy bueno. No tengo ninguna queja de cómo es Mila.
—Más te vale. — Le apunté con el cuchillo y él sonrió ante mi amenaza infantil.
—Además, tú estás más buena que ella. —Entornó los ojos con picardía—. El que tengáis una manera similar de ver la vida y de expresaros, no significa que os parezcáis en todo lo demás. Era una broma. Pero me hace gracia vuestra forma de decir las cosas.
—Seguramente tantos años compartidos han hecho que nuestras neuronas contraigan matrimonio.
—¿Lo ves? —dijo señalándome con el tenedor y la boca llena de verdura.
Yo me reí porque Mila era de lo más original al expresarse, y que su hermano viera semejanza en mí con esa faceta suya me enorgullecía, ya que la consideraba una persona bastante divertida.
Escuchábamos música tumbados en el sofá y él seguía hablándome de las similitudes que su hermana y yo teníamos. En la gran mayoría de

los ejemplos que ponía exageraba tanto que yo no podía dejar de reír. También hablamos del pasado, de cuando éramos niños y jugábamos a «Beso, atrevimiento o verdad». ¡Quién nos lo iba a decir a nosotros! ¡Quién podría haber imaginado que los besos que una vez nos dimos con tanto asco, jugando a ese estúpido juego, volverían para hacernos estremecer de esta manera! ¿Cosas de la vida?, ¿de la casualidad quizás?, o, ¿es que siempre estuvimos predestinados a estar juntos? Imposible de saber, como tan imposible me resultaba ahora imaginarme otros besos que no fueran los suyos.

El día de Nochebuena fue frenético. Los dos estuvimos totalmente enfrascados en las labores culinarias para la cena que tendría lugar en su piso junto a su hermana. Pinta y la pareja también asistirían y aportarían cada uno un plato para la ocasión. Casi ni almorzamos; estábamos empachados de tanto cocinar, y a eso de las siete de la tarde comenzamos a vestirnos un poco más arreglados que de costumbre.

Fuimos llegando a casa de Mila por etapas. Primero nosotros, con las manos ocupadas por un solomillo a la naranja y una fuente de calamares rellenos, después, Jorge y Pedro, con una bandeja de tartaletas surtidas y una pierna de cordero al horno, y por último, Pinta, con una bolsa repleta de vinos y cavas. Mila nos esperaba con la mesa preparada y el árbol de Navidad decorado con más luces de las que permitía su tamaño. Ella se había encargado de los entremeses: jamón, queso, gambas y toneladas de almendras. También nos había preparado un postre sorpresa, que de sorpresa tendría poco debido a su adicción al chocolate.

La cena estuvo realmente fantástica, aunque sobró bastante comida. Risas escandalosas provocadas por el alcohol llenaban el ambiente, y hasta Mila se comportó de cojones teniendo en cuenta que Pinta estaba sentado a su lado. Mario me acariciaba cada poco el muslo por debajo de la mesa, haciendo una leve presión con sus dedos cada vez que llegaba a la altura de la rodilla, y una sonrisilla de felicidad navideña adornaba mi cara.

De eso se trataba. De ser feliz como nunca lo había sido, de saborear cada uno de los momentos que me estaba tocando vivir y de experimentar un júbilo desbordado por haber tenido la suerte de que Mario se hubiera cruzado en mi camino. Mi Mario. Mi dulce Mario.

14

¡SORPRESA, SORPRESA!

En octubre aún hacía un calor sofocante. Solamente por las noches las elevadas temperaturas daban un respiro.
Supe por Jorge que Mila había vuelto de su «retiro» en el pueblo a finales de septiembre, como también supe que no había preguntado por mí. La situación me estaba desquiciando. No me explicaba cómo le había resultado tan fácil pasar de su mejor amiga. Yo hubiese preferido que me gritara o insultara, incluso hubiera permitido que me diera un par de hostias, pero esa indiferencia suya era frustrante.
Jorge me pedía paciencia. Él tenía la absoluta certeza de que Mila se bajaría del burro tarde o temprano. ¡Siempre tan optimista! La conocía tan bien como yo, sabía lo hermética que era a veces y que con el carácter tan fuerte que tenía, era imposible hacerle ver las cosas desde otra perspectiva. Había que darle tiempo para que, por sí misma, equilibrara la balanza. ¿Pero tanto tiempo? Jamás habíamos estado sin hablarnos más de tres días, y yo la echaba muchísimo de menos.
Pedro, aunque seguíamos en contacto más o menos, pensaba igual que ella. Jorge disculpaba sus ausencias, cuando quedábamos, con absurdas excusas, sin embargo yo sabía que también estaba molesto por mi decisión de seguir con Rober. Ya no me gastaba esas bromas obscenas que solo su mente era capaz de idear, apenas me llamaba o venía a visitarme para contarme algún cotilleo, y en las raras ocasiones en que nos veíamos se mostraba distante. Otro puñetazo brutal a mi estado emocional.
Menos mal que tenía a Jorge que para él no todo era blanco o negro y entendía que los grises existían. Era mi paño de lágrimas, mi asesor y mi confidente. Podía hablarle de mi relación sin reservas ni tapujos, ya que siempre me escuchaba e intentaba aconsejarme. Porque no todo era idílico, no. También existían episodios nocivos para mi persona.
Fundamentalmente nuestra historia, o lo que sea que fuese, se basaba en el sexo. Ahí todo funcionaba realmente bien. En la cama (o el sofá, la bañera, el tiro de escaleras o encima de la lavadora) conectábamos a la perfección. Le gustaba experimentar conmigo en el terreno sexual, y a mí me encantaba que lo hiciera. Se mostraba implacable y posesivo; su manera de hacerme el amor era brutal, sin preámbulos, solo besos apasionados y sexo a lo bestia. Me excitaba de tal manera que el orgasmo era inminente siempre, no como en mis anteriores relaciones, en las que algunas veces logré culminar y otras sentí tan

poco que fingir fue la única opción. Con Rober, no. Él me elevaba a lo más alto. Esa parte de nuestra relación es la que me dejaba totalmente expuesta. Él sabía cuánto disfrutaba estando entre sus brazos y lo bien que me hacía sentir, y eso le daba cierta seguridad sobre mí.

Pero no todo eran polvos de ensueño. Lo que yo sentía por él creía darle el derecho a opinar y querer imponerse en todo, por ejemplo, en mi vestuario. Opinión que yo me pasaba por donde me daba mandanga. Eso lo enervaba hasta el punto de intentar prohibirme las minifaldas, prohibición que yo me volvía a pasar por los bajos.

Tampoco respondió todas las veces que pregunté —que no fueron pocas— que a dónde nos llevaba lo nuestro. Se negaba a que viviéramos juntos. «Aún es pronto, Noe. Más adelante», era su respuesta habitual. Me hablaba de su trabajo, pero no de cómo pasaba el resto del tiempo que no estaba de servicio o conmigo; a veces no sabía de él en varios días. No tenía ni idea de quiénes eran sus amistades, si es que las tenía, ni tenía ningún dato sobre su familia. Tampoco sabía dónde vivía.

Pero lo que más me molestaba era que mis despertares siempre fueran eclipsados por su ausencia, que no hubiera pasado ni una noche entera abrazado a mi cuerpo o que nunca hubiéramos compartido el café de la mañana. Eso era realmente lo que me enfermaba, y para sentirme mejor, hacía justo lo contrario de lo que esperaba, igual que una niña de dos años. Que quería tenerme en casa por si me llamaba. Yo, a darle a la pata. Que pretendía que mis piernas estuvieran cubiertas. Shorts y minifaldas es lo único que encontraba en mis bolsas de rebajas. Que rehusaba hablar de él. Yo, con todas las preguntas cargadas en la escopeta. Bastante paciencia le demostraba ya, como para también tener que consentir sus gilipolleces.

Nuestra relación se deterioraba por días, o eso era lo que a mí me parecía. Yo no estaba libre de culpa. Mis altibajos eran notorios y mi mal humor patente. Perder a mis amigos fue uno de los ingredientes principales en mi cóctel de mala leche, y él no me lo ponía nada fácil.

A Jorge podía contarle todas estas cosas. Él siempre veía el lado bueno.

—No lo agobies, Noe. Los hombres siempre tienen miedo a atarse —decía mirándome con sus ojos caramelo—. Tú lo quieres y, por lo que me cuentas, él también te quiere a ti, así que ya llegará el momento. Si no le gusta que enseñes jamón, probablemente sea por inseguridad. Es mayor que tú y temerá que te enamores de alguien más joven. Además, si en el sexo es tan bueno como dices… ¿qué más quieres? Eso no se encuentra todos los días.

Algo de razón llevaba, aunque no la suficiente para convencerme.

Yo quería algo más de él. Necesitaba que confiara, que fuese sincero, y quería compromiso. ¡Solo buscaba una puta relación normal!, como la

que Jorge tenía con Pedro. Quería abrir los ojos y que lo primero que viera fuese su rostro, quería conocer a sus padres (si es que estaban vivos), quería relacionarme con sus amigos. Pedía tan poco, que el hecho de obtener solamente negativas hacía que lo aborreciera. Sin embargo ese odio duraba segundos. Él siempre sabía cómo convencerme, cómo hacer que me olvidara del tema vaciando mi mente con palabras tiernas e intensos besos para poder rellenarla a su antojo. El yugo de su amor oprimía lentamente mi corazón y yo era consciente de ello, pero lo que sentía por él me impedía poner punto final a lo que teníamos. Si es que teníamos algo.

El 12 de octubre cayó en sábado y, como la Virgen del Pilar es la patrona de la Guardia Civil, Rober se pasó toda la semana con los preparativos del desfile y organizando la cena que tendría lugar esa noche.

En mi interior había estado creciendo, en forma de ilusión, una imagen que se proyectaba continuamente: nosotros entrando en la comandancia cogidos de la mano ante la atenta mirada de compañeros y amigos. Incluso llegué a soñar que me presentaba como su novia. Mi corazón y mi mente se alimentaron con la esperanza de que él me invitara a esa cena, y hasta los dedos de mis pies se mantuvieron cruzados con la idea. Todo fueron pajas mentales creadas por mi yo más optimista y dirigidas por la batuta del deseo.

Me comí un mojón, porque además de no invitarme, me hizo saber que esa noche no vendría a mi casa. De manera que mi hasta entonces estado de optimismo fue derrocado por un estado creciente de rabia. Una sed de venganza hasta el momento desconocida me secaba el paladar.

Sabía por él que la cena terminaría a eso de las 23:30 y que luego se dirigirían a una fiesta privada que habían organizado en un pub, así que a las 23:00 me planté a las puertas de la comandancia con un vestido negro tan corto y ajustado que parecía una segunda piel. Vestí mis piernas con unas medias finas, también negras, y me calcé unos tacones para poder lucirme como debía. Un abrigo corto de paño rojo, a juego con mi lápiz labial, me daba el toque justo para lo que pretendía provocar en él. Si me estaba tocando las narices continuamente, ¿por qué por una vez yo no podía meter los dedos en las suyas?

Una sonrisa malvada se dibujó en mis labios cuando me vi reflejada en los cristales de la comandancia. Me podía imaginar el impacto que le causaría verme allí, y más, vestida de aquella manera. Saboreé la venganza en mi boca. Me acercaría a él, le daría un beso en los labios y me marcharía. Así de simple era mi plan. Lo único que pretendía con todo aquello era sacarle esa mala hostia que duerme en sus entrañas, aunque esta se viera encadenada cuando tuviese que guardar

las apariencias delante de sus compañeros.
«¡Que se joda! ¡Que se joda y mucho!».
No eran ni las 23:30 cuando comenzó a salir gente. Hombres y mujeres vestidos con sus mejores galas abandonaban el lugar.
Cuando lo vi me dio un vuelco el corazón. Estaba guapísimo. El traje gris oscuro que vestía hacía que el gris de sus ojos pareciera más claro, y la conversación que mantenía mostraba lo sociable que podía llegar a ser cuando le daba la gana. Estaba en su ambiente y se veía cómodo con las personas que lo rodeaban. Su cara serena, sus hombros relajados, sus brazos…
¡¿Quién coño iba agarrada a su brazo?! Mis pupilas se clavaron en la mujer que estaba a su lado, en esa que tan a gusto se la veía sujeta a él. Una morena alta y delgada con más maquillaje que Marilyn Manson y vestida como Lady Gaga en el vídeo de Alejandro. Vamos, que yo a su lado parecía una colegiala.
«¡Será hijo de puta!».
Llevar a su lado a una tía con un vestido que le transparentaba el sostén y casi le dejaba los cachetes del culo a la vista no parecía incomodarle mucho.
Sin pararme a recapacitar un segundo me dirigí hacia ellos. Advirtió mi presencia cuando estuve frente a él. Su mirada se cruzó con la mía y su mandíbula se tensó, pero la sorpresa no hizo que apartara su brazo de la zorra que llevaba colgada.
—¡Hola, Rober! —Sonreí. El tono de mi voz, para los presentes desconocida, ocasionó que giraran las cabezas en nuestra dirección y me acosaran con sus miradas.
—Buenas noches —respondió agrio como la leche cortada.
—¡Hola! —saludó Marily Manson supersimpática mirándome a través de sus pestañas maquilladas y probablemente postizas.
—Hola. ¿Y… tú eres? —Mi pregunta, directa, mi cuerpo, en tensión.
Estaba tan rebotada que me daba lo mismo dar un espectáculo. No me importaba estar rodeada de todos los tricornios de la ciudad ni dormir en el calabozo por escándalo público.
—Soy Natalia. Encantada. —Me estampó dos besos con sus labios acorchados—. La esposa de Rober.
Noté cómo me flaqueaban las rodillas y mi pulso se aceleraba. No había oído bien. ¡No podía haber oído bien!
—¿Cómo has dicho? —pregunté con labios temblorosos y las lágrimas al borde de derramarse.
—Noelia. —Él llamó mi atención y, al mirarle, lo único que pude ver en sus ojos fue el reflejo de mi lamentable cara. Una mueca de pavor cubría mi rostro. Un pavor nacido en lo más profundo de mi pecho.
«La zorra soy yo. Está casado. ¡Yo soy la maldita zorra!».
Necesitaba oírlo de sus labios, de esos labios que tantas veces habían

recorrido mi cuerpo, que tantas veces habían besado mi boca y que tantas veces me habían dicho «te quiero».
—¿Rober? —Una súplica.
—Noelia —repitió mi nombre. Me fijé en el subir y bajar de su nuez al tragar con esfuerzo—. Esta es Natalia, mi mujer. Natalia… esta es Noelia… una amiga.
Una amiga, eso es lo que yo era.
Las piernas no me obedecían, no supe cuándo había comenzado a correr. Paré para coger aire y quitarme los tacones y seguí corriendo sin mirar atrás, sollozando y con la cara empapada de lágrimas, lágrimas que me sabían amargas. La gravilla se me hincaba en la planta de los pies, pero ese era el más leve de mis dolores.
Cuando abrieron la puerta gritaron espantados. El cabello se me pegaba a la cara por el sudor y el llanto, y el maquillaje, totalmente corrido, me daba el aspecto de un oso panda. Mis medias estaban agujereadas hasta el punto de dejarme los pies totalmente al descubierto; fríos, magullados y sucios. Había perdido un zapato por el camino, pero ni era mágico ni de cristal, así que estaba bien jodida.
—¡Dios Santo! ¿Qué te ha pasado? ¿Qué te han hecho? ¡Noe!
Jorge gritaba con tanta desesperación por mi aspecto que me zarandeó cogiéndome por los hombros, y yo no podía contener las lágrimas que resbalaban sin permiso por mi churretosa cara. Era una de las pocas veces que lo veía perder el control, totalmente histérico. Pedro lo apartó de mí y, agarrando mi brazo, me obligó a entrar y me guio hasta el sofá mientras el llanto de Jorge se manifestaba igualando al mío. Por su vestimenta imaginé que pensaban salir. Seguramente tenían previsto ir al Agorafobia y yo acababa de joderles el plan.
—Tranquila, nena, tranquila. —Me intentó calmar Pedro sentándose a mi lado y acariciándome el enredado cabello—. Llora todo lo que necesites, no tengas prisa por hablar. Estamos aquí contigo. Estás segura. Tranquila, preciosa. —Sus ojos azules me desvelaron la verdad de sus palabras.
Lo abracé con fuerza y lloré en su hombro como tantas veces había hecho en el pasado. Él me rodeó con sus brazos y besó mi sien. Ahí estaba otra vez mi amigo, porque la verdad es que nunca se había ido, era yo la que les había dado la espalda y llegar a aquella conclusión hizo que la pena me invadiera por completo.
Tras agotar mi depósito de lágrimas pude explicarles, con todo detalle, lo que acababa de afrontar. Unos fuertes pinchazos en el estómago me hicieron ver que tanta tensión acumulada no debía de ser buena para el cuerpo. Sus rostros cambiaban de la sorpresa a la ira visiblemente, aunque no me interrumpieron una sola vez. Cuando mis labios escupieron el nombre de aquella mujer, los pinchazos se intensificaron y volví a romper en llanto. Todo me parecía una pesadilla, una broma

de mal gusto.
—¡Es un hijo de puta! —explotó Pedro—. Sabía claramente que era un machista, un homófobo y un chulo… pero nunca imaginé que también fuera un mentiroso compulsivo. —Yo lo miraba analizando sus palabras, interpretando el sentido que tenían— ¡¿Cómo lo ha hecho?! ¿Cómo cojones se puede llevar una doble vida durante tanto tiempo?
—Ahora entiendo muchas cosas, Noe —continuó Jorge con la voz apesadumbrada—. Ahora sé por qué era tan reacio a formalizar lo vuestro, por qué nunca te presentó como su novia. —Intuía lo que venía a continuación, sabía que las palabras que iba a pronunciar se harían más reales en cuanto salieran de su boca—. Porque nunca lo fuiste, Noe. Nunca fuiste la mujer que formaría parte de su vida. Ese puesto ya estaba ocupado.
La contundente verdad eliminó cualquier atisbo de duda que pudiera quedar en mí. Recordé todas las conversaciones, todas las negativas, todas las ausencias. Comprendí cada significado oculto en sus respuestas, en sus silencios, en sus sutiles cambios de tema. Y también comprendí cómo lo que había pensado construir con él se acababa de ir a la mierda. Sentí un gran vacío en mi interior, el clic de un interruptor que apagaba todas mis esperanzas.
Mi corazón estaba hecho añicos. Yo lo amaba y ese sentimiento era difícil de enterrar, más aún cuando era todo lo que me quedaba de él, un amor tan grande y destructivo que sabía que iba a terminar de destrozarme. Cuatro meses acostándome con un desconocido, entregándome a él en cuerpo y alma, dándoselo todo y… él tenía otra vida. Una vida real junto a su mujer.
—He sido su amante. He sido su amante sin pretenderlo, sin llegar siquiera a sospecharlo. Le he confiado mi vida a un extraño que me ha utilizado a su antojo.
Me acurruqué en posición fetal y lloré hasta quedar seca ante la triste mirada de mis amigos. Ellos no podían hacer nada por mí, ya nadie podría arreglarme por dentro.

15

LA MOSCA

Seguimos la juerga en el Agorafobia. La noche iba a ser larga, pero no me importaba porque luego él vendría a casa conmigo, nos meteríamos entre las sábanas y haríamos el amor hasta que nuestros músculos gritaran de dolor.

En el pub no cabía un alfiler. La gente, vestida de fiesta, bailaba descompasada, por el efecto del alcohol consumido, y la alegría general era palpable.

Mario y Pinta fueron a la barra a pedir unas copas y nos dejaron a los demás bailando en la pista. Mila y yo reíamos con las mandíbulas desencajadas al ver la insólita coreografía de la pareja. El sentido del ridículo era un concepto inexistente para ellos, aunque tampoco importaba, dado que todo el mundo bailaba de forma desmedida.

Mi sonrisa me dijo adiós cuando la vi colgada de su cuello más ebria que nunca. Él intentaba mantener las distancias resultándole prácticamente imposible.

—Noe, ¿has visto eso? —Pedro y Jorge habían dejado de bailar y miraban en la misma dirección que yo.

—Sí —contesté, pero no creo que me escucharan ya que mi voz apenas fue un susurro atormentado.

La visión de sus manos, sujetándola por la cintura para mantenerla a raya mientras ella trataba de acercar su cuerpo al de él, me quemaba las retinas. Podía ver perfectamente desde donde me encontraba ese leve tira y afloja que mantenían. Mario se retiró un poco y le dio la espalda. Sus ojos se movieron con rapidez entre la gente y, cuando se encontraron con los míos, lo único que pude hacer fue apartar la mirada.

De pronto me sentí muy cansada, quería irme a casa. Aquella bruja no me iba a dejar que disfrutara la noche.

Mario se dirigió hacia nosotros, con una copa en cada mano, sin dejar de mirarme a los ojos. Ella iba tras él, pisándole los talones. Le rodeaba posesivamente la cintura con sus delgados brazos; tanto, que le clavaba sus enormes tetas en la espalda. Y por si la escena no me pareciese ya de por sí lo bastante subida de tono, le rozaba el cuello con los labios deliberadamente. Por la expresión de Mario supe que se sentía incómodo —la arruguita que se formó entre sus cejas lo dejaba bien claro—, y yo me notaba cada vez más perdida. No sabía cómo debía actuar, no tenía la menor idea de cómo desenvolverme en tal situación. Una vez pasé por algo similar y vi con mis propios ojos

cómo la persona que yo amaba tenía su vida junto a otra mujer. Pero esto era muy distinto. Mario no estaba con ella, sino conmigo. Y aunque lo sabía, al verlos de aquella manera volvieron las inseguridades.

Aparté de nuevo la mirada de esa imagen que tanto daño me estaba haciendo y observé la expresión calculadora de Mila. Aquella escena le estaba gustando tan poco como a mí. Sin embargo, ella no dejó de observarlos mientras se acercaban a nosotros. Me miró por un segundo intentando transmitirme su entereza, tratando de transferirme el coraje suficiente para volver la vista de nuevo hacia ellos. Lo hice.

Al llegar a donde estábamos noté a Mario nervioso; a ella, insolente.

—¡Feliz Navidad! —dijo Maite en general mirándome a mí en particular. Con una sonrisa teatral se ciñó más a la cintura de él—. ¡Pero si está aquí la robanovios!

Mario se puso rígido por la indirecta tan directa que Maite me acababa de lanzar. Se volvió hacia ella y, con un movimiento más que brusco, se deshizo de su pegajoso abrazo y la encaró.

—Maite, mejor vete. El estado en el que te encuentras te hace decir tonterías.

—¿Es que no es verdad, mi vida? —Volvió a engancharse, tambaleante, esta vez a su cuello, dejando su boca a escasos milímetros de la de él—. Tú y yo éramos la pareja perfecta, y lo seguiríamos siendo si esta zorra no se hubiese metido en medio. Lo sabesss.

Hizo el amago de besarle, pero Mario apartó rápidamente sus labios a la vez que se desenroscaba del cuerpo los brazos de esa serpiente, que cada vez lo envolvían con más presión.

—No vuelvas a insultarla, ¿me oyes? Si no quieres tenerme como enemigo, respétala. Y… respétame a mí también. Romper contigo fue decisión mía. Ella no tuvo nada que ver.

La frente de Mario se veía cada vez más arrugada. Se estaba poniendo de muy mala leche con todo aquello.

—¡¿Ah, nooo?! —preguntó Maite en un tono tan divertido que no cuadraba con la situación.

—Pues no —contestó él tajante—. Pensaba terminar contigo de todos modos.

—Permíííteme decirrrte, mi vida, que no lo parecíííia en absoluto; es más, juntos lo pasábamos de viiicio. —Arrastraba las palabras a causa de la intoxicación etílica.

Con la turbia mirada clavada en Mario y una asquerosa sonrisilla de seguridad en los labios trató de besarlo de nuevo. Yo estaba muda viendo cómo se desarrollaba la escena a mi alrededor, incapaz de participar en ella. Me sentía sobrecogida por sus palabras y muy arrepentida de haber ido.

—Mira, Maite —se interpuso Mila entre esta y su hermano; todos desviamos la mirada hacia ella—, eres la típica mosca cojonera revoloteando alrededor de la mierda. Aunque en este caso mi hermano no es ninguna mierda, claro. Por el contrario, tú sí que eres un moscardón molesto con mal aliento. Así que, ¿por qué no te vas a revolotear alrededor del ojete de algún burro antes de que te parta la cara?

A Maite el colocón se le pasó ipso facto y mostró su sorpresa sin ningún disimulo. Miraba a Mila boqueando, intentando responder a lo que esta le había dicho. Pero por lo visto la conexión entre su cerebro y sus cuerdas vocales se acababa de romper. No quería pensar en cómo podía terminar aquello, cualquier desenlace que imaginaba iba acompañado por la banda sonora de Rocky IV, así que me limité a apretar con fuerza las manos de la pareja que se veían tan alarmados como yo. En cambio, Pinta se atragantó con la bebida a causa de la risa; todo aquel espectáculo parecía divertirle bastante. Mila continuó mirándola fijamente, sin apenas pestañear, hasta que sin decir una palabra, Maite dio la vuelta sobre sus tacones de aguja y se marchó mezclándose entre la gente. Ella había tenido el gusto, o la desgracia, de conocer a Mila en el pasado y sabía que la mejor opción en ese caso era una retirada a tiempo. Mario expulsó el aire contenido con violencia y, visiblemente aliviado, dedicó un gesto de agradecimiento a su hermana por haberle quitado a Maite de encima. Cuando mi amiga se volvió hacia mí, en su cara se dibujaba una gran sonrisa. La misma sonrisa que tantas veces le había visto, esa que siempre se mostraba cuando conseguía lo que quería.

Aunque aquel final no había sido todo lo crítico que pensé que sería en un primer momento, mi ánimo había decaído a la altura de mis talones. Mario, notando mi escaso entusiasmo, propuso que nos marcháramos, y yo acepté aliviada. Nos despedimos de los demás y, cogidos de la mano, fuimos paseando hacia mi casa rodeados de las luces que adornaban la ciudad.

—Olvídalo —dijo de pronto.

Habíamos recorrido la mitad del trayecto sin hablar, cada uno concentrado en sus pensamientos.

—Eso intento —suspiré—. Pero no puedo. No había pensado que ella pudiera estar allí, y menos aún que se pusiera tan borde como se ha puesto. Me odia, Mario. Eso no va a cambiar. Y ya estoy cansada de tantos numeritos.

Conforme lo dije, me arrepentí.

—Pensé que todos los numeritos que te monté, antes de comenzar lo nuestro, estaban perdonados—comentó un tanto molesto.

—Lo siento. No quería decir eso.

—Pues te ha salido de lo más natural. —Guardó silencio durante unos

segundos—. Ya nada me une a ella; si no quiere aceptar que hemos roto, ese es su problema. Lo que no me gustaría es que lo que ha pasado esta noche pudiera influir en lo nuestro. No quiero que pienses, ni por un momento, que yo he tenido nada que ver. —Más silencio—. Yo te pedí perdón por todo lo que te dije en el pasado, pero si te lo tengo que volver a pedir, lo haré.

—¡Venga, tonto! —Le di un toquecito con mi cadera—. Si sabes que estás más que perdonado. Solo intenta entenderme un poco, ¿vale? Pensaba pasar una noche genial junto a toda la gente que quiero, sobre todo junto a ti, y Maite me la ha jodido. Tú no tienes la culpa de eso —me apresuré a añadir—, pero su intromisión me ha jodido mucho.

Se paró en seco y me miró intensamente antes de sonreír. Yo también sonreí sin saber por qué. Entonces me rodeó la cintura con sus brazos y, acercándose a mi cuello, me susurró al oído:

—Pues la noche no ha terminado y yo voy a seguir jodiéndote… de otra forma, claro.

Sentí la contracción en el centro de mi cuerpo al mismo tiempo que el escalofrío subía por mi columna. De pronto todo lo que había pasado esa noche se desvaneció dejando solamente unas tremendas ganas de quitarme los tacones y salir corriendo para llegar lo antes posible a casa y hacer realidad lo que acababa de decirme.

Todo rastro de aflicción se esfumó cuando lo tuve desnudo encima cubriendo mis pechos con húmedos besos y presionando con suaves caricias la parte más erógena de mi cuerpo. Me aferré a las sábanas, arrugándolas entre mis dedos, y arqueé la espalda gimiendo por el placer que me producían sus manos. Me tenía a punto y lo supo; la facilidad con la que entró en mí, así lo demostró. Como bien sabía, Mario decía justo lo que quería decir, sin adornos y sin andarse con rodeos. Cumplió sus palabras. El «voy a seguir jodiéndote… de otra forma» se quedaba corto, porque él me llevaba a lo más alto, a un placer extremo que ni conocía. Enredé mis manos en su pelo, enterró su cara en mi cuello, y juntos, estallamos.

Nos rendimos a Morfeo totalmente liberados, con los alientos mezclados por la cercanía de nuestras bocas.

El día de Navidad nos despertaron aporreando la puerta. Sobresaltada me puse la bata y fui a abrir. Pedro entró en mi casa precipitadamente, se veía a kilómetros su estado de nerviosismo. Jorge pasó tras él con los restos de la cena de Nochebuena para almorzar y una sonrisa apenada dibujada en el rostro. Aunque me encontraba realmente cansada y me hubiera apetecido dormir hasta Año Nuevo, mi curiosidad se impuso a todas las demás necesidades, incluso a la de vaciar la vejiga.

Pedro se sentó, negando con la cabeza y diciendo a cada momento

para sí:
—No me lo puedo creer. ¡Es que no me lo puedo creer!
Jorge dejó la comida sobre la encimera, después tomó asiento a su lado y lo abrazó suavemente.
¡Joder con Pedro! ¿Qué era lo que no se podía creer? No tenía ni puta idea de qué hacer; si preguntar, esperar o si volver a meterme en la cama.
Mario salió de la habitación en pijama y con un peinado a lo punk, elaborado por las almohadas, digno de admirar. Se rascó la barba al descubrir a Pedro en plena escena de histeria y, mirándonos a Jorge y a mí, levantó las cejas a modo de pregunta. Yo me encogí de hombros, porque la verdad era que ni se me pasaba por la cabeza el porqué de todo aquello, y Jorge le quitó importancia a lo que fuera con un movimiento de la mano.
Mi chico —que es más listo— entró en el baño mientras yo pegaba saltitos sobre la punta de los pies de tanto aguantarme. Cuando se hubo vaciado (dichoso él) fue hasta la cocina y, sospechando que nos quedaba para largo, comenzó a preparar café, asomándose a cada momento al salón por si había dado comienzo el drama, que viniendo de Pedro lo mismo se trataba de que se le habían manchado unos vaqueros con lejía. Entonces lo mataría con mis propias manos y después me mearía en su chaqueta nueva para marcar territorio como hacen los perros, ya que la tranquilidad que mostraba Jorge dejaba claro que de un holocausto homosexual no se trataba.
Me bebí a sorbitos el café, que Mario me había pasado, y con cada sorbo caliente mis ganas de orinar se fueron intensificando. Ya no pude aguantar más.
—Mira, Pedro —intenté no sonar muy seca—, ya que nos has despertado, has entrado hecho un histérico y aun así no dices nada, me voy al baño, porque si no, reviento.
Después de estar casi cinco minutos sentada en el inodoro, aproveché también para lavarme los dientes y asearme un poco.
Al salir del baño la escena había cambiado. Pedro tenía la cabeza gacha y ya no murmuraba. En cambio, Jorge mantenía la vista fija en Mario, que sujetaba la taza de café con tanta fuerza que la iba a hacer añicos. Yo también lo miré. Noté la tensión en su mandíbula, al mantener los dientes apretados, y su mirada andaba perdida en algún lugar lejos de mi salón. Aquello me descolocó.
—¿Qué coño pasa? —pregunté alzando la voz.
Todos se giraron hacia mí.
Fue Jorge quien me contó lo ocurrido, eso que tan preocupado tenía a Pedro y que había dejado en estado de shock a Mario.
—Ayer, cuando os fuisteis del Agorafobia, nos quedamos un rato más. No mucho, la verdad, porque estábamos bastante cansados. No me

sentía los pies…
—¡Jorge! ¡Al grano!
Ahora la histérica era yo.
—Pues eso… que al rato nos fuimos a casa de Mila. Pedro y yo estábamos hechos polvo y nos fuimos a dormir. A tu cuarto, Mario, espero que no te moleste. —Este se mostró completamente indiferente a lo que habrían visto su cama y el resto de su habitación—. Mila y Pinta se quedaron en el salón bebiendo y descojonándose por tonterías. Estaban bastante mamados —suspiró—. Esta mañana, cuando Pedro se ha levantado, ha ido de puntillas al dormitorio de Mila para despertarla con un ataque de cosquillas… —Se detuvo y me miró. Yo hasta el momento no veía nada anormal.
—¡¿Y?! —presioné.
—Pues que… Mila estaba enroscada como un camaleón al cuerpo de Pinta. —Noté un sobresalto en el pecho seguido de una voz de alarma.
—¿Se quedaron dormidos? —Esa vez mi pregunta apenas se escuchó.
Desvié levemente la mirada para observar cómo asimilaba Mario toda aquella información, pero él seguía en el infinito y más allá.
—Sí. Después de haberse enrollado —respondió Jorge en el mismo tono que yo había usado; casi susurrando.
—Eso no lo sabes.
—Noe, estaban totalmente desnudos.
Miré de nuevo a Mario, y en su cara vi una expresión tan extraña que no fui capaz de descifrar.

16

MALAS DECISIONES

Necesitaba olvidarme de todo, pero las imágenes se proyectaban en mi mente una y otra vez como secuencias de una mala película. Cuando estaba consciente era más sencillo, porque podía aferrarme a la rabia y al odio. En cambio, cuando me abrazaba al sueño, las pesadillas aleatorias sin control que abordaban mi subconsciente me despertaban sobresaltada con todo el cuerpo impregnado en un sudor frío que me hacía estremecer de forma convulsiva.

Mi teléfono móvil estaba saturado de mensajes de voz que aún no había podido escuchar. El recuerdo del gris acerado de sus ojos, mientras esas gélidas palabras abandonaban sus labios, era la única defensa que me quedaba proporcionándome las fuerzas necesarias para ignorar sus constantes llamadas.

Al no encontrarle sentido a nada y sin voluntad para seguir adelante, decidí cobijarme en la mentira y le pedí unos días a mi jefe, inventando una enfermedad que la pesadumbre de mi voz hizo que sonara más creíble.

Una semana llevaba en casa como una enferma terminal, del sofá a la cama y de la cama al sofá, aislada del mundo que me rodeaba y encerrada en mí misma. Olvidé que mi organismo necesitaba de nutrientes para vivir o, por lo menos, sobrevivir, e ignoré la falta de higiene tanto de mi piso como de mi persona. Sucumbí de nuevo a la pena y la soledad, y deseé no estar viva.

Solamente una vez en mi vida había sentido algo parecido. Aunque los dos hechos no eran comparables, me sentía igual que dos años atrás; devastada y masacrada, aplastada por un peso enorme que me impedía seguir adelante.

Al cumplir los veinte me independicé, empujada por la falta de comunicación y entendimiento con mis padres. No obstante, no puedo negar que su pérdida me hundió. Necesité aferrarme a la idea de lo que podría haber sido y no fue. Requerí de la ayuda de profesionales para volver a encontrarle un sentido a mi vida y, gracias al apoyo de mis amigos, logré superarlo. Pero esta vez mis amigos no eran tantos, el pilar que me sostuvo años atrás había sido destruido por un terremoto ocasionado por mis malas decisiones.

Permití que salieran los recuerdos de mis padres que tanto me había costado encerrar, accediendo al pasado y recapitulando lo vivido con un ansia agónica de seguir autodestruyéndome un poco más. Anhelé tanto mi niñez, que la desesperación por desear lo que ya no podía

ser, paralizó todos los demás sentimientos. Evoqué recuerdos que se superponían unos a otros. Odié los días grises, los odié con una intensidad devastadora. Ya no quedaba nada del feliz chapoteo en los charcos, de esa cabalgata de nubes grisáceas que tanto me gustaba. Lo único que albergaba en esos momentos era tristeza, añoranza y odio. Mis padres murieron un día lluvioso, color plomizo, sacados de la carretera por un coche igual de oscuro que se dio a la fuga. No podía compararse, pero era el mismo gris glacial que vi en los ojos de Rober e idéntico al gris que teñía mi corazón. Suena patético, lo sé. Esto terminaba con mi cuerpo hecho un ovillo, apiadándome de mí misma, para después de haber llorado hasta que no me quedaban lágrimas, volver a empezar.

Una semana más tarde seguía sumida un poco más en la autocompasión cuando Jorge y Pedro irrumpieron en mi piso (que más bien parecía una pocilga), con el propósito de cambiarme el chip aunque fuera a hostias. A Pedro nada más verme se le fue todo el color de la cara.

—Noe, bonita, si me gustaran las tías acabarías de asesinar mi libido. Menos mal que no me gustan. ¡¿Tú te has visto?!

Jorge observó el desorden —y la mierda, para qué vamos a engañarnos— que adornaba mi salón. Todo estaba por medio; nada se encontraba en su lugar, el suelo sin barrer, el polvo de los muebles sin quitar. Todo era un desastre, y yo, la que más. Mirando a su novio con una cara de asco que no supo disimular, dijo:

—Cari… encárgate de ella. Yo voy a ver si puedo desinfectar esto sin pillar una enfermedad mortal.

—Pues creo que, además de la lejía, te va a hacer falta agua bendita, porque este sitio está infernal.

Sin dejar de maldecir entre dientes, Pedro me condujo al baño y abrió el grifo de la bañera. Me quitó la ropa a manotazos y me obligó a meterme dentro, retirándose un poco para poder mirarme de arriba abajo.

—¡¿Y ese potorro?!

Jorge acudió de inmediato, dejando lo que estuviera haciendo, tras oír el grito de espanto de su novio.

—¿Qué le pasa a mi potorro? —pregunté de malas maneras.

—¡Venga, nena! Si parece que tengas un gato acostado en la entrepierna. Si hasta rastas se te pueden hacer con eso. —Era exagerado a más no poder. No debía de ser para tanto. Si mi clausura solamente había durado una semana, no se me debía de ver tan dejada, ¿no?—. ¡Cariii! —gritó.

—¡Qué estoy aquí, coño! Con el susto que me has dado.

—Llama a Mar y pregúntale si puede hacernos un hueco esta tarde mismo. Dile que es de vida o muerte.

Jorge salió del baño para realizar la llamada. Mar era la esteticista que los depilaba y allí es donde pensaban llevarme. Yo no tenía ganas de entrar en un debate sobre lo poblado o no que estaba mi potorro, así que no dije nada.
—¡Cariii! —volvió a chillar Pedro parándome el corazón un segundo.
—Dime —contestó Jorge desde el salón.
—Tráete el KH7. Debe estar en algún armario de la cocina. La grasa del pelo no va a salir con el Fructis.
Abrí los ojos como platos, reaccionando a tiempo esa vez, cuando Jorge entró de nuevo al baño con el KH7 en la mano.
—¡Ni se te ocurra, Pedro! —grité alarmada empujándolo con las manos para que estuviera lo más lejos posible de mí—. ¡¿Es qué estás majara?! ¡Eso es tóxico, imbécil! ¿Es que quieres matarme?
Me miraron con una sonrisa divertida en los labios. Pedro cruzó los brazos sobre el pecho mientras me observaba alzando las cejas. Jorge también me miraba, pero con esa dulzura que lo caracterizaba. Y yo ahí, en pelota picada sin saber si me iban a coger entre los dos y me iban a desincrustar la grasa o qué coño pensaban hacer.
—¿Ves cómo no te quieres morir de verdad, tonta?
Jorge me hablaba como se le habla a un niño pequeño para hacerle entrar en razón. Estaban disfrutando al ver cómo había reaccionado ante la amenaza de muerte por intoxicación, lo que me hizo darme cuenta de que tantas no serían las ganas que tenía de palmarla.
—Pues solucionado, so marrana —concluyó Pedro—. Ya que sabemos que no te vas a suicidar en el intento, restriégate hasta en los rincones más recónditos de tu cuerpo, quítate toda la peste que te envuelve y vístete, que te espera una brasileña.
Volvieron al salón y me dejaron sola con mi suciedad.
Estuve bastante tiempo bajo el chorro de agua caliente hasta que mi piel tomó un tono rosáceo. Cuando salí del baño, tras haberme dejado las uñas en el proceso de eliminación de toda la mugre que me cubría de pies a cabeza, la casa estaba recogida. ¡Hasta olía a limpio! Me hubiera avergonzado si no se hubiese tratado de ellos. Pero eran Jorge y Pedro, mis amigos los exagerados, porque la verdad es que no era para tanto. Me asombré de su rapidez. Todo estaba en orden; los platos limpios se escurrían, ni polvo ni manchas se veían ya, y hasta las sábanas de mi cama habían cambiado. Los envidié por organizados y los adoré por haber venido a salvarme del síndrome de Diógenes al que me había abandonado.
Después de haberme cagado en la puta madre que los parió unas tres docenas de veces, salía del centro de estética de Mar, según Pedro, con dos kilos menos de todos los pelos que me habían quitado. Y es que, además de ponerme bonito el potorro, también se habían ensañado con mis axilas y piernas a las que no les hacía ninguna falta una

puesta a punto. Aunque mi amigo Pedrito insistió diciéndome, y cito literalmente, que era antifemenino lucir púas del quince en las patas y los sobacos. ¡Qué refinado es! Pero ¡cómo podía exagerar tanto! Y yo, ¡¿por qué me dejaba convencer por él?! El peor de todos mis defectos, y mira que tengo muchos, es la facilidad con que la gente me convencía. Eso tenía que cambiar.

Como se hizo tarde y yo sabía que no me iba a librar de ellos tan fácilmente, accedí a acompañarlos a tomar una pizza, que se comieron prácticamente entre los dos. Estuvieron hablando de mí, de mi actual estado de ánimo y de cómo iban a conseguir que todo se me pasara en un tiempo récord para que pudiera seguir adelante con mi vida. Eso era precisamente lo que a mí me faltaba en aquellos momentos, ser su reto personal.

Esa noche, entre las sábanas limpias de mi cama, evalué todo lo que me había sucedido en los últimos meses desde un punto de vista más objetivo. Puse todas las experiencias en una balanza imaginaria para que me resultara más sencillo. Pensé en todas las desgracias que le ocurrían a la gente a diario y me dieron ganas de abofetearme por haberme creído más desgraciada que las demás personas. La muerte de mis padres sí había sido un motivo de peso para deprimirme, pero esto no, y no iba a permitir que me hundiera. Iba a resurgir como el ave fénix renació de sus cenizas, aunque seguramente con menos estilo.

Lo primero que hice, armada con un reciente coraje, fue escuchar el primer mensaje de voz que Rober me había dejado. Acerqué el móvil a mi oído.

“Ya imagino que lo nuestro se acabó, pero déjame decirte que el amor y el odio están separados por una línea muy fina, a tan solo un paso el uno del otro. Yo te amo, Noe, y sé que en el fondo tú sientes lo mismo. Siento mucho no haber sido del todo honesto contigo. No te lo merecías. Perdóname, ¿vale? Te quiero y… por favor, llámame”

Que no había sido del todo honesto conmigo distaba mucho de la realidad. Su engaño había sido premeditado, moldeado y ejecutado sin tener en cuenta el daño que me produciría. Yo ya no estaba tan segura de mis sentimientos hacia él, dudaba de si era realmente amor o una dependencia que me sometía. No necesitaba pensar en toda aquella mierda en esos momentos —no me hacía ningún bien—, así que decidí borrar los demás mensajes de voz sin escucharlos, porque me sentía vulnerable aún y no estaba dispuesta a que volviera a convencerme.

La noche siguiente salí con mis amigos al Agorafobia. Me habían asegurado que Mila no estaría. No me veía con fuerzas suficientes para enfrentarme a ella y más sabiendo que siempre había tenido razón. Mi renovada fortaleza no daba para tanto.

Llegamos temprano; Underground aún estaba preparando el escenario.

Busqué a Mario con la mirada, pero él ya me había visto y venía hacia mí. Necesitaba hablarle, preguntarle por su hermana sin rodeos. Al llegar donde yo estaba, sonrió.
—Me alegro de verte por aquí, Noe.
La ternura que percibí en su voz calmó mis nervios y me dio más seguridad. Me había propuesto recuperar toda mi vida tal como estaba antes de que Rober entrara en ella y la pusiera patas arriba, y mi principal prioridad era recuperar a mi amiga costase lo que costase.
—Yo también me alegro de verte. —Sonreí. Nos quedamos mirándonos sin saber muy bien cómo continuar hasta que mis labios hablaron sin mi permiso—: ¿Cómo está ella? —Tras soltar la pregunta me sentí aliviada de haber sido tan directa. Aunque con él nunca se sabía.
—Ella está bien —contestó para mi asombro consiguiendo que mis nervios me dieran una tregua—. ¿Cómo estás tú? —Comprendí a qué se refería y supe que él también lo sabía todo, así que era estúpido intentar disimular.
—Pues hecha una mierda. Pero bueno, creo que estoy dando los primeros pasos para pasar página.
—Si necesitas cualquier cosa, por favor, pídemela. No creas que solo les preocupas a Jorge y Pedro. —Comencé a hacer pucheros conmovida por sus palabras, y él, al verme tan vulnerable, apoyó sus manos en mis hombros y los apretó con suavidad—. No estás sola en esto, Noe. Nunca lo has estado. Siempre hemos estado aquí. Si te apetece, espera a que termine de tocar y hablamos… de lo que quieras.
Lo miré a sus expresivos ojos verdes y sentí una enorme gratitud.
—Me gustaría mucho, Mario.
Sentados a una mesa vimos la actuación. Aplaudí a cada uno de sus maravillosos temas, pero no podía negar que el entusiasmo que una vez vivió en mí había desaparecido. Permanecí allí porque tenía una conversación pendiente y necesitaba tenerla, pese a que mi fuerza de voluntad flaqueaba con la letra de sus bellas canciones. Todas me recordaban a él. Al amor que tuvimos, al amor que se fue. The diary of Jane de Breaking Benjamin fue el detonante.

If I had to
I would put myself right beside you
So let me ask
Would you like that?
Would you like that?
And I don´t mind
If you say this love is the last time…

Sabía que ya nada sería como antes, que los días felices habían desaparecido dejándolo todo baldío y que los muros en mi interior se seguirían derrumbando. La letra de la canción retumbaba en mi interior y su voz fluyó envuelta en la música para atormentarme.
There´s a fine line between love and hate… (Hay una delgada línea entre el amor y el odio…).
No sé si el destino o el azar trajeron de nuevo sus palabras para apuñalarme el pecho. No pude soportarlo, sentía que me ahogaba. Fui incapaz de escuchar el final de la canción.
Tras despedirme de Pedro y Jorge, que no llegaron a entender la razón que me impulsaba a salir corriendo, me marché a casa. Mi conversación con Mario tendría que esperar, porque, nuevamente, vencía mi debilidad.
Con el pijama puesto y los ojos como platos seguía delante de la televisión, a las tres y media de la madrugada, viendo unos capítulos grabados de The Walking Dead. Tanto zombi me bloqueaba la mente e impedía que se pusiera a divagar a su antojo.
La entrada de un wasap iluminó la pantalla de mi móvil:
“Estoy en el portal. Si estás despierta, ábreme”
El corazón me dio un vuelco. En esos momentos no me sentía preparada para hablar con él y todavía menos después de semejante nochecita. Aun así, mis dedos ya estaban descorriendo el cerrojo de la puerta. No pude sostenerle la mirada; la cobardía se había abierto paso destruyendo en el camino las pocas fuerzas que había sido capaz de reunir.
—¿Puedo pasar? —La gravedad de su voz hizo que me estremeciera.
Abrí del todo la puerta y lo dejé entrar. Mis ojos, clavados en las letras del felpudo, «Bienvenido», a las que no les encontraba significado alguno.
Me senté a su lado en el sofá contemplando a toda esa gente ficticia que luchaba por sobrevivir. ¡Qué ironía!
Él me observaba; lo sabía aun cuando mis ojos estaban puestos en aquel rectángulo que iluminaba intermitentemente mi salón. No sé cuánto tiempo estuvimos así, solo sé que dejé de oír las voces de los actores en algún momento para concentrarme solamente en el silencio. Ese incómodo silencio que nos envolvía. También podía oír los latidos de mi corazón.
Tendría que haber sido yo, pero fue él quien rompió aquel cargante mutismo.
—No me has esperado, pero has dicho que te gustaría hablar y aquí estoy. Si quieres puedo marcharme, aunque creo que nos vendría bien que habláramos. Sobre todo a ti. Necesitas respuestas y yo te las puedo dar.
Lo miré, asustada, a pesar de que sus hermosos ojos me transmitían

tranquilidad. No dije nada, no hizo falta. Él sabía exactamente lo que yo quería, lo que yo necesitaba en aquellos instantes.
—Ella está tan bien como cabría esperar. No está como siempre, eso debes de saberlo. Sigue enfadada contigo, aunque creo que menos. Pero lo que más me preocupa es lo triste que la veo. Bueno… a las dos. Ya no suelta todas esas polladas que la hacen ser ella. La veo fatal, os veo fatal a ambas. Os necesitáis la una a la otra. Sé que no lo estás pasando bien, Noe, así que llámala. Es lo que debes hacer y creo que ella espera que lo hagas. Sabe todo lo que te ha pasado, como ya habrás imaginado, pero intuyo que quiere que el primer paso lo des tú. Es lo justo, ¿no?
Respiré profundamente al comprender lo que me decía, viendo un poquito de luz en medio de toda aquella oscuridad, una diminuta esperanza a la que me aferré con uñas y dientes. Llevaba razón, me tocaba mover a mí.
—¿De verdad crees que podremos arreglarlo? ¿Crees que me escuchará?
Sonrió posando la palma de su mano en mi mejilla y, acariciándome con el pulgar, me dijo:
—No solamente lo creo, sino que estoy seguro, Noe. Querrá estar a tu lado en estos momentos, como siempre lo ha estado. Pero ya sabes que ella nunca es la primera en ceder, aunque no tenga la razón. No obstante, esta vez sí la tiene. Llámala. Llámala mañana mismo e intenta solucionarlo. Te vas a sentir mucho mejor. —Su sonrisa se amplió mientras mis ojos se velaban—. Las dos os vais a sentir mucho mejor.
Cubrí su mano, que seguía acariciándome la mejilla, con la mía.
—Ya sabes cómo la quiero, Mario, y cuánto la echo de menos.
—Lo sé. Por eso estoy aquí, para darte un empujoncito. —Volvió a sonreírme —. Ella también te quiere, por muy enfadada que esté. No lo olvides.
—No lo olvidaré. —Dejé que las lágrimas salieran—. Gracias, Mario. Gracias por haber venido. Gracias por preocuparte tanto y por intentar ayudarme. Gracias por ser como eres.
—No me las des, Noe. No hace falta. ¿Para qué si no están los amigos?
Se acercó a mí y sentí la calidez de un beso en la sien.
Cerré los ojos y apreté su mano enormemente agradecida por sus consejos desinteresados.

17

CONSECUENTES

Llevaba más de cuarenta minutos en el baño. El chorro continuo de la ducha, el único sonido.

Comenzamos a comentar lo sucedido en cuanto Mario hubo salido del salón para encerrarse en el cuarto de baño. Jorge, apoyándome en mi defensa, Pedro, totalmente en contra. Lo que pasaba por la mente del chico que se hallaba bajo el chorro de agua era una incógnita.

—Le va a hacer daño, mucho daño. Ella está enamorada y a él lo mismo le da un potorro que otro.

—Eso no lo sabes, Pedro. No sabemos lo que él piensa y menos aún lo que siente. ¿Quién nos dice que no esté experimentando los mismos sentimientos que ella? ¿Cómo podemos asegurar que no se haya enamorado? Él es el único que puede saberlo.

—¿Cuándo? ¿Cuándo se supone que se ha enamorado de ella si hasta hace nada estaba liado con otra? Solamente es una más.

Jorge y yo nos miramos durante un segundo. Pedro estaba en lo cierto, no hacía ni dos semanas que Pinta había estado enrollado con otra chica, pero eso no era motivo suficiente para desconfiar de él, o por lo menos, para desconfiar del todo y dar por hecho que Mila era un número más en su larga lista de breves conquistas.

Yo estuve con Rober una noche antes de comenzar con Mario. También me entregaba a otra persona hasta que lo encontré a él, o mejor dicho, hasta que él me encontró a mí. En nuestro caso, Pedro no opuso ninguna resistencia; es más, se alegró inmensamente por nosotros. ¿Por qué estaba siendo tan duro con ellos?

Sentí que tenía que defender a Pinta, que debía otorgarle el beneficio de la duda. Principalmente porque sabía lo que Mila sentía por él y me pareció lo correcto.

—No creo que para Mila suponga ningún problema —afirmé convencida.

—¡Eso ya lo sé! El problema no está en ella… el problema radica en él. ¡No es monógamo! No lo veo como pareja de Mila. No le va. Dime una sola vez que una relación le haya durado más de una semana. ¡Venga, dime!

—Pedro, tranquilízate —intervino Jorge al notar cómo su novio se exaltaba por momentos—. Son mayorcitos y sabrán cómo resolverlo, si es que hay algo que resolver. Además, por mucho que le guste follar a Pinta sabe exactamente a quién le tendría que dar la cara en este caso y no creo que eso lo haya tomado a la ligera, porque, aunque no

sepamos lo que siente por Mila, todos sabemos la amistad que lo une a Mario y no lo veo pasándosela por el forro de los cojones.
—¡Pero si estaba mamadísimo!
—Por muy mamado que estuviera, Pedro. Pinta puede ser cualquier cosa menos estúpido —cortó Jorge tajante.
—Es verdad —seguí replicando—. Él sabía a lo que se exponía y aun así lo ha hecho. Si solamente ha sido un calentón, pues eso que se llevan en el cuerpo, pero ¿y si hubiera surgido algo entre ellos que a nosotros se nos hubiese pasado? ¿Y si ha sido así como estoy diciendo?
—¡Pero si se llevan fatal!
—Mario y yo tampoco es que nos llevásemos muy bien que digamos. ¡Y mira!
Me observó pensativo, sopesando el argumento que le estaba dando. En el fondo sabíamos que era posible, que Mila siempre conseguía todo lo que se proponía y que Pinta alguna vez tendría que sentar la cabeza. ¿No?
Enmudecimos cuando dejamos de oír el sonido del agua.
Mario salió del baño, totalmente empapado, con una minúscula toalla alrededor de las caderas. Se dirigió al dormitorio y, sin mirarnos, entró en este y cerró tras de sí. Nuestras mandíbulas cayeron rebotando en el suelo. ¡No se podía estar más bueno! Al verlo de esa guisa me dieron ganas de memorizar las conjugaciones para podérmelo tirar en todos los tiempos verbales. Nos había dejado más que alterados… a los tres. Giré mis ojos hacia la pareja y comprobé que seguían con la boca abierta y la vista fija en la puerta que acababa de cerrarse. Sonriendo, empujé sus barbillas con mis dedos y les obligué a pegar los labios, lo que dio lugar a que me miraran incrédulos, como si acabaran de despertar de un sueño. Probablemente así era. Conociéndolos, seguro que acababan de tener uno bien húmedo. Tuve que reírme, a pesar de la tensión, y al instante me acompañaron con sus sonoras carcajadas.
Al poco, Mario salió vestido, aunque con el cabello húmedo todavía. Los indisciplinados mechones oscuros le caían sobre los ojos ocultando su expresión. Se dirigió a la mesita y, cogiendo las llaves de la moto y el casco, abrió la puerta principal.
—Vengo en un rato, Noe. Necesito pensar. Si queréis comer, empezad sin mí. No me esperéis. —Clavó la vista en el suelo y salió del piso.
—¿Dónde vas? —Me levanté rápido.
Mi pregunta quedó en el aire; él ya se había marchado.
—¡Joder, joder! Esto no va a terminar bien. Mario sabe cómo es Pinta y nunca le ha importado dónde metía la polla, hasta que ha venido a meterla entre las piernas de su hermana. ¡Joder! —se lamentó Pedro, logrando que todo pareciera un drama, mientras se restregaba,

nervioso, las palmas de las manos por los vaqueros.
—No va a pasar nada, cari. —Jorge cogió su mano y la apretó con cariño en un esfuerzo por tranquilizarlo—. Estás más alterado que nosotros porque has sido tú, el que los has visto, pero piensa que es algo normal entre dos personas. Sé positivo. A nosotros también nos costó tomar la iniciativa y… ¡mira ahora! —La dulzura con la que le hablaba a su chico me conmovió, y Pedro, por fin, comenzó a tranquilizarse—. Y si no, fíjate en Noe. —Me miraron—. ¿Se hubiera imaginado alguna vez intercambiando fluidos corporales con Mario? —Negué con la cabeza al tiempo que también lo hacían ellos. En eso por lo menos estábamos de acuerdo—. Pues no. Y ahora se la ve más feliz que nunca. —Segunda cosa en la que volvíamos a estar totalmente de acuerdo.
A las cuatro de la tarde se marcharon sin probar bocado. Los restos de la cena de Nochebuena seguían sobre la encimera de la cocina y Mario aún no había vuelto.
Tomamos la decisión de no entrometernos en lo que a Mila y Pinta se refería, ya que teníamos la certeza de que ella lo solucionaría a su manera.
A las cinco y media de la tarde volvía a estar en el sofá. Me había duchado y puesto un chándal, aunque no había podido echarme nada a la boca. Llamé a Mario una docena de veces, pero ninguna de mis llamadas obtuvo respuesta. Una gran desazón me impedía estar quieta, así que me puse a recoger la casa a ver si de esa manera desfogaba los nervios que amenazaban con estrangularme. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no me cogía el teléfono? Mi preocupación se incrementaba con el paso de los minutos.
Llamó a la puerta un poco antes de las siete. Al mirarle a los ojos pude percibir la lucha interna que mantenía. Volvió a dejar el casco y las llaves sobre la mesita antes de desplomarse en el sofá. Permaneció un buen rato con la cabeza y los hombros caídos, mientras yo lo observaba sin saber qué decir. Por fin me miró con esos ojos que me hacían perderme en ellos olvidando todo lo que pasaba a mi alrededor. Una inapreciable sonrisa curvó sus labios un instante antes de que hablara.
—He pensado, Noe. He pensado mucho. Y he llegado a la conclusión de que no me importa. —Sonreí, sorprendida por sus palabras—. Y no me importa porque no puedo culparlos. Sería egoísta por mi parte recriminarles lo que han hecho. Creo que se merecen la oportunidad de experimentar lo que yo estoy experimentando contigo.
No dije nada; él ya lo estaba diciendo todo. No era típico de Mario destapar sus sentimientos de aquella manera, y si lo estaba haciendo, era porque lo necesitaba, así que lo escuché en silencio.
—Siempre he sabido que esto es lo que quería mi hermana y ahora no

voy a oponerme. Mila no lo hizo conmigo y se lo debo. Con Pinta es más complicado. Desconozco lo que de verdad siente por ella, pero sea lo que sea, lo aceptaré y respetaré. Ambos conocen las consecuencias y saben perfectamente que los que pueden resultar más dañados en toda esta historia son ellos mismos… y nadie más. Imagino que ya lo han pensado. Al fin y al cabo ella es mi hermana y él mi colega, y, pase lo que pase, eso no va a cambiar.

Me arrodillé delante de él y, acercando mi boca a la suya, lo besé. Sabía que lo necesitaba.

Así era Mario y así su modo de simplificar los problemas. Esas eran las reflexiones que lo hacían tan grande, que lo definían como persona y lo hacían único. Su forma de ser y su manera de ver la vida eran el motor que propulsaba de forma continua y ascendente el amor que ya sentía por él.

Me besó como nadie más me sabría besar —sabor a caramelo y textura de terciopelo—, utilizando esa placidez tan suya que me permitía percibir cada roce de su lengua en mi boca. Su método de dar amor me hacía sentir sensaciones tan placenteras que, con cada uno de los besos que recibía de sus labios, notaba cómo la electricidad en mi interior recorría cada una de mis terminaciones nerviosas. Con él todo era distinto porque era opuesto a todo lo que yo había conocido hasta entonces, y esa desemejanza marcaba la diferencia.

Lo miré a los ojos. Las motitas salpicadas en sus iris hacían que el verde fuese más intenso.

—¿Sabes que sueño con el verde ardiente de tus ojos?

Una auténtica sonrisa suavizó su expresión.

—No dejes de hacerlo, preciosa —musitó pegado a mi boca—. No hay nada que desee más que abrazarte de día y ocupar tu mente de noche, de la misma manera que tú ocupas la mía.

Me senté en su regazo y lo abracé, apoyé mi cabeza en su hombro y aspiré la embriagadora fragancia imperecedera de su cuello. Y así, entre la seguridad de sus brazos, con los pulmones atestados con su fresco aroma y mi mente invadida por el color jade de sus ojos, me dormí, sintiéndome más afortunada de lo que nunca jamás hubiera imaginado.

Al día siguiente, Mila me llamó para contármelo todo. El entusiasmo y la seguridad que irradiaban sus palabras me hicieron sentirme más feliz de lo que ya estaba. Y lo estaba muy mucho. Sabía que Mario y Pinta se hallaban en aquellos exactos momentos en el Agorafobia tomando café y, seguramente, hablando de lo mismo. Esperaba que él mostrara la misma pasión que ella; eso tranquilizaría a Mario. Aunque con Pinta nunca se sabía.

Mila me dijo que no estaban tan borrachos como Pedro nos hizo creer y que el primero en insinuarse había sido Pinta. Que a ella le

desapareció el colocón en el mismo instante en el que él la besó. Me aseguró que fueron conscientes en todo momento y, por lo tanto, también consecuentes.
—Llámame loca si quieres, pero sé que le gusto. ¡Le gusto mucho! No fue solamente sexo. Al principio estaba hasta nervioso. ¿Cuándo has visto tú a Pinta nervioso con una tía? Fue delicado como no podrías imaginar. Y cuidadoso; estuvo más pendiente de mí que de sí mismo. Luego ya la cosa se desmadró. Ya sabes, me pone el sexo duro, y por lo visto, a él también. ¡Me encantó! Y aunque consiguió que me corriera una media docena de veces, no fue solo un polvo. Lo vi en sus ojos, Noe. Vi cómo me miraba, cómo se tensaba encima de mí cada vez que yo gemía. Él quería que disfrutara entre sus brazos. Sé que Pinta también disfrutó lo suyo —dijo canturreando, y me pude imaginar la sonrisa de gata en su cara—, pero yo era su prioridad. No fue un simple mete-saca, Noe. No lo fue. Estoy totalmente segura.
—No sabes cómo me alegro.
—¡Qué feliz me siento, Noe! No te puedes imaginar lo feliz que estoy.
Yo sonreía como una imbécil al otro lado de la línea; la entendía perfectamente. No es solo que me pusiera en su lugar, es que sabía exactamente cómo se sentía porque yo experimentaba las mismas emociones cuando estaba con su hermano. Quizá no eran tan diferentes. Mario había ocultado sus sentimientos entre los brazos de Maite, y a Pinta, tal vez, le ocurría algo similar, aunque la manera de ocultar sus sentimientos fuese más promiscua. Tenía que reconocer que Mila no había sido muy agradable con él. Ese amor que la desbordaba lo había expresado con tanta ira que Pinta lo habría confundido con odio y por esa razón no se había descubierto ante ella. Porque eso sí, Mila mosqueada daba mucho miedo, si no, que me lo dijeran a mí.
Se despidió diciendo que tenía que hacer otra llamada. Ya me imaginaba yo a quiénes eran. Estaría desesperada por contarle todo a la pareja, así que colgué.
Cuando Mario volvió pude notar su alivio. El peso de sus hombros había desaparecido y sus facciones se veían más relajadas. Nos contamos las conversaciones que habíamos mantenido, yo con su hermana y él con su amigo, aunque no le referí ni una palabra de la sesión de sexo duro de la que Mila me había hablado; mejor guardarme esos conocimientos para mí. Le detallé cómo se sentía ella para tranquilizarlo y eliminar cualquier resquicio de duda que pudiera subsistir, y él me contó, con una sonrisa en los labios, lo que ellos habían hablado. Que Mario sonriera de esa manera, era muy bueno.
—Noe, me ha dicho que quiere intentarlo en serio con ella, que lo que experimenta cuando está a su lado no lo ha sentido con nadie más. Sabe que va a ser difícil, que el carácter tan fuerte que ambos tienen

va a hacerlos chocar a menudo, pero aun así quiere intentarlo. —Su sonrisa se amplió. Pondría la mano en el fuego a que el origen de esa alegría era su hermana. Él conocía mejor que nadie lo que ella sentía por su mejor amigo—. Está cansado de andar siempre con alguien diferente, y me ha confesado que se siente solo, como que le falta algo. Por último, me ha dicho sonriendo que con Mila la soledad no existe, que cuando está cerca de ella se centra tanto en su físico y en su temperamento que ese vacío desaparece. Dice que quiere llenarla del todo, como ella lo llena a él. —Arrugó la frente y la sonrisa desapareció—. No le he preguntado a qué se refiere con llenar del todo… porque no quiero saberlo, la verdad.

Me reí a carcajadas. Yo sabía que Pinta detallaba cada una de sus tórridas relaciones sexuales a Mario, pero a partir de ese momento tendría que dejar su entusiasta lengua encerrada en el interior de su boca.

El sábado por noche, mientras Underground actuaba, noté que, además de la música, el ambiente a nuestro alrededor reflejaba nuestro estado de ánimo; que andaba saltando entre las nubes y soltando serpentina. Hasta Pedro era el de siempre después de haber digerido lo ocurrido.

Al finalizar su actuación, Pinta susurró algo al oído de Mario y este asintió. Entonces, como si les hubiesen dado permiso, los ojos azules de Pinta siguieron una dirección. Con el micro entre las manos y señalando a Mila con su índice tatuado, comenzó a cantar Animals de Maroon 5.

No pude más que sonreír. El tema les iba como anillo al dedo.

Baby I´m preying on you tonight
Hunt you down eat you alive
Just like animals
Animals
Like animals…

Conociendo a Mila como la conocía, temí que en cualquier momento pudiese lanzarse como una tigresa al escenario y obligar a Pinta a realizar alguna escena no apta para todos los públicos. Me di cuenta de cómo se miraban. Se estaban diciendo tantas cosas que me sentí una intrusa observándolos de ese modo, pero no podía evitarlo. Mila, siempre tan firme, tan sólida, sin un ápice de vacilación en sus actos. Y Pinta se veía tan confiado; la determinación en su voz lo dejaba claro. Había que reconocer que en el fondo eran tal para cual.

Aparté la vista de ellos y miré a Mario. Él me observaba desde el escenario, aunque la serenidad que unos instantes antes se reflejaba en su cara había desaparecido. Tenía el ceño fruncido y una dureza en la

mirada que no entendí.
—Hola, nena. Sabía que podía encontrarte aquí.
Me quedé congelada.
¡Qué estúpida! A aquellas alturas de mi vida debería haber sabido que mi felicidad siempre ha sido efímera.

18

REENCUENTROS

Marqué su número una docena de veces con dedos temblorosos sin llegar a pulsar la tecla de llamada, con el corazón latiéndome a mil por hora hasta que la pantalla volvía a quedarse en negro y se bloqueaba.

Qué cobarde me sentía en aquellos momentos. El efecto de la conversación con Mario perdía fuerza conforme los días iban pasando y yo no podía hacer nada al respecto, con el miedo a obtener otra negativa aporreándome en las sienes y la esperanza evaporándose lentamente con el tictac de las agujas del reloj. Menuda mierda de persona estaba hecha; ni la peste negra había sido tan nociva como yo lo estaba siendo con las personas que me rodeaban. Y para colmo de todos mis males me obsesionaba saber que también estaba decepcionando a Mario, que tan bien se había portado conmigo.

Seguramente creería que había hecho caso omiso de sus consejos, cuando la verdad era que no había dejado de pensar ni un segundo en ellos intentando encontrar la manera de llevarlos a la práctica sin verme aún más dañada. Y como era hombre de pocas palabras y yo no había movido un solo dedo para arreglar la situación, probablemente habría decidido no volver a perder su tiempo conmigo. ¡Era de locos!, la única persona que podía acercarme a Mila era él y yo lo estaba alejando con mi actitud.

Sin pensarlo, marqué su número en un intento desesperado de minimizar los problemas que yo misma estaba acumulando como si de una colección de Planeta DeAgostini se tratara.

—¡¿Noe?!

Silencio. Falta de aire. Opresión en el pecho. Más silencio. Ganas de llorar.

—Noe. ¿Estás ahí?

Dejé escapar el aire lentamente y con él las lágrimas que últimamente era incapaz de contener. Me había convertido en un saco de mocos y sal.

—Soy una cobarde, Mario. Una gallina cagona inhabilitada para hacer otra cosa que no sea llorar.

Sentí su risa al otro lado de la línea. Una risa sin matices burlescos, un conjunto de sonidos sin un ápice de mofa. Solamente era su risa conocida tratando de contagiarme.

—Pero mira que eres tonta. Si tan acojonada estás, ¿por qué no me has llamado antes?

—No sé, Mario. Creo que a todos mis miedos se estaba sumando el de haberte defraudado.
—¡¿A mí?! ¿Por qué?
—Porque no he llamado a tu hermana y pensarás en lo inútil y absurdo que fue venir a mi casa en mitad de la noche para consolarme y aconsejarme. Y todo para nada. Pero quiero que sepas que te lo agradezco de corazón, que me acuerdo de cada una de tus palabras. Solo es que… no puedo. No tengo lo que hay que tener para llamarla.
De nuevo su risa.
—Noe, tómatelo con calma, ve a tu ritmo. Sé que no vas a olvidar lo que te dije, así que no te agobies metiéndote prisa y hazlo cuando estés preparada.
—Es que creo que cada día que pase voy a estarlo menos, Mario, hasta que todo se enfríe tanto que no haya vuelta atrás.
—¡No seas dramática, Noe! Deja los prejuicios y los miedos a un lado y aférrate con fuerza a las ganas que tienes de arreglarlo. Si no estás preparada no pasa nada, pero que sepas que Mila aún no se ha comido a nadie.
No sé qué tenía Mario que hacía que mis ganas de llorar desaparecieran. Quizá fuera que no se empeñaba en convencerme como solía hacer el resto del mundo. No tengo la menor idea, pero hablar con él me tranquilizaba. Colgué después de prometerle que me animaría y que seguiría reuniendo valor para esa conversación con su hermana.
El jueves 31 de octubre me levanté decidida a realizar esa llamada cuando volviera del trabajo. Toda la mañana estuve dándole vueltas a cómo empezarla, barajando cien formas distintas de romper el hielo. Sin embargo, sabía que llegado el momento, mi elocuencia agarraría su bolso de mano y se iría de rebajas.
Llamé a Jorge para que viniera a mi casa después de almorzar a echarme una mano; aunque no se le ocurriera nada, su sola presencia me transmitía confianza. Él aceptó.
Nos pasamos la tarde hablando del tema, asesinando ideas torpes de cómo llegar a Mila. Poco antes de las nueve de la noche llamaron al timbre y Jorge fue hacia la puerta deseando que Pedro nos trajera la fórmula magistral que andábamos buscando, ya que en lo que a Mila se refería cualquier ayuda era poca.
Su cuerpo se tensó nada más abrir. Totalmente paralizado cerró sus manos en puños sin apartar la vista de la persona que había en el rellano. Su extraño comportamiento disparó todas mis alarmas y me obligó a ir hacia la puerta y asomarme por encima de su hombro. No daba crédito. Mi instinto de supervivencia se activó y me oculté aún más tras el cuerpo de Jorge.
Paseé lentamente la mirada por esa cara teñida de rojizo. Sus ojos,

más pequeños de lo normal, contenían una rabia enjaulada a punto de escapar, y el olor que me llegaba de su aliento, provocado por su respiración agitada, fue la clave de las demás preguntas. Había bebido… y mucho.

Dio un paso hacia nosotros que nos hizo retroceder y que materializó mi miedo a un estado sólido. Ya no conocía a la persona que tenía frente a mí. Sus constantes cambios de personalidad me habían hecho pensar que arrastraba un trastorno bipolar únicamente tratable con antipsicóticos, y la expresión de su cara en aquellos momentos me daban la certeza de que necesitaba urgentemente una buena dosis de clozaril.

Cerró la puerta dejándonos acorralados entre las tres paredes de mi salón y su cuerpo. El mío, cada vez más oculto por el de Jorge, a quien notaba que quería escudarme.

—No has respondido a mis mensajes. No me has llamado. ¡Ni una puta vez! —Su lengua, trabada por el alcohol al gritar esas palabras, hizo que me estremeciera. Con pasos vacilantes disminuía la distancia que nos separaba haciéndonos retroceder cada vez más—. ¿Es qué no eres consciente de cómo estoy?, ¿de lo que ha significado tu silencio?, ¿tu indiferencia? ¡¿Acaso no has pensado cómo me estaría sintiendo yo?!

Para más inri iba a resultar que la culpa era mía.

—Roberto, relájate. Vamos a hablar como personas civilizadas.

Cuando su mirada iracunda traspasó a Jorge nos vimos obligados a dar otro paso atrás, y en un arranque de locura delirante, Rober lo agarró con ambas manos por la pechera y lo lanzó al sofá mientras su garganta emitía un alarido primitivo que evidenciaba esa parte de su personalidad que yo tanto odiaba. Jorge cayó en una extraña postura, rebotando y dando con su cuerpo en el suelo. Su agresor se dirigió hacia él con todos los músculos tensos revelando la cólera que lo poseía. Y esa ira que acumulaba, causada por mi silencio, fue liberada en forma de insultos y patadas de desahogo en mi amigo, mostrándome de nuevo su lado más oscuro.

—¡Cállate, maricón! ¡Asqueroso de mierda! ¡Deshecho de la sociedad!

Las patadas infligidas con tanta dureza al cuerpo aovillado e indefenso de Jorge me hicieron reaccionar de un modo irracional. La inestabilidad emocional que ese hombre había dejado en mí, explotó sin previo aviso e hizo que me lanzara contra él, arañándole la cara en un intento desesperado de causarle un daño permanente. Pero su fuerza física superior a la mía se impuso y, sujetándome los brazos con firmeza, me arrojó al extremo opuesto del salón. Todos los huesos de mi cuerpo se quejaron cuando impacté contra la pared, y mi cabeza crujió al colisionar contra el suelo. Pero mi mayor dolor era la visión de la cara de Jorge ensangrentada.

Abrí los párpados lentamente e intenté centrar la mirada en algo que

no se moviera. Un fuerte martilleo interior amenazaba con sacarme los ojos de sus órbitas y me tuve que agarrar la cabeza con las manos, gimiendo.
Una silueta desdibujada se sentó en el borde de la cama y me acarició la frente. El contacto frío de esa caricia me resultaba tan familiar que me obligué de nuevo a concentrarme en aquella figura delgada a pesar del dolor.
—¿Mila? —Mi voz, un susurro.
O estaba teniendo una alucinación o estaba muriendo, porque Mila no podía estar allí rozándome la frente con sus fríos dedos.
—¡Shhh! Tranquila. Duerme un poco más.
Sí. Era la voz de mi amiga, esa voz que tanto tiempo había anhelado. Me ayudé de los codos para incorporarme y apoyé la espalda en la almohada, luchando contra ese dolor que iba a provocar que mi cabeza estallara en pedazos. La luz de la lamparita estaba encendida, pero por la oscuridad que entraba por la ventana supe que era de noche.
Ella me observaba con sus ojos esmeraldas. No vi ninguna emoción en ellos, y eso me alarmó en el mejor y en el peor de los sentidos, ya que aunque no mostraban el más leve enfado tampoco revelaban nada que me hiciese pensar que me había perdonado.
Recordé lo sucedido. Imágenes agolpadas intentando ordenarse dentro de mi dolorida cabeza. Noté subir la bilis por la garganta cuando visualicé en mi mente el cuerpo sangrante de Jorge en posición fetal.
—¡¡¡Jorge!!! ¿Dónde está Jorge?
Quise levantarme desesperadamente y correr al salón para rodearlo con mis brazos, para protegerlo. Mila me sujetó impidiendo que mis pies tocaran el suelo.
—Pedro lo ha llevado al hospital para que lo curen.
Sus palabras me paralizaron y un miedo distinto comenzó a echar raíces dentro de mí. Mi mala gestión en todo lo que a Rober se refería había dado lugar a todo aquello. Mis amigos iban a terminar huyendo de mí de la misma manera que se huye de un virus mortal, porque al final yo estaba resultando ser eso, alguien que causaba daño a los demás sin intención por estar infectada hasta la médula de Rober. Maldito Rober.
Algo vería Mila en mi cara, que estaba empezando a contraerse por las fuertes náuseas, que la hizo continuar:
—No te asustes, Noe. Solo está algo magullado.
—¿Pero qué le ha hecho? —pregunté desesperada ante la falta de datos.
Entonces ella me contó todo lo que yo no sabía.
—Cuando Pedro llegó, la puerta estaba abierta. ¡Imagínate cuando vio a Jorge con la cara hinchada y ensangrentada arrodillado a tu lado y

dándote hostias para que despertaras! —Paró para tomar aire y darle tiempo a mi mente que estaba empezando a procesar—. Tú abrías y cerrabas los ojos en un estado de semiinconsciencia que estaba empezando a ponerlos histéricos. Pedro me llamó llorando y me contó, sin muchos detalles, lo que había sucedido. Entonces vine… lo más rápido que pude. Pedí a mi hermano que me trajera en la moto y luego él se llevó a Pedro y Jorge al hospital en tu coche. Cuando llegué, ellos te habían metido en la cama. Pero ahora que estás despierta creo que deberíamos ir a que te reconociera un médico a ti también.

El taxi nos dejó a las puertas de urgencias del complejo hospitalario Torrecárdenas. Cuando mis datos fueron introducidos en el ordenador, buscamos en la sala de espera a los chicos. Solo estaba Mario. Con los brazos cruzados tras la cabeza, el cuello doblado y las piernas estiradas, dormitaba en una incómoda silla. Mila trató de despertarlo suavemente, pero él se sobresaltó. Al mirarme vi alivio en sus ojos, y al sentarme junto a él, me rodeó con un brazo y me acercó a su cuerpo.

—Joder, Noe. ¡Vaya susto!

Comencé a llorar pegada a su pecho y, agarrando con fuerza su camiseta, traté desesperadamente de encontrar el consuelo que siempre sabía proporcionarme. Lo encontré en el mismo instante en que me acercó más a él y deslizó sus dedos entre mi pelo a la vez que me besaba la frente.

Después de hacerme varias pruebas me dieron el alta acompañado de un informe en el que ponía: traumatismo craneal leve. También me dieron instrucciones explícitas para que volviera si notaba algún síntoma como pérdida de memoria, somnolencia o confusión mental, aunque a este último no podía hacerle demasiado caso, ya que la dificultad para pensar con claridad la arrastraba desde hacía tiempo.

Jorge necesitó de puntos de aproximación en una ceja y de taponamiento nasal para cortar la hemorragia. Tenía múltiples moratones en la cara y el cuerpo, pero los médicos nos aseguraron que no eran de importancia. Los dos coincidimos en decir que aquello había sido causado por una pelea, sin embargo ninguno delató a Rober ni quiso presentar una denuncia a pesar de la insistencia de los facultativos. No sé por qué.

El camino de vuelta a casa fue silencioso. En el interior del vehículo solamente se oía el trabajoso respirar de Jorge y los suspiros finales del llanto de Pedro.

—Siento mucho que por mi culpa os veáis en esta situación. De verdad que lo siento. —Decidí romper aquel maldito silencio porque la culpabilidad me quemaba por dentro.

—Tú no tienes culpa de nada, Noe —dijo Jorge con voz nasal mientras

cubría mi mano con la suya.
—Sí la tengo. —Apreté sus delgados dedos—. La he tenido desde el principio. —No me explicaba cómo él, precisamente él, no me veía culpable.
—No te fustigues más, Noe —continuó Pedro suspirando—. Sabía que algo así pasaría tarde o temprano. No porque tú lo hayas provocado, sino porque ese tío es un desgraciado capaz de cualquier cosa.
Las lágrimas salieron, densas y calientes, deslizándose desde mis ojos hasta mi barbilla con un vivo caudal.
—Por eso me siento culpable. —Sorbí—. No lo vi venir. Me confié. Incluso sabiendo que todos lo veíais como el ser horrible que es, yo confié en él. He tenido la culpa siempre.
—No, no la has tenido nunca —nos sorprendió Mila con su voz chillona desde el asiento del copiloto—. Tú, simplemente, has sido una víctima más. Y sí, yo sí vi al mamón que se escondía bajo la piel de cordero, aunque no te culpo de que tú no pudieras verlo. Estabas pillada; es lógico.
Dejamos a la pareja en su piso y no volvimos a decir una palabra hasta estar en mi casa, en el mismo lugar donde había comenzado esa pesadilla. Mila, en la cocina, preparaba unas infusiones de tila mientras Mario y yo permanecíamos sentados en el salón.
—Noe, esta noche nos quedamos haciéndote compañía. —Su voz somnolienta me sacó de mis turbios pensamientos.
—No hace falta, Mario. Estoy bien, de verdad. Id a casa a descansar. No tenéis por qué quedaros. —Esto último lo dije mirando a Mila. Después de todo ella era la menos obligada a estar allí. Pero una vez más me demostró cuáles eran sus prioridades.
—Sí tenemos que quedarnos y nos quedaremos. —Ella tan autoritaria como siempre—. No me iría a casa tranquila sabiendo que estás sola y con un fuerte golpe en la cabeza.
—De verdad que no hace falta, Mila —insistí—. No quiero que sigáis pasando una mala noche por mí. Ya habéis hecho bastante.
—¡Pero mira que eres imbécil! Después de todas las malas noches que me has hecho pasar. —Aunque con insulto de por medio, como era habitual en ella, sus palabras eran suaves y su sonrisa, sincera—. Nunca nada es demasiado por una amiga.
—Lo siento tanto. Siento tanto todo, Mila. —Otra vez las putas ganas de llorar que últimamente se negaban a abandonarme—. Pensaba llamarte esta tarde mismo. Sé que no lo creerás, pero iba a hacerlo.
—Lo sé y no tienes que agobiarte más por eso. Jorge me ha contado algo, y mi hermano también me ha dado alguna pista. —Mario sonrió perezosamente desde el sofá—. No pienso permitir que jamás nada ni nadie vuelva a separarnos. Lo que ha ocurrido esta noche me ha dado que pensar, y no merece la pena que estemos separadas y pasándolo

mal por cosas que se pueden solucionar. Me he asustado mucho al verte inconsciente, Noe. Pensé en algo peor. Aunque eso no quiere decir que no tenga ganas de darte un par de hostias bien dadas en toda la boca. —Sonrió de oreja a oreja—. En fin, que te quiero demasiado como para no perdonártelo. Además, que no soy quién para decirte cómo tienes que vivir tu vida. Lo único que te pido es que seas sincera, porque el que me mintieras fue lo que más me dolió.

—Yo también te quiero. Siento muchísimo haberte mentido, Mila. No te puedes hacer una idea de las veces que me he arrepentido de ello.

Lo que experimenté cuando me abrazó fue como la imagen de un oasis en el desierto para un sediento. La abracé y me empapé de Mila, dejando que su calidez me envolviera mientras el dolor provocado por su ausencia se desvanecía.

—Esperaba que me llamaras —dijo aferrada a mí.

—Tenía que haberlo hecho —susurré en su cuello.

Por encima de su hombro vi a Mario observándonos con curiosidad; exhibía una bonita sonrisa que dulcificaba los rasgos de su cara. Sin que su hermana se percatara, movió la boca en silencio para que yo pudiera leer sus labios:

“Ves cómo no se come a nadie”.

Sus mudas palabras me conmovieron hasta el punto de transformar, en lo que dura un suspiro, el dolor de mi alma en algo parecido a la felicidad. No le contesté, pero la gran sonrisa que se dibujó en mi cara fue suficiente para que él supiera que lo había entendido.

Mario se acomodó en el sofá para pasar la noche y, cerrando los ojos, volvió a sonreír.

Llevaba razón como siempre, Mila me quería tanto como yo a ella, y aunque lo que había ocurrido esa noche no era para hacer palmas y ponerse a bailar flamenco, nos había vuelto a unir. Los verdaderos amigos no están solamente para lo bueno, sino para cuando la cosa se pone fea. Yo tenía a los mejores, a los hechos me remito.

Nos tomamos las infusiones relajantes envueltas en un cómodo silencio, mirándonos con la misma complicidad que siempre habíamos tenido.

Mario nos observaba con los ojos entornados y, abrazado a los cojines, me sonrió con complicidad porque sabía lo que el perdón de su hermana significaba para mí y cuánto la había echado de menos todo ese tiempo. Noté cómo se le caían los párpados por el sueño; trataba con esfuerzo, y sin ningún resultado, de mantenerse despierto. Mi guiño de agradecimiento lo invitó a que cerrara los ojos del todo e hiciera lo que tanto estaba deseando. Dormir como un bebé.

19

ESCAPADA

Intenté abrazarme a su mirada a través de la gente, pero unas manos conocidas me sujetaban por la cintura.
—¿Qué te ocurre, nena?
Su aliento me acarició el cuello, aunque esa vez el escalofrío que sentí no fue de placer, sino de puro miedo. No le contesté; mis ojos seguían puestos en los de Mario captando con total nitidez la chispa de ira que iba creciendo en ellos. Imagino lo impotente que debió de sentirse en ese momento.
¡Estábamos tan cerca y a la vez tan lejos! Él abrazado a su guitarra y yo abrazada por el hombre que tanto daño me había hecho, el hombre que llevaba más de un mes sin dar señales de vida, el que desconocía el rumbo que habían tomado las cosas y al que yo no me había molestado en informar. El mismo que ignoraba los sentimientos que me inspiraba el chico de la guitarra subido al escenario. Hice acopio de valor y aparté la vista de lo único que necesitaba ver en aquel momento para darme la vuelta y liberarme bruscamente de sus manos.
—¿Qué pasa, Noe? —Las comisuras de sus labios se elevaron tensas—. ¿Así me recibes después de tanto tiempo?
Había aparecido allí teniendo la absoluta certeza de que me lanzaría a su cuello para fundirme en un intenso abrazo como tantas veces había hecho, y al no obtener de mí ese tipo de recibimiento, al que tan mal lo había acostumbrado, se desconcertó. Me miró ladeando la cabeza, preguntándome en silencio qué pasaba. ¡Menudo cínico! Yo no iba a preocuparme de culparlo de nada, de decirle a la cara todo lo que realmente se merecía adornado con algún adjetivo descalificativo oportuno. No. No más vueltas. No más frases inútiles. No más de lo mismo para terminar otra vez en el punto de partida. Esa vez no iba a actuar como él quería.
—Es cierto, Rober, ha pasado mucho tiempo durante el cual han ocurrido cosas que deberías saber.
Arrugó los ojos observándome, tratando de darle algo de sentido a mis palabras. No sé lo que vería en mi cara, solo puedo decir que en su mirada oscura una especie de alarma comenzó a hacerse patente. Recordé lo posesivo que era en el mismo instante en el que me agarró del brazo para arrastrarme hasta la calle. Mila y Pedro salieron tras nosotros.
—¡Oye, tú! ¡No te atrevas a tocarla!
—Mira, niñata —dijo sacándole el dedo corazón a Mila—. Aquí no

pintas nada. ¿Por qué no entras a calentarle la polla a algún imbécil y nos dejas en paz?
Otra vez me encontraba frente a Mr. Hyde; no sé por qué me seguía sorprendiendo. Me fijé en el relámpago que atravesó los iris esmeralda de Mila. Esa fue la única señal que pude captar antes de que se lanzara a por él con los puños cerrados. Me planté delante de ella obstaculizándole el paso mientras Pedro trataba en vano de contenerla. Era como un animal rabioso intentando zafarse de las manos que la sujetaban. Pero no podía permitir que le pegara, aunque ganas no me faltaron cuando vi la sonrisilla prepotente de aquel saco de excusas.
—Mila, vale ya —grité. La incredulidad se reflejó en su rostro y me miró confusa creyendo que lo estaba defendiendo, y cuando Rober agrandó más esa sonrisa burlona, supe que él también lo pensaba; así que, con unas intensas ganas de tocarle los cojones (y no precisamente en plan erótico) y de borrarle esa estúpida mueca de satisfacción de un plumazo, dije a mi amiga con voz clara y firme—: Sé que si te dejara serías capaz de partirle la cara y… te juro que nada me gustaría más en este momento. Pero no puedo. Aunque no se merece explicación alguna voy a dársela. Y te juro también que en esta ocasión no va a convencerme. Confía en mí por una vez. Tú sabes que ya nada de lo que pueda decirme me va a hacer cambiar de opinión. Tú sabes lo que siento verdaderamente y por quién lo siento, así que déjame terminar con esto. Sin violencia. A mi manera.
Ella sabía el sentimiento tan fuerte que me unía a su hermano y, por primera vez en esta extraña historia mía con Rober, confió en que haría lo correcto.
—Diez minutos. Como no estés dentro en diez minutos saldré de nuevo y entonces no habrá nada ni nadie que me impida partirle esa cara tan dura que tiene.
—Solo me harán falta cinco, Mila. En cinco minutos estaré dentro con vosotros. —Apreté sus manos en un gesto de gratitud por la confianza que me acababa de conceder.
Miró a Rober una última vez y lo obsequió con una de sus despiadadas sonrisas, saboreando por adelantado el impacto que la verdad iba a causarle. A continuación se dio la vuelta enérgicamente, dando un latigazo con su negra melena, y entró al Agorafobia seguida de Pedro que, a esas alturas, lo mismo se había meado en los pantalones.
Me giré hacia él y lo miré; el latigazo me tocaba darlo a mí. Su expresión había cambiado y ya no quedaba rastro alguno de la diversión que un instante antes cubría su rostro. No quise alargarlo más.
—Rober, no voy a darle vueltas a esto porque no merece la pena. Nunca hemos tenido nada realmente; eso lo sabes. Y no precisamente

porque yo no quisiera. —Respiré hondo y llené los pulmones con el aire suficiente para poder decirle lo que a continuación le iba a decir sin que las palabras murieran en el camino—. Me he enamorado de otra persona.

Cerró los ojos con fuerza, dejó caer los brazos y los hombros se le hundieron un poco, alejándolo de la imagen perfecta que siempre mostraba. En su cara un gesto de amargura transformó sus facciones. Sentí pena al ver que el dolor se abría paso a través de él.

—Lo sabía. Sabía que tarde o temprano pasaría.

La pesadumbre en su voz me hizo sentir culpable. No por estar hiriéndolo en esos momentos, sino porque muchos de nuestros daños se hubiesen evitado de haber puesto fin a todo aquello cuando debí hacerlo. Nos habíamos lastimado gratuitamente por mantener una relación que sabíamos que no nos llevaba a ninguna parte.

—¿Dónde lo has conocido? —Su voz, un susurro—. ¿Quién es él?

Me miró fijamente. Sus ojos brillaban al tratar de contener las lágrimas que no quería derramar.

—Es Mario —contesté sin más.

El daño ya estaba hecho y decirle el nombre de la persona de la que me había enamorado solo lo incrementaría un poco. Además, si no se lo decía, acabaría enterándose en algún momento y eso sería peor; estaría haciéndole lo mismo que él me hizo a mí, y yo no era esa clase de persona.

Una lágrima furtiva logró escapar de su ojo derecho y se deslizó lentamente por su mejilla, pero lo que me hizo flaquear fue el sollozo desesperado que agitó su pecho. Di un paso hacia él, otro más. Alargué el brazo hasta su cara, alterada por la pena, y capturé la solitaria lágrima con la yema de mi dedo índice. Yo no quería que él sufriera, no quería causarle daño. Solamente deseaba que viviera su vida al lado de la persona que había elegido y que no era yo, que se olvidara de mí y fuera feliz. Y así poder cerrar ese capítulo de mi vida para entregarme a Mario al cien por cien, porque me moría por dar y recibir en la misma medida.

Alguien salió del pub. Supe de quién se trataba por la gélida mirada que Rober le dirigió. Una lágrima marchita en mi dedo fue la única muestra de su dolor por nuestro amor. El resto del llanto lo retuvo en el interior de sus párpados y lo transformó en rabia. Ya no quedaba rastro alguno de ese tormento que segundos antes había mostrado ni de la pena que me transmitía.

Me apartó de un empujón y fue hacia Mario.

—¿Qué le has hecho? ¡Dime! —gritó fuera de sí—. ¿Qué le has hecho para que crea estar enamorada de ti?

Miré a Mario, aterrorizada, intuyendo lo que vendría a continuación. Le rogué con todo el cuerpo que lo evitara. Pero él no me miraba a mí,

sus ojos estaban fijos en los de Rober.
—La pregunta que quizá deberías hacerte es qué has hecho tú para que ella haya dejado de quererte. —Su voz sonaba tranquila, sincera, sin el más leve matiz de temor.
Sus palabras lo golpearon duramente y, en un arrebato irracional, Rober se lanzó a por Mario y se enzarzaron en una pelea.
Atónita ante aquel acto de agresividad que estaba mostrando nuevamente esa persona que una vez creí conocer, comencé a gritarles, desesperada, que se detuvieran. Incluso me atreví a tratar de pararlos, pillando una hostia en el intento, que hizo que saliera despedida hacia atrás y cayera de culo al suelo. Me llevé una mano a la ardiente mejilla que se inflamaba por momentos.
Mario ya estaba arrodillado junto a mí, agarrando mi cara suavemente y mirándome con ojos desorbitados.
—¡Noe!, ¡Noe! ¿Estás bien? Dime que estás bien. —Su voz temblorosa me reveló lo alarmado que estaba. Yo no sabía si el golpe había venido de su puño o del de Rober, y creo que él tampoco estaba muy seguro—. ¡Dios… Dios! Lo siento mucho, preciosa.
La gente comenzó a salir atraída por el escándalo y nos rodeó a ambos, aunque yo eso lo vi difuminado desde el momento en el que me perdí en la calidez de sus ojos verdes. Mario se sentía culpable por lo que había pasado y yo quise quitarle esa culpa que no le correspondía acariciándole torpemente la mejilla.
Mila y los demás se acercaron asustados al ver la escena de mi cuerpo desparramado en el suelo sujeto por los firmes brazos de Mario. Nos asaltaron con preguntas atropelladas.
Y Rober simplemente había desaparecido, como era costumbre en él.
Ya en mi casa, cuando por fin se hubieron marchado todos con la duda de si la hostia me iba a dejar más tonta de lo que ya era, Mario y yo nos dejamos caer en el sofá totalmente agotados. La noche no había resultado como esperábamos.
Paseé mis ojos por su cara notando algunos golpes que empezaban a amoratarse y me acurruqué junto a él, abrazándolo. Me rodeó los hombros en un acto reflejo. Estaba pensativo, frunciendo el ceño y mirando la nada.
—Noe, mañana le pido a Pinta la llave de su cortijo en Fiñana y nos vamos unos días.
Me dejó completamente descolocada. A lo mejor la hostia sí que me había afectado la capacidad de comprensión, porque no entendía que propusiera que nos marcháramos con la entrada de año a la vuelta de la esquina. Además, que escapar de la realidad no solucionaba nada de lo que había pasado.
—¿A Fiñana? Allí debe de hacer mucho frío. —Fue lo único que conseguí decir, planteándome seriamente la posibilidad de que el

golpe me hubiera dejado secuelas.
No tenía ni idea de lo que pretendía con aquello. Mario no era de los que huían.
—Sí. Seguro que hará mucho frío. Pero no importa. Me da igual. Necesito desconectar. Necesito alejarme de todo por unos días y quiero que vengas conmigo. Solos tú y yo. Por favor —lo dijo completamente exhausto, arrastrando las palabras con esfuerzo.
Lo abracé más fuerte al comprender que el querer desaparecer no era ni un acto de cobardía ni una forma de enterrar los problemas, simplemente, después de todo lo que había ocurrido en los últimos días, necesitaba un paréntesis. Y bien pensado, yo también. Me daba igual en mi casa, en el cortijo de Pinta o en el mismísimo infierno; lo único que quería era estar junto a él.
—Donde tú vayas, yo voy.
No nos desvestimos, no hicimos el amor aquella noche y tampoco hubo besos ni caricias, solamente la necesidad de sentir cómo nuestros corazones se apaciguaban volviendo a un latido constante y relajado. Fundidos en un abrazo nos dejamos vencer por el sueño y, con el único abrigo de nuestros cuerpos, pasamos la noche encogidos en mi sofá de muñecas.
La tarde siguiente íbamos camino de Fiñana con las maletas de una corte real, comida para indigestarnos y las caras algo amoratadas aunque radiantes de felicidad. Nos habíamos pasado la mañana con los preparativos y los planes, alejando de ese modo la triste escena de la noche anterior. Mila pasaría la Nochevieja con Pinta; una ventaja más para no tener que comernos el tarro por los remordimientos.
Mario tenía razón. Necesitábamos una escapada, dedicarnos por unos días el uno al otro sin preocuparnos de nadie más que no fuéramos nosotros. Nuestra única compañía en el camino eran, su guitarra en el asiento trasero del coche y el CD del nuevo trabajo de Imagine Dragons sonando en los altavoces.
El paisaje fue cambiando de desértico a frondoso y, pasando Gérgal, comenzamos a ver montañas lejanas cubiertas de nieve. Eso me emocionaba, dado que en la capital no nevaba nunca y los últimos inviernos en el sur no habían sido tan fríos como para cubrir todo de blanco de aquella manera. Mario conducía relajado mientras yo miraba todo con curiosidad a través de la ventanilla. Dejamos atrás el parque eólico de Abrucena y, antes de llegar al desvío que conducía a Fiñana, tomamos una pista de tierra entre montañas que subía zigzagueando hasta la cima, que era poco más o menos donde se encontraba el cortijo. Todo era blanco a nuestro alrededor. Los árboles, cubiertos de nieve, curvaban sus ramas por el peso hasta rozar el suelo con sus finos dedos de palo. Comenzó a oscurecer a medida que ascendíamos; el sol se escondía tras las montañas y sus

rayos anaranjados otorgaban al paisaje nevado un color violáceo. Era precioso, como la imagen de una bonita postal.
Mario, con los ojos fijos en el camino, entonaba bajito las canciones mientras su mano me acariciaba el muslo. Su voz rasgada contrastaba de una manera tan armoniosa con la de Dan Reynolds que, absorta, me perdí entre los cientos de árboles vestidos de blanco que flanqueaban aquella senda que serpenteaba hacia lo alto. Un manto de nieve en polvo cubría los montes y los valles, y el vaho de nuestras respiraciones las lunas del coche, obligándonos a encender la calefacción. Cada tramo recorrido nos alejaba un poco más de la civilización y creaba un estado de calma que iba apoderándose de mí. Una calma que necesitaba tanto como respirar.
Durante los siguientes cinco días iba a poder disfrutar de aquella sensación de sosiego. Cinco días sin que nadie llamara a mi puerta, cinco días sin sobresaltos emocionales. Solo él y yo rodeados de nada, gozando de todo. No me importaba que nuestra cena de Nochevieja se basara en unas pizzas congeladas, porque seguro que al comerlas junto a él me sabrían a gloria. Le daríamos la bienvenida al Año Nuevo en aquel lugar, apartado de la mano de Dios, sin un televisor que nos orientara para comer las uvas y sin la compañía de nadie más que la nuestra.
Solo él y yo. Solo Mario y Noe. Nosotros… Solamente nosotros. El mero hecho de pensarlo me seducía. Con Mario no había ausencias, aunque me urgía empacharme de él, absorber con agonía todo de la persona que me había cautivado de aquel modo. Quería embriagarme en su boca, con ese elixir que eran sus besos, y abandonarme al placer que me sacudía cuando me rozaba con sus manos. Quería derretirme en el ardor que me provocaba su mirada y respirar la fresca fragancia de su cuerpo. Lo quería todo de él. Lo tendría todo de mí.
Cuando aparcamos frente al cortijo no pude evitar acordarme del abuelo de Heidi, ya que no se divisaba ningún tipo de vida allí donde me alcanzaba la vista. Una valla de madera rodeaba la casita, que era pequeña y estaba un tanto deteriorada por el paso del tiempo, y un caminito estrecho, cubierto de nieve, conducía hasta la puerta de entrada. A cada lado de esta se abría una ventana con los postigos de madera marrón, y por las dos ventanas simétricas situadas en la parte alta supuse que la minúscula vivienda era de dos plantas.
Al salir del coche, un frío al que no estaba acostumbrada me penetró y me hizo tiritar. Me apresuré a enfundarme los guantes y el gorro de lana y a subir la bufanda hasta cubrirme la nariz y la boca. Los vaqueros no ayudaban; en segundos iba a tener dos barras de hielo por piernas. Trasladamos rápidamente el equipaje y todas las bolsas desde el maletero hasta la entrada. Mario también daba tiritones. El muy inconsciente se había puesto una chupa de cuero que al lado de

mi plumón se veía irrisoria. Abrió la puerta con manos temblorosas y metimos todo dentro más bien a patadas; todo daba igual excepto la hipotermia.
Cuando estuvimos dentro se dispuso a encender la chimenea mientras yo colocaba toda la comida en los armaritos de la cocina. Y digo armaritos porque todo era mini. En la planta baja, a la derecha, estaba la minúscula cocina —aunque bien provista—, que se comunicaba con el saloncito situado en el centro, que hacía a la vez de comedor, únicamente amueblado con una estantería repleta de libros viejos y una rústica mesa ovalada con cuatro sillas. A la izquierda, la chimenea en un rincón y, frente a esta, un sofá cubierto por unas jarapas multicolores y dos mecedoras antiguas de palo torneado. Una mullida alfombra vestía el suelo y en las paredes colgaban sin orden aparente tanto fotos de la familia de Pinta como adornos comprados en algún mercadillo. Justo al lado de la chimenea, una estrecha escalera que crujía a cada paso llevaba a la planta superior. Arriba, dos habitaciones: una a la derecha y otra a la izquierda, y en medio, un baño. Elegí la habitación de la derecha porque tenía una gran cama doble cubierta con un edredón bastante grueso.
Una vez colocado todo el equipaje, me cambié de ropa y sustituí los congelados vaqueros por unos pantalones de pijama de franela supercalentitos con dibujos de animales que hacían juego con aquel ambiente rural. Arropé mis helados pies con unos gruesos calcetines y cubrí mi torso con una camiseta de algodón negra bastante desgastada. Sin sujetador, se podían colgar dos Picasso en mis pezones, que amenazaban con agujerear la fina tela. El frío los mantenía en ese estado firme y hasta que mi cuerpo no volviera a entrar en calor no se relajarían.
Al bajar las escaleras, con las tetas dando botes, noté la penetrante mirada de Mario que se batía en duelo con mis melones por perforar la camiseta. Me hizo gracia el movimiento de su nuez al tragar y, al quedar frente a él, chasqueé los dedos para que me mirara a la cara.
—Deja de mirarme las tetas y dime qué cenamos —le dije divertida y a la vez halagada porque esa parte de mi cuerpo lo hipnotizara de aquel modo.
—Algo rápido. Un bocata —contestó aún hechizado con la vista que tenía enfrente—. No puedo apartar los ojos de ellas. Lo siento, pero… me he puesto a cien. ¿Qué tal si pasamos de la cena?
—¡Mariooo! —grité muerta de la risa dándole un manotazo en el brazo que lo hizo retroceder—. Céntrate. Lo primero es lo primero.
Levantó su mirada hasta mis ojos y me obsequió con una sonrisa arrebatadora.
—Tú lo has dicho. Lo primero es lo primero.
—¿Es qué me has traído hasta aquí para matarme de hambre?

Y aunque era verdad que estaba hambrienta, toda aquella situación me divertía bastante al mismo tiempo que me elevaba la temperatura.
—¡Joder, Noe! No puedes ir por ahí de esa manera y ahora decirme que me calme. Es que me están pidiendo a gritos que las sobe para quitarles el frío. —Mientras lo decía, cubrió mis pechos con sus manos y comenzó a acariciarlos. La contracción que sentí más abajo no me pasó desapercibida, aunque el rugido de mi estómago, tampoco.
—Vamos a comer primero, ¿vale? —le pedí posando mis manos sobre las suyas y acercándome a su boca—. Después, lo que tú quieras.
Volvió a tragar con dificultad y asintió. Eso me gustó más que cualquier otra cosa. Mario respetaba mis deseos y los anteponía a los suyos. Sabía esperar el momento porque, en el fondo, era consciente de que llegaría, y no hacía por engatusarme ni se empeñaba en disuadirme a su capricho. Nunca se imponía ni por la fuerza ni por la palabrería, ya que sabía que lo tendría todo de mí y que la espera solamente aumentaría el deseo.
Preparamos unos bocadillos de jamón, restregados con tomate natural, que me hicieron babear, y nos sentamos en silencio frente a la chimenea a escuchar el crepitar de la leña, que al consumirse producía lenguas de fuego en colores cálidos. Con la espalda apoyada en un brazo del sofá y nuestras piernas entrelazadas, comimos en silencio. Un cómodo silencio que ambos deseábamos.
Lo miré. La danza de las llamas se reflejaba en el verde de sus ojos y les otorgaba un brillo alucinante, y el deseo que revelaban me hizo contener el aliento. No quise posponerlo más; mi cuerpo ya no aguantaba un minuto sin que lo recorrieran sus manos, así que me levanté y me deshice de la fina camiseta ante su anhelante mirada. Cogió aire bruscamente, por el placer que le provocaba mi desnudez, se incorporó, agarrándome de las caderas, y me acercó con suavidad a su cuerpo. Besó mi vientre, mis costados, la curva de mis pechos, todo con una lentitud desesperante.
Acabamos sobre la alfombra con nuestros cuerpos teñidos de naranja por el reflejo de las llamas. Comenzó a recorrerme el cuello con los labios, depositando besos húmedos desde el mentón hasta el hombro e hincándome levemente los dientes a intervalos cortos. Sentía el peso de su cuerpo sobre mí y la dureza de su sexo ejerciendo presión en mi vientre. Yo arqueaba la espalda tratando de encontrar algo de desahogo en esa zona donde se había concentrado toda la electricidad que minutos antes me recorría.
Cuando estuvo dentro de mí me miró a los ojos y comenzó a moverse en mi interior, observando fijamente cómo mi cara reflejaba con cada gesto el placer que él me hacía sentir.
Y, como si fuera una promesa, nos lo dimos todo con una pasión tan sosegada que nos desbordó. Con él era así, me daba la oportunidad de

saborear con serenidad cada momento, de disfrutar de principio a fin cada caricia, cada beso, cada muestra de amor.
Mario era sin duda el resultado perfecto de esa ecuación que había estado tratando de resolver durante toda mi vida.

20

MALAS INTENCIONES

Habían transcurrido casi dos meses desde el incidente en mi piso; los moratones habían pasado de su color morado más oscuro al amarillo difuminado para después desaparecer. La rutina se había vuelto a instalar en nuestras vidas y todo estaba volviendo a la normalidad. Mi amistad con Mila se había consolidado más aún. A pesar de todo lo que nos había sucedido, los lazos que nos unían no se habían debilitado, sino todo lo contrario, eran más consistentes que nunca.

Todo parecía normal. Y digo «parecía» porque esa es la palabra clave. Aunque exteriormente todo estaba incluso mejor que antes, en mi interior seguía manteniendo una lucha constante. La idea que poco a poco se estaba creando en mi mente comenzaba a tomar forma y vida propia.

Tras ese fatídico 31 de octubre seguí trabajando, quedando con mis amigos, acudiendo los sábados por la noche a ver actuar a Underground y manteniendo esas conversaciones con Mila que tanto me hacían reír. Todo muy normal, todo tan sencillo y lineal, excepto ese concepto en forma de guion que reescribía cada día en mi mente y me distanciaba cada vez más de la persona que era.

Pasadas las navidades ya tenía todo preparado y dispuesto para ser ejecutado, pero al ser consciente de lo que me jugaba, me veía obligada a seguir esperando pacientemente el momento preciso, o en su defecto, algún arrebato de locura que me diera ese último empujón que tanto necesitaba.

No comenté nada a mis amigos, que más de una vez sospecharon que algo ocurría, para evitar que me hicieran cambiar de opinión. Tampoco quise hacerles partícipes o cómplices de nada.

A mediados de enero me decidí a poner en marcha la fase uno de mi estudiado plan, y aunque fingir me costó más de lo que imaginé en un principio, todo salió como esperaba.

Dediqué más de dos semanas a acercarme lo suficiente para que confiara en mí y me viera como a una amiga, más de dos semanas en las que nuestras largas conversaciones me habían aburrido tanto como para querer arrancarme los pelos. Paciente, aguanté con aparente simpatía sus soberanas estupideces, saboreando con entusiasmo el desenlace inminente.

Con esa parte de mi plan llevada a cabo, solo me faltaba poner en práctica la siguiente y preparar la guinda como adorno final del pastel. Reconozco que todo fue calculado con premeditación y

alevosía, puesto en práctica sin el más mínimo remordimiento y ejecutado con una frialdad impasible, obsesionada por unas intensas ganas de venganza que me llevaban a querer provocar el mayor daño posible.

El domingo 26 de enero decidí dar el siguiente paso. Busqué en la agenda de mi móvil su número para, a continuación, mandar un wasap.

“Necesito hablar contigo”

Su contestación no se hizo esperar.

“Dime sitio y hora y allí estaré”

La facilidad con la que se estaba desarrollando todo me dio seguridad, y el constatar que el objetivo que yo misma me había marcado seguía las pautas del guion elaborado en mi mente me hacía ignorar que toda esa mierda podía estallarme en la cara. Debía ser prudente a la hora de mi actuación final, estar preparada para cualquier imprevisto y, por supuesto, para todas las críticas que seguro iba a recibir. Pensé en cómo expresar de manera correcta lo que quería decir a continuación sin que eso me involucrara demasiado.

“El viernes a las 22:00 en el Agorafobia. Estaremos solos. No tienes de qué preocuparte”

“Ok”

Él seguía en línea y yo necesitaba poner algo más, algo que lo motivara lo suficiente para no echarse atrás en el último momento.

“Te echo de menos”

Desconecté con el corazón latiéndome a mil y mal sabor de boca, pero ya estaba hecho y no pensaba recular por muy deplorable que fuese todo aquello. Lo sabía, sí. Sabía que lo que estaba a punto de hacer no era algo de lo que sentirme orgullosa, sin embargo, el rencor podía más que mi propio orgullo.

Tenía la semana por delante para pulirlo todo hasta que estuviese perfecto.

El miércoles después de cenar llamé a Jorge.

—Necesito que me hagas un favor y tiene que quedar entre nosotros. Solamente entre tú y yo. Pedro no puede enterarse y menos aún Mila.

—Me estás asustando, Noe. Y lo que me pides es muy fuerte, yo no suelo tener secretos con Pedro.

—Sabes que si no fuera importante no te lo pediría. A ti tampoco te puedo decir nada, así que no es que lo estés engañando. Únicamente es que no puedo hacer esto sin tu ayuda.

—¡Venga, nena! Dime ya de qué se trata.

—Jorge… —Respiré hondo preparándome para sus preguntas—, tienes que hacer todo lo posible para que Mila no vaya el viernes al Agorafobia bajo ningún concepto, y… naturalmente, vosotros tampoco.

Se quedó en silencio durante unos segundos.
—¿Puedo preguntar por qué?
—No, no puedes. Tú solo hazlo. Invéntate lo que se te antoje. Prometo contártelo todo el sábado, pero te pido por favor que no aparezcáis por allí.
—No creo que me resulte difícil convencerlos. No obstante, me gustaría mucho tener una ligera idea de qué va todo esto. Lo digo porque me parece injusto mentirles de esa manera e igual de injusto que tú no quieras darme una razón de porqué tengo que hacerlo.
—No puedo decírtelo aún, de verdad. Lo único que quiero que sepas es que es vital para mí.
—Me estás acojonando, Noe. No entiendo por qué no me lo puedes decir si sabes que yo nunca…
—¡Jorge! —le grité cortándolo—. Confía en mí, te lo ruego, no me hagas más preguntas. Te juro que te lo voy a contar todo el sábado.
—De acuerdo, pero que sepas que pareces una de esas desquiciadas que dicen haber sido abducidas por extraterrestres.
—Tú haz lo que te digo, por favor. Ya hablaremos. Te quiero, Jorge.
Colgué dejándolo en suspense. Menuda semana iba a pasar el pobre por mi culpa, aunque cuando se enterara de todo, lo más suave que me diría sería desquiciada; eso seguro.
La tarde del jueves hice la última llamada; la más importante. Todo dependía de lo que me respondiera mi interlocutor ya que el resultado final podría verse alterado por un sí o un no.
El viernes llegué a las diez menos cuarto de la noche al Agorafobia para tantear el terreno y asegurarme de que Jorge había cumplido. Lo que no esperaba era encontrarme de frente con Mario.
—Buenas, Noe. —Me saludó con una sonrisa.
—Hola, Mario. —Mi voz tembló un poco y mis ojos se movieron nerviosos por todo el local. Me miró extrañado, presumiendo que algo me pasaba, pero no le di tiempo a que me agobiara a preguntas—. Mira, Mario, me conoces de toda la vida y sabes cómo soy realmente. —Su expresión me desveló que no entendía nada de nada, así que proseguí para tratar de que comprendiera aunque fuese una mínima parte—. Te pido como un favor, que te agradeceré toda la vida, que veas lo que veas esta noche, oigas lo que oigas y pase lo que pase, te mantengas al margen. —Noté cómo mis palabras le generaron dudas y preocupación; él no tenía idea de lo que trataba de decirle. Agarré sus manos y le imploré angustiada—: Prométemelo, Mario. Prométeme que no vas a entrometerte. —Y aunque seguía sin entender, me lo prometió, liberando así algo de mi tensión. No me dijo nada más, no preguntó el porqué, solamente me miró con esos ojos color jade llenos de incertidumbre—. Gracias, Mario. Ahora ve con tus amigos y recuerda lo que te he dicho. —Debía despedirme, la hora se acercaba

—. Y, por favor, no me juzgues.
Lo besé en la mejilla y salí a tomar aire dejándolo confundido y, seguramente, con un montón de preguntas revoloteando en su cerebro. Menos mal que los viernes no actuaba y aquello no iba a influir en su concentración, porque acababa de dejarlo meditando sobre algo que escapaba a su entendimiento, por el momento.
A las 22:05 volví a entrar. Recorrí el local con la mirada; estaba algo más lleno, pero él no había llegado aún.
Mario estaba sentado a una mesa con Pinta, Micky y Andrés, sin intervenir en la animada conversación que mantenían estos. Miraba hacia la puerta con semblante serio, con una curiosidad que a la vez lo inquietaba. Era de lo más normal, lo había puesto más que nervioso hablándole sin decirle nada, o por lo menos, nada que él pudiera comprender. Cruzamos un par de veces nuestras miradas antes de que una mano se posara suavemente en mi hombro y los ojos de Mario se abrieran de golpe por la sorpresa.
Lo miré suplicante; el «por favor» que mis labios le pidieron en silencio le hizo fruncir el ceño y darle la vuelta a la silla donde estaba sentado para no vernos. Se estaba aguantando las ganas por mí, porque yo le había pedido que no se entrometiera.
Me volví lentamente.
—Hola, Rober. —Sonreí—. Temía que no vinieras.
Las comisuras de sus labios se elevaron y su cuerpo se relajó visiblemente. No sé qué se esperaba, pero eso desde luego que no. Sin embargo allí estaba, había venido.
—Hola, nena. —Su voz, más suave de lo que recordaba, el gris de sus ojos, más líquido que nunca, y su rostro, tan bello como siempre.
Rober tenía sus luces y sus sombras y, en aquellos momentos, las primeras brillaban con la potencia de un luminoso de Las Vegas recordándome lo atractivo que era.
Me acerqué y besé su mejilla que al contacto con mis labios se endureció; seguramente apretaba los dientes conteniendo algún impulso. Al retirarme vi el movimiento rítmico de su nuez al tragar y supe que estaba nervioso, que no se esperaba para nada ese recibimiento tan cálido por mi parte, sino que más bien venía preparado para una discusión. Le sonreí para trasmitirle tranquilidad y, entrelazando mis dedos a los suyos, lo conduje hacia una mesa mientras miraba con disimulo la hora en la pantalla de mi móvil. Me quedaba poco menos de media hora para suavizar ciertas cosas, para lograr intercambiar los papeles, para convencerlo.
Le dio un largo trago a la copa que nos habían servido antes de hablar.
—Tú dirás, Noe.
—Te he llamado, a escondidas de todos, porque no dejo de pensar en

ti ni en lo que pasó. —Agachó la cabeza, avergonzado. Yo sabía que estaba arrepentido de lo que había hecho, pero a esas alturas ya era tarde para obtener algún perdón—. Sé que en el fondo no es lo que querías que pasara… y sé también que el alcohol de más que habías bebido te hizo un flaco favor.

Alzó la cabeza mirándome sorprendido; esas palabras no eran las que esperaba de mí. Lo conocía lo suficiente para saber que había venido preparado para un reproche y unos gritos, y él creía conocerme lo bastante como para pensar que si yo lo había llamado era porque, después de aquel reproche y de aquellos gritos, follaríamos como animales. Eso quedaba muy lejos de la realidad, aunque él aún no lo supiera. Dejé que se explicara basándose en los mismos argumentos de siempre, incluso fingí que me estaba convenciendo con sus insostenibles razonamientos.

Todo lo mental lo llevaba muy bien. El único problema era que mi cuerpo reaccionaba del modo que menos deseaba a sus miradas, sus caricias y sus palabras; por eso resultaba más creíble. Podía fingir cualquier cosa excepto la atracción que sentía por él; eso era totalmente evidente, enteramente auténtico. Su sola presencia aumentaba mi nivel de estrógenos por mucho que me empeñara en disimularlo y, mientras me recitaba el discurso que ya me sabía de memoria, la esclava sexual que vivía en mí trataba de romper sus cadenas para practicar el Kamasutra. Era innegable lo que aquel hombre me provocaba e incuestionable lo mucho que me gustaba; lo que ya no tenía tan claro era lo que realmente sentía por él, porque lo que se dice amor, estaba segura de que no era.

Me encontraba situada en una posición estratégica frente a la puerta observando cómo entraba y salía la gente del local. También podía ver a Mario por el rabillo del ojo y cómo este nos miraba intermitentemente sin poder evitarlo. Rober, sentado frente a mí, estaba ajeno a todo lo que pasaba a su alrededor; me hablaba con voz melosa, sonriéndome tímidamente y mirándome… ¡¿avergonzado?! No me lo tragaba, tan solo se trataba de una de sus muchas artimañas para llevarme a su terreno, para convencerme de nuevo. Le hice creer que lo estaba consiguiendo.

Él seguía excusándose y disculpándose cuando la puerta del pub se abrió y entró por ella quién yo esperaba.

La cuenta atrás daba comienzo, se me acababa el tiempo.

—No digas nada más, solo bésame —susurré en sus labios, segura de lo que hacía.

Entonces… él me besó tal y como yo esperaba. No podría describir todo lo que sentí con aquel beso, cómo mi cuerpo palpitó cuando su lengua exploró mi boca, cómo mi vello se erizó cuando sus manos agarraron mis caderas y cuánto fue el desprecio que sentí hacia mí

misma por seguir teniendo tan vivas todas aquellas sensaciones. Profundicé el beso intencionadamente aferrándome a su cuello, haciéndolo más largo, más intenso, más sexual. Tanto me dejé llevar que me olvidé por un instante de todo lo demás, de lo que había venido a hacer. Rober era como una droga para mí y no supe cuánto mono tenía de él hasta aquel momento.

Cuando despegó sus labios de los míos y abrí los ojos me sentí caer en picado a la cruda realidad. Me miraba sonriendo, contento de haberme convencido de nuevo y satisfecho de volver a comprobar lo accesible que era para él. Yo, en cambio, miraba a las personas que Rober tenía a sus espaldas, a esas dos caras conocidas que no se conocían de nada, a esos dos rostros sorprendidos porque creían conocerme. Lo que él pensara me dolía en lo más profundo de mi corazón, ella, sin embargo, era solo un daño colateral, alguien a quien utilicé a propósito sin preocuparme por el dolor que todo aquello le causaría. Ella era mi venganza.

Rober se volvió lentamente para ver qué era lo que yo miraba con tanto horror —aunque hubiera ensayado aquella puesta en escena unas cien veces, mi mirada de espanto fue verdadera— y se quedó paralizado. Sus labios se sellaron al no encontrar las palabras oportunas y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas mientras la miraba. A Natalia. A su esposa. Ella, con la cara embadurnada por el exceso de rímel, lloraba silenciosa. Sentí un poco de pena por aquella mujer porque me pareció otra víctima de él. Salió corriendo, despavorida, y Rober, olvidándose de que yo seguía allí, la siguió dejándome claras sus preferencias.

Intenté levantarme, pero las piernas no me obedecían. Tanta tensión me había dejado hecha un flan y, a pesar de que había logrado ponerle la guinda al pastel, no me sentía en absoluto como esperaba: tenía ganas de llorar y no de celebrarlo por todo lo alto, porque, en el fondo, sentía pena por los dos.

La silueta de Mario tapó mi visión.

—¿Qué coño ha sido eso? ¿Qué significa? —Se veía muy molesto, aunque no llegó a elevar la voz. Cuando lo miré y advirtió la tristeza que mi rostro reflejaba, su expresión se suavizó—. ¿Qué has hecho, Noe?

La hora había llegado, el momento de destaparlo todo y dar explicaciones, y comenzar por Mario, que había sido testigo de mis actos esa noche, era lo justo. Le pedí que me acompañara a casa para allí contárselo todo; necesitaba el calor de mi hogar para sentirme algo mejor, porque la verdad era que me sentía de puta pena.

Sentados en mi sofá codo con codo, le narré todo desde el principio sabiendo que él me escucharía sin interrumpirme.

—Cuando Rober se aprovechó de su fuerza y la utilizó para dañarnos

a Jorge y a mí aquella noche, me endurecí por dentro. Que toda esa mierda diera lugar a que Mila y yo nos arreglásemos no excusa en absoluto lo que nos hizo. —Me miraba ceñudo, como cuando algo no le gustaba—. Aunque mi vida comenzó a ser la que era antes de conocerlo, una voz dentro de mi cabeza me alentaba a que me vengara, me decía que no le permitiera quedar impune, que lo castigara de alguna manera. Y… no creas que estoy loca por lo de oír voces, tú entiendes a lo que me refiero. —Paré un segundo por si quería decir algo, pero viendo que no pensaba hacerlo, continué—: Fui amasando, día tras día, ideas para causarle el mayor daño posible, enlazando unas con otras hasta que todo mi plan me pareció perfecto. Me apunté al mismo gimnasio donde iba su mujer y me hice su amiga. Acudíamos todas las tardes a la misma hora y luego tomábamos café hablando de nuestras cosas. Ella casi siempre hablaba de él, ¡ni siquiera se acordaba de mí, Mario!, ¡no recordaba que yo era quién se presentó aquella noche a las puertas de la comandancia! —le dije con rabia y dolor—. Eso, claro está, lo facilitó todo. Después de algo más de dos semanas viéndola todos los días, supe que me había ganado su confianza y di el siguiente paso. Lo llamé para hablar a sabiendas de que aceptaría. Aunque no sé lo que realmente siente por mí, estaba segura de que él no rechazaría mi invitación si le dejaba entrever que, una vez hubiésemos hablado, echaríamos un polvo. —Suspiré—. Pedí a Jorge que hoy no fueran al Agorafobia y, la verdad, no pensé que tú podrías estar allí. Necesitaba verlo en un sitio público porque me dan miedo sus reacciones; por ese motivo te dije que pasase lo que pasase no te metieras. También resultó fácil pedirle a ella que quedara conmigo para tomar una copa en un pub. Menuda decepción ha debido de llevarse. —Esto último lo dije para mí, porque, a pesar de todo, Natalia me daba muchísima pena y no me sentía orgullosa de haberla engañado de esa manera—. El resto ya lo has visto y puedes concluir tú mismo.

Bajé la cabeza ante su inquisitiva mirada.

Mario se mantuvo en silencio, sin quitarme los ojos de encima, lo que pareció una eternidad. Probablemente estaba buscando las palabras adecuadas para decirme sutilmente lo zorra que era.

—Se han quedado jugando a la Play. Mila les estaba dando una paliza.

Lo miré tímidamente.

—Es que ella es muy buena.

—La verdad es que sí, y Jorge lo sabe. No tendría que haberla retado apostando dinero; los estaba dejando sin blanca.

Pobre Jorge, iba a tener que ideármelas para compensarlo de alguna manera.

—Quizá remonten y al final le ganen.

—Lo dudo, Noe. Ya la conoces, no le gusta perder en nada.

—Ya.
No tenía ni idea de por qué estábamos hablando de eso hasta que dijo:
—Ahora entiendo la insistencia de Jorge en no salir esta noche, es porque tú se lo habías pedido. —Mario, sin pretenderlo, estaba logrando hacerme sentir como una mierda de amiga—. ¿De verdad has planeado todo eso tú sola? —preguntó de pronto. Y yo, a falta de palabras que justificaran mis acciones, asentí con la cabeza—. ¿No lo sabe nadie? ¿Ninguno de ellos está al corriente de lo que has hecho? —Esa vez negué.
—No, Mario. Ninguno sabe nada.
Lo miré avergonzada. Entonces, paulatinamente, pude ver cómo aparecían sus perfectos dientes bajo una perfecta sonrisa.
—¡Joder, Noe! Recuérdame que nunca te putee.
Me lancé a su cuello y lo abracé, porque así era cómo Mario simplificaba las cosas.
—Gracias, Mario.
—¡Pero mira que eres bruja! —Se reía con ganas—. Estoy por mandar tu currículum a la puta CIA.
Me carcajeé en su cuello, contagiada por él, y agradecí sus tonterías que quitaron hierro a todo aquel asunto y consiguieron que mis nervios terminaran de esfumarse.
Cuando dejé de abrazarlo me miró a los ojos y, poniéndose algo más serio, me dijo:
—Aunque me ha resultado divertido, no vuelvas a hacer algo como eso. No te pega. Tú no eres así. Tú vales más que toda esa mierda. —No me estaba regañando, ni tan siquiera el tono que usó fue áspero. Él solo me estaba dando un consejo como tantas veces había hecho.
—Gracias, Mario —dije de corazón—. Gracias por no juzgarme y gracias por ser como eres.
Volví a abrazarlo con fuerza.
—Ya… bueno… es que soy un encanto de tío… el sueño de cualquier mujer.
Pretendía hacerme reír de nuevo, al bromear sobre sí mismo, y lo consiguió, pero en mi fuero interno sabía que lo que estaba diciendo era cierto, que cualquier chica desearía tener algún día un Mario en su vida. Incluida yo.
—Mañana toca contárselo a los demás. Se lo he prometido a Jorge.
—Pues déjame que te recuerde que ni ellos ni mi hermana son tan maravillosos como yo, ni tan comprensivos, ni tan buena gente, ni tan extraordinarios, ni tan…
—Cállate, Mario. —Le tapé la boca con una mano volviendo a reír.
—Ya en serio, Noe —continuó tras apartar con suavidad mi mano de sus labios—. Ellos no son como yo.
—Ya lo sé. Tú eres único en tu especie y… por eso mismo, me vas a

ayudar a contarlo.

21 EL LENGUAJE DE LA MÚSICA

Con las ropas empapadas y la humedad abriéndose camino hacia nuestras carnes seguíamos rebozándonos en la nieve como croquetas. No recordaba cuándo había sido la última vez que disfrutaba tanto.
El último lunes del año había amanecido soleado, lo que nos dio la oportunidad de salir al exterior para gozar como niños de ese paraíso blanco que se extendía ante nosotros perdiéndose en la lejanía. Entre guerras con bolas de nieve, un paseo teñido de aire puro y una mala imitación de Olaf, las horas pasaron sin darme cuenta. Dando los últimos retoques al muñeco de nieve que me había empeñado en hacer y que más que parecerse al personaje de Frozen parecía un Bigfoot de Chernóbil, comencé a cantar a viva voz (como cuando estoy en la ducha) Chasing Cars de Snow Patrol. Me dio por ahí solamente porque en el nombre del grupo está la palabra nieve; no obstante, este primer impulso tomó un significado distinto.

We´ll do it all
Everything, on our own
We don´t need anything, or anyone…

Mario me miraba, divertido, mientras yo trataba de ponerle la dichosa zanahoria de nariz al muñeco.
—¡Joder, Noe!, pero qué mal cantas. Tienes un oído enfrente del otro.
Sonreí, cantando aún más fuerte y desentonando de una manera bestial. Porque, para qué voy a negarlo, por mucho empeño que le pusiera, lo que se dice entonar no entonaba nada.

If I lay here
If I just lay here
Would you lie with me and just forget the world?…

Él se partía de la risa, despatarrado sobre la nieve, tapándose los oídos.
—¡Noe, Noe! ¡Para, joder! Que, o llueve o vas a provocar una avalancha de la hostia.
Eché un vistazo al cielo, que seguía estando igual de despejado, y lo miré arrugando las cejas fingiendo que su comentario me había molestado. Y en ese momento, antes de desvanecerse por completo el eco de su risa, continuó la canción por donde yo la había dejado con esa voz tan suya de rompebragas y, además, en español.

No sé muy bien

cómo expresar, cómo me siento.
Esas tres palabras (yo te amo)
que se dicen demasiado, no son suficientes.
Si me quedara aquí,
si me quedara acostado aquí.
¿Te quedarías conmigo y juntos olvidarnos del mundo?…

Me lancé a sus brazos y del impulso caímos sobre la blanda nieve. Mi pecho, sobre el suyo, y mis labios, a escasos centímetros de su boca. Lo besé por todos los espacios que quedaban descubiertos en su fría cara.
—Te ha gustado, ¿no? —Sonrió pegado a mis labios.
—¿Tú qué crees? Aunque… bien pensado, te tendría que dar de bofetadas por vacilarme tanto. —Su grave y sonora risa volvió a hacer eco entre las montañas—. Primero —dije levantando un dedo enfundado en un guante rosa—, por tener la osadía de cantar mejor que yo. Y segundo… —Levanté otro dedo justo delante de sus ojos—, porque ser profe bilingüe te facilita el trabajo y eso no es del todo justo.
Los días allí parecían muy cortos, y no porque el reloj del tiempo trabajara de un modo diferente, no. Únicamente es que estando con Mario todo me sabía a poco.
El día de Nochevieja no hubo preparativos culinarios ni vestimentas de gala, solamente un par de pizzas precongeladas y nuestros pijamas de franela. Comimos palomitas en lugar de las uvas e hicimos sonar las campanadas chocando una cuchara contra un vaso. Sustituimos la música de fiesta por los acordes de la acústica de Mario, y allí, tirados en el suelo sobre la mullida alfombra, observábamos embobados cómo se consumía lentamente la leña en la chimenea como si eso fuera lo más espectacular del mundo. Nuestros propios fuegos artificiales que despedían el año. Mario, con la guitarra entre sus manos, yo, mirándolo y deseando que el tiempo se detuviera para siempre.
—¿Sabes, Mario? —dije de pronto llamando su atención—. Soy muy feliz. —Él sonrió de esa manera que hacía que me derritiera—. Me has devuelto las ganas de vivir. Tú coloreas mi vida. —Su sonrisa se amplió y me hizo sonreír también a mí—. ¡Lo digo en serio! Cuando todo estaba oscuro has llegado tú llenando mi mundo de colores.
—No tenía ni idea de que fuera un arcoíris andante.
—¡Cállate, idiota! Vas a lograr romper el momento.
Rio con ganas. No había duda que él también era feliz a mi lado; no lo había visto reírse tanto en mucho tiempo, y eso hacía que me sintiera aún mejor.
—A ver, Noe. Explícame por qué te resulto tan colorido.
—¡Hombre!, echa la vista atrás y compara. Las últimas navidades han

sido una puta mierda. Primero, lo que pasó con mis padres —Su sonrisa se desvaneció completamente—; y después, Rober. No me negarás que no existe una visible diferencia.
Me miraba intensamente sabiendo que existía un trasfondo de amargura detrás de mis palabras.
—Si es así como dices, me alegro de ser ese arcoíris que tanto necesitabas, porque lo que más deseo en este mundo es que seas feliz.
Una sacudida de placer azotó mi pecho. Mario casi nunca era profundo cuando hablaba de sentimientos, pero las pocas veces que lo hacía, las pocas veces que me había abierto su corazón, quedarían grabadas en mi mente por siempre.
—¿Por qué no expresas más a menudo lo que sientes? Tú, que eres profesor, que juegas con las palabras a diario y se supone que estás acostumbrado a ellas, ¿por qué no eres más generoso a la hora de usarlas?
Arrastró los dedos por las cuerdas de su guitarra arrancándoles lo que pareció un quejido.
—¿Quieres saber algo, Noe? —Asentí. Por supuesto que quería saber lo que fuera si se trataba de algo suyo—. Te va a parecer una tontería, una estupidez. Incluso me da hasta un poco de vergüenza contarte esto. —Tomó aire antes de continuar—. Yo estoy acostumbrado a las frases hechas de un libro de texto, a las explicaciones basadas en un temario y a analizar oraciones que otros han creado. Todo eso es muy sencillo. —Dejó de hablar unos segundos—. Y sí… me cuesta bastante expresar lo que siento, aunque cada vez me va resultando más fácil contigo. No es que mis sentimientos estén dormidos, todo lo contrario, ahora están más despiertos que nunca. —Elevó y bajó las cejas varias veces, sonriendo, dándole más énfasis a sus palabras. Yo también sonreí—. ¿Tú sabes cuál es el lenguaje universal para mí? ¿Cómo se expresa y se entiende todo de la manera más simple? —Negué con la cabeza sin decir nada. No quería interrumpirle para una vez que había decidido ser tan abierto—. La música. Para mí todo se transmite con música. A ti te resulta fácil decir lo que piensas; sabes emplear las palabras correctas para definir cada una de tus emociones. En cambio, para mí lo más sencillo es expresar lo que siento mediante la letra de una canción, a través de las notas de una melodía. Por esa sencilla razón compongo. Por eso mismo toco cada sábado en el Agorafobia, porque es mi manera de decirle al mundo lo que siento y cómo me siento. Cada letra que escribo guarda una parte de mi vida o de la de alguien cercano a mí, y elijo tocar las letras de otros cuando les veo algún significado íntimo.
—Pero… ¡si siempre cantáis en inglés! ¡¿Cómo se va a enterar el mundo de lo que sientes si no entienden el idioma?!
Otra vez esa sonrisa que le arrugaba el contorno de los ojos y le

suavizaba el resto de las facciones.
—No es mi intención que todo el mundo analice cada palabra en las letras de mis canciones. Simplemente es una forma de desahogo, un modo de expresión, la única manera que conozco de abrirme por completo sin quedar demasiado expuesto. Porque nadie sabe lo que todo eso significa para mí, nadie imagina cómo vibra mi cuerpo con la letra de un tema, con un conjunto de notas en armonía. Y cuando despedimos una actuación, los chicos me dejan elegir porque confían en mi criterio, que únicamente se basa en mi estado de ánimo, en cómo me siento en ese momento. El tema final nunca está preparado; siempre decido lo que tocaremos sobre la marcha, basándome en todo lo que me rodea en ese instante y dejando que las emociones fluyan hasta llegar a mis dedos para hacerlas estallar a través de las cuerdas de mi guitarra. Quizás lo que te voy a decir te suene de pena, pero no te imaginas la de veces que te he dedicado un tema en silencio, cuántas veces he tocado solo para ti. Nadie sabe esto, Noe… ni siquiera mi hermana. Nadie conoce esta parte de mí. —Me miró con los ojos cargados de vergüenza—. Ahora lo sabes tú.
Yo no iba a permitir que algo tan hermoso lo avergonzara.
—Pues… ahora que conozco ese secreto tuyo, ahora que sé que he sido en algunas ocasiones protagonista de tu música, te quiero pedir algo. —Me miró extrañado, pensando seguramente, qué podía pedirle que tuviese relación con lo que me acababa de contar—. ¿Tendrías alguna canción para este momento? ¿Alguna que podamos hacer tuya y mía?
Bajó la mirada hacia la guitarra que descansaba en su regazo, hacia ese instrumento de madera que emitía tan bellos sonidos y que sus manos trataban con la misma delicadeza que a una amante. Frunció el ceño, pensativo, mientras miraba su acústica como si esta le fuese a desvelar la clave, como si de verdad fuera capaz de hablarle. Respiró hondo posicionando los dedos de la mano izquierda sobre el segundo y tercer traste y apoyando el pulgar derecho sobre la sexta cuerda. Unas tristes notas comenzaron a sonar; primero, tímidamente; después, tomando fuerza conforme él cogía confianza. Cerró los ojos y su voz se abrió paso entre el sonido indivisible de la lenta melodía.
Reconocí al instante Far Away de Nickelback.

This time, this place
Misused, mistakes
Too long, too late
Who was I to make you wait
Just one chance, just one breath
Just in case there´s just one left.
´Cause you know, you know, you know

That I love you
I have loved you all along…

Al conocer ese secreto que hasta entonces ignoraba, analicé cada una de las estrofas de aquella preciosa canción que, desde aquel momento, significaría tanto para mí, porque con ella Mario me acababa de expresar un millón de sentimientos. Y, a partir de ese instante, tuvimos una nueva forma de comunicarnos, encontramos el lenguaje para decírnoslo todo, para entendernos sin que el resto del mundo sospechara nada. Mario siempre me había parecido una persona bastante enigmática, de esas que poseen un cierto halo de misterio a su alrededor que resulta altamente atractivo, y el que compartiera conmigo esa intimidad tan suya me ayudó a entenderlo mejor, me permitió formar parte de todo lo que lo rodeaba y me unió más él. Al hacerme partícipe de sus emociones, logró que el amor que él me declaraba a través de la letra de una canción se entrelazara con el que yo le dedicaba con cada una de mis palabras para formar uno solo. Uno más fuerte.

Era Año Nuevo y yo me desinflaba como un globo de pensar que al día siguiente nos marcharíamos. Mario tenía que tocar con el grupo el sábado y necesitaba ensayar, ya que no lo había hecho en toda la semana.

Salimos después de almorzar a dar un último paseo, a despedirnos de ese trocito de tierra que tanto nos había unido. En mi vida vería otros lugares, otros paisajes, pero ninguno me parecería tan maravilloso como ese por las miles de sensaciones que me había regalado. Viviría en mi ciudad, en mi casa de juguete; quizá con el tiempo en alguna más amplia y nueva, aunque ninguna me daría tanto en tan poco tiempo como la casita de la montaña. De eso estaba segura.

Paseamos cogidos de la mano, tan egoístas como para querer recrearnos solamente el uno con el otro haciendo presas nuestras miradas mientras sentíamos el frío viento en el rostro. Seguimos un sendero que conducía a lo más alto, allí donde costaba trabajo respirar con normalidad, y sentados en una roca, fuimos los dueños de aquel mundo, de aquella blancura kilométrica que nos rodeaba. Con la vista perdida en el infinito la noche cayó sobre nosotros dejándonos insignificantes al abrigo de ese manto de estrellas que, desde aquella altitud, me parecieron más cercanas.

Abrazado a mi cintura, Mario tarareaba algo que no fui capaz de reconocer. Tampoco quise preguntarle; ya se había abierto demasiado en esos días y yo no quería invadir del todo aquel espacio emocional que tanto tiempo había pertenecido solo a él. Apoyé mi cabeza en su pecho con la mirada puesta en el firmamento y, recordando el estribillo de Chasing Cars, de pronto, tuve ganas de llorar.

—Mario, ¿por qué no pasamos de todo y nos quedamos aquí para siempre?
Acercó su cara al hueco de mi cuello y, aunque no lo veía, supe que estaba sonriendo. Sus brazos me rodearon con más fuerza.
—No es mala idea.
—Lo digo en serio, Mario. —Y os puedo jurar que lo decía—. No quiero que esto se acabe.
—No se va a acabar, preciosa. —Noté su nariz helada justo antes de posar un tierno beso en esa zona del cuello, entre el lóbulo y la mandíbula, que sabía que tanto me excitaba—. No importa dónde nos encontremos, ni merece la pena echar raíces en el pasado cuando nos espera todo un futuro por delante. Nada va a cambiar entre nosotros aunque nos traslademos de lugar.
—¿Lo prometes?
—Lo prometo. Porque… donde tú estés yo voy a estar.
—¿Siempre?
—Siempre.
—Te tomo la palabra —dije totalmente en serio.
Sentí en mi espalda el movimiento de su pecho provocado por una risa silenciosa.
—¿Y tú qué me ofreces a cambio? —preguntó sonriendo, restregando su nariz por mi mejilla.
—Yo te lo ofrezco todo, Mario. Si tú me has prometido que donde yo esté, tú vas a estar, yo te prometo que adonde tú vayas te seguiré sin dudar.
Me giró la cara suavemente para que lo mirara y pude ver en sus iris la inmensidad de un cielo estrellado antes de que me besara tan dulcemente que, al cerrar los ojos, creí volar.
Perdí la cuenta de los besos depositados a lo largo de mi cuerpo cuando sus húmedos labios comenzaron a recorrer la cara interna de mis muslos; sentí el más delicioso dolor. Arqueé la espalda, ahogando un grito, y elevé las caderas en dirección al alivio que precisaba. Él apretó mis piernas, sujetándolas con fuerza, hasta que logró hacerme caer por esa espiral de placer que concedía la libertad a toda mi tensión sexual acumulada. Sin que esa dulce electricidad hubiese terminado de recorrerme, ascendió por mi cuerpo hasta que sus ojos quedaron a la altura de los míos y, observándome con una especie de devoción, entró en mí. Cerró los ojos y su respiración se desestabilizó cuando empezó a moverse en mi interior; sus penetraciones eran lentas, calientes, profundas. Nuestras miradas se encontraron de nuevo y volví a perderme a través de ese océano verde que eran sus ojos. Porque eso era Mario para mí: mi océano, mi mundo, todo mi universo.
No dejamos de mirarnos mientras hicimos el amor. La alfombra a los

pies de la chimenea se había convertido en nuestro lugar preferido, el sitio más erótico y sensual de todos los mundos. Fue todo más pausado que de costumbre, como si pensara que pudiera romperme entre sus brazos, aunque igual de intenso y placentero.
Sin tener aún las pulsaciones al ritmo normal, pregunté:
—¿Por qué eres así de cuidadoso conmigo? ¿Cómo es que nunca te descontrolas?
Paseó sus dedos por el contorno de mi cuerpo, desde el cuello a las caderas.
—¿Es que no te gusta?
Lo miré más que sorprendida.
—¡¿Que si no me gusta?! ¿Cómo puedes preguntar eso? ¿Acaso no lo sabes? —Una sonrisa imperceptible en sus labios. Claro que lo sabía, solamente era que le encantaba escucharlo. Y yo, sin dudarlo un segundo, le regalé los oídos—. Sabes que me encanta, no solo porque yo te lo diga, sino porque lo notas, lo ves y lo sientes. Y si te he preguntado es porque no sé cómo logras mantener el control… Nunca nadie me ha tratado de un modo tan suave.
—Si quieres que te folle a lo bestia no tienes más que pedirlo. —Se aguantaba la risa mientras observaba cómo mi cara cambiaba de color.
—No seas gilipollas, Mario. No quiero que cambies absolutamente nada. Solo es que me extraña. Los tíos sois muy viscerales para todo, para el sexo lo que más y… aunque me vuelves loca cuando me haces el amor, no puedo entender cómo logras alargarlo tanto, cómo eres capaz de contenerte.
—Lo alargo tanto como puedo y me contengo tanto como soy capaz —dijo acercando su boca a la mía—, porque no quiero que se termine y porque quiero que sientas el máximo placer. —Sonreí más que satisfecha por su contestación—. Pero si quieres conocer esa parte animal que vive en mí… yo te la presento ahora mismo.
Me puse rígida al oír aquello. Lo conocía lo suficiente como para saber que me lo estaba proponiendo en serio, y yo no me había planteado hasta ese momento si realmente quería conocer esa parte de él, si me iba a gustar. Tocaba joderse por preguntona, ya que me miraba esperando una respuesta. A esas alturas no me podía dar miedo nada que tuviera que ver con Mario; lo que sí temía era si aquello podía cambiar algo. Analicé su mirada, cargada de un deseo desconocido, de unas ansias carnales nuevas. Sentí acelerarse el latir de su corazón y noté cómo comenzaba a ponerse duro rozándome el muslo al acercar su cuerpo hasta estar totalmente solapado al mío.
El sexo, como puramente sexo, ya lo conocía de los brazos de otras personas, pero no de los de Mario, porque con él nunca había sido solo eso. No puedo negar que yo también estaba excitada, aunque

tenía miedo más que otra cosa. ¿Y si cambiaba? ¿Y si esa parte de él no me gustaba? Algo alarmante debió de ver en mi cara para retirarse un poco y dejarme espacio. No quería que se alejara, pero tampoco sabía si quería experimentar otra forma de sexualidad con él. Aunque se mire como se mire, el sexo, sexo es.

Se incorporó sobre un codo y me observó; ya no había ningún rastro de humor en sus facciones. Me fijé en su pecho bañado por diminutas gotitas de sudor como resultado del amor que acababa de regalarme.

—No hace falta que hagas nada que no quieras hacer; no te sientas obligada en ningún momento. Solo ha sido una estúpida proposición contestando a tus preguntas. Así que olvídalo.

Y me volvió a conmover la manera de canalizar sus sentimientos, de anteponer mis deseos a los suyos. Mario era capaz de simplificar el problema más complejo hasta que resultara sencillo, y por el simple hecho de que nunca trataba de convencerme de nada, ya me había convencido. Mario era Mario y yo deseaba cada parte de él, quería conocer todas y cada una de las personalidades que lo formaban, así que posé la palma de mi mano en su áspera mejilla y dibujé con el pulgar la línea de sus labios.

Me miró con ese deseo aún latiendo en sus pupilas, ese deseo que no había llegado a desaparecer, sino que más bien estaba tomando fuerza. Pero no se movió, se estaba conteniendo por mí y yo no quería eso, yo no pretendía que ninguna de sus formas de sentir se viera enjaulada; yo lo quería todo de él. De manera que me aproximé hasta que mi pecho desnudo rozó contra el suyo y nuestros sexos se encontraron, enredé mis dedos en su despeinado pelo y, entrelazándolos en su nuca, lo guie hasta mí.

—No te contengas. Déjate llevar —susurré.

—Noe…

Lo silencié haciéndome dueña de su boca. Eso fue suficiente y, devorándome los labios, se dejó llevar.

Se apoderó de mi boca de una forma ruda hasta dejarme sin respiración, enredando ferozmente su lengua con la mía y haciendo que se sintiera diferente hasta el roce de su barba en mi piel. Sus caricias fueron tan hoscas que me resultaron incluso más placenteras al conseguir estimular en segundos la liberación de todas esas hormonas sexuales que yo también acumulaba en mi interior. Sus manos aprisionaron mis pechos hasta hacerlos endurecer y sus dientes recorrieron con ligeros mordiscos mi cuello hasta llegar al hombro donde hizo más presión. En ese instante de éxtasis, agarró mis caderas, hundiendo los dedos en mis carnes, y me penetró impetuoso, precipitado, dejando que un rugido de placer escapara de su garganta y manifestara todo el deseo contenido. Me enrosqué a su cuerpo y elevé la pelvis para tenerlo más cerca, para sentirlo más dentro de mí.

El crepitar de la leña, mis gemidos en ascenso y su respiración entrecortada formaban una extraña melodía. Sus embistes eran constantes, enérgicos, profundos; y yo comencé a notar esa corriente creciente recorriendo mi interior que me acercaba cada vez más a la divina sacudida que hacía que todas mis terminaciones nerviosas estallaran a la vez. Clavándole las uñas en la espalda me abandoné al último y más deseado placer. Él me alcanzó en tres movimientos y, tras tensar los músculos al ser atravesado por el orgasmo, se derrumbó sobre mí, aún palpitante.

Yo sabía que Mario daba mucho de sí, eso ya había podido comprobarlo; lo que no me podía explicar es de dónde sacaba tanta fortaleza, porque lo que era yo, estaba para que me enterraran.

Pasamos largos minutos sin hablar, dándoles tiempo a nuestros cuerpos para reponerse.

—Espero no haberte hecho daño, preciosa, ni haberte asustado mucho.

Allí estaba de nuevo mi dulce Mario. El músico, el poeta, el que me daba besos con sabor a caramelo y me regalaba las estrellas.

—Para nada, tonto. Me ha gustado muy mucho. Más de lo que imaginaba —le aseguré restregando mi nariz contra la suya.

Me abrazó cerrando los ojos. No era para menos, todo aquel desgaste de energía era para dejarte en coma. Me acurruqué contra su pecho escuchando el conocido latido de su corazón y sonreí contenta de haber tenido el gusto de conocer al Mario voraz, feroz y desatado que había dado rienda suelta a sus instintos más primitivos.

22

CONFESIONES

Quedé con Mario en que nos veríamos en su casa el sábado a mediodía para comer. La pareja también vendría.
La noche había vuelto a conseguir que me devanara los sesos pensando en la manera de contarlo todo sin llegar a parecerles Cruella de Vil, aunque eso era esperar demasiado cuando yo me autocriticaba obsesivamente. Lo único que tenía claro hasta el momento era que Mario me apoyaría, pese a que tal apoyo igual no era suficiente.
Pedimos comida china y decidimos entre susurros almorzar antes de soltar la bomba. No tenía ni idea de cómo mis amigos se iban a tomar todo aquello, lo que sí sabía era que no me podía permitir más mentiras ocultas que pudieran llegar a minar nuestra relación. Lo mejor y más fiable era ir con la verdad por delante, sin embargo, ni yo misma me explicaba cómo había sido capaz de urdir todo aquel entramado de acciones tan fríamente, y eso me empujaba a querer disfrazar un poco la verdad. Pero cuando miraba a Jorge y me fijaba en la pequeña cicatriz de su ceja, todo cobraba sentido de nuevo.
No. No me arrepentía lo más mínimo, no cambiaría absolutamente nada de lo que había hecho, y ese convencimiento era el estímulo que me impulsaba a querer sincerarme del todo, aunque eso significara que el concepto que ellos tenían de mí cambiara. Había llegado el momento de las confesiones; Jorge llevaba ya un rato pidiéndomelo con la mirada. Era totalmente comprensible, él me había ayudado en algo que ni siquiera sospechaba.
Mario permanecía tumbado en uno de los sofás. Parecía tranquilo, solamente el rápido movimiento de sus pupilas, observándonos a todos, delataba la inquietud oculta bajo esa aparente indiferencia. Supongo que sus nervios se debían a la incertidumbre de cómo reaccionaría su hermana y al temor de que todo acabara como el verano anterior.
Decidí no alargarnos más la tortura. A lo hecho, pecho.
—Chicos… tengo que contaros algo.
Narré meticulosamente todo lo ocurrido, de principio a fin, dejando que ellos eligieran si subir el pulgar o echarme a los leones. En sus ojos pude ver la misma sorpresa que se manifiesta en aquellos que aseguran habérseles aparecido el demonio, así que tocaba ponerse el casco y sacar el escudo para protegerse. Comenzaron los porqués, los «cómo has podido» y los «de dónde tanta mala leche». A cada uno tuve que contestar argumentando mis motivos, intentando que entendieran

las razones que me habían empujado a hacerlo.
—Noe, no era necesario hacer lo que has hecho. Lo que me pasó fue de rebote, le hubiera pasado a cualquiera de nosotros que hubiese estado contigo en aquel momento.
—No. A cualquiera, no —intervino Mila—. Se pasó tanto porque eras tú y sabía que no te defenderías. No te mosquees, Jorge, pero es así. Y eso demuestra lo cobarde que es.
Mario y yo nos miramos con algo de alivio al intuir que Mila se posicionaba a favor de mi causa, porque para qué vamos a engañarnos, Mila era el hueso más duro de roer. Si ella me apoyaba, al final la pareja también lo haría.
—Quizá tengas razón —contestó Jorge—, pero… ¿para qué remover más la mierda? Hay que pasar ya del tema, olvidarnos de ese tío y de lo que ocurrió.
—Yo no quería remover nada con todo esto, por esa razón no os lo conté, para no haceros cómplices. No puedo explicaros, porque ni yo estoy segura, cuál ha sido mi principal motivo. Solo sé que necesitaba hacerlo. ¡Han sido tantas cosas, Jorge! Sus descaradas mentiras, su manera de manipularme y utilizarme, la violencia que utilizó con nosotros…
—Por no hablar de su estado civil —puntualizó Pedro.
—Tal vez no me entendáis del todo, pero os aseguro que lo volvería a hacer de nuevo. —Dosis de sinceridad doble—. Y aunque una parte de mi conciencia me dice que está mal, que ella no se lo merecía, otra parte de mí, mucho más perversa, me recuerda que él se merece todo eso y más.
—Yo hubiera actuado igual. —Todos nos volvimos en dirección a Mila —. Sé que sonará brutal, pero me hubiese gustado estar allí para poder verle la cara. Y después, le hubiese retorcido las pelotas… —Sus puños se unieron haciendo una demostración imaginaria de un retorcimiento de testículos—, hasta dejarlo eunuco.
Cuando me di cuenta, estaba sonriendo, y al mirar a los demás vi que también lo hacían. Como personas diferentes y únicas que éramos cada cual tendría su punto de vista en todo aquello, pero ninguno se erigió en juez y eso nos permitió pasar página.
Puse un pie en la acera al mismo tiempo que abría el paraguas. Aquel era uno de los pocos días que no me hubiese importado quedarme en el trabajo. La cortina de agua fuerte y continua me impedía ver cualquier cosa a más de un metro.
—Hasta mañana, Tony —me despedí de mi jefe que seguía revisando documentos.
—Hasta mañana, Noe —contestó sin mirarme—. Ten cuidado, no te vayas a mojar mucho.
Me dieron ganas de coger una piedra y descalabrarlo por gilipollas.

¡¿Es qué no se daba cuenta de que ni el Arca de Noé tendría posibilidad de resistir aquel aguacero?! Imbécil era un rato.
Únicamente me hicieron falta dos pasos para arrepentirme de no haberme puesto las botas de agua, pero ¿quién se iba a imaginar tal diluvio cuando por la mañana solo caían unas tristes gotas? Mis Converse estaban tan mojadas que me costaba caminar, y para el resto de mi ropa no puedo decir que el paraguas sirviera de mucho. Los relámpagos eran la única luz que, cuando dividían ese cielo gris oscuro, otorgaban un poco de claridad a las calles.
Si solamente me habían bastado dos pasos para arrepentirme de mi calzado, tan solo me hicieron falta diez metros para lamentar no haberme quedado en el trabajo. A unos pasos de mí, bajo aquel manto uniforme de lluvia agresiva, pude advertir una silueta borrosa aunque indudablemente conocida.
Rober me observaba con las manos en los bolsillos; no podía verle los ojos, aunque sabía que me miraba. Sentí un escalofrío recorrerme la columna, pero era de tontos salir corriendo e igual de estúpido quedarme allí plantada, así que me dirigí hacia él para acabar lo antes posible con lo que fuera que hubiese venido a hacer.
—¿Qué coño haces tú aquí?
Mi pregunta, más que aguardar una respuesta, iba cargada con la rabia de cuando ocurre algo que va totalmente en contra de lo que esperas. No me acobardé cuando el gris de sus ojos se clavó en los míos.
Estaba totalmente empapado. Las ropas mojadas, pegadas a su cuerpo, insinuaban lo que se escondía bajo ellas, y cuando parpadeó, un millar de gotitas se desprendieron de sus pestañas, mientras otras gotas más formadas resbalaban por su cuello y se introducían como unos fríos dedos por el interior de su camiseta. Llevaba una barba descuidada que le daba un aspecto todavía más atractivo y la máquina erótica de mi mente se puso en funcionamiento a marchas forzadas.
Cada centímetro de ese hombre era un imán para mí, y debía encontrar la forma de poner freno a esa atracción tóxica que experimentaba cada vez que lo veía. Aunque el muy mamón me lo ponía realmente difícil al no desaparecer por completo de mi vida.
—Quería verte. No sabes cuánto te echo de menos y cuánto necesito que volvamos a estar juntos.
Al oír eso no me caí de culo porque era capaz de ahogarme. ¿Cómo podía querer aquello después de todo lo que nos habíamos hecho? Estaba como una puta cabra.
—¡No digas tonterías, Rober! Lo que tuvimos no era sano. Y yo no estoy dispuesta a estar con alguien solo a medias, a tener que compartirlo. Sé que te he hecho daño, pero tú también me lo hiciste a mí, así que dejémonos de payasadas de una vez. Estamos en paz.

El dolor aún presente que trasmitían mis palabras no le pasó desapercibido.
—No he venido a reprocharte nada. Me lo merecía. No te voy a negar que me cabreó, pero la necesidad de verte y de estar contigo es mayor. Te necesito en mi vida, Noe.
Hasta qué punto podía ser verdad lo que decía ni lo sabía ni me importaba. Lo que sí que quería saber, solo por curiosidad, era si estaba dispuesto a sacrificar alguna parte de su vida para que lo nuestro funcionara.
—Y… ¿tu mujer sabe todo eso que dices sentir por mí?
—Mi mujer no tiene por qué saber nada. Lo único que pido es compartir algo de tiempo contigo. Como antes. —Su tono era suplicante.
Aquello era increíble. No pensaba sacrificar nada que tuviera que ver con él. Había ido hasta allí con la única intención de convencerme para que siguiéramos viéndonos a escondidas, para que siguiera siendo su amante y desahogarse cuando le apeteciera. ¡¿Y yo qué?! ¿No pensaba en mí? No. No lo hacía, porque las personas como él solamente piensan en sí mismas y no cambian nunca.
—Lárgate, Rober. Faltan dos días para San Valentín. Ve y cómprale algo bonito a tu mujer y… que seáis muy felices.
Mis palabras cargadas de desprecio lo hicieron retroceder y yo comencé a caminar sin mirar atrás. ¿Acaso creyó que me convencería tan fácilmente con sus «te necesito» de mierda? ¿Tan arrastrada había llegado a ser estando con él, como para darle la seguridad de que con cuatro palabras lo arreglaría?
Muchas preguntas sobre mi forma de ser y de comportarme me asaltaron, preguntas sobre todo lo que le había permitido, sobre cuánto le había consentido. Las respuestas fueron obvias: yo le había consentido todo, le había permitido que jugara a su juego tranquilamente. Él había sido el ilusionista y yo un simple títere de feria, él había actuado como un domador y yo como un payaso de circo, y él quería seguir siendo, ante todas las cosas, la batuta que dirige la orquesta.
Dándome de bruces con la incuestionable verdad, me culpé reiteradas veces de no haber sido más firme mientras recorría el camino a casa. La lluvia azotaba violentamente mi paraguas, pero ya no me importaba mojarme. Tan solo quería llegar a mi piso y olvidarme de todo. Olvidarme de Rober.

El 8 de marzo había fiesta especial en el Agorafobia. El local estaba atestado de las mujeres que habían acudido para celebrar allí su día. Yo era una de ellas. Underground esa noche se lució más que de costumbre; tanto top ajustado y tanta minifalda suelta los ayudaba a

tener alta la moral, y el creciente porcentaje de piropos les aumentó también la autoestima.
Mila era la única que no parecía disfrutar demasiado con todo aquel derroche de sensualidad que desprendía el grupo. Ver a Pinta haciendo ojitos a tanta fémina le aseguraba que la noche acabaría con alguna de ellas entre sus piernas, y eso, más que gustarle, la desquiciaba. Aguantó estoicamente la actuación por nosotros, pero su contención tenía un límite y eso lo sabíamos todos.
Cuando el grupo finalizó, Mario se acercó a nuestra mesa acompañado de una rubia de bote impresionante.
—Mila, Noe, Jorge, Pedro. Esta es Maite. —Y dicho esto, le pasó un brazo alrededor de la cintura. Mario también mojaría esa noche.
Sentí un pellizco de celos en la boca del estómago. No por ellos, sino más bien por mí y por lo que no tenía. La saludamos cortésmente y les hicimos un hueco para que se sentaran con nosotros. Ella no habló demasiado; más bien dedicó su tiempo a evaluarnos de arriba abajo y, por su cara, yo diría que ninguno pasamos con nota su examen visual. Mila también se dio cuenta de que la acompañante de su hermano nos miraba con desprecio y, como estaba tan cabreada que si la pinchaban no echaba gota de sangre, decidió que ya tenía suficiente por esa noche.
—Me largo. Aquí os quedáis. —Así eran de cálidas sus despedidas cuando estaba mosqueada.
Se levantó arrastrando la silla con fuerza e ignorando la mirada desaprobatoria de su hermano, se dirigió a la puerta y salió. Los demás la seguimos, no sin antes despedirnos.
—Hasta otra. —Pedro fue el siguiente en levantarse; a él tampoco le había gustado el ligue de Mario.
Jorge solamente les dedicó una sonrisa antes de ir tras su novio.
—Adiós, Mario. Encantada, Maite —dije despidiéndome mientras me levantaba.
Ella no contestó, a ninguno de los cuatro. Simplemente sonrió a Mario contenta de vernos marchar, o esa fue mi impresión. Antes de salir volví a mirarlos; ellos ya se devoraban las bocas.
Agaché la cabeza y me fui.
En los días posteriores a la presentación, vimos cómo se hacía oficial la relación que ambos mantenían. Mario se veía feliz al lado de aquella mujer que distaba mucho de ser su pareja ideal, y Mila y yo no nos explicábamos de dónde venía esa atracción mutua.
Ella, al contrario que él, iba siempre bien arreglada como si esperara ser captada para una gran pasarela. En cambio Mario seguía siendo tan descuidado como siempre; con el pelo despeinado y la barba de tres días, no era capaz de renunciar ni a sus vaqueros rotos ni a sus camisetas desgastadas. Así que dimos por hecho que lo que los

mantenía en ese estado de permanente baboseo era el sexo, porque a nivel personal no tenían nada que ver.
Conforme la íbamos conociendo —lo que ella se dejaba conocer, que era más bien poquito— pudimos comprobar lo superflua y prepotente que era. Todo lo contrario que Mario. Conclusión: debía de ser una máquina en la cama y dejarlo con los ojos vueltos para tenerlo de aquel modo.

El 12 de abril, Mila y yo salimos dispuestas a emborracharnos para ver si la mente nublada nos dejaba escoger a esa media naranja que tanto empeño teníamos en encontrar; las neuronas privadas de alcohol solo nos permitían ver medios limones tan agrios que no nos merecía la pena llegar a conocer. Bebimos y bailamos hasta la madrugada; Mila más que yo, ambas cosas.
A las dos de la mañana ya no era capaz de coordinar sus pasos y la pareja tuvo que sacarla a rastras del local para llevarla a su casa antes de que se desfasara aún más. Yo preferí quedarme; total, Mila ya iba acompañada y a mí el alcohol no me había afectado como a ella; aunque empezaba a notar sus efectos, todavía controlaba bastante bien, lo único es que me sentía más desinhibida.
Me pedí otra copa y continué bailando en la pista. Underground había finalizado su actuación y estaban sentados a una mesa, pero no me uní a ellos porque no me apetecía estar donde estuviera la tal Maite. El alcohol me mantenía en un estado de felicidad que me permitía sonreír sin ningún motivo y me hacía sentir muy, pero que muy bien.
Bailando estaba cuando la puerta del local se abrió y entró por ella esa media naranja que yo quería para mí. Mi estúpida sonrisa se ensanchó al observar cómo se acercaba a través de la gente hasta donde yo me encontraba. Cuando lo tuve enfrente me colgué de su cuello e intenté decir unas palabras que se solaparon unas con otras en una verborrea incoherente. No me importó. Él rodeó mi cintura y, sonriéndome, se acercó lentamente hasta capturar mis labios. Cerré los ojos y dejé que vueltas y vueltas se apoderaran de mí con la única sujeción del eje de sus manos sosteniendo mi cintura.
Debía de estar más borracha de lo que creía cuando ese par de manos se convirtieron en cuatro. Unas me sostenían firmemente, las otras tiraban de mí intentando romper el contacto con aquel cuerpo que tanto me excitaba. Me negaba a despegar mis labios de los suyos, pero la fuerza de esas segundas manos, que era cada vez mayor, finalmente consiguió separarme. Esas mismas manos me zarandearon y aumentaron el mareo que ya había empezado a notar.
—¿Es que te has vuelto loca? ¿Qué coño se supone que estás haciendo?
Me abracé a mi amigo para estabilizar mi cuerpo, que insistía en besar

el suelo, y acerqué mi boca a su oído para hacerme oír a través de la atronadora música.
—No te metass. Ya soooyyy mayorcitaa para hacer lo que me dééé la ganaaa.
A pesar de que mi lengua se negaba a vocalizar con soltura, me entendió. Mario me miró iracundo y al instante me soltó ocasionando que me tambaleara.
—No voy a liar un escándalo por tu mala cabeza. Y… mañana no me vengas llorando, ¿eh? He intentado parar esto, pero tú no has querido. Así que, tú misma.
Se dio la vuelta y se dirigió a la mesa que ocupaban el resto de su banda y su novia, Barbie Super Fashion, que me miraba bastante irritada y a la que aproveché para dedicar un adiós burlón con los dedos mientras salía del local con mi acompañante sujeto a mis caderas.
Al abrir los ojos noté que una fuerte resaca se había adueñado de mi cabeza y que una olla a presión trataba de cocinar algo en mi estómago, así que tocaría sopita de sobre para almorzar y de postre, ibuprofeno. Aunque primeramente iba a hacer que desapareciera la pastosidad de mi boca con un vaso de agua bien fría.
Al levantarme vi caer la nota. La cogí comenzando a rebobinar en mi resacosa mente hasta el momento en el que salí con él del pub. Una frase con letras precipitadas teñía el blanco papel.
Gracias por la oportunidad. Te quiero, nena
Me llevé las manos a la cabeza y recapitulé todo lo ocurrido.
Su entrada. Sus labios contra los míos. Las fuertes manos de Mario tratando de separarnos. Mis palabras. Su respuesta airada. Mi casa. Mi cama. Sexo. Rober.
Menuda borracha calenturienta estaba hecha, menudos los escasos cimientos de mis creencias y menuda mierda de vida en general.
Oí el sonido entrante de un wasap y, al tocar la pantalla y encenderse, vi que había más de uno. Leí primero el de Mila por el terror que me causaba lo que pudiera haber escrito.

“¡¿Hasta dónde es capaz de llegar tú gilipollitis?! Llámame, pedazo de imbécil”
A continuación leí el de Pedro.
“¿Está tu potorro feliz? Espero que sí y que haya merecido la pena”
Abrí el de Jorge, notando cómo se me revolvía cada vez más el estómago.
No te vengas abajo por esto, solo es una piedra en el camino. Llámame. Sabes que puedes contar conmigo”
Noté en los ojos el ardor que precede a las lágrimas. No entendía cómo podía ser él, quién llevara mejor todo ese asunto.

También tenía un wasap de Rober.
“Gracias por hacerme tan feliz. Vamos a empezar desde cero y esta vez no te arrepentirás. Te lo prometo. TQ”
¡Qué putada más enorme! Eso no era una piedra en el camino, era toda Sierra Morena.
Por último, con la cara embadurnada de rímel por las lágrimas que había sido incapaz de contener, abrí el de Mario con dedos temblorosos.
“Ahora seguro que estás llorando. Intenté frenarte, por si no te acuerdas, pero me lo impediste, y por ese motivo quiero darme de bofetadas. No es justo que me sienta culpable por esto… Estarás contenta”
Lancé el móvil contra la pared y me derrumbé sobre la cama. Adiós a la sopa y al ibuprofeno, adiós a la confianza conseguida, adiós a la fortaleza y hola de nuevo a todas mis miserias.

23

2X3

Las fiestas quedaron atrás dando paso a un nuevo año cargado de nuevos propósitos. Unos, para definirme más y mejor como la persona que ya era, y otros, para fortalecer las relaciones que mantenía con aquellos que me importaban.

En lo que a mí se refería, me había propuesto cambiar aquellas conductas con las que no me sentía muy cómoda; era importante deshacerme de esa actitud dócil que solamente me había servido para que otros me manejaran a su antojo, y cuando digo otros, quiero decir Rober. Mi relación con Mario me había dado la oportunidad de descubrir que no hace falta actuar en contra de la propia voluntad para que a la otra persona le gustes. Si verdaderamente amas a alguien, le quieres tal como es, incluidos sus defectos. Esa facilidad para dejarme persuadir iba a cambiarla solo a medias, ya que a Pedro y Jorge les iba a seguir permitiendo que me convencieran de hacer cualquier locura que se les pasara por la cabeza, porque ninguno de los dos había tratado jamás de hacerme daño.

En cuanto a fortalecer mi relación y mis amistades sería más fácil; Mario y los demás eran los mejores coaches que alguien pudiera tener. Mario me enseñaba día a día algo nuevo como persona que superaba lo aprendido anteriormente. Con él era muy sencillo mantener una relación; siempre estaba pero jamás invadía mi espacio, no era autoritario ni seguidor de las normas tradicionales de pareja y sabía compenetrar a la perfección su tiempo con el mío sin que el agobio nos envolviera o la soledad se impusiera. Cualquier cosa que tuviera que ver con ampliar el aprendizaje sobre nuestros cuerpos, vernos más a menudo o dejarnos la cara llena de babas por nuestros besos, nos unía de una manera hermética. Aunque acabáramos de empezar lo nuestro, las perspectivas de futuro eran alentadoras.

A mis amigos me había propuesto no volver a fallarles, ofreciéndoles mi amistad incondicional para cuando quisieran hacer uso de ella y recuperando esos buenos ratos que antes pasábamos juntos y que se habían perdido en el camino. Reunirnos para comer una vez por semana e ir todos los sábados al Agorafobia eran algunos de mis objetivos. El tener pareja —y más teniendo en cuenta de quién se trataba— no me iba a dificultar en absoluto el llevar eso a cabo, sino que más bien recibiría un empujoncito cuando las ganas me abandonaran.

Otro de mis propósitos era donar mi cara de pena y mis lágrimas a

alguien que las pudiera necesitar; yo las había lucido con orgullo durante mucho tiempo y ya era hora de iluminar mis pómulos con el colorete de la alegría y mis labios con el carmín de la felicidad.
Así que, con todos esos cambios a los que me estaba sometiendo, pasó el mes de enero rebosante de quedadas, salidas y buenos momentos inmortalizados en fotografías.
—No sé qué comprarle a tu hermano para San Valentín —solté de pronto mientras permanecíamos tiradas como dos perras en mi sofá el lluvioso primer domingo de febrero—. Quedan solo dos semanas y no tengo ni idea de qué coño regalarle.
—Cómprale una cara nueva, porque cada vez que entra en casa y nos ve allí a Pinta y a mí, parece que esté estreñido. Creo que no termina de asimilarlo.
—¡Ni de coña! Me encanta su cara; ya lo sabes.
Estuvimos un rato más en silencio, comiendo gusanitos recubiertos de chocolate, y yo no dejaba de darle vueltas a lo mismo.
—En serio, Mila, es complicadísimo para mí. Ya sabes que todo ese rollo del consumismo nunca me ha gustado mucho, pero es que todavía me gusta menos que un día cualquiera que alguien señaló en el calendario, te obligue a comprar algo por narices. Para celebrar el amor no se necesita un día concreto. Aunque reconozco que este año es diferente. Me apetece de verdad. Tengo ganas. Me sale de dentro.
—Pero mira que estás moñas hoy. Cómprate un tanga sexy, líate una buena cinta de regalo en color rojo alrededor de las tetas y ya está; regalazo completo.
La miré perpleja. La muy hija de puta lo estaba diciendo en serio y lo peor es que en el fondo no me parecía tan mala idea. Lo pensé mientras me terminaba la bolsa de grasas saturadas que sostenía.
—Creo que no. Eso se lo puedo regalar cualquier noche; quizá hoy mismo.
Sus labios mostraban una sonrisa perversa. Seguramente ella ya había envuelto sus tetas en lazo de regalo más de una vez. En ideas eróticas me llevaba mucha ventaja.
—No le compres nada; total, ya tiene todo lo que quiere.
Sonreí, sabiendo que una parte de eso que quería y tenía era yo.
—Es que me gustaría sorprenderlo con algo que ni se imagine. Un pequeño detalle que para él signifique mucho.
—Pues líale en papel de regalo una copia de las llaves de tu piso, a ver si así termina de largarse de una puta vez y puedo disfrutar de la intimidad que en estos momentos de mi vida necesito. —Lo dijo como quejándose, sin pensarlo siquiera. No notó la luminosidad en mis ojos ante tal maravillosa idea—. Tengo que besar a Pinta con un ojo abierto y otro cerrado porque donde miro, allí está él y su acusadora mirada. A veces creo que es mi padre y no mi hermano quien vive

conmigo.
Me tiré encima de ella abrazándola con todas mis fuerzas, espurreando los gusanitos que quedaban en su bolsa por todo el sofá.
—Mila, ¡eres genial! ¡No sé qué haría sin ti! ¡Te quiero!
—Yo tampoco sé qué haría sin mí. Pero… ¿a qué coño viene esto? —preguntó sorprendida— Si me dices cosas como estas más a menudo me va a dar que pensar.
Me reí con ganas y comencé a dar saltos sobre el sofá, que se quejó crujiendo por el maltrato.
—Has tenido la mejor idea del mundo.
Se puso a imitarme y las dos saltamos como dos locas.
—¿Cuál de todas ellas ha sido la mejor?
—La de las llaves. Le voy a proponer que se venga a vivir conmigo.
Mis palabras la sorprendieron tanto, que desequilibró sus saltos y cayó hacia delante pegándose un golpe en la frente con el canto de la mesita. Yo salté al suelo, intentando frenar su caída, pero lo único que conseguí fue maximizar el golpe al hincarle los codos en la espalda. ¡Por poco me la cargo! Me llevé las manos a la boca cuando la vi allí tirada, con las piernas aún sobre el sofá y los brazos y la cara estampados contra la mesa.
—¡Hostia, Mila! ¡Hostia, Mila!
—Hostia la que me acabo de dar, hija de puta. Quita esa cara de gilipollas y ayúdame a levantarme.
Hice lo que me pidió tan rápido como pude, aunque mi trabajo me costó levantarla, ya que, debido a la estrechez de mi salón, se había quedado encajada. Cuando volvió a sentarse le miré la frente, que se veía atravesada por una llamativa franja recta y uniforme de color rojo.
—¡Joder, Mila! Si te llegas a dar en la tocha te la partes.
—Cállate, imbécil, y tráeme hielo y algo que atarme alrededor para bajar la hinchazón.
—¿Qué tal un lazo rojo? —pregunté aguantándome la risa.
No le pareció gracioso. Si las miradas mataran, yo ya estaría enterrada.
Nos dirigimos, dando un paseo, al restaurante donde habíamos reservado mesa. No cenaríamos solos; las otras dos parejas que le daban sentido a mi vida nos acompañarían.
Mario me había sorprendido aquella noche eligiendo una camisa en color verde, a juego con sus ojos, que parecía hecha a medida y había cambiado sus vaqueros rotos por unos sin agujeros. ¡Estaba guapísimo!, pero ¿cuándo no? Yo me había decidido por una blusa azul metálico y unos pantalones oscuros muy ajustados. Dentro de mi bolso, en un compartimento interno, guardaba mi regalo. También me había comprado un tanga de encaje negro, siguiendo el consejo de

Mila, que me estaba ocasionando picores en lo que se denomina vulgarmente terraíllo.
Cuando estuvimos sentados alrededor de esa mesa redonda, adornada con un centro de flores rojas y cuatro velas, nos dio la risa floja, sobre todo a Pinta que era más de McAuto. Degustamos platos tan ricos al paladar que no nos permitieron hablar demasiado, sin contar a Pedro que era una cotorra hasta con la boca llena. Bebimos cava y limoncello hasta reventar y bailamos piezas de la época de nuestros abuelos.
Mila desistió al segundo baile lento, cuando Pinta le pisó tres veces seguidas los dedos de los pies, y Jorge decidió que bailaría los temas que no tuvieran ningún tipo de roce para evitar las miradas de la gente, aunque esa decisión no sentó del todo bien a Pedro. En cambio, Mario y yo no nos despegamos. Agarrados a nuestros cuerpos fuimos protagonistas de todas las coreografías, las de los tiempos pasados y las del presente. No era ni por asomo la música a la que estábamos acostumbrados, pero era música y eso bastaba.
Como San Valentín cayó en sábado no pudimos alargarnos todo lo que hubiésemos querido, ya que un gran número de seguidores esperaba a Underground para el concierto. Así que, después de nuestra primera cena oficial de enamorados señalada en rojo en el calendario, tomamos rumbo al Agorafobia.
Tras su actuación, que esa noche estuvo repleta de temas romanticones que animaron a los más desesperados a pegar la morcilla a cualquier culo libre, nos fuimos a casa de Mila a tomar la última copa.
Preparamos unos vasos con hielo, para que cada cual se sirviera a su gusto, y pusimos música para ambientar.
—¡Bueno, qué! ¿Es que nadie tiene regalo para esta noche tan especial?
Mila y sus «buenas intenciones». ¡Pero qué mala leche tenía! Cuando la pillara a solas la mataría por bocachancla.
Al parecer se había quedado momentáneamente sorda cuando le dije, horas antes, que ni se le pasara por la cabeza sacar el tema del regalo. Yo llevaba el mío y ella lo sabía, como también sabía que, al tener mis dudas de si a Mario le iba eso de regalar por imposición, prefería hacer todo aquello en mi casa, a solas con él, y no delante de público. ¡Por qué se me ocurriría a mí exigirle nada con lo insubordinada que era! La miré con cara de «te vas a cagar», para evitar que siguiera insistiendo, y ¿qué fue lo que hizo?... La muy cerda pasó de mí y de mi amenazante mirada.
—¡Venga, vamos! ¿Quién empieza?
Mario no se inmutó con la iniciativa de su hermana; me dio la impresión de que toda la parafernalia que conlleva un San Valentín

tradicional no le entusiasmaba mucho, y eso me generó más dudas.
Jorge y Pedro fueron los primeros en darse sus obsequios. Se veían emocionados, y es que todo lo que supusiera ir de tiendas los hacía felices; cualquier excusa era buena para las compras compulsivas que ellos adoraban. Pedro le pasó a Jorge una cajita alargada envuelta en papel floreado que, al abrirla, dejó al descubierto un teléfono móvil último modelo. ¡Menuda pasta había tenido que costarle! Jorge sonrió satisfecho; creo que lo esperaba. A continuación fue él quien entregó un sobre alargado a Pedro que contenía dos billetes de avión a Londres para sus próximas vacaciones, un viaje con el que llevaban tiempo soñando y que por fin se haría realidad. Se abrazaron dando botes y chillidos de alegría, haciéndonos reír tanto que hasta las lágrimas asomaron.
Pinta se levantó y se dirigió hacia la ventana, introdujo sus manos entre las ondas de la cortina para sacar a rastras, de detrás de esta, un paquete más grande que el saco de Papa Noel. Mila tuvo que hacer malabares para abrirlo sin que volcara, ya que una gran pegatina indicaba: «muy frágil». El Lobezno con garras afiladas luchando contra un Dientes de Sable más que agresivo por poco hacen que se desmayara. Abrazó con brazos y piernas a Pinta y lo besó de una manera que intimidaría al señor Grey. Mario carraspeó, visiblemente molesto por la naturalidad de su hermana, con la intención de cortarles el rollo por completo. No lo consiguió; ellos continuaron comiéndose la boca como si los demás no estuviésemos presentes. Cuando el largo beso llegó a su fin —probablemente porque se quedaron sin aire—, Mila miró a Mario y le sacó la lengua mientras entregaba a su novio dos entradas adornadas «con un lazo rojo» para el concierto de AC/DC el próximo mes de mayo en Madrid. ¡Pinta no se lo creía! La verdad, que Mila hubiese tenido ese detallazo no nos lo creíamos ninguno. Ya me los podía imaginar a los dos saltando mientras se dejaban las cuerdas vocales con Black in black o Highway to hell.
Me tocaba el turno. Mi regalo, que en sí me había costado bien poco, me daba algo de vergüenza. Todos habían gastado más de lo imaginable en sus parejas y yo solamente llevaba unas simples llaves. El tanga no contaba, porque tampoco es que pudiera bajarme los pantalones y enseñarles el culo; aunque Pedro seguramente me habría aplaudido. Mi ensayado striptease tendría que esperar a la intimidad de mi dormitorio. Indecisa, introduje la mano en el interior de mi bolso y agarré el pequeño obsequio que en un principio me había parecido tan maravilloso y que comenzaba a perder parte de su luminosidad. Además, ya no estaba tan segura de que fuera el regalo ideal, porque podría darse el caso de que a Mario no le apeteciera venirse a vivir conmigo. En eso acababa de caer, lo que suscitó que las

dudas y el miedo se expandieran como una plaga.
Sentado en una silla se veía sonriente, y yo no tenía claro si su sonrisa se debía a que esperaba algo de mí o estaba así de feliz porque pensaba que todo ese rollo había terminado. Me decidí a entregarle su sorpresa —que menuda mierda de sorpresa le había preparado— antes de que el colapso nerviosil, que estaba sobrellevando, terminase por hacerme caer a plomo al suelo. Solo esperaba que cuando me viera únicamente con el tanguita negro, contoneándome al ritmo de la música, se le pasara el disgusto.
Con pulso tembloroso posé sobre la palma de su mano ese regalito, envuelto en papel de colores, que él cubrió con los dedos por completo. Me miró enarcando las cejas, preguntándose, seguramente, qué podía ocultar algo tan pequeño. Todos nos observaban expectantes, intentando adivinar qué era eso que Mario agarraba con fuerza. Mila era la única, aparte de mí, que sabía lo que se escondía en su interior, y esa ventaja la hacía disfrutar. Mario fue desplegando lentamente el envoltorio al que con tanto esmero yo había dado forma para que no se adivinasen los contornos y, una vez finalizada su labor de despliegue, se quedó mirando fijamente esos dos trocitos de metal plateado, sujetos a un llavero con forma de corazón, que descansaban sobre su mano. Una sonrisa imperceptible asomó a sus labios justo antes de dirigir sus ojos hacia mí. Sentí cómo mis latidos se aceleraban enérgicamente; no me importaba nada en aquel momento excepto su reacción.
—¿Esto significa lo que creo que significa? —La respuesta se me atascó en la garganta. ¿Qué podía significar para él? Esperaba que lo mismo que para mí—. Noe —llamó mi atención sujetando las brillantes llaves con dos dedos y haciéndolas sonar—, ¿me estás proponiendo que vivamos juntos o… esto son tan solo unas jornadas de puertas abiertas?
Sonreía. Sonreía visiblemente complacido de ser propietario de las llaves de mi piso. Lo que provocó que las palabras acumuladas en el interior de mi garganta surgieran de la forma más cursi y deprimente de toda la historia.
—No sabía qué comprarte; tú hermana asegura que tienes de todo. Así que pensé que… como ya eres dueño de la llave de mi corazón… quizás te gustaría tener también la de mi piso. Nuestro piso, si prefieres. Y si no, pues para que entres y salgas cuando quieras… si es que no quieres quedarte permanentemente. Lo entendería. Aunque te quiero tantísimo que el objetivo principal de mi regalo es que vengas a vivir conmigo. Pero si no quieres, no pasa nada, pu…
—Noe, para —me cortó—. Sí, quiero vivir contigo. —Se levantó de la silla y se acercó hasta mí, cogió mi cara con ternura y depositó un dulce beso sobre mis labios—. Ya era hora de que me lo propusieras.

Si llegas a tardar mucho más en hacerlo, cualquier día de estos me hubiese mudado por mi cuenta sin pedirte permiso.
—No lo necesitas. —Y por fin todos los nervios me abandonaron.
Pedro comenzó a aplaudir y los demás lo siguieron voceando y silbando para destensar el opresivo ambiente que yo había creado a mi alrededor. No hacía falta, la respuesta de Mario había bastado para restablecer mi calma. Mila sonreía; ella no había dudado ni un segundo de esa idea. Tenía más seguridad en todo de la que yo tendría jamás y, como la mayoría de las veces, también tenía razón. Mario ya tenía lo que deseaba y yo acababa de ofrecerle algo que le faltaba.
Separados por los besos y felicitaciones de los demás, aprovechó para ir a su dormitorio. Tras unos minutos, salió sujetando algo cuadrado envuelto en un brillante papel dorado. Él también tenía un detalle para mí y eso me hizo sonreír como una idiota.
Al retirar torpemente el papel, apareció una cajita de cartón de esas con tapa decorada. La abrí y, al mirar en su interior, me asaltaron las ganas de llorar. Mastiqué el nudo de mi garganta y lo tragué a la vez que sacaba de la caja una preciosa esfera de cristal transparente en cuyo interior se distinguía una diminuta casita de madera rodeada de nieve. La cogí entre mis manos, notando el frío y suave tacto del vidrio, y la agité. Observé, embobada, cómo un millón de pequeños copos ficticios se alborotaban, lanzando destellos multicolores, para volver a descender entrelazando sus tonalidades en una danza lenta y sinuosa que representaba de la forma más hermosa una nevada. Suspiré entrecortadamente.
Los demás no entendieron del todo el significado de su regalo, lo que esa pequeña esfera transparente salpicada de motitas de arcoíris simbolizaba para mí. Mario llenaba mi vida de colores. Ya no solo amaba el verde de sus ojos; él me había mostrado el hechizo que posee el blanco radiante que se esconde detrás de una sonrisa y me había permitido experimentar el placer que se desencadena al hundir los dedos en la suavidad de un pelo negro bajo un cielo cubierto de estrellas. Con él había aprendido a disfrutar de la calidez que desprenden los naranjas ondulados y mi corazón había llorado por la fuerza que irradian unas líneas azules, escritas precipitadamente, al ser transportadas por una voz cargada de sentimiento.
Sí, sin ninguna duda, Mario coloreaba mi mundo, y junto a él había descubierto que el amor no es algo gris. Con la pasión que demostraba, en cada una de sus formas de amarme, fui capaz de apreciar las infinitas tonalidades que se ocultan bajo el rojo.
Al llegar a casa quedó inaugurada nuestra nueva etapa de convivencia y, por supuesto, decidimos celebrarlo a lo grande. El tanguita negro no tuvo tiempo de exhibirse, me duró puesto lo que sus manos tardaron en arrancarlo. En cambio, la pasión la mantuvimos el resto de la

noche.
Mario ya estaba instalado en mi piso. Habíamos tenido que hacer hueco a todas sus cosas donando algunas que ya no utilizaríamos. Ya era una casa de dos. Su albornoz de rayas grises y blancas colgaba al lado del mío naranja, los enseres de afeitado, que casi nunca utilizaba, descansaban junto a mis compresas y en el interior de los cajones de la mesita de noche dormían enredados, tal como nosotros hacíamos, un montón de bóxer y braguitas. En un rincón del dormitorio reposaban sus guitarras en sus respectivos soportes y la mesita auxiliar del salón se llenó con sus cuadernos de música. Los exámenes de sus alumnos se hallaban agrupados sobre la cómoda y su chaqueta de cuero colgaba en el respaldo de una silla. La esfera de nieve transparente adornaba el mueble del recibidor junto a un cenicero donde descansaban nuestras llaves. El aire se impregnó con el olor de su colonia y el silencio se cambió por nuestras voces y risas. Me encantaba mi nueva vida. Ese desorden seguía un orden que ambos conocíamos y compartíamos.
Continuamos como hasta entonces; trabajábamos. Mario seguía con sus ensayos con la banda y yo con mis reuniones de amigos. Pero al caer la tarde yo cocinaba para dos y todas las mañanas él me preparaba el desayuno. Todas las noches eran ardientes, todos los despertares cálidos y todas las mañanas iban acompañadas por el olor a café recién hecho que él preparaba.
Nos iba de fábula. Mejor; de cuento de hadas. De no ser por la obsesión que me mantenía esclavizada a mi teléfono móvil, a esa sombra que se resistía a abandonarme impidiéndome ser totalmente feliz.

24

LÍOS DE TELENOVELA

Las voces se oían desde el portal; la de ella, muy por encima de la de él.

Mientras subía las escaleras estuve tentada varias veces de darme la vuelta y salir corriendo; el ambiente se notaba ya bastante caldeado como para empezar yo con lo mío. En el rellano me crucé con Mario, que se iba maldiciendo en voz baja y respirando tan agitado que las aletillas de su nariz se movían frenéticas. Al llegar a mi altura, me echó una mirada tan reprobatoria, que me sentí como cuando a los ocho años hacía algo mal y mi padre me miraba de esa manera tan característica suya consiguiendo que me meara encima.

—Tú y yo ya hablaremos —fue lo único que dijo, golpeándome la frente con un dedo antes de bajar las escaleras de cuatro en cuatro.

Gracias a Dios, lo de la incontinencia urinaria lo había superado a los doce. Me quedé observándolo hasta que desapareció de mi vista y solamente pude sentir sus fuertes pisadas en los escalones. Tragué la saliva acumulada, que sonó a terror al bajar por mi laringe, y entré en su piso cerrando la puerta silenciosamente.

Mila aún seguía gritando; su voz chillona era capaz de perforarle el tímpano incluso a un sordo. Me dirigí al salón, que era de donde venía todo aquel escándalo, y me quedé junto a la puerta sin decir nada, esperando que ella me viese y rezando para que en ese momento no tuviera ningún arma mortífera entre sus manos. Aunque tan caldeada estaba la atmósfera que un simple cojín lanzado por ella podría llegar a abrirme la cabeza. Esperé un tiempo prudencial antes de carraspear para ser notada, ya que su ofuscación no le permitiría verme aunque le bailara el Gangnam Style delante de sus narices, y al volverse y clavar los ojos en mí, fue como si no me viera. Su rabiosa mirada buscaba otro objetivo, pero cuando por fin advirtió mi presencia, encontró una diana perfecta para todos sus dardos envenenados.

—¡Contigo quería yo hablar! —Y era la segunda persona que me decía eso en escasos minutos.

Sentí helarse mi sangre, dado que Mila peleona, más mi revolcón con Rober, eran igual a lucha de Jedis con espadas láser incluidas.

—Por eso he venido —contesté mientras me sentaba en un extremo del sofá lo más retirada de ella que pude.

—¡¿Cómo es posible que seas tan gilipollas?! —me chilló.

Así daban comienzo sus conversaciones pendientes, nunca podía faltar un insulto en ninguna de sus frases. Ella no era capaz de empezar con

un simple «¿Qué ha pasado?» o un «¿Pero qué es lo que has hecho?». No. Sin el adorno de gilipollas, comemierdas o imbécil no existía dicha frase. Yo intenté contestar todo lo calmada que mis nervios me permitieron.

—Pues ya ves… que parece que soy incapaz de aprender la lección. Aunque quiero que sepas que no ha significado nada, que esto no cambia en absoluto mi decisión de no continuar con él. Solo ha sido un polvo. Y, además, estaba borracha.

—¡Cállate si no quieres que te llene la cara de aplausos! —Me encogí al verle el rostro morado, los ojos desorbitados y las venas del cuello a punto de reventar. La veía muy capaz de hacerse palmera y comenzar practicando con mi cara—. Pero… ¡cómo se puede ser tan tonta! —exclamaba con las manos elevadas mirando al techo como si allí fuese a encontrar la respuesta de mi retraso—. Es que no se te puede dejar sola, ¡coño!

—Venga, Mila, intenta entenderme. Había bebido mucho y llegó él. Ya sabes cómo me gusta.

—¡Lo sé, joder! Por eso me fastidia tanto. Porque en el fondo sé que no es un simple polvo para ti.

—Sí que lo es —le repliqué enfadada. Porque lo era. Porque lo único que sentía por él era una atracción enfermiza que me nublaba el pensamiento. Porque del amor que una vez existió solo quedaban las ascuas, y, aunque estas pueden provocar un incendio, en mi interior ya no quedaba nada que se pudiera prender; de eso estaba segura—. Ya no siento por él lo que sentía antes. No te puedo negar que me atrae. Me atrae muchísimo. Y esa debilidad no sé cómo combatirla. Si él pasara de mí sería mucho más fácil, pero no lo hace. Aparece y desaparece sin darme tiempo suficiente para organizar mi interior, y cuando regresa, lo poco que he logrado reestructurar vuelve a desordenarse. Sé que es lamentable, que después de todo lo que me ha hecho debería odiarlo. Pero no es así; aún hay algo aquí dentro —dije tocando mi pecho— que me ata a él de algún modo.

No me miraba, aunque sabía que me estaba escuchando. Suspiró cansada, harta de no verle un final a aquella situación. Después de todo lo que nos había ocurrido la entendía, comprendía perfectamente su impotencia, sabía la lucha interna que mantenía entre dejarlo pasar o partirme la cara hasta que los golpes me hicieran entrar en razón. Aun así, fui sincera, sabiendo lo mucho que me jugaba.

—¿Y ahora qué? —preguntó resignada— ¿Ahora tendremos que mirar hacia otro lado como si no nos importara?

—No. Porque te he dicho que no hay nada. No voy a volver con él por mucho que se empeñe. Si para Rober esto ha significado algo más, ese es su problema.

—Esto me aburre ya, Noe. Solo espero que estés segura de lo que

haces y dices. No te engañes a ti misma. Acuéstate con él si te apetece, pero no lo dejes quedarse en tu vida y mucho menos dirigirla. No permitas que nos haga más daño.
—No pienso permitirlo.
Me recosté en el sofá extenuada por la carrera de obstáculos a la que me sometía constantemente, cansada de intentar mantener unidas a las dos partes de mí que nunca se ponían de acuerdo en nada y agotada por tener que estar siempre dando explicaciones de mis actos. Sabía que mis amigos se preocupaban por mí y por el modo en que Rober repercutía en mi vida, pero yo solamente pedía un poquito de confianza, que fuesen capaces de ver que ya no era la misma Noe de un año atrás.
Mila se recostó a mi lado. La conocía lo suficiente para saber que algo le rondaba la cabeza, si no ella no hubiese cedido tan pronto con el tema de Rober.
—¿Y a ti qué te pasa?
—Acabo de pelearme con Mario.
—Lo sé, he oído los gritos desde el portal. —Tampoco me pareció tan grave, era algo que hacían constantemente y no entendí por qué esa vez era distinta a las otras.
—No puedo más, Noe. No quiero en mi casa a esa tía. No se da cuenta de que nos está separando. ¡Es insoportable!
—Si él quiere estar con ella no tendrás más remedio que aceptarla, aunque no te guste. —Eso lo dije también un poco por mí.
Era cierto que esa mujer era inaguantable, capaz de irritarte incluso dormida, pero era la novia de Mario y por él habría que tragar.
—Me niego. Me niego en rotundo. —Su cabeza acompañaba la sonante negación—. Se pasa el puto día, «¡Mario, eso no, porfa!», «¡Mario, ponte aquí!», «¡Mario, esto!», «¡Mario, lo otro!». Y cuando se huele que intento pasar un rato con él o escucha cómo le propongo que hagamos algo juntos, siempre consigue darle la vuelta para que lo que tenga que hacer con ella le resulte más importante y atractivo. ¡Es que no la trago!
—Mila, es normal. Ella le da cosas que tú no puedes darle. —Sonreí abrazándola.
—¡Ya lo sé, joder! Pero es que lo está cambiando. Todo lo que digo o hago le parece mal y ya no se ríe conmigo ni me cuenta nada. Lo estoy perdiendo, Noe. Estoy perdiendo a mi hermano.
—No lo estás perdiendo, tontita, solo estás un poquitín celosa de que todas sus atenciones ya no sean para ti.
—Puede ser. Aunque no se trata de eso solamente. Entiendo que tenga que compartir su tiempo. El problema es… ¡que no lo comparte! Ya no hay tiempo para mí. No tienes más que ver que estábamos discutiendo y no se ha quedado a arreglarlo. ¡¿Cuándo ha hecho él eso?! Se ha ido

y me ha dejado aquí gritando como una loca porque había quedado con ella; que por lo visto es más importante que yo. No es justo, Noe. No es justo.
Y la verdad es que no lo era. Yo sabía la devoción que mi amiga sentía por su hermano, él era una de las personas más maravillosas que había conocido, por lo que entendía su tristeza y también sus celos. Mila nunca supo controlarse; decía lo que se le venía a la cabeza sin pararse a pensar en las consecuencias, y si a Mario le gustaba tanto esa chica como parecía, esa falta total de autocontrol no le iba a ayudar a mantener las buenas relaciones con él.
Llamé a la pareja para que vinieran a almorzar al piso de Mila; teníamos mucho de lo que hablar y ella no se encontraba con ánimos para salir.
Mientras esperábamos a que llegara la comida italiana que habíamos pedido, les conté todo lo que recordaba de la noche anterior repitiendo a ambos lo mismo que había explicado a Mila horas antes. Pedro se mostró muy molesto por mi desliz; él no había olvidado lo sucedido en mi piso meses atrás y, cuando intuyó que yo me estaba planteando mantener una relación abierta con Rober, exclusivamente de cama, se cabreó muchísimo. Le expresé lo mejor que pude, alzando mi voz por encima de la suya, que yo tampoco había olvidado lo ocurrido y que no podría olvidarlo jamás, que ese encuentro no significaba que yo fuese a volver con él, pero que tampoco descartaba la opción de verlo esporádicamente.
Jorge medió antes de que se produjera otro asalto.
—Pedro, cálmate. Si Noe dice que únicamente ha sido sexo, créela. Ella puede hacer con su cuerpo lo que quiera; es más, tiene todo el derecho. A mí tampoco es que me guste que se acueste con ese tío, pero si ella quiere hacerlo, que lo haga. No somos nadie para decirle cómo tiene que actuar.
—¡Pero, Jorge! —siguió gritando Pedro—, ¡es que no entiendo cómo puede!
—No tienes que entenderlo, solo respetarlo.
Con pena agradecí sus palabras. Él se había visto implicado, sin pedirlo, en toda aquella mierda de historia y aun así me entendía en parte, o quizás solamente quería verme feliz. En cualquier caso, Jorge seguía confiando en mí y no me reprochaba nada. Él era así de especial, de esas personas que no se encuentran fácilmente. Pedro tenía muchísima suerte.
—¿Y tú qué opinas? —preguntó a Mila en un último intento por verse apoyado por alguien, sabiendo que si ella respaldaba su opinión no habría nada ni nadie que pudiera impedirle expresar todo lo que pensaba.
—Que haga lo que quiera. Yo paso del tema; tengo otras cosas más

importantes en las que pensar. Total, para qué malgastar saliva si luego va a hacer lo que le salga del higo. Además, que paso de mosqueos por culpa de ese imbécil. Ella sabrá lo que le conviene.
Pedro se quedó sin saber qué decir (algo rarísimo, la verdad) y Jorge y yo nos miramos sonriendo al saber que Mila, al decir esas palabras, había terminado de derrotarlo.
Después de almorzar, ella les contó la versión que tenía de la relación de su hermano con Maite y de cómo esa relación estaba matando lentamente la suya. Le aconsejamos que tuviera paciencia, que fuese un poco más comprensiva y que intentara acercarse más a la que era novia de su hermano. Sé que Mila nos escuchó, como también sé que nuestros consejos lo mismo que le entraron por un oído le salieron por el otro. Se tendría que dar cuenta por sí misma de que ese comportamiento tan hostil que tenía hacia Maite no la beneficiaba en absoluto.
Pasó más de un mes durante el cual no volví a tener noticias de Rober y en el que fui dando la razón gradualmente a Mila en lo que a su hermano se refería. Esa disculpa que creía deberle, por las palabras que le solté la noche que me fui con Rober, quedó en agua de borrajas al igual que la conversación que me dijo que tendríamos. Fui testigo presencial de su cambio, de cómo esa mujer le absorbía su maravillosa personalidad dejando solo a un Mario con muy mala leche; sobre todo con su hermana.
No entendía que se comportase de un modo tan diferente cuando estaba con ella a cuando no. En las contadas ocasiones que pudimos disfrutar de su compañía, sin que la bruja estuviese molestando, se mostraba tal como era, actuando como la persona que siempre había sido. Pero cuando ella se encontraba presente, se transformaba en alguien huraño y monosilábico.
Yo intenté por todos los medios mantener una relación cordial con ella para suavizar la tensión que se acumulaba entre los hermanos. No me lo permitió. Era una mala víbora que tenía la intención de aislar a Mario de su mundo para que todo girase en torno a ella. Desistí por aburrimiento; por eso y por no verme entre rejas, porque en más de una ocasión imaginé mis manos alrededor de su cuello. Mario había estado a mi lado en los malos momentos y si alguna vez me necesitaba me tendría, pero hasta entonces yo no iba a dejarme la piel en algo que no tenía solución, ya que ella era tonta del culo y él se negaba a aceptar que estaba cambiado. Me decía que todo eran pajas mentales de su hermana, aunque no llevaba razón, no estaba siendo objetivo, y lo peor era que no se daba cuenta de la velocidad a la que se estaban distanciando.
A finales de mayo volví a tener noticias de Rober. Decía que quería verme, que me echaba muchísimo de menos. Yo sabía que no era

cierto, de haber sido así, no hubiese dejado pasar tanto tiempo, pero la verdad era que a mí también me apetecía pasar un buen rato —por muy mal que esto suene—, así que quedé con él, el viernes por la noche; nos tomaríamos una copa en el Agorafobia y luego terminaríamos en mi casa. Se lo hice saber a mis amigos. No pidiéndoles permiso, sino siéndoles totalmente franca sobre lo que deseaba e iba a hacer, que era tenerlo entre mis brazos unas pocas horas, olvidarme de todo lo demás y disfrutar únicamente de lo que él me hacía sentir.

Sonará egoísta pero… ¿por qué no podía yo utilizarlo de la misma manera que él me utilizaba a mí? Total, yo no lo provocaba, no lo llamaba ni lo buscaba. Pero él, sí lo hacía. ¿Por qué no iba a aprovecharme de ello si en el fondo lo deseaba? Sabía que después vendría la tristeza, los reproches a mí misma y los remordimientos, pero nuestros distanciados encuentros me daban el tiempo suficiente para reponerme un poco de la rabia que sentía.

Mis amigos me consideraron un caso perdido. No sé si había dejado de importarles lo que hiciera con mi vida o solamente lo que hiciera con respecto a Rober. También podría ser que solo estuviesen respetando mis decisiones. No lo sabía, pero me conformaba con comprobar que eso no cambiaba en nada nuestra amistad.

Al entrar en el Agorafobia lo encontré sentado a una mesa, con una copa en la mano, esperándome. Conforme me acercaba a él, fui testigo del desprecio que irradiaban los ojos de Mario, que se encontraba en la barra acompañado de su «sombra», mientras lo observaba. Me senté junto a Rober y saludé a mi amigo con la cabeza; a lo que él me respondió refunfuñando algo para sus adentros y, a continuación, apartó la cara, molesto. A la mierda Mario y sus sinsentidos.

Di dos besos a Rober y al mirarle noté lo contento que estaba de tenerme a su lado. Nos pusimos al día como los amigos que no éramos y él comenzó con sus excusas y perdones, que tanto me jodían pero que eran inevitables a la hora del acercamiento. Volví a empaparme de él, de ese físico que tanto me encandilaba, admirando la sensualidad que emanaba de su boca al hablar y deseando tener sus labios sobre los míos. Fue desplazando su mano desde el hombro hacia mi cintura; mi cuerpo se sacudió interiormente con el roce de sus dedos, y sus labios terminaron hablándome en la comisura de los míos. Eran los únicos preliminares que conocía, los únicos capaces de trabajar a fondo hasta convencerme y, aunque todo aquello me volvía loca, era totalmente innecesario. Si yo había ido hasta allí era porque quería lo mismo que él. Quería su cuerpo dentro del mío.

Unos dedos sujetaron con fuerza mi mano y me sacudieron con violencia obligándome a ponerme en pie. Miré a la persona que casi me desarticula el hombro y me encontré con el verde llameante de los

ojos de Mario.
—¿Podemos hablar un minuto? —preguntó tratando de ocultar su rabia en la aspereza de su voz.
Con todo el tiempo del que había dispuesto para hablar conmigo elegía ese momento. No podía ser más inoportuno.
Rober se levantó para oponerse, pero antes de que pudiera soltarle a Mario una grosería, lo frené y le pedí que me esperase. No le quedó otra que aceptar. Él no era dueño de mi vida y, sabiendo lo que le convenía, tuvo que fastidiarse y soportar esa conversación.
Mario me sacó hasta la puerta para tener más intimidad. —Se notaba que no quería decir una palabra delante del otro—. Y una vez solos, no fue capaz de reprimir su cólera.
—¡¿Se puede saber qué haces otra vez con ese hijo de puta?!
—Solo me tomo una copa con él. ¿Ahora te interesa? —Mi pregunta se debía a esa antigua conversación que había quedado en el aire y que tan poco interés había mostrado en tener; «Barbie diseñadora de moda» tenía la exclusividad de su cuerpo y de su mente.
—No te equivoques, Noe. No ha dejado de importarme. Y por ese motivo estoy reprimiendo unas intensas ganas de hostiarte. —Quedé sorprendida por la agresividad de sus palabras, que más bien eran parte del vocabulario de su hermana. Solamente le hubiera faltado terminar la frase con un gilipollas o un imbécil para que creyera estar hablando con ella—. ¿Cómo es que después de todo lo que te ha hecho ese tío te molestas siquiera en tomarte una copa con él? ¿Acaso sigues enganchada?
—No. —Fui rotunda porque lo creía—. Simplemente me apetece pasar un buen rato, o… ¿no tengo derecho?
Abrió mucho los ojos; no se esperaba para nada esa contestación de mí.
—Pues entiende, de una puta vez, que a veces en la vida hay que sacrificar ciertas cosas. —Mira quién lo decía, el que estaba sacrificando el amor de su hermana por el de una mala zorra.
—¡No me digas, Mario! —Esa recomendación se la tendría que aplicar él primero antes de aconsejar tan a la ligera—. Antes de intentar dirigir mi vida, ¿por qué no tratas de analizarte un poquito a ti mismo? Estás siendo tan egoísta como para pasar por alto tus propios errores. Y no me hables de sacrificios cuando tú no estás haciendo ninguno, cuando lo único que haces es centrarte en la rubia esa de bote, sin importarte nada más.
Aquello le dolió. Reconozco que no se merecía que yo le hablase de esa manera y más teniendo en cuenta lo bien que me había tratado siempre, pero alguien que no fuese Mila se lo tenía que decir para ver si así se le caía la venda de los ojos. De pronto, ese dominio que había mantenido siempre conmigo, desapareció.

—¡¿Cómo te atreves a decirme eso?! ¡¿Cómo coño te atreves?! ¡He estado a tu lado en los peores momentos y te he apoyado en cada una de tus infantiles decisiones! He sido muy paciente contigo, Noe, y te he ayudado. Incluso me he sentido culpable cuando no tenía por qué. ¡Y tú tienes la poca vergüenza de, para una vez que quizás yo necesito un poco de tu apoyo, aparte de no dármelo, acusarme de egoísta! ¡No me lo puedo creer!
Estaba muy enfadado, y en el fondo con motivo. Mario tenía parte de razón, él siempre estuvo a mi lado, y por eso intenté recular.
—No quería llamarte egoísta. Perdóname, ¿vale? Es verdad que has sido un gran apoyo para mí y no sabes cómo te lo agradezco.
—¡Pues no se nota una mierda!
—Siento mucho haberte dicho eso, Mario. No te enfades.
—Es que no sé por qué me sigo preocupando por ti, ni tampoco entiendo por qué me jode tanto verte con él.
—Eso es porque te cae muy mal. Pero a mí me molesta también verte con Maite y no te lo pongo tan difícil. Porque, ¿qué quieres que te diga?, a gilipollas no la gana nadie.
—¡No es lo mismo, joder! Maite no va por ahí pegándole a la gente. Ella no me ha separado de mis amigos.
—¡Ah… ¿no?! Eso díselo a tu hermana.
Otra patada en las pelotas. Me miró con tanta tristeza que quise dar marcha atrás, pero mi intento de morderme la lengua se había quedado solo en eso; un intento.
—Me rindo, Noe. Me rindo contigo. Haz lo que quieras con tu vida y acuéstate con quien te dé la gana. Eso sí, no te atrevas a insinuar que no me importa Mila. No te lo consiento.
—Mario…
—Déjalo. —Comenzó a dirigirse al local, a grandes zancadas, y al llegar a la puerta se detuvo con un pie dentro y otro en la acera. Vaciló unos segundos, para finalmente girarse y volver sobre sus pasos hasta donde yo me encontraba—. ¿Me aceptarías un consejo? —preguntó con la voz más ronca de lo habitual. Asentí lentamente intentando sostenerle la mirada—. No permitas que te haga más daño.
Y se adentró en el Agorafobia dejándome fatal. Si él seguía preocupándose por mí, ¿cómo no iba a importarle su hermana? Me pregunté a mí misma si esa sería la gota que había colmado a Mario, si después de lo que le había dicho querría seguir siendo mi amigo. No me explicaba cómo era posible que siempre anduviera metida en esos líos de telenovela.
Me volví a acostar con Rober aquella noche y volvió a desaparecer, como siempre hacía, antes del amanecer. Lo que no desaparecía de mi cabeza era la conversación que había mantenido con Mario.
A partir de esa noche se fue distanciando de mí y, aunque me seguía

hablando y a veces me gastaba alguna que otra broma, no lo sentía el mismo de antes. Mila culpó de eso también a Maite, que últimamente parecía ser la responsable hasta de la crisis en el país, y, para qué vamos a engañarnos, yo, al igual que ella, decidí culparla también; era mucho más fácil cargar los errores a los demás para no tener que llevarlos a cuestas una misma. Además, Maite nos resultaba tan asquerosamente babosa, pedante y creída que en lo único que nos fijábamos era en la cantidad de estupideces que salían de su boca. Mila incluso llegó a sugerirme que probáramos a hacerle vudú a ver si así desaparecía.

No le hicimos vudú, sino algo peor.

A principio de verano, Mario y esa mala imitación de Elisha Cuthbert se hallaban en el salón del piso de este, ocupando con sus cuerpos estirados los dos sofás. De él lo veía normal; de ella no. Se creía con derecho a estar allí tirada mientras Mila y yo fregábamos los platos del almuerzo. Mario había cocinado y era lógico que no recogiese, pero ¿ella qué coño había hecho? Solo comer, porque por no hacer no había puesto ni la mesa.

Mila estaba que echaba espuma por la boca, maldiciendo bajito para que su hermano no pudiera oírla y criticándolo por no poner a su novia en su lugar.

Cuando terminamos de fregar, preparamos café y nos sentamos en la cocina con tal de no verle la cara a la jeta esa. Mi amiga bebía a sorbitos uno con hielo y yo tomaba mi típico manchado.

—¡Mario! —gritó para que su hermano la escuchara—. ¿Quieres un café?

—No, gracias. No me apetece.

—A mí sí. Ponme un bombón con hielo.

Mila me miró, roja de indignación, y se levantó de un salto para dirigirse al salón y decirle a Maite que ella no era su criada o, en el peor de los casos, para partirle la boca. Yo se lo impedí, sujetándola por el brazo, y le pedí silencio con un dedo sobre mis labios.

—Ahora mismo te lo llevo —vociferé para que me oyera.

Eché leche condensada en un vasito y a continuación vertí café. Mila me observaba con ganas de darme un puñetazo en el estómago, pero cuando me vio volcar un poco de pimienta molida dentro de la bebida, una sonrisa de Joker se dibujó en su cara. Removí bien el mejunje mientras mi amiga preparaba un vaso de tubo con hielo.

—¿Tú qué crees, Noe? ¿Se lo bebe o no? —preguntó en un susurro.

Yo le respondí en el mismo tono:

—A ver si con un poco de suerte se lo vomita en ese precioso vestido blanco.

Nos reímos en silencio, tragándonos las carcajadas que amenazaban con salir y delatarnos.

Llevé la pócima vomitiva a Maite y la muy zorra ni me dio las gracias. En cambio Mario sí me sonrió, agradecido. Pobre ignorante. Mila estaba apoyada en el bastidor de la puerta de la cocina, mirando hacia el salón para no perderse nada, y yo fui junto a ella para observar desde la distancia, como dos buitres observan a un animal moribundo. Se lo bebió de un trago la muy puta.

—¡Qué fresquito!

Nos miramos decepcionadas. ¿Es qué esa imbécil no tenía paladar o es que se tragaba todo lo que le entraba en la boca? Volvimos a la cocina con sensación de derrota, sintiéndonos muy, pero que muy estúpidas.

No había pasado ni media hora cuando oímos a Mario hablar con tono de preocupación.

—Pero… ¿qué te notas?

—No sé. Me noto como la lengua inflamada y me cuesta respirar.

—A ver, Maite, incorpórate.

Salimos al salón por pura curiosidad. Maite se veía muy fatigada y su respiración sonaba trabajosa, tanto que Mario optó por llamar al 112. Nosotras comenzamos a acojonarnos.

Seguimos en mi coche a la ambulancia. Al llegar al hospital no quedaba nada de la Maite perfecta; su cara estaba inflamada y sus labios parecían los de un dromedario. Los médicos se echaron las manos a la cabeza al verla y no puedo asegurar si temieron por su vida en algún momento.

Al final se comprobó la alergia de Maite a la pimienta y tuvimos que confesarle a Mario lo de la broma del café. Ella se quedó ingresada en observación para ser tratada hasta que los síntomas hubiesen desaparecido, y nosotras… Bueno, a nosotras nos cayó la bronca del siglo.

—¡¿En qué cojones estabais pensando?! —Todas las personas de la sala de espera nos miraban.

—Lo siento mucho, Mario —logré decir.

—¡¿Que lo sientes?! ¡Si le llega a pasar algo peor sí que lo hubieras sentido! ¡¿De dónde coño os vienen esas ideas?!

Estaba supermosqueado y no era para menos; si por poco nos cargamos a la guapa de su novia.

—Pero no ha pasado nada peor —intervino Mila, entrecomillando con los dedos el «nada peor» y consiguiendo que su hermano se enfadara más de lo que ya estaba.

—¡Tú eres tonta del culo! —Se pasaba tan fuerte las manos por el pelo que pensé que se lo iba a arrancar —. ¡Sois un par de inconscientes incapaces de adivinar las consecuencias de lo que hacéis! ¡Una puta bomba de relojería cuando pensáis las dos a la vez! —nos gritó señalándonos con un dedo a una y a otra—. ¡Me cago en la puta! ¡Sois de lo peor! —El volumen de su voz se disparaba y me hacía sentir

cada vez más culpable—. Lo que habéis hecho se considera delito, y si Maite no os denuncia que sepáis que es por mí. Así que os quiero lo más lejos posible de ella.
—Pero, Mario…
—¡Ni Mario ni mierdas, Mila! Os habéis pasado y esto no os lo perdono.
—Mario, escúchame —le rogó su hermana—. Es cierto que nos hemos pasado, pero es que tu novia es muy gilipollas. —Así no lo iba a arreglar—. ¿Verdad, Noe?
Yo no respondí, y como dicen que el que calla otorga, pues…
—¡Largaos de mi vista, hijas de la grandísima puta!
Y por no seguir dando un espectáculo tan lamentable a falta solo de las palomitas, cogí a Mila de un brazo y me la llevé a la fuerza porque sabía que en esos momentos iba a ser inútil conversar con él.
Mario se pasó toda la noche en la sala de espera del hospital, por si había alguna novedad, y nosotras nos fuimos a la cama muy arrepentidas de lo que habíamos hecho. Las dos sabíamos que las consecuencias de esa broma pesada iban a repercutir en la relación de tres personas, y Maite, a la que dieron el alta a la mañana siguiente, no era ninguna de ellas.

25

TROPIEZOS

“Seleccionar todos los mensajes”
“Borrar”
“Vaciar chat”
“OK”
Tenía todas las notificaciones puestas en silencio y me pasaba el día borrando a escondidas todos los mensajes y wasaps sin contestar, porque todos, absolutamente todos, venían de la misma persona. De esa persona que entendía un no como un sí para mantener la esperanza y que estaba consiguiendo que mi cordura se desestabilizara hasta tal punto de hacerme sentir presa de mi teléfono.
No sabía qué se proponía con todo aquello, con ese continuo bombardeo de notificaciones que me enviaba a todas horas y que me despertaban sobresaltada de madrugada al percibir la vibración del móvil sobre la mesita de noche. Eran más de treinta todos los días y todos decían lo mismo. Ninguno obtenía contestación. Lo extraño era que aún ni me hubiese llamado ni se hubiera plantado en mi casa, y el simple hecho de pensar que en algún momento pudiera hacerlo, me acojonaba.
Aquello era un acoso en toda regla y él, al ser miembro activo de las fuerzas de la autoridad, debería saberlo. Como también sabría, porque me conocía lo suficiente, que por unos cuantos wasap no lo iba a denunciar, ya que cuando tuve motivos de peso, casi año y medio atrás, no lo hice.
A Mario no le había comentado nada acerca de ese hostigamiento insistente al que Rober me estaba sometiendo. Hacía menos de un mes que vivíamos juntos y no me apetecía mucho, que digamos, comenzar a ponerle obstáculos a nuestra relación. Quería evitar a toda costa una pelea entre ellos o cualquier mínimo enfado entre nosotros. Así que debía encontrar una solución antes de que aquella locura se me fuera de las manos, antes de que Mario se enterara e infinitamente antes de acabar con la poca paciencia de Rober y que este se presentara en mi piso hecho un energúmeno.
Era tan obtuso que no asimilaba mi relación con Mario y tan petulante como para creer que aún sentía algo por él y que, si me insistía, volvería a tenerme comiendo de su mano. Cuando le dije que me había enamorado de otro significaba justamente eso, y por lógica aplastante, tendría que haber llegado a la conclusión de que mi amor por él se había terminado; acabado; muerto; finiquitado. Al parecer no

se lo dejé totalmente claro, o quizás se debería plantear utilizar otro tipo de traductor que no fuese el de Google. Yo había sido más que contundente, pero al pobre gilipollas, por lo visto, le faltaba un hervor.

Desde el sofá observaba a Mario dar vueltas y vueltas por todo el piso. La camiseta que le había encogido en la secadora le quedaba realmente bien (iba a tener que hacer lo mismo con las demás), ya que le dejaba al descubierto parte de la línea alba en la que una delgada fila de vello descendía hasta el botón desabrochado de sus vaqueros y se introducía sensualmente por el interior del elástico de su bóxer. Resultaba realmente sexy sin proponérselo; desde esos mechones de su negro pelo húmedo, totalmente carentes de disciplina, hasta el leve arqueo hacia fuera en sus rodillas que le daban a sus piernas el aspecto de paréntesis. Paréntesis el que yo haría, dejando aparcado todo lo demás, para echarle un buen polvo. Pero no era el momento; llevaba parte del día, como loco, buscando dos temas nuevos que había compuesto para el ensayo y que habían desaparecido por arte de magia.

—No lo entiendo, Noe. Juraría que los dejé sobre la mesita esta mañana.

—Piénsalo bien a ver si te estás confundiendo.

—He mirado por todas partes y no están. Y he quedado en media hora para el ensayo, que una mierda es lo que vamos a ensayar cuando me presente con las manos vacías.

—No te agobies, Mario, que los chicos no te van a quemar en la hoguera por esto.

Se rascaba la cabeza, pensativo, mientras daba vueltas sobre sí mismo remirándolo todo una vez más. Yo me aguantaba la risa por no ponerlo aún peor, ya que al Mario despistado y desorganizado había tenido el gusto de conocerlo en ese mes de convivencia y, como todos los Marios que vivían en armonía dentro de él, me encantaba.

—¡Vete ya, que vas a llegar tarde! —lo apremié lanzándole un cojín.

—¡Menuda mierda! —se quejó, abrochándose el botón del vaquero—. Hasta luego, preciosa.

Me dio un rápido beso en los labios que me dejó sedienta de más y, cogiendo el casco y las llaves, se marchó. Nada más salir por la puerta saqué el móvil de mi bolsillo y lo miré. Dieciséis wasaps. Todos de Rober.

¡Eso ya era ir demasiado lejos! Los abrí y vi que todos decían lo mismo, al igual que los anteriores.

“Tkm. Necesito verte. Contéstame”

Empujada por una rabia que me nacía en lo más profundo de mi ser, decidí contestarle para poner punto final a todo aquel capítulo de mi vida que no terminaba de cerrarse.

“En el pub La Caverna en una hora”
No esperé su respuesta; estaba segura de que vería mi mensaje y acudiría a la cita.
Sin pararme a pensar en lo que acababa de hacer, entré en el baño apresuradamente para darme una ducha rápida —necesitaba acabar con toda esa mierda ya—, abrí el grifo de la bañera y me metí bajo el agua. No tardé ni diez minutos, lo que me dejaba bastante margen para vestirme e ir andando sin necesidad de martirizar más mis nervios buscando aparcamiento.
Al salir del baño encontré a Mario sentado en el sofá. Apoyaba los codos en las rodillas y mantenía la cabeza baja mirando fijamente mi teléfono que descansaba sobre la mesita de centro.
—He olvidado la chaqueta —murmuró al mismo tiempo que dibujaba con el dedo el patrón de desbloqueo de mi móvil—. Tienes un wasap de tu ex. Te contesta con un «OK. Te quiero, nena». —Se me paró el corazón y, cuando clavó sus ojos en los míos, noté cómo se rompía en mil pedazos al contemplar las dos lágrimas que descendían por sus mejillas—. Date prisa… vas a llegar tarde. —Se levantó pasándose la manga de la camiseta por la nariz y entró cabizbajo en el dormitorio.
Por un breve lapso de tiempo me sentí pegada al suelo, como si la línea divisoria entre este y mis pies hubiera desaparecido para formar una figura compacta a relieve incapaz de echar un pie delante del otro. No advertí ni ira ni odio en sus ojos; lo que percibí en ellos fue aún peor. Revelaban la desilusión y el desengaño de sufrir una traición. Mi traición.
—No, no, no —negué en voz alta al darme cuenta de mi error, al ser consciente de lo que las palabras de ese wasap habrían significado para él.
Corrí al interior de nuestra habitación, deteniéndome solo unos segundos para que mis ojos se acostumbraran a esa penumbra que la invadía y que no me permitía ver con exactitud dónde se encontraba.
Mario estaba tumbado en la cama con un brazo sobre la cara, cubriéndose los ojos, y el otro estirado y pegado a su cuerpo. Sus manos, convertidas en puños, contribuían a que le resaltaran aún más las venas en los antebrazos, y sus dientes apretados le endurecían la mandíbula.
—Mario, no pienses cosas raras, por favor. —Me senté junto a él dejando que las amargas lágrimas asomaran a mis ojos—. Te juro que no es lo que parece.
Se me partía el alma de verlo de aquella manera, intentando luchar contra un llanto que amenazaba con romperlo, tratando de dominarlo por la fuerza para tenerlo controlado. No fue capaz de lograrlo; algunas lágrimas le resbalaron por las sienes.
—Mario… dime algo. —Pero en aquel momento no quería decirme

nada.
Me recosté junto a él abrazándolo, dejando que mis lamentos se elevaran hasta el punto álgido de esa aciaga melodía para luego ir descendiendo lentamente hasta convertirse en un suave quejido.
No volví a decir nada hasta que mi respiración, más o menos, se estabilizó.
—Mario, déjame explicarte. —Permanecía inmóvil a mi lado permitiendo que mi brazo cubriera su cintura, aunque sin intención de corresponderme—. Te lo pido por favor.
Ladeó la cabeza y me miró. En su rostro pude apreciar las huellas de la tristeza. Una tristeza que había mudado sus rasgos y enrojecido el blanco de sus ojos. Su mirada desprendía tanto dolor que supe que una explicación no lograría borrarlo, que todo lo que le dijera no sería suficiente para apartar el daño y la traición que contenía. No obstante, le conté todo, repitiéndole incontables veces que ese era el primer mensaje al que yo contestaba y que solo había quedado con él para terminar con aquello y pasar página.
Sé que no lo convencí. En sus ojos se reflejaba el tormento engendrado por la desconfianza, por todas esas dudas que, a continuación, me reprendió su boca:
—¿Por qué no me lo contaste? ¿Por qué no me lo dijiste nada más haber recibido el primer wasap?
—Tenía miedo. Luego los mensajes continuaron y tuve aún más miedo.
—Si me lo hubieses dicho ya se habrían acabado. ¡Ya le hubiésemos dejado claro, entre los dos, que en esta puta relación sobra él! Pero no. Has preferido hacer las cosas a tu manera y… me has mentido.
—No te he mentido, Mario. Solamente te lo he ocultado.
—¡Es exactamente lo mismo! —Elevó la voz y apartó con rabia mi brazo de su cuerpo. Se puso en pie frotándose los ojos—. ¿Cómo crees que voy a hacer para no comerme el tarro pensando si has podido quedar con él otras veces? ¡Dime! ¡¿Cómo lo hago?!
Salté de la cama hasta quedar frente a él.
—Si crees que te he mentido estás muy equivocado. Siento muchísimo que pienses así y que te atormentes por ello, pero yo nunca te haría algo tan mezquino, Mario. Confía en mí, por favor. Sé que ha sido un error ocultártelo y entiendo que estés molesto. Si te tienes que enfadar, enfádate porque no te lo he contado; no veas fantasmas donde no los hay.
—Yo no veo fantasmas, Noe. Lo que yo he visto ha sido un puto wasap donde tú le dices de quedar, y por mucho que ahora trates de darle la vuelta a la tortilla, lo que está escrito, está escrito. Así que sí; me has mentido. —La frustración y la rabia crecían en él.
—Mario, si yo hubiese pensado como tú piensas ahora, lo nuestro no

habría funcionado, porque también me mentiste. —Arqueó las cejas sin entender—. Tú me ocultaste durante mucho tiempo tus sentimientos; es más, me hacías daño con tu forma de tratarme. Y después de estar juntos la primera vez, existía la duda de si habías olvidado a Maite. Y esa duda siguió creciendo durante un tiempo, pero al final decidí creerte, decidí confiar en ti. Haz tú lo mismo, Mario, porque te juro que no ha habido otras veces. No ha habido ni una sola vez.

—No puedo creerte, Noe.

Miraba al suelo y no a mí.

—Mírame, Mario. —Le levanté la cabeza hasta encontrarme con sus ojos—. Te quiero. Te quiero más que a nada en el mundo. No lo he visto. No quiero verlo. Solo te quiero a ti.

Sonrió, pero era una sonrisa afligida.

—Es que me vienen a la cabeza tantas cosas que no sé qué pensar. No sé si esto significa que aún sientes algo por él y… esa duda me mata. La ha habido desde el principio; todo pasó tan rápido, empujado por lo que yo sentía que, aun sabiendo que tú no sentías lo mismo, decidí continuar. Con el tiempo he logrado tener un poco más de confianza en lo nuestro, ya que no creía que estuvieses conmigo si no me quisieras. Pero ahora ocurre esto y, lo siento, pero no puedo evitar planteármelo todo de nuevo.

—¡Joder, Mario! —grité—. ¿Es qué no te he demostrado lo que siento por ti? ¿Qué más puedo hacer? Tengo la impresión de que no vas a creer nada de lo que te diga.

—Es que no me termina de cuadrar, Noe. Según tú, te acostabas con él por acostarte, sin sentimientos de por medio. Pero ya no estoy seguro de que se tratara solo de sexo, y no sé si lo que ha pasado significa que todavía puede quedar algo ahí dentro. —Señaló con un movimiento brusco de cabeza el centro de mi pecho—. Has estado tantas veces con ese tío que no me extrañaría que te volviera a convencer; de hecho, estabas con él cuando te enrollaste conmigo. ¿Quién me asegura que ahora no esté pasando al contrario?

Me quedé perpleja. No me podía creer que sacara a colación esa parte de mi pasado que no tenía nada que ver con nuestra relación de presente.

—Mira, Mario, desde el mismo instante que me acosté contigo la primera noche no he vuelto a estar con él. Ni de esa manera ni de ninguna otra. ¡Es que ni se me ha pasado por la cabeza! ¿Sabes por qué? Porque no siento nada por ese hombre. Porque todo el amor que tengo te pertenece.

—¿Estás segura, Noe, o estás mintiéndome de nuevo? —preguntó utilizando un tono de lo más sarcástico.

—¡Ya he tenido suficiente! ¡Esto es humillante! —grité levantando los

brazos para volver a bajarlos con resignación—. ¿Cómo puedes pisotear de esa manera mi dignidad? ¿Acaso te hubiera pedido vivir juntos si me quedara la mínima duda?
—¡Pues no lo sé; dímelo tú! —ladró pegando su cara a la mía—. Nunca haces nada bien, ¿por qué debería creer que en esto has hecho lo correcto? ¡Ponte en mi lugar, joder! ¡Dime cómo coño te sentirías si estuvieras en mi pellejo! Yo le dije a Maite delante de ti que ya no sentía nada por ella. ¡Te lo demostré! Tú con esto no me demuestras nada; solo me haces dudar más. —Me señalaba con un dedo tembloroso por la rabia—. Cuando se tarda tanto en confesar es porque se esconde algo. Yo tardé en decirte lo que sentía porque estabas enamorada de él; si hubiera sido de otro modo te lo habría confesado antes. A ti, en cambio, no te han quedado más cojones que decírmelo porque lo he descubierto. Si no, ¿qué?, ¿te habrías vuelto a meter entre sus piernas?
No pude contenerme. Le propiné tal bofetada que le volví la cara hacia un lado.
Nos quedamos inmóviles, congelados. Jamás había tenido un arranque de ira como ese. ¿Hasta dónde íbamos a ser capaces de llegar por todo aquello?
—Te has pasado, Noe. Y para colmo, te crees la víctima en todo esto.
—Y a ti debería darte vergüenza lo que me has insinuado.
Comprendía perfectamente su enfado y entendía, incluso, que por inseguridad pudiera sentirse dolido, pero a mí también me hacían daño sus palabras y lo que estas dejaban entrever.
Me empujó para salir del dormitorio y se marchó, dando un portazo, más herido que nunca y emocionalmente inestable.
Me fumé más de medio paquete de tabaco esa tarde. Entre tanta nicotina, la congoja del llanto y los gritos de la discusión, se me había quedado voz de camionero cervecero que le sonaba extraña a mis oídos mientras hablaba conmigo misma esperando que volviera.
Sentí las llaves en la cerradura de madrugada y sus pasos avanzando por el salón. No entró en nuestra habitación como yo esperaba; el quejido del sofá, al dejarse caer sobre él, me dejó claro dónde pretendía pasar la noche. A Mario no le apetecía dormir conmigo, pero si tengo que ser sincera, es que ni a mí misma me apetecía dormir en mi compañía.
Me había acostumbrado tanto al bienestar de sus brazos que era incapaz de pegar ojo. Las altas horas tampoco invitaban a hablar y si él no había entrado en el dormitorio sería que no le quedaban ganas de hacerlo. Lloré en silencio su ausencia, sentí un vacío interior que se dilataba a causa de su distanciamiento y me maldije en silencio por no haber actuado de otra manera y permitir que el amor que compartíamos se fracturara.

No iba a consentirlo. No. Iba a luchar por lo nuestro hasta que no me quedaran fuerzas. Me levanté y fui de puntillas al salón; Mario ya dormía con un brazo bajo la nuca y las piernas cruzadas por los tobillos. Me acerqué y lo besé suavemente.
«No quiero que se termine».
Las lágrimas afloraron de nuevo y las limpié con rabia.
Iba a luchar por lo que teníamos, por mantener vivo lo nuestro. Porque lo nuestro no había sido un flechazo, sino un amor alimentado día a día; primero por la amistad y luego por el cariño, hasta que este se convirtió en algo más. Amaba a Mario de todas las formas en que se puede amar a una persona, incluso más que a mi propia vida.
«Sí, voy a luchar. Pero tendrá que ser a partir de mañana».
Volví al interior de mis heladas sábanas con la esperanza de que el nacimiento de un nuevo día le hiciera ver las cosas con otra perspectiva.
Cuando desperté no olía a café recién hecho, la cama seguía fría y la casa estaba vacía. Mario se había marchado.
Durante los siguientes días fue más de lo mismo: discusiones, destapar los trapos sucios y silencios; incómodos silencios que nos separaban cada vez más. No comenté nada de nuestra primera crisis a mis amigos —yo sabía que él tampoco diría nada—, y menos aún a Mila, ya que si se enteraba de mi metedura de pata lo mismo le daba por desmembrarme, como a un Mr. Potato, para luego armarme con la nariz en el culo y los pezones en las cuencas de los ojos. Sí, sí, sonara raro, pero no podéis imaginar lo que ella era capaz de hacer con ese juguete desmontable. Además, se trataba de su hermano y del daño que yo le había hecho, y eso, os puedo garantizar, le tocaría la fibra sensible.
El sábado llegamos al Agorafobia separados; él había ido en su moto y yo caminando. Para disimular ante los demás puse la mejor cara que las circunstancias me permitieron, y les mentí diciendo que Mario había tenido que acudir antes para ensayar. No me creyeron del todo; eran demasiado suspicaces y supieron al momento que allí pasaba algo y que yo trataba de ocultarlo. El que Mario ni se dignara a mirarme terminó de espantar la leve esperanza que albergaba en que se tragaran mi mentira.
Me senté con ellos como siempre, con la diferencia de que apenas escuché al grupo tocar; mi mente estaba trabajando la manera de llegar de nuevo a él. No podía más con las discusiones y no me veía capaz de dormir otra noche en mi cama sabiendo que estaba tan solo a unos pasos de mí. Me disculparía, me arrodillaría si fuese necesario y le demostraría, de la forma que me pidiera, lo mucho que le amaba.
Rober continuaba con sus mensajes amargándome la existencia cada día un poco más, pero esa vez no los había borrado, los mantenía

intactos en la memoria de mi móvil para que Mario pudiera leerlos y alejar así sus dudas. Esa noche, después de la actuación, se los enseñaría para que viese que entre Rober y yo no había nada; los wasap eran muy explícitos y dejaban perfectamente claro que el único que creía tener una relación era él, y no yo. Eso debería convencer a Mario.

—¿Te ocurre algo, nena? —La pregunta de Jorge me hizo volver al momento.

—No. Solo estoy cansada.

Me sonrió con cariño, apretando mi mano con la suya.

—No te comas el coco. Lo solucionaréis.

No me dio tiempo a comentarle nada porque los aplausos cortaron nuestra conversación, pero en el fondo me hubiese gustado contarle todo, ya que Jorge era la persona que más y mejor me entendía. Miré al escenario, deseando que finalizaran para poder marcharnos, y vi a Mario susurrar algo a Pinta. Este arrugó las cejas, extrañado, antes de contestarle también pegado al oído. Los observé con atención; aquel secretismo me inspiraba muy poca confianza, nunca antes los había visto tan reservados a la hora de elegir un tema para cerrar la actuación. Mario volvió a murmurar al oído de su amigo y, como si fueran la misma persona, dirigieron sus ojos hacia mí y me miraron serios. Muy serios. Aquello comenzó a mosquearme. ¿Qué cojones se estaban diciendo? No tardé ni un minuto en descubrirlo, cuando Pinta tomó la posición de Mario en el escenario, y viceversa, y este cogió el micro.

—¡Buenas noches gente, y… gracias por haber venido! —Aplausos, silbidos, gritos, y yo ahogándome porque sus ojos permanecían fijos en los míos aunque sus palabras fueran dirigidas a la multitud—. He pedido a mi compañero y amigo… —Señaló a Pinta, que hizo una reverencia teatral—, que me ceda el honor de cantar el último tema. Sé que no es lo normal y espero no defraudaros mucho, pero… esta noche necesito dedicar esta canción a alguien. —Tragué saliva haciendo un ruido espantoso—. Va por ti.

No dijo mi nombre, no me llamó «preciosa» como siempre me llamaba, ni tan siquiera señaló hacia donde me encontraba. Lo único que consiguió, aparte de causarme un infarto, fue que su hermana y la pareja me miraran inquisitivos.

Sonaron los primeros acordes de guitarra y batería; lentos, tristes, rebosantes de un amargo sentimiento. A continuación, su rasgada voz, cargada de rencor, se abrió paso entre las notas para interpretar On my own de Three Days Grace.

I walk alone
Think of home

Memories of long ago
No one knows I lost my soul long ago
Lied too much!
She said that she´s had enough!
Am I too much?
She said that she´s had enough!
Standing on my own
Remembering the one I left at home
Forget about the life I used to know
Forget about the one I left at home
I need to run far away
Can´t go back to that place…

Por lo visto no se había parado a pensar en cómo la letra de esa canción me destrozaría. Sí, yo le había dicho que era suficiente, aunque no me refería a él, sino a su modo de cuestionarme. También le dije que me había mentido, pero puse como ejemplo nuestro pasado, que nada tenía que ver con nuestro presente. En cambio él me estaba dejando claro que se marchaba para no regresar, que tenía que olvidarse de lo que pudo ser y nunca conocerá. Olvidarse de mí. ¡Puto Mario y putos sentimientos expresados con el lenguaje de la música! ¡Y maldito puto secreto que ahora conocía! Nuestros amigos también supusieron que aquello eran más que unas letras acompañadas por música.

Cuando la canción acabó se quedó parado en el centro del escenario mirándome fijamente; si alguien aún no se había enterado lo iba a hacer en aquel momento. Aparté mis ojos de él, cogí mi chaqueta y me fui de allí para no levantar más sospechas y para poder llorar a gusto.

Al entrar en casa, Mario ya se encontraba allí; en la moto había tardado menos tiempo y yo no me había dado mucha prisa por llegar. Estaba sentado en el sofá pero aún llevaba la chupa de cuero puesta. Cerré la puerta y me quedé de pie en el recibidor, observándole, preguntándome por qué después de lo que me había insinuado con esa canción se había venido tras de mí. Si su objetivo al interpretar ese tema había sido que me sintiera mal por lo que le dije, lo había conseguido con nota, pero si pensaba que nadie más que nosotros se había dado cuenta de lo que pasaba, acababa de suspender estrepitosamente. Quizá estaba arrepentido y por eso estaba allí; a veces era tan impulsivo como su hermana, aunque sabía rectificar antes que ella.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace diez minutos, más o menos. —Mantenía la vista puesta en los dedos de sus manos, haciéndolos crujir, y mi ansiedad aumentaba al oír ese sonido de huesos—. Mila me ordenó que me viniera. Ya sabes

cómo es.
Lo sabía, como también acababa de saber que venir tras de mí no había salido de él; más bien se lo habían impuesto.
—Mario, tenemos que hablar. No gritarnos ni pelearnos, sino intentar buscar una solución. —Me miró a los ojos y pude ver una infinita tristeza en los suyos—. Yo te quiero, Mario. —Me acerqué hasta él, me arrodillé en el suelo y le abracé las piernas—. Te quiero muchísimo y siento infinitamente todo esto. Lo he hecho mal, lo reconozco, debería habértelo contado nada más haber recibido su primer wasap. No tenía que habértelo ocultado. Ahora me arrepiento enormemente, pero no puedo dar marcha atrás. —Le hablé desesperada, sin poder reprimir las lágrimas y notándome de nuevo la voz como ese camionero de carretera—. Por favor, perdóname. Vamos a intentar dialogar. Vamos a arreglarlo. —Sin pretenderlo le estaba suplicando, le estaba implorando con una angustia creciente otra oportunidad. Porque en esa ocasión mis lágrimas no lo conmovían, porque a esas alturas de mis súplicas ya debería haberme abrazado y porque me volvía loca de pensar que pudiera prohibirme el seguir disfrutando de los sabores su boca—. ¡Mario, por favor!
Dos lágrimas escaparon de sus ojos que se veían cubiertos por una fina capa transparente que vibraba.
—Soluciona primero lo que él crea tener contigo, porque si no, su sombra va a estar siempre sobre nosotros impidiéndonos avanzar.
Sujetó mi cara entre sus manos y, acercándose, me dejó un beso salado en los labios. Un beso con sabor a despedida.
Se levantó y se dirigió al dormitorio. Yo quedé ahí tirada en el suelo, analizando la complejidad que veía en sus palabras y teniendo la leve esperanza de que nos íbamos a dar otra oportunidad si yo terminaba finalmente con esa relación de mi pasado que no nos permitía seguir adelante.
Me levanté lentamente para ir a la cama; aunque aún no pudiera aferrarme al calor de su cuerpo, me conformaba con sentirlo a mi lado mientras lo solucionábamos, porque, en esos momentos, me bastaba con oír su respiración y saber que lo primero que vería al despertar sería él.
Me quedé paralizada en la puerta de nuestra habitación, de ese rincón tan íntimo que tantas veces había sido testigo de nuestro amor. Había malinterpretado sus palabras. Era normal, él mismo decía que le costaba expresarse, que no lo hacía bien.
Sobre la colcha floreada estaba su bolsa de viaje abierta y Mario, de espaldas a la puerta, rebuscaba en el interior de los cajones.

26

PROMESAS

Preferí quedar con Mila en mi piso para pasar la tarde; habíamos estado en la playa toda la mañana y me dolía la cabeza de tanto sol, así que lo que menos me apetecía era estar en su casa aguantando las continuas batallas de poder entre ella y su hermano. Hacía más de un mes del percance con Maite y Mario aún seguía enfadado.

Conmigo era todavía peor, ya que ni siquiera me dirigía tres palabras seguidas, y cuando lo hacía, iban cargadas de una mala hostia impresionante. Que para hostias las que yo le hubiera dado a ver si así se le quitaban las tonterías; que tampoco había sido para tanto, ¡joder! Mila, en cambio, no le dejaba pasar ni una, y eso transformaba a Mario en un ogro de Dragonlance que lanzaba sus reproches, como si de pedruscos se tratara, con toda la intención de fastidiar lo máximo posible a su hermana, a la vez que provocaba una asquerosa sonrisa en los labios de silicona de Miss Pesadilla en Elm Street. Menuda angustia de tía pegada como una lapa al cuerpo de Mario, daban ganas de meterte los dedos hasta la tráquea para luego vomitarles encima.

Para colmo de los colmos, Pinta se unía a las quedadas de la pareja diabólica cuando no tenía un plan mejor, y a Mila ya le faltaban paredes por las que subirse. De manera que mi piso se había convertido en nuestro santuario de relajación.

—¿Te apetece que vayamos esta noche al Agorafobia?

—Ahora mismo no sé lo que me apetece, Noe.

Tiradas en el sofá con los pies sobre la mesita de centro, pasábamos la tarde de un aburrido y caluroso sábado comiendo un helado de leche merengada tamaño XXL.

—Como nos dé por pasar todas las tardes de esta manera, cuando llegue el invierno no nos entran los vaqueros.

—Eso no va a ocurrir. Estamos estupendas.

Ella no tenía problema de acumulación de grasas en sitios no deseados; su metabolismo quemaba las calorías como una caldera de barco. En cambio a mí se me iba todo a las caderas donde empezaban a presentarse los primeros agujeritos de piel de naranja.

—En serio, Mila —dije pellizcándome las carnes de mis muslos para que ella pudiera verlas—, yo no puedo comer tanta mierda; bastante con los precocinados que me tomo casi a diario. Te prohíbo traer más helado a mi casa.

Me miró, lamiendo la cuchara como una cerda.

—Yo traigo el helado para mí. Cómete tú si quieres una zanahoria y no empieces a darme por culo con tus gilipolleces. Estás muy buena Noe, así que deja de acomplejarte.
Esa noche elegí una camiseta suelta de tirantes en color blanco que resaltaba favorablemente el tono de mi piel, que aunque de por sí era cálido, el sol lo había incrementado con un dorado divino. Me vi tan bien ante el espejo que solo me puse un poco de brillo para resaltar mis labios y trencé mi pelo hacia un lado dejándolo reposar sobre un hombro. El verano indudablemente me favorecía.
Entramos en el pub pasada la una de la madrugada, después de habernos puesto hasta el culo de cerveza en un bar situado en el barrio donde vivían Jorge y Pedro. Los cuatro íbamos más que contentos, riendo, cantando y gastándonos bromas obscenas. La banda de Mario había finalizado y estaban sentados a una mesa con Maite y dos de sus amigas de porcelana. A Mila le cambió la cara cuando vio a una de estas enganchada al cuello de Pinta, dibujando con un dedo los perfiles de los tatuajes de sus brazos, mientras él le sonreía encantado de la vida, fantaseando, seguramente, en cómo podría terminar aquello. Lógicamente nos sentamos en otra mesa y, por supuesto, ni nos acercamos a saludarles. Bueno, Jorge y Pedro sí lo hicieron.
Mario, nada más vernos, frunció el ceño visiblemente molesto por nuestra presencia; no por la de todos, solo por la de su hermana y la mía. Pero si tanto le incomodaba tenernos cerca, que pidiera una orden de alejamiento; eso era problema suyo. Yo ya me estaba acostumbrando a su careto de almorrana interna a punto de reventar y me traía al fresco lo que sintiera al vernos, así que invertí mi tiempo y las pocas fuerzas que me quedaban en intentar mantener a Mila lo más distraída posible para evitar un asesinato en primer grado.
No hicieron falta ni los divertidos diálogos de la pareja ni mi empeño por llamar su atención. Cuando Rober entró por la puerta, su mira telescópica cambió de objetivo y a mí, ese moreno tan atractivo que traía de casa, se me fue a los pies y me dejó la cara amarillenta.
Mi sangre volvió a fluir, efervescente, al ver que se dirigía hacia nosotros.
—Buenas noches.
Fui la única que contestó a su saludo. Mila seguía observándolo con descaro y a la pareja por poco le da una apoplejía de la impresión.
—Hola, Rober.
—¿Podrías salir a la puerta un momento?
Todos volvieron sus caras hacia mí. Cuatro pares de ojos de distintos colores que esperaban una respuesta. Sin decir absolutamente nada, me levanté, evitando mirar a Mila, y lo seguí al exterior.
Una vez fuera respiré hondo, pero poco aire había cogido para la noticia que me esperaba.

—Noe, quiero decirte algo.
Tragué saliva ruidosamente; con él nunca sabía a qué atenerme, así que me preparé para lo peor.
—Tú dirás.
—Cada día que pasa siento más la necesidad de estar contigo. Sé que lo nuestro aún tiene posibilidades.
Yo, en contra de lo que él pensaba, lo dudaba mucho, porque, aparte del calvario sufrido por esa tortuosa relación, ya no sentía por él ni la mitad que al principio. Me observaba, esperando que yo dijera algo, pero… ¡¿qué coño iba a decirle?!
Cogió mis manos y, con esa media sonrisa que un año atrás me había enamorado, soltó de lo más natural:
—Voy a pedirle el divorcio a Natalia.
«¡Mierda para la energía del karma! ¡¿Qué malo le he hecho yo a este mundo?!».
Entonces me abrazó como si esa decisión fuera la solución a todas nuestras miserias.
Conté la conversación que había mantenido con él a mis amigos con un sentimiento interior entre la dicha y la desgracia. Y es que ni yo misma me entendía. Por un lado, estaba esa chispa que aún no se había apagado del todo y que necesitaba ser avivada, y por otro, no hacía más que oír esa vocecita de mi conciencia que me repetía incesante que no me fiara de él y me alejara antes de que me hiciera más daño.
Como no fui capaz de aclararme, procedí a dejarme aconsejar por los que me querían; pero eso fue todavía peor.
—¡Ni se te ocurra! Olvídate.
—No hagas caso a Pedro y haz lo que verdaderamente quieras hacer.
—Es que no lo sé ni yo, Jorge.
—Pero ¡¿cómo le puedes decir eso?! ¡Ese tío es un hijo de puta! ¿Acaso has olvidado lo que te hizo? ¡No la animes, Jorge! ¿Tú que dices, Mila?
Esperé su respuesta con el corazón encogido; al fin y al cabo, lo que pensara ella era lo que más me importaba. Pedro dramatizaba demasiado las cosas y, aunque su opinión me interesaba, nunca le hacía demasiado caso, y Jorge siempre me había apoyado y animado y esa vez no iba a ser diferente, a pesar de haberse visto demasiado involucrado en todo aquello. Él sabía mejor que nadie de mis sentimientos hacia Rober y ese conocimiento le impediría ponerme obstáculos.
Con Mila era más complicado. Mi relación con él ya nos había separado en el pasado y yo no iba a permitir que eso volviera a suceder, más aún cuando mis sentimientos por él no eran lo que en su día fueron. Así, que sí, lo que ella opinara, sería sin duda, lo que más

tendría en cuenta.
—Yo pienso que si quiere pasar un buen rato, y no tiene más donde escoger, pues a falta de pan, buenas son tortas… —No me esperaba para nada de ella tal derroche de aceptación y comprensión siendo de Rober de quien estábamos hablando. Normalmente Mila actuaba de esa manera y defendía la postura de no negar al cuerpo cualquier estímulo provechoso, pero ninguno de sus ligues nos había tratado como Rober lo había hecho. Así que, aunque me estaba dando a entender que diera rienda suelta a mis apetencias, me olía que detrás de todo ese discursito de buenas intenciones había un pero. Y sí que lo había. En mayúsculas y con guía de instrucciones—… ¡Perooo!… que sea solo eso. No lo dejes entrar en tu vida, no te impliques en la suya y, sobre todo, no te creas nada de lo que te diga. Utilízalo hasta que salga otra cosa; exclusivamente para el sexo. Y después, adiós muy buenas. Si te he visto, no me acuerdo.
Pedro estaba taquicárdico con todo aquel planteamiento y normas a seguir, aunque se abstuvo de contradecir a Mila al ver a su novio totalmente de acuerdo con lo que ella exponía. Él sabía que ya no había nada que hacer.
—Yo pienso igual, Noe. Disfruta sin atarte, sin tener ningún tipo de perspectivas de futuro con él. Así no te podrá hacer daño, porque tú no esperarás nada de todo eso.
Miré a Pedro que negaba con la cabeza, sin dar crédito a lo que oía, y sonreí, porque su opinión, la que nunca tomábamos en cuenta, era la única que no había variado.
En la soledad de mi habitación sopesé tanto los beneficios que me aportaría comenzar de nuevo con esa relación, como los inconvenientes que tendría que esquivar. Los beneficios los tenía claros. Me gustaba estar con él, sentir cómo nuestros cuerpos se fundían en uno. En esos escasos momentos me creía sus palabras y me sentía amada, y eso me gustaba. Pero los inconvenientes superaban con creces a lo poco que yo podía ganar con esos minutos de felicidad. Lo que quise que me quedara claro —y suena muy mal tratándose de una misma— es que no podía hacerme ningún tipo de ilusiones con lo nuestro, dijese lo que me dijese él.
Lo peor de todo es lo mucho que me apetecía volver a estar entre sus brazos, y esa fuerte apetencia me daba miedo más que otra cosa. No quería volver a sentirme enganchada a Rober, no deseaba depender en absoluto de él, pero la Noe romántica que vivía en mí nunca hizo mucho caso a la Noe lógica, y ese tira y afloja interno tendrían que solucionarlo entre ellas.
Todo iba mejor de lo que me había imaginado, aunque a Rober no le habían sentado lo que se dice bien las condiciones que yo había impuesto en nuestra renovada relación. Mi decisión de no querer

intimar con él en lo emocional y solo querer hacerlo en lo corporal lo había descolocado en lo que a su separación con Natalia se refería, y el que yo también me mantuviera inamovible en mi determinación de vernos solamente una vez por semana había conseguido despertar a todos sus demonios. Al final terminó cediendo; no le quedó otra. De manera que las veces que nos veíamos, que eran pocas, me recordaba con insistencia su intención de pedir el divorcio a su mujer, y yo le seguía repitiendo, incansable, que dejarlo con ella no significaba nada, que teníamos lo que teníamos y que por mi parte no necesitaba más.

Eso lo tenía muy claro, ya que por mucho que me decía que iba a iniciar los trámites, no lo hacía, lo que afianzaba mis creencias y seguridades en que aquello tan solo se trataba de encuentros basados en sexo. No me podía permitir la mínima fisura en esa barrera que había creado alrededor de mi corazón porque no quería que Rober volviera a entrar en él. Pero en toda fortaleza existen puntos débiles por donde filtrarse, y él era un puto caballo de Troya preparándose para la invasión.

Pasaban los días, y con ellos el verano, y yo seguía manteniendo intactas mis convicciones. Nos veíamos en mi piso casi todos los viernes; cenábamos, hablábamos, me prometía imposibles y follábamos. Follábamos como animales, como dos drogodependientes queriendo saciar su mono. Luego se iba en mitad de la noche, como siempre había hecho, con la diferencia de que, cuando amanecía y abría mis ojos a un nuevo día, ya no esperaba que su rostro fuera mi primera visión.

Lo estaba llevando realmente bien —hasta me daba palmaditas en la espalda por mi entereza— y como yo no hablaba de Natalia ni él decía una palabra de mis amigos, me sentía con plena libertad para seguir con mi vida. Los sábados acudía a ver las actuaciones de Underground, quedaba con la pareja semanalmente y todos los días hablaba con Mila. Pero a veces, algunas noches en las que me encontraba sola frente al televisor, me preguntaba si esa vida era realmente la que yo quería vivir, si esa comodidad a la que me estaba acostumbrando me iba a permitir aspirar a algo más. La respuesta que me daba era siempre la misma.

El último sábado de agosto terminaba la feria y con ella mis cortas vacaciones de verano. Mila y yo deambulábamos entre la gente con un vaso de cerveza en las manos mientras los fuegos artificiales daban fin a las fiestas. La pareja no nos acompañaba; habían terminado saturados de tanta salida y prefirieron quedarse en casa para dar una tregua a sus demolidos cuerpos. Nosotras, no. Nos resistíamos a encerrarnos porque sabíamos que la semana siguiente todo volvería a la rutina.

Así que allí estábamos, con los pies destrozados, intentando encontrar

una caseta que se adaptara a nuestros gustos musicales. Hicimos un tour a lo largo de la avenida sin encontrar ningún lugar donde nos apeteciera quedarnos. Y no es que estuvieran mal ni que el ambiente no agradara; simplemente éramos animales de costumbres fijas y, una vez más, terminamos sentadas a una mesa en el Agorafobia.

El local estaba prácticamente vacío, pero al ser como nuestra segunda casa nos sentimos a gusto nada más llegar. Nos pedimos una copa y escuchamos en silencio la atronadora música que a mucha gente pondría de los nervios y que a mí, sin embargo, me relajaba y conseguía que me pesaran los párpados.

Mario y Pinta salieron de la habitación donde guardaban el instrumental. No iban acompañados ni por el resto de su banda ni por la corte de princesas Disney que últimamente los escoltaban hasta para ir a mear. El encontronazo fue inevitable y, al no haber demasiado ambiente, tuvieron que acercarse a saludar por puro protocolo.

—¡Vaya caretos! ¿No deberíais estar ya en la cama como dos buenas chicas? —Pinta, como de costumbre, tan acertado en sus comentarios.

Cogieron dos sillas y se sentaron a nuestra mesa.

—Más quisieras tú. La noche es joven y… si tanto te disgustan nuestros caretos, ¿por qué coño te sientas aquí? Hay muchas mesas libres. —Mila señaló con una mano el resto del local prácticamente vacío, lo que suscitó que asomara una sonrisa en los labios de Pinta. Ella no se daba cuenta, pero a él le encantaba provocarla y, últimamente, le resultaba bastante sencillo hacerlo.

Mario y yo nos saludamos con la cabeza como dos extraños que no han compartido nada. Era lamentable haber llegado a tal situación, a resultarnos tan incómoda nuestra compañía cuando solo meses antes habíamos disfrutado tanto de ella. Maite tenía la culpa; si se hubiese comportado de otro modo no le habríamos hecho ninguna putada y Mario no estaría así. Aunque él ya había empezado a cambiar desde el momento en que la conoció.

Pinta y Mila seguían manteniendo un pulso de indirectas envenenadas —creo que ambos disfrutaban con ese tira y afloja que tenía lugar cada vez que se encontraban— y yo estaba empezando a aburrirme de todo aquello. Mientras ellos se divertían a su manera, Mario y yo éramos simples espectadores que no se atrevían a entrar en su juego y mucho menos a comentar, así que decidí que ya era hora de retirarme.

—Bueno, gente, aquí os quedáis. Me voy a casa que estoy hecha polvo —dije poniéndome en pie.

—¡Espera un poco, tía! —me pidió Mila—. Vamos a terminarnos la copa y después nos vamos.

—Paso. Estoy deseando pillar la cama. Tú quédate si te apetece.

Le di un beso en la mejilla y me despedí con la mano de los chicos.

Comencé a andar, agradecida de la temperatura de la madrugada que permitió a mi cuerpo deshacerse del bochorno acumulado por el calor y el alcohol, cuando sentí unas pisadas tras de mí que aceleraban para alcanzarme. Me invadió un miedo repentino y aligeré el paso con urgencia. Hubiera echado a correr de no haber estado tan cansada.
—¡Noe, espera! —Era la voz de Mario que me gritaba unos metros por detrás.
Me paré en seco, aliviada, y mi ritmo cardíaco se fue serenando de nuevo. Di un descanso a mis temblorosas y doloridas piernas mientras él llegaba junto a mí.
—¡Joder, Mario! Me has asustado.
Una leve sonrisa en sus labios, casi imperceptible, pero a fin de cuentas, una sonrisa.
—Tranquila, que aún no voy a matarte. Todavía estoy estudiando la forma, pero no será hoy. —Sonreí tímidamente—. Es muy tarde y, como a esos dos les queda para rato, pues… que te acompaño, no vaya a ser que algún depravado te haga algo y me joda los planes. —Las comisuras de sus labios se elevaron; las de los míos, también.
—Venga, vale —dije con ilusión pensando que podría volver a recuperar a mi amigo—. Y mientras terminas de planear mi muerte, ¿qué tal si nos damos una tregua?
Asintió.
Comenzamos a caminar de nuevo, rozando nuestros brazos a cada paso, en silencio. No era cómodo, lo reconozco, pero era algo; un comienzo, quizás. Aminoramos el paso notablemente, intentando alargar la distancia que nos quedaba hasta mi calle, porque los dos sabíamos que teníamos una conversación pendiente, y de no tenerla, terminaría de congelarse lo poco que quedaba de nuestra amistad.
Decidí ser yo quien comenzara rompiendo el hielo:
—Mario, no me gusta estar así contigo. Sé que con esto no consigo nada, pero te quiero volver a pedir perdón por lo de Maite. —Él seguía en silencio, con las manos en el interior de los bolsillos de sus vaqueros y la vista clavada en el oscuro asfalto. Si quería hacerlo reaccionar tenía que esforzarme más—. Mario —insistí, dándole un golpe suave con mi cadera—, dime algo, aunque sea cómo estás pensando deshacerte de mí. ¡Anda! Te puedo ayudar a ocultar mi cuerpo. ¡Venga! —Otro golpe, esa vez con el hombro.
Y entonces fui testigo de la media sonrisa más maravillosa de la historia.
—Pues… no lo tengo muy claro. He pensado en envenenamiento, en asfixia, en empujarte a las vías del tren. Todo un abanico de posibilidades.
Sonreí ampliamente cuando me siguió el juego, cuando tomó parte en esa siniestra broma que, aunque sonara morbosa, solo se trataba de

eso y estaba consiguiendo reanudar los lazos que se habían roto entre nosotros.
—Pues yo de ti aprovechaba alargando esta caminata. Eso me mataría fijo. —Soltó una auténtica carcajada. Entonces deseé que lo hiciera, deseé que aquel paseo continuara incluso si acababa conmigo, porque el cansancio y el sueño iban desapareciendo con cada una de sus sonrisas. No podía desaprovechar aquella oportunidad que me brindaba la noche de arreglar lo nuestro—. En serio, un par de horas caminando y me matas de agotamiento; así nadie podría acusarte de asesinato.
Me miró con sus preciosos ojos verdes, que se veían divertidos después de mucho tiempo, y me ofreció su brazo que, de la emoción, rodeé con tanta fuerza que casi le corto la circulación sanguínea. Continuamos caminando perdiendo en algún momento el rumbo con nuestra conversación de besugos que, más que parecerme ridícula, me estaba encantando.
Le di varias ideas más de cómo deshacerse de mí.
—Déjalo, Noe. Por muy mosqueado que haya estado contigo jamás podría enfrentarme a la tortura que sentiría al ver cómo el brillo de tus ojos se apaga.
Aquellas palabras deberían haberme dado una pista, pero yo solamente me fijé en el tiempo verbal que había utilizado y no en el contenido. Mario hablaba en pasado, eso fue lo único que capté en aquel momento. El «haya estado mosqueado» no era un «estoy mosqueado», y eso me impidió analizar el resto de la frase.
Acabamos sentados en un parquecito, cerca de mi casa, viendo cómo la noche daba paso a los primeros rayos del sol. Él, con los codos apoyados en el respaldo de aquel banco de piedra y las piernas estiradas, mantenía la cabeza hacia atrás observando el crepúsculo del amanecer con los rasgos de su cara totalmente relajados. No me pude contener, pasé mis brazos alrededor de su cintura, pegué mi cara a su pecho y lo abracé.
—Gracias, Mario. Gracias por ser como eres.
Dio una profunda inspiración que quedó en el interior de sus pulmones por unos segundos, sus latidos se volvieron más continuos e intensos y su vientre se tensó bajo mis brazos. Soltó el aire lentamente antes de hablar:
—De nada, preciosa —fue lo único que dijo mientras con un brazo me rodeaba y me acercaba más a él. Lo abracé más fuerte aún.
—Tú sí que eres precioso… como el culo de un oso. —Su pecho se movió a causa de la risa.
—¡Ay, Noe, Noe! Qué voy a hacer contigo.
—Lo que te apetezca. Menos matarme, claro. —Respiró profundamente de nuevo.

Todo me daba igual en aquel momento, incluso el dolor de mi coxis o el sudor que se me estaba empezando a acumular en el cuello debido a la envoltura de sus brazos. Lo único que me importaba era él y como esa frialdad que había mostrado últimamente se transformaba en la calidez a la que tanto estaba acostumbrada y tanto me gustaba.
Con ese regusto a felicidad me metí en la cama con los primeros sonidos de un nuevo día. Antes de caer en la inconsciencia, decidí enviar un wasap de despedida a mi reconquistado amigo por habernos permitido otra oportunidad.
“Mil gracias. Mil gracias por ser tan maravilloso como eres. No voy a volver a fallarte. Te prometo que ni tu relación con Maite ni la mía con Rober nos van a distanciar de nuevo. TK Mario”
En la pantalla de mi teléfono vi que estaba en línea, por lo tanto habría leído mi mensaje, y, aunque no me respondió, me dormí feliz con la certeza de que comprendería mi promesa. Hacían falta más de una Maite y un Rober para romper ese mutuo cariño que nos teníamos forjado por años de amistad.
Nada más lejos de la realidad.

27

MENDIGANDO

Mi cuerpo estaba quedándose paralizado por el miedo mientras observaba cómo la bolsa de viaje se iba llenado.
—Mario, ¿qué estás haciendo? —Y aunque lo sabía perfectamente, me negaba a aceptarlo. Toda mi persona se negaba a admitir que Mario se iba de casa— ¡No, no, no! —Corrí hacia la maldita bolsa y saqué sus pertenencias para volver a depositarlas en el interior de los cajones—. ¡No me puedes hacer esto! ¡No podemos romper lo que tenemos por una absurda metedura de pata!
Se paró, frotándose la frente.
—No estoy rompiendo, Noe. Solo quiero poner un poco de distancia hasta que lo soluciones. Acláraselo y… aclárate tú también. Mientras tanto no puedo estar aquí, porque lo único que voy a hacer es empeorarlo más.
—Mario, ¡por favor! Yo lo tengo muy claro —dije desesperada agarrando sus brazos para intentar detenerlo—. Mario, te quiero. Escucha eso, solamente eso.
Me contempló, triste, y deseé que él tuviera la poca fuerza de voluntad que yo tenía. Pero Mario era firme en sus decisiones y poco accesible cuando no quería ser invadido. Sus ojos siguieron el descenso de mis lágrimas y, aunque mi cara debía de parecer una acuarela de niño de preescolar, me miró como si yo fuese lo más maravilloso que hubiese visto jamás. La mezcla de un poco de rímel con las lágrimas es algo pintoresco, pero a él parecía no importarle, porque lo único que reflejaba su mirada era el amor que me tenía.
Aproveché esa debilidad, que sabía que en aquellos momentos le causaba mi visión, y subí lentamente mis manos hasta su cuello. Enredé mis dedos entre su pelo y le acaricié el labio inferior con los pulgares.
—Mario, bésame —le pedí suplicante. Cerró los ojos, torturado, debatiéndose entre la decisión que había tomado y lo que yo le ofrecía —. Mario, bésame. Por favor.
—No me hagas esto, Noe. —Me acerqué hasta que nos rozamos y nuestros alientos se mezclaron—. Noe…
No quise oír nada más. Me puse de puntillas y estiré mi cuerpo para callarlo con mis labios.
No se movió. No reaccionó. Únicamente los fuertes latidos de su corazón, que golpeaban mi pecho, me revelaron lo que ese beso desencadenaba en su interior. Abrí mis dedos en su nuca y capturé

entre ellos los mechones de su pelo para obligarlo a inclinar la cabeza hacia mí. Tracé un camino de húmedos besos desde sus labios hasta el interior de su cuello, junto a la clavícula, para luego deshacer lo recorrido hasta llegar de nuevo a su boca.
Mario era firme, seguro, sólido, pero también era ardiente, intenso y… me amaba. Y, por supuesto, no era de piedra. Me rodeó lentamente la cintura y entreabrió los labios para que nuestras lenguas se encontraran. Sentí el mayor y más gratificante escalofrío de toda mi vida. Por cómo temblaba intuí que, en su lucha interna, la necesidad que tenía de mí estaba sometiendo a su entereza, y en el mismo momento que su boca se adueñó con fiereza de la mía y sus dedos se clavaron en mis carnes, supe que se había dado por vencido. Caímos sobre la colcha sin dejar de acariciarnos, desnudándonos el uno al otro para poder disfrutar del calor de nuestras pieles. Recordamos con intensidad las líneas curvas de nuestros cuerpos y nos robamos con avaricia los besos que en tantos días no nos habíamos dado.
Detuvo sus muestras de amor para mirarme fijamente; los mechones de pelo le caían sobre los ojos y me impedían verlos en su totalidad desde mi posición.
—Por qué tendrá que ser verdad eso de que siempre os gusta más el chico malo.
No era una pregunta, sino más bien una afirmación cargada de tristeza.
—No digas tonterías, Mario.
—¡¿Tonterías?! Mira mi hermana. —Sonrió amargamente—. Mírate tú. Te sientes más atraída por él aunque te haga pedazos.
—Eso no es cierto. —Subí mis manos por su espalda—. A mí solo me atraes tú.
—Yo también sé hacer de malo, ¿sabes, Noe? Pero jamás podría serlo contigo. —Y me volvió a besar profundamente.
Besos teñidos de pasión y rabia en la misma medida, enfrentándose a una guerra consigo mismo por lo que quería y no debía hacer, que no era otra cosa que amarme como siempre me había amado. Fui cómplice de ese deseo contradictorio que todo su cuerpo expresaba, ya que yo también soportaba una inmensa rabia por dentro por haberlo defraudado y haberlo alejado de mí. Pero lo que Mario me hacía sentir era doblemente fuerte, porque, aparte de lo mucho que lo amaba, él desencadenaba en mí una liberación masiva de oxitocina con tan solo un leve contacto. Mario era el amor, el alma, la libertad, la felicidad, el alivio que mi cuerpo precisaba. Él era en este, y en todos los mundos, lo único que deseaba.
Volvió a hacerme prisionera en el interior de su cuerpo, una cautividad que ansiaba todos los días de mi vida. Su boca recorrió todos los caminos existentes entre mis montes y mis valles, y sus

manos de músico compusieron en mi piel fragmentos de una melodía muda. Fue pausado como siempre, permitiéndome disfrutar de cada una de sus caricias, alargando lo más que pudo ese placer que sentíamos con el roce de nuestras pieles. Me miraba desde abajo con los ojos entornados y la boca entreabierta, ayudándome con sus dedos clavados en mis glúteos a mantener ese lento balanceo que me hacía arquear la espalda. Se contuvo un par de veces apretando la mandíbula, ralentizando de una manera armoniosa el fin de aquel acto para que no terminara. Pero todo llega a su fin por más que te entretengas en el camino.

Soñé toda la noche con el sabor de sus besos, con los gemidos que sus dedos eran capaces de arrancar a mi cuerpo y con ese verde ardiente de sus ojos que encendía mi interior tan solo con una mirada.

Desperté sobresaltada al notar la ausencia de su cuerpo. En una breve ojeada comprobé que la bolsa de viaje no estaba. Lo llamé varias veces en voz alta, y las lágrimas, que eran más intuitivas que yo, comenzaron a asomar. Mario se había ido de casa dejándolo todo vacío. Con una desesperación, que devoraba mis nervios por segundos, busqué mi móvil para llamarlo. La pantalla parpadeaba por la notificación de un wasap sin leer.

“Siento haberme ido así, preciosa, pero de otra manera no hubiera sido capaz de hacerlo; ya sabes cómo me gustan tus besos en la mañana. Tenía que irme, Noe. Tengo que alejarme para que puedas saber qué es lo que quieres realmente y… si descubres que lo que quieres soy yo, buscarás la forma de ponerle punto final a tu pasado, porque si no, la duda siempre va a estar ahí, ¿sabes? La maldita duda de si alguna vez voy a significar un poco más que él”

No podía parar de llorar; sus palabras exteriorizaban la derrota que no podía oír en su voz. Mario tenía una herida abierta que yo debía sanar. Comencé a teclear, intentando que él también pudiera percibir en la escritura cómo me sentía.

“Hola, Mario. He echado muy en falta ese beso de despedida, pero no va a ser lo único que eche de menos. Comprendo tu dolor, pero me encuentro más sola que nunca entre estas cuatro paredes. Me aterra pensar que también pueda desaparecer el olor a ti que hay impregnando cada rincón de esta casa. Yo sé realmente lo que quiero; no tengo la menor duda, pero si eso no te basta, buscaré la forma de que te quede claro. Esta vez voy a intentar hacerlo bien. No tengas dudas de lo que significas para mí, porque tú lo significas todo. TK”

Me sequé la cara con la sábana encimera, que se tintó de negro. ¿Cómo un poquito de maquillaje podía hacer un grafiti de aquel tamaño? Qué más daba. Elevé los hombros y me erguí. Fuera lágrimas, fuera lamentos y fuera autocompasión. Iba a hacer las cosas como debía haberlas hecho en un principio y la pena solamente me

estaba retrasando. Porque lo que más deseaba en aquel momento era volver a tenerlo abrazado a mi cuerpo.
Quedé con Rober la misma tarde de ese angustioso domingo en una cafetería del centro. Me importaba tres pimientos que él se hubiera hecho una película de lo que no era y hubiese acudido a la cita con una sonrisa de enamorado adolescente que ni le pegaba ni iba a conseguir que me ablandara lo más mínimo. Lo saludé, cortante, más seria de lo que pretendía y en un tono bastante frío. No me molesté en explicarle por qué no había acudido al pub La Caverna días atrás cuando le mandé aquel desafortunado wasap.
Sin darle opción a que comenzara a rayarme con sus gilipolleces, le escupí todo lo que llevaba guardándome dentro tanto tiempo.
—Rober, esto no es una cita ni nada que se le parezca. —Me miró interrogante. ¡¿Acaso pensaba que había quedado con él porque me moría por verlo?!—. Pasa de mí. No me escribas. No me llames. ¡Sal de mi vida de una puta vez! Borra mi número. Olvídate de que existo y déjame vivir.
—¡Pero, nena!
—¡Ni nena ni pollas! —dije alzando la voz—. No te quiero. No deseo estar contigo. Ni verte. Ni hablarte. Ni escuchar tus excusas de mierda. Mira Rober… amo a Mario más de lo que jamás te amé a ti, y eso no va a cambiar por mucho que te empeñes. Lo único que estás consiguiendo, con este acoso al que me sometes, es que te odie con todas mis fuerzas.
—Noe… —Estaba muy sorprendido; incluso aseguraría que se encontraba al borde del llanto. Nunca antes le había hablado de aquella manera, pero es que nunca antes había temido perder algo tan importante. Tenía que dejarle claro lo que sentía, y él me había obligado a hacerlo de una forma que detestaba, aunque era la única que entendería.
—Rober, te lo repito: ¡déjame vivir! No quiero volver a verte.
Me alejé de la cafetería sin mirar atrás, poniendo fin a aquella relación que me perseguía y dejando esa parte de mi pasado sentada a aquella mesa frente a Rober. No me importó cómo se sentiría, porque la finalidad de todo aquello era que Mario volviera a confiar en mí y cerrarle esa herida. Mi propósito, exclusivamente, era disipar todas las dudas que encerraba su cabeza y dejarle claro que siempre lo iba a preferir a él, que jamás podría significar un poco más porque ya lo significaba todo.

Durante la semana siguiente, que fue la más larga de toda mi vida, hablé con él a diario, pero solo por teléfono.
—Mario, lo he solucionado. Vuelve a casa ya. ¡Por favor!
Lo sentía reír al otro lado de la línea.

—No te preocupes, preciosa, que no me he ido para siempre. Yo también tengo ganas de verte, aunque creo que no va a poder ser hasta el sábado. Tengo ensayos en el cole para la fiesta del día de Andalucía y también ensayos con la banda.
—Todo me parecen excusas, Mario. Excusas para no verme. —El muy imbécil se escuchaba divertido, y eso me cabreaba—. Algo de tiempo te quedará para mí. ¡Vamos, digo yo! Y si no, vuelve a casa para pasar al menos las noches juntos.
—Me gusta, Noe. Me gusta mucho. —Seguía riéndose a través del teléfono y yo más me desesperaba con cada segundo que pasaba.
—Y… ¿se puede saber qué coño es lo que te gusta tanto?
Una grave carcajada que nació en el fondo de su pecho. El muy cretino se burlaba de mi desesperación. ¡¿Quién demonios era la persona que lo había poseído?! Porque ese no podía ser Mario.
—Me alegra que lo hayas solucionado; no obstante, eso tenemos que hablarlo cara a cara. Pero lo que más me gusta —Otra vez esa voz ronca que se filtraba haciendo eco por todos los rincones de mi cuerpo— es saber lo que me echas de menos.
—¡¿Eso te divierte, Mario?! —No podía creerlo. No lograba entender que oírme implorar de aquella manera lo divirtiese tanto.
—Ni lo más mínimo. Si me estoy riendo es de pura felicidad, de que desees tanto verme como yo ti. Ya sabes, esa risa tontorrona que se nos escapa a los que estamos enamorados.
Las comisuras de mis labios se elevaron cuando lo comprendí. Su risa no la causaba ni mi insistencia ni mi desesperación, solamente estaba complacido y expresaba con absurdas carcajadas la felicidad que sentía al comprobar que él significaba un poco más. Era una risa tonta, tal como había dicho, una risa provocada por la emoción al tener la certeza de que lo había elegido por encima de todo. Y suplicarle que volviera a casa afianzaba más esa creencia y conseguía eliminar, poco a poco, todas las dudas. Yo sonreí también al llegar a esa conclusión. Si para cerrarle la herida y que volviese a mi lado tenía que mendigar su amor todos los días, lo haría.
—Eres muy malo, Mario —dije en un tonito lastimero que aumentó su diversión y engrosó su ego—. Si lo que quieres es que te demuestre con súplicas lo que te quiero, dímelo; que lo haré sin dudar.
—No soy malo, Noe. —Ya no se reía y su tono había cambiado a serio—. Solo inseguro. No quiero que me supliques nada porque no te hace falta, porque ya lo tienes todo de mí. No quiero que te arrastres ni por mí ni por nadie y no quiero volver a verte llorar porque tú no te mereces sufrir. No te hace falta mendigar mi amor, ya que eres su dueña incluso antes de que lo supieras. Y si al reírme te ha dado la impresión de que disfruto viéndote suplicar, te equivocas. Pero no puedo negar que he sentido una especie de excitación al notar que me

necesitas tanto.
—¡Es que te necesito, Mario! Te quiero. Te deseo. Te amo. Y si tengo que suplicar para que vuelvas, te juro que no me importa, que es más la necesidad de abrazarte que cualquier otra cosa.
—Voy a volver, preciosa. No supliques más porque… lo estás haciendo tan bien que puede que hasta me acostumbre. —Otra carcajada.
—¡Te vas a cagar, Mario! —le dije riéndome también—. Te vas a cagar y mucho. Vas a volver a casa antes de lo que yo tardé en enamorarme de ti; que por cierto fueron dos días. Y como quiero seguir viéndote feliz, te voy a reconquistar, aunque con ello tenga que enviarte flores o pedirte matrimonio.
Se reía con ganas. Estaba encantado de que nos habláramos con tanto cariño después de todo ese tiempo, y eso me hizo más que feliz.
Después de nuestra conversación, el lunes por la tarde, no dejé de enviarle mensajes y llamarlo todos los días. Si no volvía conmigo por las buenas lo iba a hacer por agobio y acoso telefónico. Cada día que pasaba lo notaba mejor, más cercano, más seguro de lo nuestro.
Mi deseado encuentro con él no llegó al sábado. El viernes por la noche apareció en mi piso y, aunque no traía todo lo que se había llevado, con tenerlo allí me bastaba. Cuando abrí la puerta, una bonita sonrisa endulzaba sus facciones. Me reí al ver lo que sujetaba en su mano.
—Noe, Noe, Noe, qué voy a hacer contigo —Agitaba la cabeza, resignado—. Me has sorprendido tanto que no he podido evitar venir hasta aquí para darte las gracias en persona.
—Ya te dije que si para reconquistarte hacía falta enviarte flores, lo haría. Peor para ti si no me creíste. —Abrí la puerta completamente para que pudiera pasar con el gran ramo de rosas rojas que por la mañana le había enviado al colegio—. Para el anillo aún tengo que ahorrar un poco —bromeé mientras él dejaba las flores sobre la mesita.
Me miró con los ojos brillantes.
—Eres maravillosa.
Y en ese momento me derretí como un puñado de nieve calentada por el sol. No por el significado de sus palabras, sino por cómo lo dijo, por el convencimiento que encerraban.
Me lancé a sus brazos y lo rodeé con todas mis extremidades, deseando ser una araña para tener ocho de ellas y tejer en seda una red de caza alrededor de su cuerpo. Me correspondió con más voracidad que nunca, después de haber acumulado unos niveles de testosterona más que altos, y dejó que su cuerpo decidiera cómo comportarse excluyendo por completo a su mente en ello. Nos dejamos llevar por el instinto, por la necesidad carnal más antigua, e hicimos gritar por maltrato a mi sofá de juguete. No podíamos

detenernos, queríamos más. Necesitábamos absorber cada molécula del otro. Sin ataduras, sin contenciones, sin miramientos; permitiendo que nuestros cuerpos se expresaran del único modo posible al haberles negado durante un tiempo la libertad de amar. Fue más rápido que otras veces, pero igual de pasional.

Terminamos abrazados y exhaustos bajo la vieja mantita.

—Te he echado muchísimo de menos —me confesó mientras seguía recorriendo con sus manos el contorno de mi figura—. Y no me refiero solo al sexo; he echado de menos tu mirada, tus conversaciones, la variada gama de tus sonrisas. Te quiero con locura Noe y… lo único que pido es que nada ni nadie se interponga entre lo que siento por ti y cómo deseo demostrártelo.

Lo abracé más fuerte y besé con ternura el agujerito en el centro de su pecho.

—No sufras, Mario. No hay nada ni nadie que pueda interponerse entre nosotros. Te juro que después de esta noche te va a resultar imposible deshacerte de mí.

Su abdomen se sacudió bajo mi cuerpo, pero yo lo decía totalmente en serio. Ni la misma muerte conseguiría, en ninguna de sus formas, volver a separarnos.

Mientras desayunábamos, Mario me confesó que se había visto incapaz de deshacer la bolsa de viaje. Entre esa gran noticia y que una de sus guitarras aún andaba por mi casa, su vuelta sería más rápida y eso me iba a alegrar el resto del día.

—Pues mejor —declaré contenta, masticando un trozo de tostada—. Así te puedes venir hoy mismo.

—Esta mañana no va a poder ser. Tengo ensayo y aún no han aparecido los dos últimos temas que compuse. ¿Los has visto por aquí?

Miramos a nuestro alrededor. La verdad era que en toda la semana había ordenado bien poco y limpiado nada. Me sonrojé al contemplar mi piso. Una chica como yo, que gozaba de todo lo que quería, debería incluir, como aliciente, la conservación de una casa limpia y ordenada.

—Bueno —dije con resignación—. Ahora sé en qué voy a emplear la mañana.

Hizo una mueca divertida y bebió de su taza de café.

—No sé yo si con la mañana te va a bastar.

—Mira, listillo, cuando quiero soy veloz como el viento. Y… si no me da tiempo a hacerlo todo en esta mañana, esta tarde estarás tú para ayudarme. —Sonreí de oreja a oreja—. Quiero ver esa puta bolsa de viaje, a la que he cogido tanta manía, en lo más profundo del armario.

Se acercó limpiándose la boca.

—Eso está hecho. Las dos cosas. —Me dio un beso con sabor a café que hizo que me lamiera los labios con gusto—. ¡Joder, preciosa! Qué

difícil me pones tener que marcharme. —Con una sonrisa perversa paseé mi lengua también por sus labios. Respiró hondo—. Y más difícil aún con el bulto que me sobresale en los pantalones.
Me carcajeé pegada a su boca y comprobé, con un ligero apretón, que dicho bulto era real.
—Anda, vete ya, que si no, vamos a hacer bien poco.
Se levantó, se colocó en su sitio, esa parte de su cuerpo con vida propia que no le pedía permiso para moverse y, regalándome una sonrisa comprometida, se despidió.
—Sí, me voy. —No sin antes de besarme profundamente.
Mario se marchó, pero yo me sentía feliz sabiendo que volvería.
Era como si me hubiesen puesto pilas alcalinas o metido por el culo una cerilla encendida, que para el caso era lo mismo. Antes de la una del mediodía tenía toda la casa impecable y los dos temas, que había perdido Mario, descansaban sobre la mesita y no bajo mi sofá. Puse a hervir agua para preparar pasta. Al haber terminado con todo lo que me había propuesto, nos quedaría la tarde libre para ir a por sus cosas y traerlas de vuelta, y… quién sabe si nos sobraría algo de tiempo para repetir lo de la noche anterior. Pasadas las dos de la tarde tenía la mesa preparada, la pasta escurriendo y la salsa tapada en una sartén. Él había dicho que llegaría sobre las dos y media y yo necesitaba urgentemente una ducha.
Entré en la bañera con los calcetines puestos; tantas prisas no traían nada bueno, y si las prisas las mezclabas con la torpeza, pues me obtenías a mí desnuda de rodillas para arriba. En esa rápida ducha no pude evitar ponerme a cantar como siempre que estaba contenta. Allí estaba yo, enjabonándome con diligencia mientras versionaba, al más puro estilo Noe, This could be anywhere in the world de Alexisonfire. Y claro, entre el género musical elegido y mis gritos de cochinillo a punto de ser sacrificado, a los vecinos les deberían estar sangrando los oídos.
Al abrir la mampara de la bañera vi a Mario sentado sobre la taza del inodoro con las manos presionando sus orejas y retorciéndose de risa. Me quedé pasmada; no lo había oído entrar. Menos mal que me había deshecho de los calcetines rodilleros, porque si no, el cachondeo le hubiera durado un mes. Me puse el albornoz y salí a trompicones dispuesta a darle un puñetazo en el brazo para que dejara de reírse de mí, pero sus reflejos fueron más rápidos que mi puño y, sujetándome por las muñecas, me sentó sobre él.
—Noe, nunca te dediques a la música. Lo digo por la supervivencia de todos los tímpanos de la humanidad.
Forcejeé un poco, pero él me sujetaba con firmeza.
—Suéltame, gilipollas.
—Mira los azulejos de tu baño. —Y yo, como una imbécil, los miré sin

saber a qué se refería—. ¿Ves todas esas grietas? No son del tiempo. Te las cargas a diario con las cacofonías que salen de tu garganta.
—¿Por qué no te vas un poquito a la mierda y me sueltas ya?
Hizo todo lo contrario. Colocó mis brazos tras mi espalda, sujetándolos con una sola mano, para introducir la que le quedó libre por el interior de mi albornoz.
—No te enfades, preciosa. —Acarició mi nariz con la suya—. Tu voz no rebaja para nada las ganas que tengo de ti. Y más después de haber abierto esa mampara.
El traer sus cosas de vuelta a casa iba a tener que esperar, y los espagueti parmesano, también.
Con sus pertenencias colocadas, cada una en su lugar, se hizo la hora de vestirnos para ir al pub. Se había puesto muy contento cuando le entregué los dos temas que andaban perdidos bajo mi sofá, aunque esa noche no los podrían tocar.
—Oye, Noe. Aún no me has dicho qué hablaste con él.
Me paré con el pantalón a medio subir.
—Pues… fui muy cortante. Le dije que no quería volver a verlo, que me dejase en paz y que no me escribiera ni molestara más.
Asintió con la cabeza.
—¿Crees que le habrá quedado claro?
—Eso seguro, porque también le dije que no sentía nada por él, que te quiero a ti más de lo que nunca llegué a quererlo. Eso debería bastar.
—Eso espero.
Lo miré, preguntándome qué se le pasaba por la cabeza.
—Mario, ¿me has oído? Te quiero a ti, no a él.
Sonrió.
—Te he oído y no sabes cómo me gusta lo que acabas de decir. Te quiero, preciosa. Pero venga, termina de arreglarte que llegamos tarde.
Me besó en el cuello y se dirigió al baño. Mi Mario estaba de vuelta y con él no se había traído ni al inseguro ni al cabreado. Esos dos habían sido encarcelados y esperaba que por mucho tiempo.
Llegamos al Agorafobia temprano para que pudieran prepararlo todo con tiempo. Mila y la pareja estaban muy contentos de saber que lo habíamos arreglado.
—Me alegro tanto, nena… —Jorge me abrazó con esa calidez que siempre me había demostrado—. Os merecéis ser felices. Los dos.
—Sí, sí… son la puta pareja perfecta. Todo mimitos y carantoñas.
—¿Acaso estás celosa, Mila?
—¡¿Celosa yooo?! Ni de coña, Jorge. A mí tanto baboseo me provoca náuseas. Yo estoy muy bien con lo que tengo, porque entre Pinta y yo no puede ser de otra manera.
—Eso es verdad —afirmó Pedro dándole la razón—. Vosotros sois

demasiado bestias para acariciaros; seguro que en la cama os mordéis y todo.
—No lo sabes tú bien —contestó ella con una depravada sonrisa de gata, recordando, probablemente, alguna tórrida escena.
Underground comenzó y, como siempre, fueron aclamados enérgicamente. Como la noche era joven, yo estaba muy feliz y, además, iba muy cómoda con unos zapatos planos; salimos a la pista a bailar. Aunque más que movernos acompasadamente eran saltos los que dábamos con las manos alzadas. Disfruté con cada uno de los temas que la banda interpretó, viendo disfrutar también a Mario con lo que hacía.
El cabello me caía húmedo por la cara, sin embargo no paré de saltar y gritar hasta que una sombra oscura tapó mi panorámica y unos labios posesivos cubrieron mi boca. Forcejeé contra ese cuerpo férreo que me sujetaba; me retorcí y lo mordí, y cuando pude separarme de él, lo único que distinguí fue el gris acerado de sus ojos.
—Si no eres mía tampoco serás suya.
Lo empujé con vehemencia, pero él ya había agarrado mi nuca y, de un tirón seco que hizo crujir mis cervicales, me obligó a besarle de nuevo.
El sonido de la eléctrica distorsionó segundos antes de oírse un fuerte golpe. Mario había saltado del escenario y, agarrándolo por los hombros, lo separó de mí. La triunfante sonrisa que exhibía Rober me permitió saber que, al igual que yo, él había apreciado el intenso dolor en los ojos de Mario.
—Buenas noches —saludó con petulancia.
—¡¡¡Hijo de puta!!!
Los dos cayeron al suelo en el instante que Mario saltó sobre él. Al mismo tiempo que con las piernas le sujetaba el cuerpo, con los puños golpeaba imparable, su cara. Algunos comenzaron a gritar y otros tantos a animar, en cambio en mis oídos solamente se alzaba el eco de mi voz.
—¡Mario, para! ¡Para! ¡Lo vas a matar! —Pero él no me oía; estaba totalmente cegado por la ira.
Entre su hermana y yo intentamos apartarlo, aunque todo esfuerzo fue inútil. Lo que mi ex acababa de hacer había aumentado su adrenalina y la estaba dejando salir de aquella manera. Rober trataba de defenderse en vano, optando finalmente por cubrirse el rostro que, con cada golpe, salpicaba gotitas de sangre en todas direcciones. Pinta (y sus bíceps) fue quien logró separarlo, alejando de un tirón a su amigo del maltrecho Rober. Pero Mario parecía no tener suficiente y, mientras Pinta se interponía, sujetándolo por el pecho, él empujaba, colérico, para saltar sobre mi ex de nuevo.
Corrí a su encuentro.

—Mario, Mario, mírame. —Pero él no lo hacía—. ¡Mario! Mírame a mí, por favor. Mírame. —Agarré su cara entre mis manos y lo obligué a que apartase la vista de Rober—. Mírame. Así. Muy bien. No ha sido nada. No ha significado nada. Deja que se vaya, por favor. Deja que se vaya.

El temblor de su cuerpo comenzó a disminuir al igual que la tensión en sus músculos.

—Ese hijo de puta estaba disfrutando, Noe. ¡Estaba disfrutando asquerosamente al hacernos daño!

—Lo sé, lo sé. Pero ya ha tenido bastante. Quédate conmigo. Deja que se marche.

Por fin Pinta pudo soltarle la camiseta, que había quedado arrugada por la fuerza de su agarre y, dirigiéndose hacia Rober, lo levantó del suelo con uno de sus tatuados brazos y lo empujó hasta la puerta.

—La próxima vez no lo paro, cabrón de mierda. Si te vuelvo a ver otra vez por aquí, él no va a ser el único que te dé de hostias. Quedas avisado.

Mientras se alejaban hacia la salida, Rober seguía observándonos y pude ver que, incluso con la cara inflamada y sangrante, no había quitado esa horrible sonrisa de triunfo.

Convencimos a Mario para que entrara en el baño y se limpiara las manos cubiertas de sangre. En todo el tiempo que estuvo dentro no dejé de pensar ni un segundo en la sonrisa de Rober. No me cuadraba en aquel momento, no iba acorde con la situación que acabábamos de vivir. ¿Y si lo denunciaba? Era capaz de eso con tal de hacernos más daño. ¿Y si quería vengarse? Él, aparte de sus puños, también tenía una pistola.

Mi cabeza estaba volviendo a jugarme una mala pasada, no obstante, cuando vi la oscura expresión de Mario al salir del baño, todo pensamiento sobre Rober desapareció, porque por su mirada supe que algo volvía a ir mal.

28

EL PRINCIPIO DEL FIN

No. Mario no contestó mi wasap ni al día siguiente ni al otro ni en toda la semana, y yo estaba totalmente segura de que nuestra reconciliación no había sido un sueño e igual de segura de que el no saber nada de él se iba a convertir en una pesadilla. ¡Joder con Mario y sus cambios de humor de los cojones! ¡¿Es qué jamás en la vida iba a llegar a conocerlo del todo?!

El viernes, Mila pasó por la inmobiliaria a recogerme para ir juntas a comer a La Tahona. Pedro y Jorge tenían otros planes y no nos acompañarían, así que aproveché, ya que estábamos solas, para hablarle de Mario.

—¡Es que no lo entiendo! Te aseguro que lo arreglamos; incluso me dijo que lo de Maite estaba olvidado.

—¡Tú lo flipas! Si cada día que pasa está peor que el anterior.

—Que no, Mila, que estuvo riendo y gastándome bromas.

—¡Anda ya!

—¡Joder, Mila! ¡No seas más gilipollas! Si de lo bien que lo vi incluso lo abracé. Y él no solo me lo permitió, sino que además me devolvió el abrazo. Estaba como antes de conocerla. Estuvimos hablando hasta que amaneció y todo estaba bien. No, mejor que bien. ¿Qué mierda ha pasado? ¿Por qué no me contesta el wasap? Ha tenido tiempo, joder, hace casi una semana que se lo mandé.

—No lo sé, Noe. Él no me ha comentado nada sobre esto. Yo solo te puedo decir que cuando se levantó el domingo era el mismo rancio que se había acostado el sábado. No había cambiado absolutamente nada.

—No lo entiendo, Mila. No estaba siendo falso. Él no es así.

—No te comas la olla, Noe, que me imagino qué ha podido pasar.

—¡¿Ah, síííi?! Pues ilumíname, porque yo no tengo ni puta idea.

—Lo más probable, si estaba todo arreglado como dices, es que después de estar contigo hablara con la bruja de Maite y ella lo hiciese cambiar de opinión. —Me concentré mucho mientras me explicaba su hipótesis—. Estoy segura que le dijo algo así: «¿Cómo es que vuelves a ser amigo de esa; no te acuerdas de que por poco me mata?». —Estaba tan metida en el papel que hasta la voz de Maite le salió a la perfección. Menuda artistaza sería de haber estudiado arte dramático, porque la imitación de esa pencorra la estaba bordando—. O también le pudo decir: «Ni hablar. Nada de relacionarte con la chusma esa». —Arrugué las cejas y ella se rio—. Date cuenta, Noe, de que a mí

tampoco me habla mucho, y cuando lo hace es casi siempre para pelear. Así que no tiene otra explicación. La zorra le ha vuelto a comer el tarro.
Tenía sentido. ¡Tenía mucho sentido!, tanto que si los llego a tener enfrente les parto la cara de dos hostias. Si Mario seguía haciendo lo que esa cerda decía se iba a terminar convirtiendo en un calzonazos de mucho cuidado. ¿Cuándo se había transformado en esa persona débil e influenciable? Él jamás había actuado así. Siempre había sido razonable, pero nunca había permitido que nadie cambiara su manera de pensar. ¿Qué es lo que le daba esa mujer para tenerlo comiendo de su mano? Imaginé lo que era y me decepcionó enormemente que él se dejara manejar de ese modo. Que Mario actuara como una marioneta en sus manos solamente por sexo más que decepcionante era triste, porque nunca me lo hubiera esperado de él.
—Bueno, cambiando de tema, que estoy de mi hermano hasta el moño y bastante tengo con soportarlo en casa. ¿Algún plan para esta noche?
—Esta noche viene Rober a mi piso, así que…
—Sí, sí. Que te aproveche.
Mila no solía hablar de Rober; tampoco me permitía contarle mucho acerca de cómo iba lo nuestro, así que yo no lo hacía. Desde que lo había vuelto a ver, aunque mi amistad con ella y la pareja no había cambiado, notaba cómo a cada uno de ellos les afectaba de un modo diferente los encuentros que él y yo manteníamos. Ninguno me daba opción a explicarme, a asegurarles que todo estaba bien, que solo se trataba de encuentros esporádicos sin ningún tipo de ataduras.
Jorge, que tantas veces me había animado y defendido, mantenía silencio sobre ese tema. Es cierto que a veces me preguntaba qué tal me iba, pero yo sé que su pregunta no iba dirigida a mi relación en sí, sino más bien a mí misma y a cómo llevaba mis sentimientos. El caso es que cada vez que le decía que lo había visto podía advertir la inmensa tristeza que se reflejaba en sus ojos caramelo bajo las gafas de pasta marrón. Mila, simplemente, no quería oír hablar de él. Cualquier frase que llevara el sustantivo Rober era firmemente descartada para pasar a la siguiente. Y Pedro… Bueno, Pedro sí que hablaba, hasta por los codos. Era el único que, cada vez que tenía ocasión, me recordaba lo equivocada que estaba por haberle permitido volver a entrar en mi vida. Seguía dando su punto de vista sin disimular lo más mínimo el asco que le tenía.
Quizá en algún momento albergaron la esperanza, después de todo lo que Rober nos había hecho, de que yo me daría cuenta por mí misma de que estar al lado de un hombre así no me convenía. Yo eso ya lo sabía y por ese motivo no tenía ninguna expectativa de futuro con él. Sin embargo no podía negar que me seguía gustando su compañía y que me atraía muchísimo. Todos sentían algún tipo de odio hacia él;

incluso yo odiaba la impaciencia que me consumía durante la semana esperando que llegara otro ansiado viernes. Lo que era más que evidente es que cada vez ponían peor cara y peor les sentaba que yo me viese con él, aunque supieran llevarlo relativamente bien.
Creo que lo que más temían era que yo me volviese a enganchar, pero eso no iba a suceder. ¿O sí?
Sentados en mi sofá nos comíamos mano a mano una pizza tamaño familiar. Nuestros encuentros no eran nada del otro mundo; cenábamos, nos poníamos al día de lo que habíamos hecho durante la semana, follábamos y se iba. Ni más ni menos, ni menos ni más. Yo era consciente de lo que teníamos. Él estaba casado y la única manera fiable de vernos era en mi piso. Sé que no le hubiese importado acompañarme alguna noche al Agorafobia, pero allí no era bien recibido y yo no quería tentar a la suerte imponiendo su presencia; de manera que los viernes, o casi todos, eran rutinarios tanto en conversaciones como en los momentos de cama, lo único que variaba era la cena. Aunque no iba a quejarme ya que era lo que había elegido.
—Me he puesto en contacto con mi abogado para poner ya la separación en marcha.
—Muy bien. —Yo seguí masticando trozos de pepperoni sin prestarle mucha atención. El tema de su divorcio me aburría. Me aburría muchísimo.
—Dentro de muy poco volveré a ser libre, Noe.
—Enhorabuena.
—Parece que no te alegra demasiado saberlo. —La verdad era que no me importaba lo más mínimo—. En muy poco tiempo podremos mantener una relación normal.
—Contigo una relación no sería normal nunca. —Lo solté sin pensar.
—¿Y eso?
—¡Venga ya! Sabes perfectamente a qué me refiero. —Me levanté para tirar a la basura el envase de cartón de la pizza a ver si así daba por zanjado el tema.
—No, no lo sé.
—Mira, Rober. Nosotros no empezamos muy bien, pero es que continuamos peor. Si tú quieres separarte, hazlo; por mi parte no hay ningún problema. Pero hazlo por ti y deja de ponerme como excusa. Yo no quiero algo más; eso ya te lo dejé bien claro. Estoy satisfecha con lo que tenemos ahora y no quiero complicarme.
—¡Pero, Noe! Si me separo es para que podamos estar juntos.
—Ya estamos juntos.
—¡Sabes a lo que me refiero, joder!
—Pues si es por eso, no lo hagas. Yo no estoy dispuesta a darle la espalda de nuevo a mi vida por ti. —Hablé tranquila, intentando que

lo entendiera por las buenas de una puta vez—. Me gusta que nos veamos, no te lo niego, pero a lo largo de este tiempo te he conocido lo suficiente como para estar segura de que no eres el tipo de hombre que busco para compartir mi vida.
—Entonces… ¿Esto es lo que hay? ¿Nada más? —Parecía sorprendido y todo, como si no fuese la enésima vez que lo escuchaba.
—Exacto.
—Dime una cosa. Si un día se cruza otro en tu camino ¿qué pasa entonces conmigo?
—No lo sé. Ese es tu problema.
—¡No seas borde! Yo lo estoy dejando todo por ti, porque lo nuestro funcione. Y tú deberías sacrificarte también un poco.
—¡Joder, Rober! Siempre estás con lo mismo. Tú ni siquiera lo estás dejando con ella. Nos hemos visto asiduamente durante todo el verano y cada vez que hablamos me parece tener un déjà vu. Llevas tres putos meses diciendo lo mismo cada viernes: que te vas a separar, que has hablado con el abogado para que lo agilice. ¿Es que tu abogado está dando la vuelta al mundo en ochenta días como Willy Fog? ¡Porque ya está bien, coño! Que eres muy cansino con el tema.
—¡¿Que yo soy cansino?! Yo solo trato de estar seguro antes de dar el siguiente paso.
—¡Claro! Tú como los monos, ¿no?, que no sueltan una rama hasta que han cogido la otra.
—Y tú eres una niñata que no piensa con claridad.
«Será hijo de puta. ¿Yo, una niñata?… y tú un viejo verde, no te jode».
—Dime una cosa, Rober, ¿ella está al corriente de todo esto?
—¿A qué te refieres? —Vi el movimiento de su nuez al tragar con dificultad. Mi pregunta lo había descolocado.
—¿A que si ella sabe que te quieres separar? —le pregunté, aunque él sabía perfectamente a qué me estaba refiriendo.
—Ella lo sabrá cuando tenga que saberlo.
—¡Que te den, Rober!
Entré en el baño y cerré con pestillo. Me notaba muy alterada, y no porque su mujer lo ignorara todo, sino porque me ponían de los nervios todas sus promesas incumplidas y todos sus teóricos planes. Yo solamente quería disfrutar con él del momento y no que nuestras citas se basaran en su constante empeño por convencerme de lo que no era.
Esa noche estuvimos algo sosos, pero es que después de la discusión no hubo ánimos para más.
El sábado por la noche celebramos por todo lo alto, en el Agorafobia, la reincorporación de Mila al ámbito laboral. Después de mucho tiempo, en el que su economía se había sostenido gracias al dinero que sus padres le giraban desde el pueblo y a la generosidad de su hermano, por fin había encontrado un trabajo que se adaptaba

estupendamente a su estilo de vida. No tendría que madrugar demasiado, jornada laboral de lunes a viernes y todas las tardes libres. Vamos, lo mismo que el mío, pero según ella mucho más interesante. Le iban a hacer un contrato de seis meses prorrogable en Picasso, una importante librería de la ciudad, en la sección de cómics. Y claro, con el fanatismo marvelista que arrastraba, la veía capaz de vender la colección del Capitán América a alguna abuelita que fuera preguntando por el libro de recetas de Arguiñano.

Se sentía tan contenta que contagiaba a cualquiera que se acercara a ella, y ni el ver a Pinta comerle los morros a una amiguita de la arpía la hizo decaer.

—Que les den por el culo a los dos; total, le va a durar una semana.

Mario también celebró el nuevo trabajo de su hermana, solo que a su manera. No puedo decir que no se alegrara, y más con la carga económica que Mila le ocasionaba, pero en otros tiempos se hubiese emborrachado con ella y en estos, con un brindis y un abrazo, había finalizado la celebración para él.

Pasadas las cuatro de la madrugada nos dimos un descanso y sentamos nuestros demolidos cuerpos. Yo aproveché para ir al baño, a vaciar mi vejiga del exceso de líquido, y cuando vi mi reflejo en el espejo por poco muero del susto. Como estaba tan bronceada, más que tener la cara roja se veía morada, y chupones de pelo húmedo se me pegaban en las mejillas y el cuello. Llevaba todo el rímel corrido y tuve que pasarme la lengua varias veces por los labios porque los tenía resecos y blanquecinos. ¡Con lo mona que había salido esa noche de casa, ¿cómo era posible haberme convertido en semejante adefesio?! Deslicé los dedos por los mechones enredados, intentando recomponerlos, y me refresqué la cara y el cuello en el lavabo antes de salir y darme de bruces contra el pecho de Mario, que se dirigía al aseo de caballeros.

—¡A ver si miras!

Aquello me sentó como una patada en todos los bajos, pero un tímido «lo siento» fue lo único que salió de mi boca. Esquivó mi cuerpo, intentando no rozarme, y entró en el baño.

Mientras me dirigía hacia la mesa que ocupaban mis amigos me sentí decepcionada conmigo misma por mi falta de reacción ante aquel desafortunado encontronazo. Sin embargo, aún no era tarde para rectificar, así que me di la vuelta entre la gente y esperé apoyada en la pared a que saliera. Cuando lo hizo, yo estaba preparada para sus cortantes palabras.

—Mario, ¿podemos hablar?

Se paró en seco y abrió mucho los ojos. Lo había sorprendido.

«Muajajajaja». El que se quedó sin palabras entonces fue él.

Arrugó el entrecejo y me observó desconfiado, como si yo fuese una desconocida de esas que van casa por casa intentando que cambies de

compañía telefónica.
—¡Mario! ¡¿Que si podemos hablar?! —Esa vez le chillé por si antes no me había oído, aunque yo sabía que sí lo había hecho.
—¿De qué quieres hablar? —me preguntó con desprecio.
¡Menudo gilipollas con enfermedad hemorroidal! ¡¿Es que había que explicárselo todo?! Creo que puse la misma cara que un chino chupando limones al contener el impulso de arrearle tres bofetones.
—Si me haces el puto favor de salir conmigo a la puerta te lo explico —contesté con los dientes apretados.
Metió las manos en los bolsillos del vaquero, como siempre que no sabía qué hacer con ellas, y se encaminó hacia la salida. Fui tras él.
Una vez fuera, se apoyó en la fachada y cruzó los brazos sobre el pecho.
—Tú dirás.
Y vaya que si dije:
—No te voy a preguntar si recibiste mi wasap porque me consta que sí. Lo que me gustaría saber, ya que me ha molestado mucho, es por qué no me has contestado.
Me miraba fijamente sin decir nada. Tanto pensó la respuesta que me preparé para una tediosa explicación de esas que dan los profesores.
—Porque no me apetecía.
Me quedé perpleja. ¿Cómo que no le apetecía? Eso no era una respuesta, por lo menos no una que a mí me convenciera.
—Y… ¿se puede saber por qué no te apetecía?
—No. Simplemente no me apetecía y punto.
Se estaba jugando que lo incrustara en la pared de una patada.
—Vamos a ver, Mario —intenté hablarle lo más relajada que pude—, hace una semana me fui a la cama totalmente convencida de que tú y yo volvíamos a llevarnos bien, que el mal rollo que había entre nosotros se había solucionado. Así que estoy muy descolocada con este cambio y, como mínimo, creo que me debes una explicación.
—Yo creo que no te debo nada.
—¡Joder, Mario! ¿Qué es lo que he hecho ahora para que me trates así? —Un relámpago fugaz de tristeza pasó por sus ojos—. Dímelo y si tengo que volver a disculparme lo haré. Pero si no sé qué coño es lo que te he hecho, ¿cómo me voy a disculpar?
Agachó la cabeza rompiendo el lazo visual.
—No es solo lo que haces, Noe… sino también cómo lo haces.
Y diciendo esa frase de mierda, carente de sentido para mí, volvió a entrar en el pub.
Había sido una mala idea intentarlo de nuevo. Por lo visto, el lazo de nuestra amistad había sido reparado con nudos torpes que volvían a deshacerse y que me dejaban únicamente ese nudo en la garganta que precede a las ganas de llorar; además de muchas más preguntas sin

respuestas dentro de mi cabeza. Definitivamente tenía que hacerme a la idea de que Mario se había ido de mi vida por voluntad propia y aceptar estoicamente la pérdida de su amistad, porque en ese conflicto cruzado de sentimientos, el amor que sentía por Maite estaba muy por encima del cariño que pudiera sentir por mí, y eso era bastante duro de asimilar.

Con Mila dedicada casi de pleno a su nueva vida laboral, la pareja consagrados el uno al otro y Mario pasando de mí como de comer mierda, mis citas con Rober se incrementaron y se potenció nuevamente mi dependencia de él. En más de una ocasión estuve tentada de animarlo a que agilizara su divorcio, pero la realidad era que jamás se divorciaría, y la prueba estaba en cómo volvió a cambiar su comportamiento hacia mí en cuanto se dio cuenta de que yo volvía a estar enganchada.

El tema de su separación pasó a un segundo plano y esa pasión que había demostrado al principio se enfriaba conforme yo iba cediendo. De manera que no llegaba a ultimar nada con su abogado, ni pasaba una noche completa conmigo, ni salíamos al exterior. Permanecíamos unas pocas horas dentro de mi madriguera, que servían solamente para consolarme en ese momento; después volvía a sentirme sola, vacía y abandonada.

Seguía quedando con mis amigos al menos una vez por semana, pero ya no eran los sábados. Desde que Mario fue tan claro en no querer saber nada de mí, mi deseo de acudir al Agorafobia a escucharlos fue mermando considerablemente y dejé de ir al pub para verlos actuar. Ellos, incluida Mila, conocían las desavenencias entre Mario y yo, así que entendieron, en parte, que los sábados me ausentara. Lo que no terminaban de aceptar, y cada día se les hacía más cuesta arriba, era cómo me iba enganchando de nuevo a Rober, cómo esperaba ocupar una posición más privilegiada en su vida y cómo me derrumbaba al comprobar que nunca la iba a tener.

Reconozco que siempre fui una romántica novelera de esas que creen en el amor a cualquier precio, pero yo estaba pagando demasiado por algo que nunca iba a ser mío. Quizá la falta de cariño en mi niñez era la culpable de que fuera así, porque aunque sé que mis padres me querían, nunca me lo demostraron de la forma que yo necesitaba. Yo era persona de achuchones, de cientos de besos y arrumacos y, hasta el momento, eso solamente lo había recibido de mis amigos. Únicamente Mila, la cortante, Jorge, el paciente, y Pedro, el histérico, habían dado a Noe, la insegura, lo que necesitaba y, gracias a ellos, había conseguido hacerme más fuerte.

Rober no me aportaba nada de eso, de manera que, tras nuestros ratos de cama, volvía a darle vueltas y vueltas a la cabeza buscando esa solución que no se mostraba. En el fondo siempre supe que lo más

acertado sería romper lo que fuera que tuviéramos, pero una vez lo tenía enfrente, no me atrevía a dar el siguiente paso. Así que tuve que contar a mis amigos lo que me volvía a pasar y caí de nuevo en los mismos errores del pasado. Ellos me seguían aconsejando que terminara con él de una vez por todas, y yo sabía que era la única solución, no obstante, cuando lo veía, en lo único que podía pensar era: «La próxima vez. Esta será la última». Pero nunca lo era.

Un viernes de finales de noviembre apareció en mi piso con una gran sonrisa y una botella de vino fría que mi mente enferma atribuyó a la victoria, al triunfo de cuando se consigue algo muy deseado, y según él, lo que más deseaba era divorciarse para estar conmigo. Pero no, mis desvaríos volvían a jugarme una mala pasada. Su alegría y esa botella que traía para brindar se debían únicamente a un aumento de sueldo y venía a festejar esa gran noticia entre mis piernas. Cuando pensaba en ello me sentía sucia, porque yo era la otra, y él tendría que celebrar ese tipo de cosas con su mujer.

Volvimos a meternos bajo las sábanas de mi cama, apretando con fuerza cada milímetro de nuestras carnes. Fue intenso, placentero y brutal como siempre, e igual de frío que últimamente.

Me dormí aguantándome las ganas de llorar, intentando ser un poco menos autocrítica y algo más pragmática a la hora de establecer mis prioridades. Mi vida era una paradoja en la cual el raciocinio y la ofuscación se batían en un duelo a muerte.

Abrí los ojos lentamente; estaba amaneciendo. Un poco de claridad se filtraba por las rendijas de la persiana de mi habitación, una claridad un tanto gris. El cielo debía de estar nublado. Antes me gustaban los días grises, pero eso era antes; ahora me recordaban demasiadas cosas que necesitaba olvidar. Me quedé un rato ensimismada viendo el baile de las motitas de polvo que pululaban por la habitación ejecutando una extravagante danza del vientre. No quería moverme, sabía que se encontraba a mi lado. Su respiración acompasada me hacía cosquillas en la nuca y la proximidad de su cuerpo duro me provocaba cosquilleos en otros lugares.

29

ROMPIÉNDOME

Siempre había sido capaz de leer la expresión de sus ojos; había visto en ellos, tanto alegría, como tristeza, tanto amor, como odio. En cambio, en esos momentos, lo único que albergaban era oscuridad. Una mirada tan oscura, carente de otro tipo de sentimiento, no me inspiraba confianza.

—Voy a tomar aire —fue lo que dijo al llegar a nuestro lado.

Dentro del pub todo el mundo murmuraba sobre lo que había pasado minutos antes; los ojos de la gente seguían nuestros movimientos y eso me incomodaba.

—Voy con él.

—¿Quieres que te acompañe? —Mila se notaba muy preocupada. Estaba aturdida por lo que había ocurrido y más aún por la reacción desproporcionada de su hermano.

—Gracias, pero prefiero que os quedéis aquí. Necesito hablar con él a solas.

Asintió, no muy convencida. Ella sabía, al igual que yo, lo reservado que era, y después del tenso episodio que habíamos vivido, lo mejor y más sensato hubiera sido evitar abordarlo con preguntas y dejar que, por sí mismas, todas sus emociones volvieran a estar en armonía. Pero yo tenía que ir con él en esos momentos. Por muy solo que necesitara estar, yo necesitaba más aún su compañía.

Salí a la puerta y el frío aire de finales de febrero me saludó con sus gélidos dedos. Miré a ambos lados de la calle, que se veía iluminada por una luna llena desbordante de luz propia, hasta que lo vi. Apoyado en la fachada, con las manos dentro de los bolsillos, observaba el cielo. La brisa despeinaba con suaves roces los mechones de su pelo y le dejaba expuesta una parte del cuello donde me urgía enterrar el rostro para sentir en mis labios la calidez de su piel.

Me abracé el cuerpo y comencé a aproximarme a él, deshaciendo lentamente la corta distancia que nos separaba. No estoy segura de por qué me temblaba todo; el caso es que hacía frío, aunque creo que mis tiritones no se debían solo a eso. Al pararme frente a él me miró intensamente sin decir palabra. No pude aguantar la tentación y le rodeé la cintura introduciendo mis temblorosos brazos por el interior de su chaqueta. Apoyé la cabeza en su hombro e inhalé profundamente su olor. Ese olor tan conocido e inconfundible que tanto amaba. Se movió para liberar sus manos del interior de los bolsillos y las posó suavemente en la parte baja de mi espalda donde,

con los pulgares, dibujó circulitos por encima de la camiseta. Pasó una mano sobre la otra hasta tener rodeada completamente mi cintura con sus brazos. Entonces cerré los ojos y dejé de sentir frío. Durante un corto espacio de tiempo solamente se oían nuestras respiraciones y el bombear de nuestros corazones.

—¿Cómo te sientes? —Mi voz fue amortiguada por su pecho, por ese pecho que había latido conmigo de todas las formas posibles.

—¿Cómo crees que me siento, Noe?

Sus palabras denotaban amargura y el tono con el que habló escondía el derrumbe interno que se experimenta con la decepción de uno mismo. Mario estaba cansado de todo eso. Cansado, desilusionado y frustrado. La paciencia que poseía había tocado fondo y esa sensación mermaba sus fuerzas.

Otro en su lugar se hubiese sentido bien al descargar toda la ira contra su enemigo, pero en el caso de Mario era todo lo contrario. El haber perdido la cordura le estaba pasando factura, porque nunca antes había actuado así. Entiendo que su contención tenía un límite y que Rober lo había sobrepasado; no obstante, los dos sabíamos que su reacción había sido desmedida y por ese motivo estaba tan decaído. Él era hombre de diálogo, de ganar una disputa civilizadamente sin necesitar su fuerza física para hacerlo. Mario siempre vencía usando la cabeza, aunque esa vez su cabeza fue más lenta que sus puños.

—No te agobies, Mario. —Quise consolarlo—. Vamos a dejar pasar el tiempo y todo esto pronto estará olvidado.

—Te equivocas, preciosa. Por mucho tiempo que pase no lo voy a olvidar; es más, estoy seguro de que si tratara de hacerlo, él no me iba a dejar.

—Hoy le ha quedado bien claro. No creo que se encuentre con ánimos de molestarnos más.

—Yo no pondría la mano en el fuego. Es una maldita garrapata chupasangre, pero lo que nos está succionando hasta la saciedad es la vida. Y yo no puedo continuar así, Noe. —Su derrota era evidente. Mario se estaba rindiendo—. Estoy cansado de dar pasos de ciego para estamparme siempre con el mismo muro. Lo que ha ocurrido esta noche no tendría que haber pasado, porque además de todos los sentimientos encontrados dentro de mí, ahora también me va a acompañar el de la culpa, y no es justo que tenga que pasar por todo esto. Tampoco que tú lo hagas, pero ese hombre para quién significó algo fue para ti. Y no es que me gustara ver cómo te hacía sufrir, sin embargo, tú y solo tú, debiste pararlo a tiempo. —No me quedaba claro si sus palabras me culpaban de algún modo por lo que había pasado y menos aún adónde quería llegar con esa conversación—. A la vista está que él no se rinde fácilmente. Aunque tú y yo ahora estemos juntos no sé qué será lo próximo, pero es que tampoco me apetece

averiguarlo.
Sentí una especie de frío interno y me dio miedo preguntar. Sus palabras estaban despertando todas mis inseguridades y yo necesitaba volver a tener el control.
—Vámonos a casa, Mario. Mañana será otro día y no lo verás todo tan negro.
Me besó dulcemente la cabeza.
—¡Joder, Noe! ¿Por qué todo lo que te rodea siempre es tan complicado? —Suspiró—. ¿Por qué tengo que quererte de esta manera?
Sus preguntas y el significado que encerraban me recordaron a cómo me sentía yo con Rober, a cuántas veces me arrepentí de seguir con él y con la vida que nos rodeaba. Nunca fue fácil y, aunque lo amaba con todas mis fuerzas, me terminé cansando y ese amor se fue apagando. Me daba pánico pensar que a Mario le estuviese pasando lo mismo.
—Mario, no estoy segura de lo que quieres decir con todo esto. Lo único que te pido es que seas capaz de ver la diferencia. Yo no quiero complicarte la vida y mi relación con él está más que finiquitada. Siempre fue tan egoísta como para preocuparse solo por su bienestar, y eso es justamente lo que está haciendo ahora. Él no me quiere, Mario, si hubiese sido así habría hecho las cosas de otro modo. Solamente soy un trofeo que quiere conseguir a toda costa para después dejarlo dentro de una vitrina acumulando polvo. No me culpes por lo que ha pasado, porque yo no lo provoqué.
Respiró hondo varias veces y, en aquel momento, hubiese deseado que sus reservas se impusieran a su sinceridad.
—No puedo evitar culparte en parte.
Me separé de su cuerpo para enfrentarme a su mirada.
—¿Cómo me puedes decir eso, Mario? Le he dicho mil veces que lo nuestro había terminado, que no lo amaba. Si él no lo ha entendido o no ha querido entenderlo, ¿qué culpa tengo yo?
Me acarició la mejilla con la palma de la mano.
—Te culpo por haberle permitido el verano pasado entrar de nuevo en tu vida.
—¡Eso no es justo! Yo no sabía lo que el futuro nos iba a deparar a nosotros.
—Yo tampoco. Pero no estaba tan ciego como para ver que cualquier futuro, con él de por medio, no traería nada bueno. Sí que tienes parte de culpa por esto que nos pasa, porque tú le abriste las puertas y lo dejaste entrar aun sabiendo que no te convenía.
Sus palabras, aunque estaban dichas con dulzura, me dolieron en lo más profundo del corazón, ya que sabía que eso era justo lo que pensaba.
—No. No es así, Mario. El que yo le abriera las puertas, en un

momento determinado, no significa que no se las cerrara hace mucho tiempo. Simplemente su obstinación no le permite verlo.
—No es solo obstinación, Noe, es más que eso. Es obsesión lo que ese tío tiene por ti. Después de cómo se portó contigo no deberías haberle dado otra oportunidad.
—¡Ya lo sé, joder! Pero no es justo que esté pagando todavía por ello. Yo cerré las puertas, Mario. Yo las cerré.
Me sentía desesperada, tratando en vano de hacerle entender, intentando suavizar de algún modo esa distancia que volvía a imponerse entre nosotros.
—Tú únicamente la entornaste y permitiste que se colara como el humo por esa rendija que dejaste abierta cuando no le dijiste desde el primer momento que estabas conmigo. Dejaste pasar el tiempo, al igual que pretendes hacer ahora, pensando que todo se solucionará por sí solo. No es bueno esconderse de los problemas, a los obstáculos que te va poniendo la vida hay que plantarles cara y no salir huyendo de ellos, porque si no, corres el riesgo de que siempre te persigan. —Su voz era cercana, pero a él lo notaba cada vez más lejos—. No hiciste caso a los consejos de tus amigos y no te diste ni cuenta de por qué me alejé.
—¡Yo sí tomo en cuenta los consejos que me dan mis amigos! —le respondí, alzando la voz, defendiéndome de sus acusaciones—. Si crees que tan mal lo hice… ¡¿por qué no te quedaste?! ¡¿Por qué tú, que tantas veces me has aconsejado en otras situaciones, no lo hiciste entonces?! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué no puedo yo también culparte por ello?!
Golpeó la pared con un puño y sus nudillos sangraron de nuevo. Yo me sobresalté. Mario estaba más inestable que nunca, pasando de la calma a la indignación en un pestañeo.
—¡Porque ya te amaba, joder! ¡Yo te amaba y tú no lo veías!
Me aparté de su lado, dando un paso atrás, y lo señalé con un dedo frenando su reacción, advirtiéndole que por ese camino no siguiera. No era por miedo; él nunca me haría daño físico, pero a veces las palabras hieren más que los golpes y eso era lo que trataba de evitar, que nos hiciéramos más daño para después arrepentirnos.
—Tú estabas con Maite. Tú amabas a Maite. —Suavicé mi tono para así rebajar el suyo y que comprendiera.
—¡Yo te amaba a ti! ¡Solo seguí con ella para olvidarte! Por ese motivo me alejé, porque me dolía aquí. —Se golpeó el pecho con fuerza—. ¡Me dolía ver la clase de persona que habías elegido!
Él gritaba. Yo también lo hice.
—¡¿Y por qué coño no lo dijiste?!
—¡Porque deseaba que fueras capaz de verlo por ti misma!
Me estaba mareando. Notaba cómo las piernas dejaban de

responderme.
—Vámonos a casa. Por favor, Mario. —Prácticamente le suplicaba.
—¡No huyas, Noe! ¡Ten coraje y afronta los problemas! —Más gritos.
La sangre volvió a fluirme precipitada por las arterias.
—¡¿Que no huya?! Me acabas de decir que, aun queriendo estar conmigo, seguiste con tu ex para olvidarme. ¡¿Eso qué es, Mario?! ¡¿Acaso tú no huiste también de tus problemas?! —Nuestro tono aumentaba con cada pregunta, con cada respuesta, haciendo que sobresalieran las venas en nuestros cuellos.
—¡Es distinto! ¡Yo me alejé porque no tuve alternativa! ¡Fui altruista contigo incluso a costa de mis sentimientos! Tú querías estar con él y no quise entrometerme. ¡Eso es amor, Noe, anteponer los deseos del otro a los tuyos propios! Y eso es lo que hice.
—Si tanto te importaban mis sentimientos, ¿por qué te distanciaste de esa forma? ¡¿Por qué cojones no me quisiste dar una explicación?!
—¡PORQUE YO NO SÉ MENTIR! —La gravedad de su voz me retumbó en los oídos—. ¡No quería exponerme más, joder! ¡Era más fácil para mí ignorarte del todo antes que saber cómo ese hijo de puta se metía en tu cama! ¡Me dolía! ¡Me dolía solo pensarlo! —Estaba gritándome, descargando toda la rabia que tanto tiempo se había guardado para sí. Ese no era el momento para semejante brote de sinceridad, porque más que arreglarlo lo estaba empeorando. Pero él prosiguió. No parecía importarle o no era consciente de cómo esa niebla nos envolvía y se hacía cada vez más densa—. ¡Y cada vez que oigo su nombre me vuelven esos recuerdos, golpeándome!
Yo también arremetí contra él luchando para que no viera solamente la paja en el ojo ajeno.
—A mí también me dolía perderte sin saber el motivo, ¿o es que acaso estás tan ciego para no verlo? Tú me diste la espalda. —No sé si lo acusaba porque verdaderamente lo sentía así o tan solo trataba de defenderme escudándome en su comportamiento—. Tú decidiste romper nuestra amistad y tú igualmente te metías en la cama con otra, así que… ¿crees que lo hiciste mejor que yo? Ninguno amaba en el fondo a la persona con la que estaba; aun así elegimos seguir con ellas. Yo lo elegí, pero tú también lo hiciste.
—La diferencia —aclaró con los ojos desorbitados y su boca pegada a la mía— es que yo no disfrutaba con ello y tú sí. Yo elegí estar con Maite para olvidarme de ti; en cambio tu elección fue exclusivamente por sexo. Además, Maite no me hacía daño y él sí te lo hacía. ¡Te estaba destrozando y aun así te lo seguías follando!
Eso fue un golpe bajo. Un golpe demasiado bajo viniendo de Mario. Aparecieron las primeras lágrimas en mis ojos al mismo tiempo que el arrepentimiento en los suyos, pero ya no podía recoger las palabras; el daño ya estaba hecho.

—Mira, Mario —murmuré sin fuerza en la voz—, en estos momentos no sé si te amo o te odio más. Los dos sentimientos son igual de fuertes, van cogidos de la mano y me destruyen en la misma medida. Porque… porque… porque… —el tartamudeo causado por la congoja era incontrolable—… porque ahora mismo no desearía quererte como te quiero. Porque… porque… si no te quisiera tanto no me sentiría como una puta.

El arrepentimiento pasó a dolor. Un dolor que mis palabras cargadas de sinceridad habían engrosado al que ya acumulaba.

—Lo siento, Noe. No pensaba lo que decía.

—No. No lo sientas. Tú no sabes mentir, ¿no? ¿Por qué esta vez iba a ser distinto? Eso es justo lo que piensas. Pero recuerda que todo lo que me estás reprochando pertenece a mi pasado, y ya me he mortificado bastante por ello.

—Lo siento de verdad. Lo siento mucho. —No dejaba de pasarse las manos por el pelo—. Necesito tranquilizarme. En estos momentos la rabia me domina.

—Pues vámonos a casa —volví a suplicarle—. Allí estaremos más tranquilos para seguir hablando, para dejarnos claro qué cosas son las que no nos gustan del otro y aparcar este tema de una vez por todas.

—No puedo, Noe. Tengo que irme. Necesito pensar en todo esto. Necesito rebajar esta mala hostia que me está consumiendo.

—En casa podrás relajarte. Lo arreglaremos, Mario.

Intenté coger sus manos.

—Noe… mira lo que acabo de hacer —dijo desesperado—. Le he partido la cara a un tío. —Se miró los nudillos destrozados—. Y ahora te estoy partiendo el corazón a ti con lo que digo. Necesito estar solo. Quiero estar solo.

Se dirigió con paso decidido hacia su moto, aparcada a unos metros de nosotros, le quitó el candado a la rueda delantera y cogió el casco que estaba enganchado a ella.

—No te vayas, Mario —Fui tras él, esperando que ese amor que decía sentir por mí diera la cara.

Sin siquiera mirarme se subió y arrancó. Una mezcla de angustia y miedo me oprimía el pecho, me retorcía las tripas y me obstruía las vías respiratorias.

Grité como una posesa en un último intento por retenerlo:

—¡Estás huyendo, Mario! ¡Estás huyendo como un cobarde! ¡Si se te ocurre marcharte ahora te puedes ir olvidando de mí!

Detuvo en seco sus movimientos. El casco, entre sus manos, quedó inmóvil a medio camino de ser colocado. Inclinó la cabeza hacia delante, en un gesto alicaído, y por unos segundos permaneció absorto mirando fijamente el tanque de la moto, hasta que, lentamente, dirigió sus ojos verdes, inundados de una tristeza infinita, hacia mí.

—No podría olvidarme de ti aunque quisiera.
Se colocó el casco, miró al frente tomando posición y aceleró de 0 a 100 quemando los neumáticos en la calzada. Me sentí mustia y a la vez cabreada, escuchando cómo se perdía en la lejanía el sonido del motor.
Al llegar a casa no tuve fuerzas ni para desvestirme. Después de la huida de Mario me había supuesto una odisea salir del pub entre todas las preguntas que me llegaron de todas direcciones. No tuve ánimos de alargar las respuesta y me escabullí lo antes que pude, aunque tengo que decir que me sentí mal por Mila y que verla tan inquieta agravó mi malestar. La noté ansiosa, cargada de nerviosismo, pero yo no pude quedarme más; tenía que regresar a casa por si Mario volvía, rezando porque lo hiciera más relajado para solucionar lo nuestro.
Tumbada en el sofá, con la ropa y los zapatos puestos, pensé en las últimas palabras que le grité, deseando de todo corazón que las pasara por alto sin tomarlas en cuenta. Yo quería a Mario en mi vida de la forma que fuera, incluso con algunas discrepancias como las que acabábamos de vivir. Me pasé lo poco que quedaba de noche dando vueltas y vueltas en el estrecho sofá, entre la pena y la rabia porque Mario no volvía, criticando en voz alta su forma de reaccionar para después buscar en silencio la manera de recuperarlo y que todo fuera como al principio. No la encontré.
Me quedé dormida con la llegada del amanecer, sobresaltándome con cada sonido similar al de la cerradura de una puerta. Di a mi subconsciente un descanso fugaz, con sueños serenos que se intercalaban con retorcidas pesadillas, hasta alcanzar por fin un estado medianamente profundo cuando los primeros rayos del alba se filtraron por la ventana.
Me costaba moverme. El agotamiento físico y psíquico me habían dejado, tanto el cuerpo como la mente, en estado de hibernación. Oí la melodía de mi móvil, pero la sentía muy lejana. Los músculos se negaban a obedecerme y los párpados seguían pegados esperando que el sonido finalizara para volver a sumirme en esa placentera oscuridad.
De nuevo la molesta musiquilla abriéndose paso por el interior de mi oído sin llegar a atravesar la parte del cerebro que me obliga a reaccionar.
A la tercera llamada mi somnolienta mente volvió a la vida impulsada por una única razón.
«Mario».
Mis ojos se abrieron de par en par y me incorporé automáticamente como empujada por la fuerza de un resorte. Busqué desesperada mi teléfono y, cuando lo tuve entre mis manos, respondí sin mirar.
—¿Diga?

—(…) —Silencio.
—¿Diga? —repetí.
—(…) —Una respiración cortada.
—¡¿Quién es?!
—Noe. —En un principio no lo reconocí—. Mario ha tenido un accidente.
El teléfono se me escurrió de entre los dedos en el mismo instante que la ansiedad se apoderó de mí. Comencé a hiperventilar como consecuencia del ataque de pánico que me recorría por dentro, sin poder controlar de ningún modo mi agitada respiración. La visión se me nubló y notaba las extremidades de plastilina. Una sensación de frío me congelaba la sangre. Traté de dominarme. Junté los labios, respirando lentamente para canalizar la entrada y salida de aire en mis pulmones. No sé cómo lo hice, pero lo conseguí.
Oí a Pinta gritar mi nombre y, con la determinación de no huir más de los problemas, volví a pegarme el móvil al oído.
—¡Noe, Noe! ¡¿Estás ahí?! ¡Responde, joder! —Lo sentía desesperado al otro lado de la línea. Su voz era más grave de lo normal, seguramente por haber llorado; por eso no había podido reconocerlo, por esa ronquera que se deriva tras el llanto.
—Sigo aquí. —Un hilito de voz débil fue lo máximo que salió de mi boca—. ¿Qué ha pasado, Pinta? ¿Cómo está Mario?
Me daba terror lo que pudiera contestarme.
—¡Dios, Noe! Me has acojonado. —Los siguientes segundos en los que se mantuvo en silencio me parecieron eternos—. Ha tenido un accidente muy grave. Lo han operado de urgencia y ahora está en la UCI. —Las palpitaciones volvieron a aumentar y con ellas la falta de oxígeno—. Los médicos dicen que está estable.
—Pero ¿qué le ha pasado? ¿Por qué lo han tenido que operar? Y… ¿por qué está en la UCI? ¡¿Tan grave ha sido, Pinta?! ¡¿Por qué no me has llamado antes?!
Las preguntas salían de mis labios atropelladamente.
—Noe, tranquilízate.
—¡¿Cómo voy a tranquilizarme?! —grité angustiada.
—Nosotros nos hemos enterado hace escasamente una hora. Mejor vente cuando puedas, aquí te contamos.
No desayuné ni me cambié de ropa ni me lavé los dientes. Llegué en taxi al hospital ya que no me vi capacitada para coger el coche. Tampoco esperé el ascensor; subí las escaleras de dos en dos hasta llegar a la tercera planta y darme de bruces con la unidad de cuidados intensivos.
Allí mismo, en esas sillas incómodas de plástico duro, se encontraba Mila con la cara entre las manos. Pinta le rodeaba los hombros con un brazo mientras le besaba tiernamente la cabeza. A ella no podía verle

el rostro, pero a él sí, y que Pinta tuviese los ojos hinchados y la cara congestionada no era buena señal.
Me acerqué a ellos, aunque una parte de mí tiraba en la dirección contraria. Necesitaba saber qué le había ocurrido a Mario y al mismo tiempo no quería enfrentarme a lo sucedido. Era algo ambiguo, pero era lo que sentía. Mila levantó la cara hacia mí. Tenía los ojos enrojecidos y las lágrimas le descendían por las mejillas de una forma continua hasta llegar al mentón donde se precipitaban al suelo en caída libre.
—¡Noe…! —Su rostro se contrajo por el sufrimiento—. ¿Por qué ha tenido que pasarle esto?
La abracé. La abracé con todas mis fuerzas intentando aportarle todo el consuelo que yo misma necesitaba.
Entre los dos me detallaron lo sucedido. Mario había perdido el control de la moto, por causas aún desconocidas, y se había estrellado contra uno de los quitamiedos que delimitan la autovía. La colisión había sido brutal. Su querida VFR iba camino del desguace estimada como siniestro total y él había parado el golpe con su cuerpo. Su pierna derecha estaba fracturada por dos sitios distintos y lo habían tenido que operar de un hombro. Pero lo peor no era el daño físico, sino el terrible impacto que había recibido en la cabeza para haber partido el casco en dos.
Cuando los médicos hablaron con nosotros nos dijeron que no se podían explicar cómo seguía con vida, ni tampoco pudieron precisar con exactitud las secuelas que tal impacto le dejaría. Lo único que tenían claro era que Mario se encontraba en estado de coma profundo por el traumatismo craneoencefálico sufrido. Nos pidieron paciencia y positividad, aunque ninguna de las dos cosas supimos encontrar en aquel momento.
Una persona comatosa puede estar así días, semanas o meses, pero también existe la posibilidad de que no despierte nunca. Y si lo hace, hay que asumir el hecho, más que probable, de un posible daño cerebral. Nos hablaron de personas que despiertan siendo las que eran y de otras que nunca vuelven a ser las mismas, de las que no recuerdan nada en absoluto y de las que lo hacen solo a corto o largo plazo. El cerebro humano aún seguía siendo una incógnita para la ciencia, de manera que lo único que podíamos hacer era esperar.
En la UCI no podías entrar cuando te venía en gana a ver al enfermo; se regían por un restringido horario de visitas que también dependía de la evolución del paciente. La enfermera encargada de Mario me indicó que me pusiese un gorro, una bata y unos patucos verdes antes de pasar. Con cuánta diferencia vieron ese color mis ojos en aquellos momentos.
Al entrar en la habitación noté un fuerte olor a antiséptico. Me quedé

de pie en la puerta observando minuciosamente el interior. Todo era de un blanco impoluto: las paredes, la mesita, las sábanas, el suelo. En el centro se encontraba la cama y sobre ella, también con un color níveo sin vida, reposaba él con los ojos totalmente cerrados.
Al verlo allí tendido mi corazón sangró de nuevo en forma de llanto. Yacía desnudo de cintura para arriba y su rostro estaba cubierto por una mascarilla de oxígeno. Uno de sus lánguidos brazos se veía agujereado por la vía del suero, que a su vez suministraba los medicamentos hasta las azuladas venas, y el otro permanecía vendado e inmovilizado por la operación. Su pierna derecha sobresalía de entre las sábanas sujeta por un sistema que la obligaba a permanecer elevada, mientras que de la otra tan solo se percibía la silueta.
Tenía el pecho desnudo, adornado con ventosas que, a través de una telaraña de cables, lo conectaban a un monitor en el que se reflejaban sus constantes vitales. Los picos del electrocardiograma en forma continua y el bip que emitía el monitor eran la única señal de que Mario seguía vivo.
Me acerqué y tomé asiento junto a él, en una silla igualmente blanca, y entrelacé mis dedos suavemente con los suyos esperando una mínima respuesta por su parte. No la hubo. ¡Quería decirle tantas cosas y disponía de tan poco tiempo! Tampoco estaba segura de que sirviera de algo. Sabía de gente que afirmaba haber oído todo lo que pasaba a su alrededor en un estado similar o igual al de Mario. Yo no lo creía, aun así, iba a probar.
—Hola, Mario —susurré pegada a su oído. Mi rostro seguía mojado, pero mi voz no flaqueó—. Tengo que decirte tanto y… no sé por dónde empezar. —Suspiré secándome la cara con la manga de la camiseta—. Lo primero, que te quiero, que no dije en serio que te olvidaras de mí. Te quiero en mi vida, Mario. —Me detuve a causa de los fuertes sollozos, que me asaltaron por sorpresa, y perdí unos valiosos minutos hasta estabilizarme de nuevo. Entonces tuve una idea, algo que probablemente él hubiese hecho en mi lugar y que seguro que le gustaría en el caso de escucharlo—. Mario… sé lo que piensas de los azulejos de mi baño; como también sé que si pudieras te taparías los oídos. Pero, tal como tú sueles hacer, acabo de encontrar la forma de decirte todo lo que quiero.
Acerqué mi boca a su oído y, muy bajito, comencé a cantarle The Reason de Hoobastank.

I'm not a perfect person
There's many things I wish I didn't do
But I continue learning
I never meant to do those things to you
And so I have to say before I go

That I just want you to know

I've found a reason for me
To change who I used to be
A reason to start over new
And the reason is you

I'm sorry that I hurt you
It's something I must live with everyday
And all the pain I put you through
I wish that I could take it all away
And be the one who catches all your tears
That's why I need you to hear

I've found a reason for me
To change who I used to be
A reason to start over new
And the reason is you…

Con esa canción le admitía que no era perfecta, que desearía haber actuado de otro modo y que nunca me podría perdonar haberle hecho daño. Me disculpé con el corazón por todo el dolor causado y le aseguré que, a pesar de ser una dura lección que no iba a poder olvidar, iba a intentar aprender de mis errores. Porque él era la única razón de mi vida y por él haría lo que fuera. Terminé sollozando de nuevo, con la frente pegada a su sien, y sintiéndome culpable de lo que le había ocurrido. Necesitaba controlarme para darle un beso de despedida antes de que el tiempo de visita finalizara.
Biiippp
De pronto, el sonido de la máquina cambió, sobresaltándome. Giré la cabeza hacia el monitor y pude ver que los picos que hacía un segundo se elevaban se habían convertido en una línea plana continua.
Alguien me empujó, apartándome de él, y nuestras manos se separaron de un modo inesperado; su brazo quedó colgando inerte por el lateral de la cama. Dos enfermeras lo rodearon y me vi impulsada contra la pared. Ellas habían visto la anomalía en su ordenador central y habían acudido rápidamente. La más alta de las dos gritó a una auxiliar, que se encontraba fuera de la habitación, que buscara urgentemente al médico, mientras su compañera se inclinaba sobre Mario observando si su pecho tenía movimiento de subida y bajada. Pegó el oído a la boca de él para saber si respiraba y colocó sus dedos en la arteria carótida comprobándole el pulso. No había nada. Mario acababa de entrar en parada.

Comenzaron con la reanimación cardiopulmonar. La más bajita hacía compresiones y descompresiones con el talón de sus manos sobre el pecho de Mario, dos centímetros por encima del esternón. Contó hasta treinta para que, a continuación, su compañera realizara dos insuflaciones. Se alternaban a un ritmo vertiginoso, aunque él continuaba sin reaccionar. El electro seguía plano y el pitido constante me perforaba los tímpanos.

No podía moverme. Veía todo a cámara lenta. Las dos enfermeras sudaban por el esfuerzo, insistiendo en traer a Mario de vuelta, pero Mario se estaba muriendo. El médico entró y, al comprobar que la RCP no estaba funcionando, ordenó que le suministrasen por vía intravenosa una dosis de amiodarona. Siguieron con la reanimación (treinta-dos, treinta-dos, treinta-dos…) relevándose para no bajar el ritmo. Jadeaban y se las veía cansadas, agotadas. Iban a desistir.

«Que reaccione, que reaccione, que reaccione. ¡Dios mío!».

No podía soportar el sonido del monitor.

Se apartaron de él. Renunciaron.

Una línea plana.

Un pitido continuo y persistente.

Por encima del sonido incansable del monitor, mi grito desgarrador.

Algo se rompió dentro de mí, sentí cómo mi corazón se fracturaba en pedazos. No notaba mis piernas y me desplomé contra el suelo; llorando, chillando, maldiciendo, queriendo ser yo la que estuviera en su lugar. No me quedaba nada dentro, todo mi interior estaba vacío. Me estaba marchitando como una flor presa entre las páginas de un libro.

«No te vayas. No me dejes. Por favor, no me dejes».

Pero… Mario se había ido para siempre.

EPÍLOGO

Oía murmullos que iban y venían. Un abrir y cerrar de puertas en la lejanía. Intentó moverse, pero no pudo. Lo volvió a intentar, poniendo todas sus fuerzas en el dedo índice, y terminó desistiendo como la vez anterior, cuando había tratado de abrir los párpados que, por más empeño que había puesto, siguieron cerrados. Ni una sola célula de su cuerpo respondía a sus órdenes. Únicamente su sentido del oído permanecía vivo, con ganas de captarlo todo. Se concentró en eso, en intentar adivinar mediante los sonidos dónde se encontraba y por qué no podía moverse.

Sintió abrirse una puerta y creyó oír algo parecido a un sollozo. De nuevo silencio.

Unas leves pisadas se acercaron hasta él y unos dedos se entrecruzaron con los suyos con suavidad, con la misma delicadeza con la que se sujeta un objeto muy frágil. El corazón le dio un vuelco al oír la voz de Noe pegada a su oído.

—Hola, Mario. —Ella hablaba flojito—. Tengo que decirte tanto y… no sé por dónde empezar.

«Hola, preciosa», quiso decir él, pero las palabras solo resonaron dentro de su cabeza.

—Lo primero, que te quiero. —Una calidez interna lo invadió al escuchar aquello—. Que no dije en serio que te olvidaras de mí.

«No podría aunque quisiera; ya te lo dije».

—Te quiero en mi vida, Mario.

Su sonrisa interior se desvaneció al sentirla llorar de aquella manera. Quiso levantarse para abrazarla, para decirle que todo estaba bien, y odió su cuerpo por no hacerlo, por permanecer impasible ante sus lágrimas.

«No llores, Noe. Por favor. No llores más. Yo también te quiero».

Esperó paciente hasta que sus sollozos fueron perdiendo fuerza, escuchando atentamente cómo su respiración iba calmándose.

Ella volvió a hablar:

—Mario… sé lo que piensas de los azulejos de mi baño —en un principio no comprendió lo que ella trataba de decirle—; como también sé que si pudieras te taparías los oídos. Pero, tal como tú sueles hacer, acabo de encontrar la forma de decirte todo lo que quiero.

Sintió un escalofrío al percibir su cálido aliento en el oído antes de que ella comenzara a cantarle. Sonrió de felicidad por dentro, captando todo el sentido que escondía la letra de esa canción, comprendiendo lo que Noe intentaba expresarle y coincidiendo con

ella en la misma razón.
«Mi razón de vivir también eres tú».
En aquel momento no le importaba lo mal que cantara; en el fondo él adoraba el sonido de su voz. Ella se rompió de nuevo en la última estrofa y su cuerpo inmóvil continuó negándose a obedecer.
«No. No. No. No me hagas esto. No quiero que estés así por mí».
Pero ella no podía oírlo.
Un intenso dolor lo atravesó y sintió un crujido dentro de su pecho. Entonces notó cómo su corazón dejaba de latir. Un pitido estridente se introdujo en su cerebro y de un tirón seco dejó de sentir el tacto de los dedos de Noe.
«¡No. No. No te vayas, preciosa! ¡Quédate!».
Gritó sin ser oído, sin saber aún que el que se estaba yendo era él. Escuchó voces desconocidas a su alrededor poco antes de sentir cómo le palpaban el cuello.
«¡No me toques! ¡No me toques! ¡Noeee!».
No podía seguir la estresada conversación, ni sabía quién era la persona de voz estridente que mandaba llamar a un médico. Otra voz, más armoniosa, comenzó a presionarle salvajemente el pecho mientras contaba: uno, dos, tres, cuatro, cinco… así hasta treinta; después notó cómo se llenaban de oxígeno sus pulmones. Siguió prestando atención a las voces de esa gente desconocida, pero ninguna era la voz de Noe.
De pronto supo dónde se encontraba; le vinieron de golpe todos los recuerdos de la noche anterior: cómo con los ojos llenos de lágrimas no veía con claridad la carretera y cómo de la rabia apretó el manillar para acelerar un poco más. Entonces, sintiendo un miedo aterrador, volvió a experimentar de nuevo la sensación de volar cuando caía de la moto.
«No. No. No».
Ahí es cuando se dio cuenta de que estaba muriendo. No sentir sus latidos golpeándole los tímpanos y oír cada vez más lejanas esas voces que lo rodeaban lo hicieron echarse a llorar. Pero solo interiormente, porque ahora sabía que la inmovilidad de su cuerpo había sido el precedente a eso que le estaba pasando. Oía el pitido cada vez más apagado y una densa oscuridad comenzó a expandirse dentro de él.
«Te quiero preciosa. No lo olvides nunca».
Las palabras de despedida que no le pudo decir con los labios las gritó con la mente. Y en ese instante, todos los momentos que había pasado junto a ella desfilaron por su memoria más vívidos que nunca.
Unos ojos color café tostado tras un abanico de densas pestañas. Un beso tierno. Un roce con electricidad. Su rostro al amanecer. El temblor del cuerpo de ella entre sus manos. Su boca de seda. Su gama de sonrisas. Un muñeco de nieve. Un cielo negro colmado de estrellas. Una chimenea. Una mullida alfombra bajo su espalda desnuda. Unas

campanadas. Una casita en medio de la nieve. El cuerpo de ella balanceándose sobre el suyo. Dedos entre los mechones de su nuca. Besos con sabor a futuro. Miradas que lo dicen todo. Canciones. Un restaurante caro. Un baile lento. Un par de llaves metálicas. Notas musicales. Una esfera de cristal transparente. Un tanga negro. Más canciones. Olor a café. Un baño caliente. Caricias en la madrugada. Besos en la piel. Suaves curvas. Pasión. Sexo. Amor. Una colcha floreada. Unos ojos marrones velados. Noe.

La opresión en su pecho cesó segundos antes de oír el grito de dolor. Un grito de impotencia, lleno de pánico. El grito desesperado de Noe.

No es cierto que al final del camino siempre haya una luz brillante ni tampoco que desees acercarte a ella. Mario solo veía a Noe al final de su camino, pero también al principio. Ella estaba en todas las direcciones que él quisiera tomar, y al escuchar el sonido de su cuerpo derrumbarse contra el suelo, notó cómo interiormente sus partículas se alteraron en un último esfuerzo por ir a su lado.

Un pico en el electro.

Seguido de otro más elevado.

Volvió a oír el bombeo de la sangre en sus oídos al mismo tiempo que advertía el entusiasmo en las voces que lo rodeaban.

—¡Está vivo! ¡Está vivo! Doctor, sus constantes se están estabilizando.

Manos. Muchas manos sobre su cuerpo inactivo, pero tan solo una de ellas le eran familiares. El tacto de esos dedos lo estremecieron por dentro de un modo brutal. Entonces, su voz. Esa voz que quería seguir escuchando el resto de su vida.

—¡¿Mario?!

«Tranquila, preciosa, que no me voy a ninguna parte. Estoy aquí… contigo. Recuerda que te hice una promesa. Donde tú estés, yo estoy, y donde tú vayas, yo voy».

LISTA DE CANCIONES

Half-Truism (The Offspring)
Scars (Papa Roach)
Paper Shoes (Incubus)
Toxicity (System Of A Down)
Hero (Chad Kroeger-Nickelback y Josey Scott-Saliva)
The Diary of Jane (Breaking Benjamin)
Animals (Maroon 5)
Chasing Cars (Snow Patrol)
Far Away (Nickelback)
Black in Black (AC/DC)
Highway to Hell (AC/DC)
This Could by Anywhere in the World (Alexisonfire)
On My Own (Three Days Grace)
The Reason (Hoobastank)

AGRADECIMIENTOS

Me gusta soñar despierta y disfrutar del cúmulo de emociones que me asalta cuando uno de mis sueños se hace realidad; a partir de ese momento el camino que emprendo toma más importancia que el que voy dejando atrás.
Desde el comienzo de esta aventura guardo en mi corazón los nombres de aquellas personas que me han aportado lo necesario y me han acompañado hasta pulsar la tecla de punto y final. Gracias a todos los que habéis contribuido de una forma o de otra a que esto sea posible.
A Javi, mi marido y el mejor padre del mundo, por ocuparte de los niños y el resto de quehaceres todas las veces que yo me ponía a escribir.
A mis hermanos, Merche y Fran, por los consejos e ideas que me disteis cuando más necesitaba y por hacerme corregir, una y mil veces, los errores que no veía. Gracias por las críticas constructivas, por soportar mis inseguridades y por estar a mi lado siempre que os necesito.
Mamá, gracias a ti en especial, que aun perteneciendo a una época distinta has sabido ver la esencia de lo que trataba de contar.
Las libreras de Picasso se merecen toda mi gratitud: Chari, mi lectora cero, por tu sinceridad sin barreras, por el ánimo y las conversaciones sobre libros compartidas (ya sabes que valoro mucho tu opinión), y Jessy, porque sin tu colaboración y ese empujón que necesitaba no habría presentado mi manuscrito a concurso.
Tengo que darte las gracias a ti, Fedra, que con tu experiencia me has enseñado tanto y me has dado tan buenos consejos. Nuestra conversación de tres horas en esa cafetería del parque me supo a poco porque conecté contigo desde el minuto uno.
Mil gracias a María José por conseguir que la historia fuera más real con sus valiosas clases de primeros auxilios.
Doy gracias a las bandas de rock que me han inspirado, en especial a Adam Gontier por ser la maravillosa voz de Mario.
Con todo mi corazón agradecer a Romantic Ediciones que haya apostado por mi novela, y a Bartomeva, mi editora, por el cariño con el que me trata en todo momento.
Y por último, GRACIAS en mayúsculas a ti. Sí, a ti por querer conocer la historia de Noe y Mario. Espero que hayas disfrutado al leerla tanto como yo al escribirla.
¡Gracias, gracias, gracias!

Table of Contents

Inicio